

LILY DEL PILAR

EMERGENCY



CROSS
BOOKS

Still
with
us

LILY DEL PILAR

*Still
with
us*

CROSS
BOOKS

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2023, Lily Ibarra

Derechos exclusivos de edición

© 2023, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso, Providencia, Santiago de Chile

Ilustración de portada: Daniela de la Fuente Inostroza [@calicocat_art](https://www.instagram.com/calicocat_art)

Diagramación: Ricardo Alarcón Klaussen

1ª edición: agosto de 2023

ISBN: 978-956-6145-53-0

ISBN DIGITAL: 978-956-6145-57-8

RPI: 2023-A-6243

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

*No cambies tu vida por la opinión
de alguien que no desearías ser.*

Índice de personajes

Lee Minki: policía de la unidad N°17. Quizás es amigo de Jong Sungguk. Eterno enamorado de su pareja, Yoon Jaebyu. No le hagan escalar paredes porque se puede caer. Duerme en el sofá cuando se enoja con su novio. Protagonista de la novela.

Yoon Jaebyu: enfermero de planta del hospital de Daegu. Rechazó a Minki en al menos cinco oportunidades. Escucha más que habla. Tiene un archivador en su ropero con todos los exámenes anuales de su familia.

Jong Sungguk: policía de la unidad N°17. Rescatista animal en sus tiempos libres. Se autodenomina el mejor amigo de Lee Minki, es también su compañero de rondas.

Moon Daehyun: todo lo que conoció del mundo hasta los diecinueve años fue lo que pudo ver a través de una ventana ubicada en el tercer piso de su casa.

Yeo Eunjin: uno de los jefes de la unidad N°17. Minki y Sungguk están (lamentablemente) bajo su cargo.

Ahn Taeri: mamá de Minki.

Lee Jaesuk: papá de Minki.

Lee Minjae y Lee Dowan: hermanos menores de Minki.

Yoon Beomgi y Yoon Chaerin: mellizos, hijos de Minki y Jaebyu.

Choi Namsoo: médico obstetra en el hospital de Daegu.

Moon Minho: papá de Daehyun.

Moon Jeonggyu: hijo de Daehyun y Sungguk.

Soon Hojun: padrastro de Minki.

Kim Somi: enfermera del hospital de Daegu, compañera y amiga de Jaebyu.

Otros personajes

Ryu Dan: víctima Caso 1.

Park Siu: prometido Caso 1.

Mo Junho: vecino Caso 1.

Kang Chulsoo: paradero Caso 1.

Ryu Jiho: hermano Caso 1.

Ji Kangmin: padre Caso 2.

Do Kanghee: esposa Caso 2.

Do Taeoh: esposo Caso 2.

Ahn Woosung: administrador Caso 2.

Kim Gaseop: víctima Caso 3.

Nota

Esta novela contiene personajes psicológicamente inestables y aborda temas sensibles. Favor leer con discreción.

Esta historia es ficticia y no tiene relación alguna con personas, organizaciones o hechos reales. Los lugares mencionados han sido modificados a conveniencia de esta, por lo cual no representan su realidad.

1

El primer cuento infantil que Lee Minki escuchó de su abuela paterna trataba sobre los monstruos que se escondían debajo de su cama. El último que le contó, antes de morir producto de un cáncer que se extendió por meses, fue sobre los monstruos del laboratorio.

—Son una aberración —le aseguró con una voz que se apagaba en instantes—. Son unos monstruos.

Lo que su abuela desconocía ese día era que su propio hijo iba a convertirse en uno.

Pero su nieto sería el peor de todos.

Un 5 de octubre ocurrió el primer secuestro. Si bien se había pronosticado una jornada soleada y calurosa, durante el día el cielo de Daegu permaneció cubierto por nubarrones grises. Cuando Lee Minki estacionó a un costado de la calle para comenzar con la inspección, notó las gotas de lluvia golpeando con irregularidad las ventanas de la patrulla. No podía escucharlas debido a la música, su compañero de rondas últimamente tenía la costumbre de poner la canción «Bad Boys» de Inner Circle cuando se dirigían a constatar una denuncia. Era divertido, según él. Minki, por supuesto, pensaba lo contrario.

Apagó el motor y la melodía se acabó. Eran las diez de la noche.

—Que sea algo sencillo, por favor —pidió en voz baja su compañero. Jong Sungguk tenía los ojos rojos debido al sueño y al largo turno que todavía no finalizaba. Los días festivos siempre eran caóticos.

—Esperemos —contestó.

Los antecedentes recopilados por la telefonista de la policía se reducían a una denuncia por ruidos molestos. Considerando que era un barrio residencial antiguo, donde las viviendas estaban pegadas unas a otras, la llamada posiblemente la habría realizado una persona mayor fastidiada por su bullicioso vecino.

Tras quitarse el cinturón de seguridad, Sungguk lo imitó con movimientos torpes. Como no coordinaba bien manos y piernas, Minki fue quien enfiló primero hacia la casa. Un hombre mayor examinaba la calle desde la vivienda contigua, pero cerró la puerta al verlos. Debía ser el denunciante anónimo.

Con la lluvia empapando su chaqueta y deslizándose por la visera del gorro, Minki se detuvo llegando a la puerta. La muralla divisoria, que marcaba el inicio del predio, no era muy alta. Al ser un barrio viejo que se había modernizado, aún destacaban un par de casas que mantenían la arquitectura original de cemento, ladrillo, madera y tejado de zinc; el resto ya había sido convertida en edificios residenciales de no más de cinco pisos de altura. Era un terreno pequeño, que explicaba en parte por qué todavía no había sido adquirido por alguna inmobiliaria.

En cuanto a la vivienda denunciada, parecía pintada recientemente. El vecino de la derecha, en tanto, había hecho una renovación completa. La residencia, que ahora presentaba una estructura moderna de cemento blanco, desencajaba entre los edificios residenciales del barrio.

Cuando Sungguk llegó a su lado acomodándose la gorra para evitar empaparse el rostro, lo detuvo con el brazo antes de que tocara la puerta. A un costado de la entrada, se divisaban unos pizarreños desacomodados.

—Ponte los guantes —pidió.

—¿Viste algo? —cuestionó Sungguk, a la vez que regresaba a la patrulla y sacaba una caja de guantes desechables. Se puso un par azul y le tendió otro a él. Minki iba a decirle que cerrase bien la puerta, pero se distrajo al apuntarle la pared que finalizaba en una techumbre gris.

—Esas tejas están rotas.

—Nada indica que fueron quebradas hoy —tras soltar aquello, Sungguk se percató del pedazo de zinc caído a un costado de la calle. Dio un largo suspiro—. Tomaste este caso a propósito, ¿cierto? Todo porque tu marido está también de turno y te da tristeza dormir sin él.

Minki volteó la mirada mientras se colocaba los guantes.

—No es mi marido.

—Prometido —se burló su amigo.

—¿Quieres morir? —lo amenazó sin mucho éxito.

Llegó a sus oídos la risa ronca de Sungguk junto a su respuesta:

—Algún día.

—Primero me lo tiene que pedir —contestó de forma cortante—. Y nadie asegura que le vaya a decir que sí.

Con un bufido, Sungguk llamó a la puerta antes de continuar.

—Finjamos que existe esa posibilidad considerando tu obsesión con él.

—Quiero que sepas que amo a Jaebyu...

—No lo había notado entre las trecientas veinte veces que lo mencionas por día.

Minki lo apuntó en advertencia.

—Como decía, lo amo, pero eso no significa que esté obsesionado con él.

—Claro —se mofó Sungguk—. En fin, no sé por qué te seguí cuando decidiste venir hasta acá.

—Éramos los únicos en la estación, idiota.

Ese día comenzaba *Chuseok*. Y como en cada festividad, en el cuartel de policías habían elegido de forma muy justa a quiénes les tocaría turno: jugando piedra, papel o tijera. Y como siempre ocurría, el dúo perdió. Minki tenía la ligera —y también irritante— sospecha de que sus compañeros estaban confabulados en su contra. Alguien en la comisaría debía estar haciendo algún tipo de trampa, porque de lo contrario era imposible que llevaran más de seis años perdiendo. No podían ser tan malos escogiendo el palito más corto, el papel con la marca, el número aleatorio en Excel o jugando a piedra, papel o tijeras.

Tras golpear una tercera vez sin recibir respuesta, Minki se rindió.

—Sungguk, ¿podrías comunicarte con la central para que averigüen si este domicilio ha recibido más denuncias?

Para molestarlo, Sungguk se llevó la mano a la frente imitando a un militar.

—¿Pregunto algo más, oficial Lee?

—Si tienen algún número al que llamar.

Mientras su amigo volvía al carro patrulla para hablar con la central, Minki tocó una cuarta vez.

Y esperó.

Esperó tanto que incluso le dio tiempo a Sungguk para regresar.

—Viven dos personas, de nombre Ryu Dan y Park Siu. El domicilio tiene varias denuncias —informó deteniéndose a unos pasos—. Todas de Mo Junho, el vecino, y casi todas por el mismo motivo.

—¿Ruidos molestos?

—Se queja de una televisión muy fuerte.

—¿Y hemos descubierto algo?

—Han probado con subir el volumen al máximo, pero desde la casa del vecino apenas se escucha un murmullo —su amigo se quedó meditabundo. Analizaba la casa contigua con la mirada empequeñecida—. Ahora que lo recuerdo, una vez me tocó venir aquí a constatar una denuncia.

Minki frunció el ceño.

—No lo recuerdo.

—Estabas con licencia —le aclaró—. Vine con Eunjin. Reclamaba que un gato le había robado un pollo. Pero —apuntó la puerta todavía cerrada para indicarle que se refería a ellos— no tienen mascotas. Nunca han tenido.

—¿Por qué siempre nos meten en discusiones tontas de vecindad? —alcanzó a decir Minki antes de que fuera interrumpido por el ruido de una cerradura digital. Entonces, la puerta de la casa de al lado se abrió y salió el hombre mayor que vio antes. Parecía haberse levantado de la cama exclusivamente para hablar con ellos, ya que vestía un pijama a rayas bajo la chaqueta. Como no se había molestado en sacar un paraguas, se cubría la cabeza con un periódico.

Tampoco es que le fuera muy necesario, creyó Minki, porque apenas tenía dos motas de cabello gris sobre las orejas. No le costaría secarse si la lluvia lo empapaba.

—Buenas noches, somos el oficial Jong y mi compañero es el oficial Lee —saludó Sungguk con tono cordial—. Estamos haciendo una inspección de rutina en el barrio debido a una denuncia.

El hombre chasqueó la lengua.

—Ya se callaron. Llegaron tarde, como siempre. Espero que algún día lleguen a tiempo.

Durante toda la infancia y adolescencia de Minki, la policía había llegado tarde a su domicilio. Al parecer no era el único que tenía el mismo problema.

Antes de que alcanzara a cerrar la puerta, Minki se le acercó.

—Señor, disculpe. ¿Nos podría compartir sus datos personales?

—Mi nombre es Mo Junho.

Así que era, efectivamente, el vecino de las denuncias.

—Señor Mo, ¿nos podría entregar más información sobre su reclamo? De lo contrario no podremos cerrar el caso.

Con un bufido de molestia, que le hizo ladear el periódico, y por ende mojar su cabeza, el vecino se encogió de hombros.

—Se escucha el ruido de una televisión.

—¿Algo más?

—¿Algo más? ¿A qué se refiere con «algo más»?

—Gritos, por ejemplo —contestó Minki con paciencia.

—¿Por qué habría gritos? —frunció las cejas—. Mi queja es sobre una televisión muy fuerte, no hablé de gritos.

—Hay pizarreños rotos —explicó Minki tras recibir una mirada de Sungguk.

—No sé nada de eso. Mi queja es por la televisión —insistió el hombre. El periódico ya se había empapado por completo, ahora las hojas se desarmaban sobre su cabeza—. ¿Esto es un interrogatorio, oficial? Porque si no lo es, entonces tengan el favor de autorizar mi retiro.

—Señor Mo, un momento —su amigo se le acercó unos pasos—. Dado que existió un reclamo por ruidos molestos y hemos encontrado el tejado roto, nos preocupa el bienestar de su

vecino. Son preguntas rutinarias.

El vecino bajó la voz y justificó su actuar con una simple oración:

—¿Bienestar? No se preocupen por él, es uno de esos monstruos.

Monstruos.

Minki había escuchado esa palabra durante gran parte de su vida.

Monstruos.

Su abuela había clasificado a los monstruos bajo su cama y a los que se querían meter en ella. También le había hablado de esos otros monstruos.

Se preguntó si las criaturas de ese hombre eran las mismas de su abuela. A *esa* clase de monstruosidades que el propio Minki pertenecía. *Esas aberraciones*, como le recordó ella las pocas veces que la vio.

Intentó no pensar en ello, estaba trabajando. Había hecho un juramento de proteger a todas las personas, incluso a aquellas que lo odiaban por ser lo que era. Así que, al percatarse de que Sungguk iba a moverse, levantó su brazo por delante de él.

El señor Mo observó a su amigo, luego a él. Su atención se quedó a la altura de su cinturón, como si intentase descubrir lo que escondía debajo de la ropa. Tras ello, arrojó el diario al suelo y sujetó la manilla.

—Dije todo lo que sabía. Buenas noches.

Sin darles tiempo para detenerlo, cerró la puerta. La noche parecía muda, el silencio apenas se interrumpió con el sonido del bloqueo del cerrojo.

Frustrado, Sungguk se quitó la gorra para sacudirla y se la colocó de inmediato. La lluvia se puso más intensa. Ahora las gotas salpicaban en los charcos y mojaban la parte baja de sus pantalones.

—¿Por qué siempre durante los días lluviosos ocurren los casos más extraños? —cuestionó Sungguk, mientras volvían a la casa misteriosa y golpeaba por quinta vez.

—No van a abrir —aseguró Minki.

Su vista estaba centrada en los pizarreños quebrados.

Como era una avenida de un sentido y sin vereda, con el coche patrulla ya estaban obstaculizando la pista. Para no destruir posibles evidencias, Minki le pidió que retrocediera y diera la vuelta en otra parte a un automóvil que se acercaba.

—Sé lo que quieres hacer —divagó Sungguk. Se había sentado de copiloto. Mantenía la puerta entreabierta para conversar con él—. Y te recuerdo que eso es invasión de morada.

—Lo dices como si fuésemos novatos.

—Dejé de ser rudo y malote —se burló Sungguk de sí mismo—, ahora soy un *bad boy*, *bad boy*.

Minki puso los ojos en blanco.

—Espero impaciente el día que te canses de esa canción.

—Eso no pasará, hazte a la idea.

Como se había distraído, Minki le hizo un gesto hacia la casa.

—¿Y? ¿Qué dices?

—Soy un padre preocupado que no puede ser amonestado, de lo contrario me amarrarán a una oficina y eso consume mi alma. Y no quieres que Daehyun se quede sin mí.

—También soy un padre preocupado —protestó Minki, su vista fue otra vez hacia la casa. Tenía la cadera apoyada contra el automóvil, por lo que podía sentir la humedad colándose entre las capas de ropa—. ¿Pero no eras un *bad boy*? Seguir las leyes no te convierte en uno.

Escuchó que su amigo tamborileaba el plástico de la puerta, sus uñas raspaban la zona. La lluvia continuaba sin dar tregua. Supo que Sungguk se había rendido a su idea al oírlo soltar un gruñido.

—Lo haré si ambos fingimos demencia y no lo registramos en la ficha de inspección.

—¿Escalas tú o yo? —propuso Minki.

Sungguk clavó la mirada en su vientre.

—¿Para qué preguntas si sabes la respuesta? Lo haré yo.

Tras salir de la patrulla, Sungguk se metió otro par de guantes en el bolsillo. Ambos caminaron por el costado izquierdo de la muralla, para así no estropear el tejado de la derecha donde podría haber evidencia. A continuación, Minki posicionó una rodilla en el piso y dobló la otra pierna para improvisar un escalón. Cuando Sungguk se apoyó en su muslo para saltar y afirmarse de las tejas sobre el muro, ensució con barro su pantalón azul.

Los años como padre le estaban menguando el físico a su amigo, porque a este le costó mantener el equilibrio.

—La puerta de la casa está abierta —anunció Sungguk desde las alturas. Hubo una pequeña pausa donde Minki percibió que su postura se ponía rígida—. Pasó algo aquí.

—¿Qué ves?

Sungguk se quitó la gorra y la llevó al pecho, la lluvia le empapaba el cabello.

—Hay mucha sangre en la entrada.

Lee Minki recordó otra tarde de lluvia de hacía siete años. En aquella oportunidad, la historia había comenzado con una denuncia por malos olores que los llevó a descubrir a un joven, de diecinueve años, encerrado en el ático de una vivienda.

En el presente, Jong Sungguk lo observaba esperando instrucciones, porque con aquel caso había aprendido a escuchar a sus superiores antes de aventurarse en una nueva denuncia. Se había colocado la gorra, por lo que parte de su rostro quedó ensombrecido. A pesar de eso, Minki podía divisar sus labios apretados mientras permanecía sentado sobre el tejado, con cada pierna colgando por un lado de la pared.

Consideró si debía pedir refuerzos, lo que conllevaría interrumpir el descanso legal de alguno de sus compañeros. Siendo el mayor de ambos, y también quien estaba a cargo, le tocó a Minki tomar una decisión:

—¿Puedes saltar al interior de la casa? —preguntó.

Su amigo examinó el antejardín. Asintió con decisión, a la vez que se levantaba con algo de torpeza. Quedó en cuclillas sobre las tejas, una de ellas crujió en protesta. Sungguk se quitó los guantes para mejorar el agarre y, colgándose del zinc, se perdió al caer al otro lado de la muralla. Minki escuchó su queja y su resoplido pesado.

—¿Estás bien? —alzó la voz.

Unos zapatos aplastaron un charco.

—Creo que ya no tengo las rodillas de antes —respondió Sungguk—. Ser padre me ha quitado puntos de juventud.

Minki golpeó la puerta para llamar su atención.

—Abre —pidió—. Y no te olvides de los guantes.

—Lo sé, señor —ironizó su compañero.

Oyó un crujido metálico, que se asemejaba a un pestillo oxidado. Segundos después, se abrió la puerta y apareció Sungguk. No tenía la gorra, debía haberla perdido en la caída. Minki lo hizo notar.

—Espero no haya caído en el charco de sangre —dijo al ingresar a la casa y juntar la puerta tras él.

El antejardín era estrecho, no más ancho que la estatura de una persona promedio. La casa tenía un único piso. Blanca, con dos ventanas hacia el frente y una puerta que permanecía abierta. Adentro, una cueva negra. Y justo en la entrada, una mancha alargada que se perdía en el interior. Con su linterna apuntó el charco. Color carmesí. Todo indicaba que alguien, con una herida profunda, había sido arrastrado para posteriormente ser alzado en brazos, ya que en el suelo quedaban unas gotas grandes de sangre. La lluvia había deslavado parte del rojo, así que podría estar malinterpretando la abundancia de la sangre.

Se llevó una mano a la boca para pedirle silencio a Sungguk, quien había recuperado su gorra. Ambos sacaron su arma de servicio, le quitaron el seguro y la sostuvieron manteniendo la linterna sobre la culata.

—Sungguk, a la izquierda —ordenó con un gesto de barbilla.

Su amigo asintió.

Rodearon el charco para no pisarlo. Al ingresar a la casa, Minki marchó a la derecha y su compañero en sentido contrario. El piso de madera crujía bajo sus pisadas. Existía un único sofá de dos cuerpos poco usado y una mesa de centro junto a una televisión.

Encontraron más rastros de sangre.

No había indicios de haberse llevado a cabo una riña física. Los muebles no estaban desacomodados. Un florero de porcelana blanca permanecía intacto sobre la mesa de centro, los lirios a punto de marchitarse. Al fondo, dos puertas. El rastro de sangre apuntaba hacia la derecha.

Sungguk se colocó delante de él y lo empujó con el brazo para que se fuera a la otra entrada. Minki negó con un gesto seco y prosiguió su camino. Avanzó de forma suave, agudizando el oído por si captaba algo extraño. Lo único que escuchaba era la lluvia contra el tejado.

Le dieron un vistazo rápido a la cocina, también sencilla y pequeña. No existían más que muebles contra la pared y, en el centro, un contenedor de plástico donde había restos de un *kimchi* a medio hacer. Había otra puerta al fondo del cuarto, el rastro de sangre venía desde esa dirección.

Avanzó.

Llevaban tantos años como compañeros que, al captar unos pasos a su espalda, supo que era Sungguk porque su tobillo tendía a crujir cuando caminaba de forma ligera. Su amigo se adelantó e ingresó primero a la última habitación.

Era un baño.

Y en la ducha se marcaban aún las gotas de sangre en la cerámica.

Sungguk encendió la luz. Minki tuvo que pestañear para acostumbrar sus ojos a la repentina luminiscencia.

—No hay nadie en casa —anunció Sungguk, mientras le colocaba el seguro a su arma y la guardaba otra vez en su cinturón. Minki lo imitó.

—¿Qué encontraste?

—Un cuarto aseado, nada más.

—Tendremos que llamar a los detectives —dijo Minki analizando por segunda vez el cuarto de baño. Notó que las cortinas de plástico estaban rotas en las argollas, alguien se había sujetado a ellas.

Regresaron a la cocina. Sungguk también encendió la luz.

—Al menos no será a nosotros a quienes se les extienda el turno —bromeó Sungguk—. Daehyun me cobra quince mil wones cada vez que llego tarde. Si sigo así, se me irá todo el dinero de las horas extras.

Solo para sentirse útil, porque sabía que los agentes revisarían hasta el último recoveco, le echó un vistazo a las encimeras por si encontraba algo relevante.

—Debería hacer eso con Jaebyu, a ver si así deja de hacerle el trabajo a su jefa —comentó Minki.

—Tú también haces horas extras —lo defendió Sungguk.

—Pero menos que él —rio sin humor—. En cualquier momento los mellizos me van a preguntar si tienen un solo padre.

A un costado del lavamanos, había un set de madera para guardar cuchillos. Faltaba el del medio. Le sacó una foto.

—Pensé que habían acordado que Jaebyu haría menos turnos dada tu condición —observó Sungguk.

No era que Minki estuviera enfermo, aunque podría catalogarse así. Al menos los vómitos habían finalizado.

—Digamos que no estamos en el mejor momento de nuestra relación —evadió el tema. No quería hablar de ello, sobre todo porque no quería aceptar que, el amor de su vida, el hombre del que llevaba enamorado una década, lo evitaba. Así que decidió barrer sus problemas bajo la alfombra y fingir que nada ocurría.

Así duele menos, pensó con pesimismo.

Sungguk también le sacó una fotografía al set de cuchillos y prosiguió haciendo imágenes y videos del resto de la casa. La lluvia al fin cesó. El único ruido externo era de las gotas que golpeaban el suelo desde la canaleta.

—Ya lo superarán —Sungguk lo tranquilizó. Se le acercó para darle un golpe en la cabeza que no fue para nada delicado—. Solo está preocupado.

—Vaya manera de demostrar su preocupación —se quejó Minki—. Tiene mucho sentido dejar de hablarle a alguien porque estás preocupado por ese alguien. No lo sé.

—¿Qué puedo decir? —Sungguk se encogió de hombros, estaba concentrado grabando la sala de estar—. Somos estúpidos, no nos pidas más de lo que podemos dar.

—Estúpido serás tú —contestó avanzando hacia la sala de estar donde encendió la luz—. Jaebyu nunca lo ha sido.

Al no saber cómo defenderse, Sungguk dio un aplauso que resonó en aquella cáscara.

—En fin, ya hice videos, ahora podemos llamar a los detectives.

En el instante que ambos se voltearon hacia la entrada, captaron el crujido metálico de la puerta principal y una cabeza desapareciendo tras ella. La persona corrió hacia la calle, Minki reaccionó de inmediato.

—¿Minki...? —jadeó Sungguk.

Dio un salto para evitar el charco de sangre. Al salir, escuchó el rugir de un motor y el aroma del caucho contra el cemento. Corrió hacia la patrulla, que todavía permanecía con las luces encendidas y la puerta de copiloto abierta. Se posicionó tras el volante y puso en marcha el auto, a la vez que Sungguk saltaba al otro asiento. Su amigo alcanzó a afirmarse de la guantera cuando apretó el acelerador hasta el fondo. Al doblar a la izquierda en la primera intersección, sintió el manubrio pesado. A los metros se divisaba una camioneta de trabajo, su uso era muy común por esa área de la ciudad. No tenía matrícula.

Tras soltar el acelerador para estabilizar el automóvil, Minki se abrochó el cinturón de seguridad.

—¿Crees que sea el responsable? —cuestionó Sungguk. Había descolgado el intercomunicador y buscaba la frecuencia correcta.

—Demasiado sospechoso que haya escapado, ¿no crees?

—10-0, 10-0 —cantó Sungguk en la radio—. *Solicitamos 10-1. Patrulla 615 en persecución de camioneta sin matricula, modelo Hyundai Porter H100. Se asiste a denuncia por ruidos*

molestos, encontrando evidencias de un posible secuestro. Sangre en casa y sin indicios de cuerpo. Sospechoso escapa por Palgeocheonseo-ro hacia el norte.

Minki había cursado una asignatura de conducción profesional en la academia. Como sufría apego por la adrenalina, hacía unos años, le había prometido a Jaebyu ser menos temerario, razón por la cual era Sungguk el que mayoritariamente conducía.

No quiero perderte, le había dicho esa tarde.

Apretó el acelerador con fuerza. Después de todo, no había sido Minki quien rompió primero su promesa.

Como todavía sentía el manubrio pesado y con tendencia a desviarse hacia un costado, quitó el pie del acelerador y apretó el freno al tomar una curva. Sintió el pedal suelto. Tuvo que hundir el pie hasta el fondo para lograr disminuir la velocidad. Los frenos debían tener agua, así que bombeo el pedal de forma corta, rápida y consecutiva para secarlos. Entonces, captó el color rojo en el panel: estaba encendido el ícono del líquido para frenos y el aviso de que tenía un neumático desinflado. Comprobó la presión de las ruedas, la delantera derecha marcaba apenas 15 PSI.

Llevó la mano a la palanca de cambios para intentar frenar con ella. Soltó una maldición alta.

—¿Pasa algo? —quiso saber Sungguk.

Minki apretó nuevamente el freno hasta el fondo.

—Es automático —gruñó.

—Sí, renovaron las camionetas hace unos meses —dijo Sungguk como si no hubiese sido Minki el que firmó la recepción del nuevo automóvil.

Odiaba el sistema automático, le daba menos control sobre el coche.

—Ajusta tu cinturón —avisó Minki.

La patrulla empezaba a perder velocidad al no mantener el pie sobre el acelerador, en tanto la camioneta blanca ganaba distancia. Sungguk la apuntó con ambos brazos, todavía sostenía la radio en una mano.

—¿Qué haces? ¡Se aleja!

Manióbró con mucho cuidado la siguiente curva. Se imaginó que la camioneta no iba a tomar la carretera, ya que lo volvería más visible cuando ya les había ganado distancia.

—Alguien bombeó el líquido para frenos y nos pinchó una rueda —comentó Minki con sencillez. El velocímetro marcaba los sesenta kilómetros—. El auto no está frenando bien porque no tenemos líquido suficiente y tampoco puedo controlarlo por la rueda sin aire, así que no nos pondré en peligro.

Sungguk posicionó un brazo sobre la guantera para sujetarse.

—10-34. Patrulla 615 se retira. Líquido de frenos manipulado por terceros y rueda pinchada.

—10-4 —contestó quien parecía ser Eunjin, el jefe de ambos—. Patrulla 611 en camino. ¿Lesionados?

—Negativo.

—10-10, patrulla 615.

Los sacaron de servicio.

Sungguk no alcanzó a apretar el comunicador antes de que llegara el último mensaje.

—¿Cómo un civil logró manipular el líquido para frenos si el capó se abre desde el interior? —no hubo respuesta por su parte—. Ya veo. Resguarden la escena mientras llegan los

detectives, después los quiero en la división completando la ficha de inspección. Sin protestas, oficial Jong. No vuelvan a cometer otro error.

La patrulla logró frenar casi por completo, todavía manteniendo la velocidad base de los coches automáticos. Tras apretar el freno a fondo y con fuerza, Minki logró detenerla. Cambió de inmediato a *parking*, apretó el freno de mano y apagó el motor. Quedaron estacionados a un costado de la calle, la camioneta blanca ya había desaparecido en la distancia.

Minki golpeó el volante frustrado.

—Se te quedó la patrulla abierta, ¿cierto? —cuestionó Sung-guk con expresión burlesca.

—Fuiste tú quien dejó la puerta entreabierta —se quejó Minki.

—Por eso te eligieron jefe, para evitar que yo cometa este tipo de errores.

—Ser padre no te ha hecho madurar nada.

La sonrisa de Sungguk dejaba al descubierto sus dientes delanteros, que eran algo más grande que el resto.

—Solo me ha quitado horas de sueño —fue su respuesta—. Además, igual nos habían pinchado la rueda, no habríamos llegado mucho más lejos.

Minki dio un largo suspiro.

Esta vez, cuando se bajaron para regresar a la escena del crimen, Minki se aseguró de que las puertas de la patrulla estuvieran cerradas; también activó la alarma a pesar de que no servía de nada pues la rueda ya se había desinflado por completo. Por fortuna la lluvia menguó hasta convertirse en una ligera llovizna. Tardaron un poco más de diez minutos en regresar, pero fue tiempo suficiente para cometer un segundo error.

Lo primero que captó fue un ligero aroma a queroseno junto a madera chamuscada. Con las manos escondidas dentro de los bolsillos de su chaqueta, alzó la barbilla.

¿Un incendio?

Frente a ellos se alzaba una columna de humo negro. Sungguk reaccionó más rápido que Minki y salió corriendo a tal velocidad, que su gorra se voló con el viento y cayó olvidada al suelo. Él casi la pisó tras salir de la impresión y perseguirlo.

Al doblar en la siguiente cuadra, se encontraron con el desastre.

La misma casa que habían examinado hacía apenas media hora, ardía. La puerta de entrada estaba abierta de par en par, debido a tres estanques de plásticos aparentemente vacíos que comenzaban a chamuscarse por el calor. Eran bidones de combustible.

A parte de eso, no había mayor indicio de terceros.

Mientras Sungguk corría hacia el edificio de cinco pisos para evacuarlo, Minki llamó a los bomberos. Un carro iba en camino. Sungguk desapareció, de seguro recorría los pisos de la residencia para despertar a la gente.

Fue a la casa de al lado. Golpeó la puerta con los puños.

—¡Incendio! ¡Se debe evacuar la zona!

Sentía las manos adormecidas cuando finalmente salió el señor Mo, quien mantenía su pijama bajo el abrigo. Lucía molesto al recibirlo.

—¿Por qué...?

Debió captar tanto el olor, como el rugido del fuego arrasando la tela y la madera. Abrió mucho los ojos al mismo tiempo que tensaba la mandíbula.

—¿Viven más personas con usted, señor Mo? —preguntó Minki.

El hombre miró a su lado, luego el resto de la cuadra donde se divisaba el edificio de cinco pisos.

—Yo... no, no —balbuceó apuntando hacia el interior—. Pero mis cosas...

Minki lo sujetó por la espalda y lo incitó para que avanzara a la calle. No podía permitirle regresar por sus pertenencias. El señor Mo no forcejeó. Se movieron hacia el otro lado de la berma, ganando poca distancia al ser una avenida estrecha.

Con los minutos, la calle se atestó de personas desorientadas que abandonaban sus hogares.

Minki no se percató de que se había quemado las manos hasta una hora después del altercado. La zona había sido clausurada con cintas amarillas. Los detectives esperaban que los bomberos terminasen su labor para constatar si quedaban evidencias rescatables tras tal desastre. Sentado en una de las patrullas con la calefacción al máximo, Minki sintió la picazón en las manos. Al

examinarlas, las encontró irritadas en la palma. En algún momento había agarrado algo caliente que le chamuscó la piel.

—Iremos al hospital para que te curen eso —anunció su jefe desde el asiento del piloto. Yeon Eunjin parecía molesto. Aunque sus superiores aún no lo citaban, era cuestión de tiempo para que las reprimendas llegaran; probablemente aparecerían cuando los detectives entregaran su informe al siguiente día.

—Debemos completar la ficha del caso —musitó Minki sacudiendo la cabeza. Estaba algo mareado, sentía además el pecho pesado.

Ambos se ubicaban en los asientos traseros. El alumbrado público, junto a las patrullas, iluminaban su rostro tan sucio como cansado. Minki debía tener una apariencia similar. Casi sin energías para mantenerse erguido, terminó apoyando la cabeza en el hombro de su amigo. Sungguk le acarició el cabello, la patrulla olió a quemado.

—Mañana nos encargaremos de esos problemas —aseguró Eunjin, a pesar de que los tres sabían que dos de ellos serían amonestados y suspendidos por unos días, y el tercero recibiría una llamada que lo responsabilizaría de los errores cometidos esa noche.

—Está bien —aceptó Minki.

—¿Jaebyu está de turno? —quiso saber Eunjin tras encender la patrulla y ponerse en movimiento.

Como su jefe lo comprobaba a través del espejo retrovisor, Minki cerró los ojos y se encogió de hombros. Fingió que no sabía, aunque la realidad era que tampoco lo tenía claro. En el pasado, Jaebyu le habría llamado o enviado un mensaje para contarle que ya estaba en casa. Ahora nada.

Su reloj de pulsera sonó anunciando la medianoche. Era el recordatorio para llamar a su madre y preguntarle si los mellizos ya dormían. Con movimientos pesados, se apartó de Sungguk para sacar su teléfono. Las palmas le ardieron al sostener el aparato.

—Ya salió en las noticias —anunció su madre al contestar. Ahn Taeri siempre había sido una persona práctica—. Los mellizos duermen, no te preocupes.

Afirmó con un gruñido. Ya estaban cerca del hospital.

—Mamá, ¿Jaebyu...?

—No ha regresado, llamó para decirme que su turno también se extendió.

Sigue evitándome, pensó Minki con pesimismo.

—Está bien —de igual forma contestó—. Llegaré tarde, lo siento mucho.

—No hay problema —aseguró ella.

En el pasado sí lo había sido.

—Gracias —dijo y cortó.

Su madre y él habían estado sin hablar por más de un año. Y a pesar de la media década transcurrida desde dicho evento, algunas veces el resentimiento se convertía en un malestar presente. Probablemente su madre sentía lo mismo, lo cual explicaría por qué era tan permisiva con sus cambios de turno.

Eunjin estacionó en el aparcamiento de emergencias del hospital. Una vez en la sala de espera, Minki observó lo sucio que Sungguk se encontraba por el hollín. Se preguntó si él se vería igual o peor.

Su jefe les indicó que tomaran asiento mientras él registraba el ingreso. Sungguk se acomodó cerca de las puertas abatibles. Minki lo siguió. No veía a Jaebyu por ningún lado.

Bastó que se quitara la gorra de policía, dejando al descubierto su cabello rubio tinturado, para que el guardia se les acercara con una expresión preocupada.

—Oficial Lee —lo saludó inclinándose hacia él a pesar de que era mayor—, ¿asistió el incendio de hoy?

Minki comprobó de nuevo las puertas.

—Sí.

El señor Kim se giró para seguir el rastro de su mirada.

—¿Busca a Jaebyu? Lo vi hace poco en el box tres. Espéreme un momento, iré por él.

Si bien alcanzó a negar con la mano, el señor Kim no se percató y desapareció tras las puertas. A los pocos segundos, Eunjin se les acercó leyendo una hoja con aire distraído.

—Hay pocos pacientes, los atenderán pronto —aseguró.

Entonces, unos pasos apresurados y el ruido de las puertas. Frunciendo los labios, Minki alzó la barbilla sabiendo con quién se encontraría. Incluso en las peores pesadillas era capaz de distinguir el sonido que hacían contra la baldosa esos horribles zapatos de plásticos que usaba Jaebyu. Esos mismos Crocs verdes, que su novio se esmeraba en renovar cuando se rompían, se detuvieron a unos pasos de él.

—¿Querido...?

Jaebyu se veía tan preocupado como desconcertado. Tenía unas ojeras amoratadas que combinaban con su traje verde oscuro de enfermero. Su cabello negro, que últimamente lo había vuelto a llevar largo como cuando lo conoció, lo tenía apartado de su rostro con una coleta desordenada.

A pesar de la década que llevaba saliendo con él, a Minki le dio un vuelco al corazón percibir su aroma tan característico. Parte de su enojo se esfumó cuando Jaebyu acortó la distancia y le sujetó el rostro por la barbilla, sus pulgares le acariciaron las mejillas.

—¿Qué sucedió? —quiso saber Jaebyu, después se corrigió—. ¿Estuviste en el incendio?

—Estuvimos —interrumpió Sungguk clavando el codo en las costillas del enfermero—. Gracias por preocuparte por mi salud.

Jaebyu chasqueó la lengua, pero no se apartó de Minki. Continuó acariciándole la línea de la barbilla con cuidado, sus ojos parecían atentos a sus gestos.

—Estoy bien —aseguró Minki.

—Tiene quemaduras en las manos —informó Eunjin—. Quizás inhalaron humo.

La caricia bajó hacia sus brazos. Jaebyu le tomó las muñecas y posicionó sus palmas hacia arriba. Su boca se frunció al examinar la piel rojiza.

—Vamos al box cinco —pidió Jaebyu. En tanto, a Sungguk le hizo un gesto de barbilla—. Y tú al box seis. ¿Daehyun sabe que estás aquí?

—Espero que Dae esté en su quinto sueño —pidió Sungguk, tosiendo—. Así que no voy a despertarlo por un poco de... —se ahogó con su propia voz— humo.

Con un tirón suave, Jaebyu le pidió a Minki que se pusiera de pie. Al hacerlo, le rodeó la cintura con el brazo, la punta de sus dedos le acariciaron sobre la ropa húmeda. Parecía un gesto inconsciente.

También costumbre.

Era el reflejo de la rutina de una pareja que llevaba junta más de una década.

Once años, para ser más precisos.

—¿Puedes caminar? —preguntó Jaebyu.

—¿Que si puedo todavía patearte el trasero? —bromeó Minki, de pronto nervioso—. Por supuesto que sí.

Jaebyu soltó una sonrisa que supo a alivio. Sintió su beso en la frente.

—Querido, estás helado.

—Tengo la ropa húmeda.

Antes de cruzar las puertas abatibles, Minki se despidió de Eunjin. Su jefe le tocó el hombro con cariño.

—Que te hagan una ecografía, por las dudas.

La mano de Jaebyu dejó de sujetarle la cintura.

Minki se movió ansioso, asintiendo con rapidez hacia Eunjin. No esperó a Jaebyu para ingresar al box cinco. Sungguk se desplomó en la camilla de al lado, lo atendió una de las enfermeras de turno, cuyo nombre no recordaba.

Las cortinas se cerraron alrededor de su camilla, había sido su novio. Lo vio colocarse los guantes, así que Minki tomó asiento en la cama quitándose los zapatos. El par cayó al suelo con un golpe seco, dejando dos huellas de barro en la cerámica.

En silencio, Jaebyu le tocó la barbilla. Minki abrió la boca y le permitió que le revisara la garganta. A lo lejos podía captar la voz de Sungguk respondiéndole a la enfermera y asegurándole que estaba bien, que su cara de sueño se debía a su hijo y no a que había inhalado humo.

—Llamé a mamá hace un rato, los niños están bien —contó Minki cuando su boca estuvo liberada—. Me dijo que también habías llamado.

—Siempre hablo con los niños antes de que se duerman —recordó Jaebyu. Su atención estaba en una mesa de utensilios, donde sacaba gasa y suero fisiológico para limpiarle la piel. No era una quemadura grave, apenas sentía dolor.

—¿Y mi número se borró de tu teléfono?

Con expresión desconcertada, Jaebyu movió una silla giratoria con la rodilla. La dejó frente la camilla y tomó asiento en ella. Acercó el carro con el pie y lo puso entre ambos.

—No —dijo y le limpió las manos.

Minki tenía ganas de llorar. Últimamente siempre quería hacerlo, sobre todo si Jaebyu estaba cerca.

—¿Me seguirás ignorando? —susurró Minki con dolor.

Jaebyu le estaba aplicando una crema para aliviar la irritación. Evitó su mirada al responderle.

—No lo estoy haciendo.

—¿Entonces qué es todo esto? —exigió—. ¿Qué significan tus horas extras y que tus turnos coincidan con mis días libres? ¿Mera casualidad?

El enfermero desplazó el carro metálico hacia un costado. Todavía con la barbilla baja, se quitó los guantes y los lanzó a la basura. Minki lo esperó impaciente.

—Tampoco es casualidad.

—¿Admites que me estás ignorando?

—¿Podemos no hablar de esto aquí? —suplicó.

Minki lo sujetó por la muñeca para que no pudiera huir. Jaebyu se soltó de él cuidando no ser brusco.

—Llamaré a Obstetricia —avisó.

—Juju —lo llamó para captar su atención.

—Te harán una ecografía para asegurarnos de que todo está bien.

Sin darle una segunda mirada, Yoon Jaebyu se marchó.

Sus interacciones nunca habían sido así de tensas, ni tristes. Jaebyu y él se habían conocido hacía unos once años cuando Minki recibió una clase de defensa personal demasiado ruda. Por ese tiempo, él apenas llevaba un año en la academia y se había enamorado de uno de sus compañeros de clase.

Sin embargo, ese día de prácticas, odiaba tanto a su compañero que podría fácilmente aniquilarlo con la mirada. Nunca nadie lo había hecho sentir tan miserable como ese chico. Minki todavía sentía ganas de llorar cuando se recordaba desnudo en aquella cama, mientras intentaba cubrirse con las sábanas blancas. Porque ese chico que alzaba el mentón con arrogancia, aunque también con una inocencia que lo hacía cuestionarse su propia versión de la historia, era la misma persona que se había recostado a su lado en aquella cama estrecha y le pidió que se marchara porque quería dormirse temprano.

Lo odiaba.

Pero más se detestaba a sí mismo por haber cedido, recogido su ropa del suelo y haberse ido sin protestar.

Por suerte, había recuperado parte de su dignidad. Y no iba a permitir que también lo avergonzara en esa colchoneta, donde era Minki el que siempre ganaba.

Alzando los puños a la altura de su barbilla, se ubicó frente a él. Eran rodeados por los gruñidos y quejas del resto de sus compañeros que seguían entrenando. La mirada de Jongin se arrastró por su cuerpo, su ceja inclinándose en interrogación cuando llegó a su rostro.

—Estabas desaparecido —dijo de forma casual.

La ira se sintió como lava en su estómago.

—Comencemos con esto.

En respuesta, Jongin lo observó como si se hubiera vuelto loco.

—Pero qué intenso...

El golpe que le dio Minki fue directo a su rostro. Jongin alcanzó a esquivarlo haciéndose hacia un lado, pero no calculó bien y su pie aterrizó fuera de la colchoneta. El profesor lo reprimió gritándole que a la siguiente falta sería sacado del circuito y, por tanto, reprobado. Su compañero hizo crujir los hombros y recuperó su posición frente a él.

Lanzó un segundo golpe, su puño tocó la mandíbula de Jongin mientras este lo tiraba al suelo tras un toque en sus tobillos. Luego, el chico se posicionó sobre él y le enterró algo más que la rodilla en su espalda baja.

—No seas tan sensible —le susurró al oído—. Tú fuiste el que me buscó.

Minki intentó zafarse haciendo presión para levantarlo. Sus piernas lograron enganchar los muslos de Jongin en una llave que lanzó a su compañero a la colchoneta. Pero Jongin nunca soltó el agarre en su brazo. Su hombro estalló de dolor.

—Tranquilízate —dijo Jongin.

—¡No me digas que me calme! —gruñó, rodando por la colchoneta hasta ponerse de pie. Su brazo izquierdo no reaccionaba.

Minki alcanzó a dar una patada que dio directo en la entrepierna de Jongin cuando alguien lo sujetó por la cintura. Intentó soltarse, no obstante, el dolor en su hombro fue tan intenso que tuvo que cerrar los ojos, calmarse y apretar los dientes. Había empezado a sudar frío.

—¿Duele mucho? —escuchó que le preguntaba la persona que lo afirmaba. No era una voz familiar, debía ser alguien menor que él.

—Suéltame —pidió Minki.

—¿Intentarás golpearlo?

Su profesor ya corría hacia ellos para ver qué sucedía.

—No te importa.

Minki movió su brazo derecho hasta estrellarlo en el estómago del chico, quien jadeó producto del codazo.

—No te soltaré hasta que te tranquilices.

—Estoy calmado —aseguró respirando con irregularidad—. Soy la calma hecha persona.

El profesor de defensa personal se detuvo a un costado de Jongin, quien se recuperaba del dolor afirmándose la entrepierna.

—¿Qué sucedió? —cuestionó, su atención fue al brazo izquierdo de Minki que colgaba en una extraña posición.

—Un error de cálculo —replicó Minki.

Jongin se puso de pie todavía inclinado por el dolor.

La cintura de Minki fue liberada. Más tranquilo, aunque todavía enojado, fue a encarar a quien lo había sujetado. Era un chico vestido con uniforme escolar. A unos metros de ellos, se ubicaba un grupo de estudiantes. ¿Era real? ¿Lo había detenido un adolescente sonriente? Estaba harto de esas visitas mensuales del jardín de niños.

—Minki, ve a la enfermería —ordenó su profesor—. Y ruega para que ese hombro no necesite cirugía.

—Si quieres puedo ayudarte —se ofreció el estudiante que, si la memoria no le fallaba, era dos o tres años menor. Minki lo conocía de lejos, habían compartido uno que otro recreo en la escuela. Se llamaba Junghwan, Sungguk o algo así, no le interesaba recordarlo.

—¿Me ves cara de lisiado? —replicó.

—Veo la cara de alguien que se dislocó el hombro —contestó el chico.

—Estoy bien, no moriré.

Dos horas más tarde, no estaba seguro de eso. Sentado en una silla plástica y pequeña ubicada en la sala de emergencias de uno de los hospitales de Daegu, se mordía las uñas con nerviosismo. Hospitales.

Lee Minki siempre los había detestado. También odiaba todo lo referente a ellos, es decir, las pastillas, las jeringas, las férulas y, principalmente, los doctores. Por tanto, ir al hospital por zafarse el brazo, no era una aventura que considerase divertida.

Ni amena.

Ni siquiera interesante.

Sobre todo porque la academia de policías donde Minki estudiaba se ubicaba en el centro de Daegu, pero lo habían llevado a un hospital localizado en otro distrito.

Estaba de malhumor y se iba a permitir estarlo. Por eso, cuando apareció un joven que aparentaba su misma edad, vestido con un traje verde claro, que indicaba que estaba realizando el

internado de enfermería, Minki se puso de pie de un brinco y se le acercó. Frenó a un metro, posicionando su brazo bueno sobre la mesa de la recepción. Esperó a que lo mirara. El estudiante de enfermería estaba concentrado en unas hojas sujetas a una tabla metálica.

Perdiendo la poca paciencia que le quedaba, tosió con brusquedad. Lo observaron unos ojos oscuros, y no demasiado grandes, que quedaron escondidos detrás de un flequillo azabache. Tras ello, el chico dejó la tablilla metálica bajo su brazo.

«Yoon Jaebyu, residente de enfermería», leyó en su credencial. Bajo ella colgaba un prendedor con hojas plastificadas de variados colores.

—¿Puedo ayudarte en algo? —cuestionó el enfermero.

Minki se rio con poco disimulo.

—Hola, mi nombre es Lee Minki —dijo, de pronto había recuperado el buen humor—. ¿Me darías tu número de teléfono?

Del puro agotamiento, Sungguk se durmió en la camilla. Se había quitado la chaqueta mojada y los zapatos, pero los pantalones los seguía teniendo puestos. La tela húmeda y manchada por el barro dejó hecha un desastre la sábana blanca. El chico tenía la boca entreabierta, por donde se le colaba un hilo de saliva. Además, dormía de una forma extraña con las manos anudadas sobre el pecho y el cuerpo recto. Parecía un muerto.

La sala de emergencia estaba tranquila, ellos dos habían sido los únicos afectados por el incendio.

Pasadas las dos de la mañana por fin lo fue a buscar una de las compañeras de su novio. Se llamaba Kim Somi. Ella volvió a cerrar las cortinas alrededor de su camilla. Su voz fue tranquila y amable.

—El doctor Choi ya viene en camino —le informó a Minki. Por fortuna, Choi Namsoo había sido el compañero de casa de Sungguk por unos dos años. Lo conocía, y siempre venía bien una cara amigable en circunstancias tan desagradables.

Minki asintió, su atención se desvió hacia la rendija de la cortina que le permitía observar el mesón central. Jaebyu había regresado a la sala y leía algo en su celular. No supo por qué eso lo puso tan triste. Se llevó las manos al estómago. Algo debió haber visto en su expresión, porque Somi sonrió con un atisbo de tristeza.

—Si gustas podemos ir a una habitación privada.

A pesar de que insistió que podía caminar solo, Somi fue por una silla de ruedas y lo ayudó a sentarse en ella. Jaebyu levantó la cabeza apenas escuchó el ruido metálico de las cortinas deslizándose.

—¿Ya llegó? —quiso saber. Guardó el celular y se acercó sin apartar la vista de Somi.

—Vamos a una de las salas —explicó ella.

Jaebyu se posicionó detrás de su silla.

—Yo lo llevo, no te preocupes —dijo.

Salieron de emergencias y transitaron por un largo pasillo. Llegaron al ascensor. El silencio fue incluso más denso al interior de esa bóveda metálica. Subieron un nivel, seguido de otro.

Continuaron por un largo pasillo hasta que Jaebyu se detuvo frente una puerta cerrada. La habitación estaba a oscuras. Jaebyu encendió las luces y después lo llevó hasta la camilla, al costado se ubicaba un ecógrafo.

—Puedo solo —informó Minki cuando Jaebyu intentó ayudarlo.

Se puso de pie y tomó asiento en la cama alta. Ahora usaba una bata de hospital que se abría por detrás. Sus pies quedaron colgando por un lado.

—Puedes irte si quieres, no tienes que obligarte a estar aquí.

Jaebyu se masajeó el puente de la nariz. Parecía contenerse para no responderle lo que realmente pensaba en ese momento.

—Para mí nunca ha sido una obligación estar a tu lado —respondió al final—. Lo hago porque así lo quiero.

—Mientes. Sé que no quieres estar aquí, no finjas.

Minki vio a su pareja tragar saliva. Tras dudar unos instantes, Jaebyu tomó asiento en la camilla. Al lado de sus pies desnudos quedaron colgando esos feos Crocs verdes. Su novio acomodó sus manos nudosas —de dedos largos y delgados, bellos y diestros— sobre sus propias rodillas. Las acariciaba con un gesto nervioso. Estuvo casi un minuto pensando lo que iba a decir. Jaebyu siempre medía sus palabras cuando estaba enojado, porque ser criado por dos padres que no hacían más que gritarse, lo condicionó a vivir con apego evitativo porque era incapaz de expresar de forma correcta lo que sentía.

Jaebyu, además, era de los que no levantaban la voz, se contenía por miedo a descontrolarse y arrasar con todo a su paso. Su manera de enojarse nunca se manifestaba con palabras hirientes, sí con mutismos impuestos. Cuando discutían, si Minki no lo buscaba para conversar, podían pasar días sin hablar.

Así que esperó con paciencia, a pesar de que las ansias se le atascaban en la garganta. A diferencia de Jaebyu, él era del tipo de persona que hería y después pensaba. Y, en ese momento, Minki quería quemar a Jaebyu con la misma intensidad que quería llorar hasta dormirse.

Por eso, nunca esperó que Jaebyu fuese a hablar más que responder. Mucho menos esperó que dijera eso.

—No lo quiero —fueron sus sencillas e hirientes palabras.

Y Minki sintió que algo se rompía dentro de él.

Hacía una década, Minki había pensado que la voz de Jaebyu era bonita. Aunque sonaba rasposa era cálida, modulada, calma y atenta, a pesar de que sus palabras, al igual que las dichas en el presente, no estaban siendo para nada amenas.

—No —había contestado el residente de enfermería a su solicitud—. ¿Algo más en lo que pueda ayudarte?

¿Acababa de ser rechazado?

—Creo que no me entendiste —Minki tuvo la osadía de parecer aún más idiota.

—Pediste mi número y dije que no —especificó el enfermero con tranquilidad. Había vuelto a agarrar la ficha e intentaba estudiarla mientras le hablaba—. Ahora, si me disculpas, tengo pacientes.

¿Acabo de ser rechazado? Sí, pensó observando a Yoon Jaebyu desaparecer tras las puertas abatibles que separaban la sala de espera de Urgencias. *He sido rechazado.*

Fue humillado por segunda semana consecutiva, ¿ahora se iba a convertir en rutina? Esperaba que no, porque no le agradaba esa sensación.

Tampoco sabía gestionarla.

Así que, entre todo lo ridículo que podía hacer, eligió la peor opción.

Sus piernas se pusieron en movimiento. Cruzó a Urgencias y alcanzó al enfermero, cortándole el paso con el cuerpo. Con un gesto de barbilla se apuntó el brazo, que mantenía sujeto al pecho gracias a una banda amarrada al cuello.

—¿Eres ciego además de idiota? —cuestionó irritado. Las cejas de Yoon Jaebyu apenas se alzaron un milímetro—. Estaba bromeando contigo, no te creas tanto. Te hablé más bien porque tengo el hombro dislocado —el chico no reaccionó, así que continuó con un hilo de voz—. Y, verás, llevo esperando dos horas.

—Ok —dijo Jaebyu.

Genial. Su orgullo yacía a sus pies como un monstruo pisado y derrotado.

—Quisiera saber cuándo me van a atender —prosiguió con la humillación.

—Dentro de dos horas —contestó el enfermero con voz seca.

Yoon Jaebyu se dirigió a una camilla ocupada y desapareció tras la cortina.

Minki no solo quedó como un tonto en medio de la habitación, sino que además estorbaba. Tras casi ser aplastado por una silla de ruedas, una enfermera mayor le pidió que regresara a la sala de espera.

—Hay casos más graves que atender —informó la mujer cuando Minki se atrevió a quejarse.

Sonrojado, por la rabia que se mezclaba a ratos con la vergüenza, regresó al otro cuarto y tuvo que buscar un nuevo puesto, porque incluso le habían quitado el asiento.

Y esperó.

Y siguió haciéndolo mientras se comía las uñas y no apartaba la vista del corredor que llevaba a emergencias. El enfermero Yoon reapareció un par de veces en la sala. Voceaba un nombre, esperaba a la persona, o lo trasladaba en silla de ruedas sino podía moverse, y se marchaba.

La escena se repitió en un espiral infinito. A Minki le supo a milenios.

En su octava aparición, el enfermero llevaba la mitad del rostro cubierto por una mascarilla, quedando expuesta su astuta y cansada mirada. Continuó mordisqueando su dedo. Jaebyu llamó a alguien. Entonces, Minki saboreó el metal en la boca. Alejó su mano. Un hilo escarlata descendió por su dedo medio. Se había hecho una herida con los dientes. Sintió que se iba a desmayar.

Porque otra cosa que Lee Minki no toleraba era su sangre. No la ajena, ni la de sus familiares, ni de sus amigos. La suya, solo la suya.

Los músculos le temblaron.

Debió emitir un chillido de pánico, porque su vista se fue a negro. Sintió que su cuerpo colisionaba con una silla antes de caer al suelo.

—Otra vez tú —escuchó una queja.

Debía ser el enfermero, quien alzó la voz pidiendo una camilla. A los pocos segundos, levantaron a Minki y lo colocaron en ella. No podía abrir los ojos, su mano buena temblaba contra su pecho.

—Estarás bien —era la rasposa voz de Yoon Jaebyu—. Tranquilo.

Hubo un ruido metálico que debían ser las cortinas del box cerrándose. Intentó mirar al enfermero, pero su vista aterrizó en su mano ensangrentada. Percibía que iba a desmayarse de nuevo. Su lengua se sentía inútil y pastosa en la boca.

Una mano enguantada se posó en su frente, a la vez que le tomaban su brazo bueno y le rodeaban con una huincha que se apretaba a cada bombeo.

—90 sobre 60 —leyó Jaebyu.

Minki tragó saliva e intentó abrir los ojos, manteniendo su atención sobre el techo iluminado para evitar otro posible desvanecimiento.

—Débil —logró balbucear.

—¿Débil? —cuestionó Jaebyu—. ¿Es por el dolor de tu hombro?

Ojalá tuviera una razón lógica que explicara lo que le ocurría. La realidad era que su madre lo había fabricado con muy poco cariño, estaba repleto de defectos ridículos.

—No —susurró en respuesta, porque la enfermera de la academia le había dado una dosis de tramadol tan alta que o lo mataba o lo dejaba en las nubes. Por suerte ocurrió lo segundo.

—Sangre —explicó Minki.

—¿Sangre?

¿Iba a repetir todo lo que...? Su pensamiento se esfumó al sentir unas manos palpándole el abdomen, de paso subiéndole la camiseta para examinarlo. Minki reaccionó de inmediato. Llevó su brazo bueno a la cintura.

—¿Qué haces? —chilló.

La atención de Jaebyu fue de él a alguien que estaba junto a ellos. Era una enfermera de edad muy avanzada, debía ser la jefa y profesora de Yoon Jaebyu.

—Necesito revisarte para saber qué pasa —explicó Jaebyu.

—Ya lo viste —dijo Minki—. Es mi hombro y —alzó la mano— mi dedito.

El chico parecía incrédulo.

—¿Esa es la herida que tienes?

Sonrojado, Minki se rascó el costado de la nariz. La enfermera a cargo soltó una risa seca.

—Lo siento, salí defectuoso —fue su pobre excusa—. Me desmayo si veo mi propia sangre. Jaebyu miró a su profesora, luego de nuevo a él.

—¿Es una broma?

—Sé que es ridículo pero no lo puedo controlar. Nací así, encárcelame por eso.

Por segunda vez consecutiva, Jaebyu miró a la enfermera antes de responder.

—Tienes una camiseta de la academia de policías.

—Sí, ¿y qué?

—Eso quiere decir que serás un oficial dentro de nada.

—Ya, ¿y?

—¿Qué piensas hacer? ¿Desmayarte cada vez que salgas herido en un enfrentamiento?

—Ese es mi problema, no tuyo. Ahora, ¿podrías verme el hombro? Que el analgésico dejará de hacer efecto y no quiero sentir dolor.

Jaebyu sacudió la cabeza tras dar un largo suspiro repleto de incredulidad.

—No he dormido lo suficiente para soportar esto —musitó. Después, desapareció tras las cortinas dejándolo con la enfermera a cargo.

—Debería darle una lección de comportamiento —lo acusó Minki—. Yo le reduciría el sueldo a la mitad. Si no le pagan porque es todavía un estudiante, lo reprobaría.

—Tal vez se lo haga ver cuando haya descansado un poco —debatía la mujer.

—No lo excuse. A mí también me ha tocado estudiar sin dormir y al otro día sigo siendo un hada del bosque —insistió Minki.

La enfermera alzó las cejas mientras se colocaba los guantes y preparaba suero para mantenerlo hidratado.

—¿Por cuarenta y ocho horas seguidas?

—¿Cuarenta y ocho? —repitió sin entender.

—Pregunto si has pasado más de cuarenta y ocho horas seguidas sin dormir.

Sacudió la cabeza, desconcertado.

—Eso es imposible y va contra el Código del Trabajo.

—Entonces deberías comenzar un sindicato para el personal del hospital.

No se atrevió a debatir, por lo que se limitó a apartar la mirada cuando la enfermera le inyectó el suero a la vena. Al finalizar y quitarse los guantes, ella se acercó a las cortinas.

—Llamaré a traumatología para que coloquen ese hombro en su posición.

—Disculpe —la llamó Minki antes de que se fuera—. ¿Podría decirle a...? ¿Podría disculparme con el enfermero?

Ella asintió.

—De todas formas le voy a reprobar el examen.

Si de algo podía estar seguro era de que Yoon Jaebyu iba a recordarlo con odio el resto de su vida.

Yoon Jaebyu comenzó a llorar a su lado. Con las manos todavía afirmando sus rodillas, que Minki sabía eran huesudas, había cerrado los ojos y emitido un pequeño gemido contenido. Tras ello, no pudo aguantar por más tiempo las lágrimas. Jaebyu nunca lloraba. Las veces que lo hizo siempre fueron por Minki y los mellizos, nunca cuando correspondían a una situación propia.

No lloró cuando murió su madre.

Tampoco cuando su padre la siguió a los meses.

Se mantuvo tranquilo, siempre tranquilo.

Y ahora no era así.

—Yoon —susurró Minki acomodando su mano sobre la suya. No se apartó, sin embargo, con su brazo libre se cubrió el rostro. Supo que continuaba llorando por el temblor en sus hombros.

Deseó que su amigo, el doctor Choi, se demorara un poco más, porque, cuando llegara, Jaebyu volvería a ocultar sus sentimientos bajo una pila de quehaceres sociales sobre ser una pareja correcta y un padre incluso mejor.

—Juju, ¿qué sucede? —preguntó a pesar de que entendía la razón—. ¿Qué es lo que está tan mal? Podemos intentar solucionarlo, lo sabes, ¿cierto?

Jaebyu dejó caer el brazo con el que se estuvo escondiendo. Tenía la piel enrojecida y la vista caída. Sus pestañas cortas estaban húmedas por las lágrimas no derramadas pero, al pestañear para aclarar su vista, estas cayeron como gotas de lluvia sobre su pantalón verde oscuro.

—Se siente como una pesadilla —confesó al fin.

—¿Pesadilla? —farfulló Minki.

Y repleto de dolor, Jaebyu confesó lo que lo estaba torturando hace semanas. Hacía tres, para ser más precisos; desde el día en que Minki —con tan poco tacto y cariño— le confesó que pronto serían cinco.

—No quiero una familia más amplia, te quiero a ti. Te necesito bien —se corrigió de inmediato mientras lo contemplaba con tristeza—: Te necesitamos bien. Los niños y yo te necesitamos, Minki... te necesitamos más de lo que imaginas.

Con su mano sobre la de Jaebyu, tragó saliva y movió los pies desnudos en el aire. No dijo nada porque no parecía necesario, iba a interrumpir más que ayudar, por lo que aguardó con paciencia a que el chico tomara aire para continuar.

—¿Qué haré si te llega a pasar algo? Minki —al escuchar su nombre, ladeó la barbilla para observarlo. Los ojos de Jaebyu estaban caídos en las esquinas, al igual que su boca. Se miraron unos instantes. El labio de su novio tembló al hablar—. Todavía no entiendes lo enamorado que estoy de ti.

Minki sacudió la cabeza con suavidad y sin apartar la vista.

—Lo sé —dijo, asintiendo—. Créeme que lo sé.

Jaebyu sonrió con tristeza, su mano le tocó la barbilla con cariño.

—No, no tienes la menor idea.

—Yoon ...

—Tú sabes que amo a los niños —lo interrumpió con suavidad.

—Lo sé.

La mano de Jaebyu se acomodó sobre su cintura.

—Y sabes que también voy a amarlo.

Minki comenzó a llorar.

—Lo sé —respondió con un temblor.

—Pero ahora tú estás primero.

Minki cerró los ojos con fuerza. Y dijo lo incorrecto, lo que la sociedad no aceptaba. Dijo lo que nadie diría, lo que algunos pensaban pero tampoco confesarían, lo que otros incluso repudiarían. Dijo algo que supo a maldad porque así se lo hicieron ver siempre.

Dijo, entonces, su verdad:

—Te prometo que me escogeré si tengo que decidir.

Y Jaebyu respondió con otra verdad que también sabía irreal.

Preguntó, entonces, con desesperación:

—¿Me lo prometes?

Y Minki intentó sonreír, aunque no fue una emoción que llegara a sus ojos. Porque cuando se tenía que decidir en base a dos cosas horribles, escoger la menos terrible no iba a hacerte sentir mejor.

Iba, quizás para siempre, a saber a pecado.

A incorrecto, a pesar de que era lo contrario.

—Te lo prometo.

El residente de enfermería lo odiaba, no había espacio para la duda. Lo supo en el instante que la enfermera mayor abandonó el box porque, antes de que Minki alcanzara a apoyar la cabeza contra la almohada para descansar, la cortina se abrió de un tirón. Al otro lado apareció Yoon Jaebyu con expresión molesta, definitivamente ya se había enterado de que había reprobado el examen por su culpa.

—Quizás —comenzó Minki con las manos sobre el vientre, muy complacido consigo mismo—, podría hablar con tu profesora para que no te repruebe, siempre y cuando me atiendas bien lo que resta de jornada.

El chico frunció las cejas.

—¿Reprobarme?

—El examen —lo apuntó con arrogancia—. Tu profesora me lo confesó.

Jaebyu terminó de acomodar las cortinas contra la pared.

—No estoy rindiendo ningún examen —informó.

—Entre más pronto aceptes tus derrotas, más pronto podrás superarlas —aconsejó.

Como respuesta recibió un tono cortante.

—Lo que digas. ¿Algo más que necesites?

—Sí, cierra las cortinas —pidió—. Estaba tranquilo en mi privacidad.

—No.

—¿No? —jadeó de forma muy inteligente.

—Necesitamos vigilarte por si te mueres.

—¡Tu ética profesional es pésima! —gritó Minki.

Alejándose Jaebyu le hizo un movimiento de mano para restarle importancia a sus palabras. Refunfuñando para sus adentros, Minki quiso cruzarse de brazos hasta que se dio cuenta de que solo reaccionó uno de ellos. Olvidaba que el otro aún lo tenía medio muerto contra su pecho.

A los pocos minutos, en la sala de Urgencias apareció una mujer que llevaba las mangas de la bata arremangadas. Su credencial en el bolsillo indicaba que era una doctora especialista en Ortopedia y Traumatología.

—Hola —dijo de buen humor—. Me avisaron que me esperaba un hombro dislocado.

—Ojalá tuviera mejores noticias —ironizó Minki.

—Amo reposicionar brazos. Un hombro dislocado siempre será para mí una buena noticia.

Por eso Minki odiaba a la gente que trabajaba en los hospitales, todos estaban locos.

—Me invade una felicidad aplastante.

Antes de colocarse los guantes, la doctora cerró las cortinas.

—Y, dime, ¿cómo te lastimaste? —quiso saber. Al acercarse, le bajó el respaldo a su camilla para que quedara recostado.

Tragó saliva.

El ataque de pánico comenzaba a mostrar sus síntomas: el primero fue el cierre de su garganta. Para distraerse, Minki puso atención a las cortinas deseando que apareciera el

enfermero malhumorado. Después, intentó contar las planchetas del cielo e imaginó cómo sería su vida si se quedara con un solo brazo funcional.

Se rio nervioso, su espalda sudaba.

—¿Cómo te zafaste el hombro? —insistió la doctora al no recibir respuesta.

—Golpeé a un compañero en la entrepierna —confesó— y no me di cuenta de la posición de mi brazo.

—Imagino que se lo merecía.

—No sabe cuánto.

Ella le sonrió con amabilidad.

—Espero que él haya quedado en peores condiciones.

—Mi orgullo no me permite responder eso.

Ambos rieron. Más relajado, se enderezó en la camilla cuando la doctora se lo solicitó. Con cuidado, ella cortó la venda que sujetaba su brazo contra el pecho. También le quitó el suero conectado a su vena.

—Eres de la academia de policías —dijo ella al leer el logo de su camiseta—. ¿Por qué no te encajaron el hombro allá? Esto les ocurre con frecuencia.

Minki carraspeó.

—Soy un paciente difícil.

—¿Difícil?

—La enfermera no pudo conmigo —la doctora alzó las cejas. Minki intentó excusarse—. Digamos que usted necesitará algo de ayuda.

—¿No te gusta el dolor? —indagó en el problema.

—No, no, o sea, sí. O sea, claro que no me gusta, ¿a quién sí? Pero me dieron una dosis alta de tramadol y no siento nada.

—Eso hace el procedimiento aún más sencillo.

La doctora le estiró el brazo colocando la palma contra su bíceps para mantenerlo quieto y en la posición deseada. Apenas sintió que la tensión se acumulaba en su hombro, la pierna de Minki se alzó y pateó la canilla de la doctora.

—¡Lo siento, lo siento, no fue a propósito! —jadeó con angustia y dolor, sufrimiento y terror—. Le dije que soy un paciente difícil.

La doctora se acarició el sitio del golpe. Parecía meditar si debía arriesgarse una vez más. Decidió resguardar su integridad física, porque asomó la cabeza entre las cortinas para buscar a alguien.

—Ey, tú, interno, ven a ayudarme —ordenó.

¿Cuántos enfermeros en turno podría tener la sala de emergencias ese día? Al parecer apenas uno, ya que ingresó al box el odioso Yoon Jaebyu. Sus ojos, que resaltaban gracias a la mascarilla, inspeccionaron la situación.

—¿Otra vez tú? —suspiró Minki.

Jaebyu lo ignoró y se puso al lado de la mujer.

—Doctora, ¿en qué puedo ayudarle?

Cuánta cortesía en un cuerpo tan antipático.

—Trae vendas.

No fue hasta que el estudiante regresó con el pedido y que la doctora le solicitó a Minki mantener las piernas juntas, que entendió lo que iban a hacerle.

—¡Esperen, esperen! Tampoco soy tan complicado —balbuceó con gran inteligencia.

—No puedo quedarme sin canillas —dijo la doctora.

Con resignación, Minki estiró las piernas frente a él. Fue Jaebyu al que le tocó vendarlo hasta dejarlo como un mitológico tritón. Más bien, un tritón de hospital.

—Ahora necesito que le sujetes el brazo derecho —pidió la doctora al alumno.

El chico hizo caso antes de que Minki pudiera protestar o prepararse para otro ataque. Aunque lo hubiera intentado, no lo habría conseguido porque le dio un ataque de risa histérica y apenas entendía sus propias palabras.

—Les juro que no necesito mi brazo izquierdo para vivir —ofreció en sacrificio.

—Tranquilo, tardaremos menos de un minuto.

Minki comenzó a sudar, su corazón se aceleró al punto que sentía cada latido enloquecido.

—Pero será el peor minuto de mi existencia.

—No lo será —insistió ella, palpando su hombro con concentración—. Estás con analgésicos.

—Lo sé, lo sé, pero yo... —su voz murió cuando la doctora le alzó el brazo y lo alineó para que quedara perpendicular a su cuerpo—. No, no, no, no, esperen, ¡esperen!

La doctora aflojó el agarre, Jaebyu no.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó con mucha paciencia.

Minki tomó una larga inspiración.

—Necesitaba respirar antes.

—Puedes seguir respirando mientras te posiciono el hombro —informó la doctora.

Quiso intentarlo de nuevo, sin embargo, Minki se echó hacia un lado. Se aferró al enfermero con su brazo bueno y, como pudo, se escondió detrás de él.

—Soy un cobarde terrible —admitió sin vergüenza.

—Te convertirás en policía —debatía Jaebyu.

—No me lo tienes que recordar. Ya tengo suficiente con mis pensamientos invasivos.

La situación era un poco irónica, porque no era sencillo postular para ser policía. Existían tres formas para serlo, Minki había ingresado por el camino tradicional: realizando un examen, conformado por una prueba escrita, una práctica y una entrevista. Y a pesar de ser un miedoso terrible y tenerle fobia a su propia sangre, lo aceptaron con la mayor puntuación: un A⁺. Si bien no estudiaba en la Universidad de la Policía Nacional de Corea, ya que se ubicaba en otra ciudad, tenía sus méritos. Sobre todo porque el año pasado había superado el entrenamiento de alta intensidad, donde muchos de sus compañeros dimitieron; le tocó incluso subir una colina completa en cuclillas.

Pero el enfermero no parecía verlo de esa forma.

—¿Cómo lograrás ayudar a la gente si te da miedo y te desmayas con tu sangre?

—¡No lo sé! —temblaba tanto que sus dientes castañearon—. Ese es un problema del Minki del futuro. Mi yo del presente es un cobarde que no sabe por qué postuló a la academia.

Eso era una mentira, lo sabía a la perfección.

Lo hizo por la estabilidad económica que daba ser policía al estar categorizado como un funcionario público, pero mayormente lo hizo por su madre. Porque necesitaba ser útil cuando su expareja regresara buscando dinero, quien jamás cumplió sus promesas de mejorar pero sí sus

amenazas. Y él había jurado que regresaría por más. Por eso Minki *debía* ser policía. Tenía que serlo, por mucho que lo asustara.

—No creo que seas cobarde —dijo Jaebyu, sacándolo de sus pensamientos.

El enfermero había cambiado de posición para mejorar el agarre del brazo, en tanto la doctora palpaba sus músculos de la axila.

—¿No lo soy? —quiso saber con un nudo en la garganta.

La expresión de Jaebyu fue más amena.

—Por lo menos no lo fuiste al pedir mi número.

Su boca alcanzó a formar una sonrisa antes de que se frunciera de dolor. Su brazo fue encajado en su hombro con un movimiento certero.

—Creo que me voy a desmayar —masculló.

Y, en efecto, su mente se fue a negro.

No reaccionó hasta que la doctora ajustó una venda tras su cuello. Recién entonces notó que su mejilla se encontraba apoyada contra una camiseta verde claro que olía a medicamentos y desinfectante de hospital. Sus piernas caían por un costado de la camilla, ya se las habían desatado.

—Quedó perfecto —aseguró la doctora quitándose los guantes y tirándolos a la basura—. Durante dos semanas tendrás que ocupar un cabestrillo.

Y siguió una larga explicación de los ejercicios que tendría que hacer por su cuenta. Por supuesto él se limitó a asentir fingiendo que entendía las instrucciones, aunque le sonaban a ruido blanco.

—Jaebyu, quédate con el paciente un rato más, después puedes proseguir con tu rutina —ahora se dirigió a Minki—: Si la molestia persiste luego de dos semanas, regresa para examinarte.

Tras completar y firmar una ficha con el procedimiento, la doctora se marchó con una inclinación de cabeza. Las cortinas quedaron cerradas.

—¿Te duele algo? —preguntó el estudiante pocos segundos después.

Minki todavía percibía un cosquilleo irritante en la nuca. A pesar de eso, negó.

—Entonces me iré —anunció Jaebyu—. Tengo a más pacientes por atender.

Cerrando los ojos, se recostó en el enfermero con más confianza.

—Dame unos... minutos —balbuceó con dificultad.

Zafándose de su agarre, Jaebyu se puso de pie, se quitó los guantes y el cubre boca y los lanzó al tarro de basura.

Al dirigirse a las cortinas que separaban el box, Minki lo alcanzó a sujetar por la parte posterior del traje.

—Espera, me falta algo.

Jaebyu se armó de paciencia.

—¿Sí? ¿Qué cosa?

—Tu número de teléfono.

El chico quedó tan desconcertado que terminó soltando un bufido que se mezcló con una risa. Sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Puedo irme ahora?

—Con una condición.

—Si vuelves a pedir mi número —agregó Jaebyu con tono cortante—, llamaré a seguridad para que te saquen por acoso.

Minki abrió los ojos de par en par.

—Estás bromeando, ¿cierto?

Jaebyu elevó la voz, su boca en un gesto malévolo.

—¡Seguridad!

A pesar de su deplorable estado, Minki se puso de pie de un salto.

—¡No puedes hacerme esto! —exclamó—. Soy de la academia de policía y podrían expulsarme.

¿Podrían? No tenía ni la menor idea. Demonios, eso le pasaba por ser un idiota que ocupaba el libro de protocolo como posavasos.

Jaebyu apartó las cortinas.

—No quieres tentar a la suerte.

Las aletas de la nariz de Minki se inflaron en indignación.

—Me odias, ¿cierto?

—Para odiarte tendrías que ser importante en mi vida.

Un golpe habría dolido menos.

Minki enfiló hacia la recepción. Después, frenó.

—¿En serio ibas a llamar a seguridad?

Recibió una sonrisa que dejaba unas encías al descubierto.

—¿Quieres averiguarlo?

—¿Me darías tú...?

Pero Yoon Jaebyu ya se había marchado.

Era insoportable.

Minki esperaba no tener que cruzárselo nunca más en la vida.

Por fortuna no fue así.

Jaebyu había dejado de llorar, pero no por eso Minki se sintió mejor. El ánimo entre ellos era triste y denso, repleto de malentendidos que ninguno sabía cómo comenzar a solucionar. No obstante, común en su relación, fue Minki el primero en hablar:

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Porque convertiste un momento privado en un circo.

Durante días, Minki se sentiría angustiado por aquella confesión de Jaebyu.

Semanas.

Como también meses.

Pero lo asumiría en silencio, porque una relación nunca sería un 50/50. Algunas veces era un 60/40, también un 70/30, incluso un 10/90. Y ellos fallaban en su relación porque siempre querían dar lo mejor para el otro.

Y no siempre era posible.

Así que Minki aceptaría un 70/30, porque llevaban semanas con el porcentaje invertido. Se convenció de que podía asumirlo, que podía lograrlo, que podía ser él quien sostuviera la relación en pie porque Jaebyu merecía derrumbarse. Y estaba bien.

—Juju.

—¿Sí, querido?

Ambos se miraron.

—¿Todavía estás con nosotros?

Aquella era la forma que tenía Minki para preguntar si la situación tenía solución, si había alguna posibilidad de mantener a la familia y su relación unida. Era, además, su manera de decirse «te amo, no me he rendido contigo».

Recibió un beso corto en los labios.

—Siempre —susurró Jaebyu contra su piel.

Estaban bien.

Estaban perfectamente bien, pero, cuando los relojes marcaron las tres de la mañana, el doctor Choi Namsoo acomodó el cabezal del ecograma en su vientre y anunció lo que ambos habrían deseado no escuchar.

—Hay latido.

Y ahí comenzó su peor pesadilla.

Sungguk se ubicaba en la camilla frente a la suya. Al incorporarse dejó los pies —cubiertos por unos calcetines de blanco percutido— suspendidos. Si bien todavía parecía desorientado por el sueño, al menos ya no daba la impresión de estar a punto de derrumbarse, a pesar de que sus ojos seguían de un rojo intenso. Su cabello estaba revuelto y tieso a la altura de la nuca, ya que se había mezclado el hollín del incendio con la lluvia formando una pasta oscura. Minki, por su lado, había regresado a su uniforme de policía. Ambos esperaban que les dieran de alta para regresar a casa.

Justo cuando Minki iba a proponerle a su amigo que llamara a Daehyun para no preocuparlo, el celular de este vibró. Sungguk leyó la pantalla y cerró los ojos con gesto adolorido.

—Alguien descubrió que todavía no he llegado —anunció.

—Saluda a Daehyun por mí —pidió Minki.

A pesar de que ambos sabían que Daehyun tendría el celular en altavoz y muy cerca de su oído para poder captar sin errores la conversación, Sungguk levantó la voz.

—Hola, mi amor —hubo una pausa, Sungguk frunció los labios—. Sí, mira, verás. Primero, Minki manda saludos. Segundo, hubo un incendio... más bien, hubo una denuncia y luego un incendio —dejó de hablar para oír lo que le respondía—. Estoy en el hospital... no, no, nada grave, estoy bien, pero Eunjin me obligó a que me revisaran la garganta porque aspiré humo... no, no, estoy bien, te lo juro, es Eunjin siendo un jefe que no quiere que lo demanden. ¿Ahora? Sigo en el hospital. Te juro que estoy bien, me quedé dormido... no, no fue por el humo, fue porque Jeonggyu se desveló anoche. Sí, sí, te juro que estoy bien. Sí, estoy con Minki. Sí, pero... entiendo, pero... yo... —se alejó el aparato para hablarle—. Daehyun pide que tú conduzcas.

—Te obligó a preguntarlo, ¿cierto? —Minki se burló de él—. Te tiene en la palma de su mano.

Sungguk hizo una mueca antes de responderle a su pareja.

—Sí, mi amor, Minki irá a dejarme cuando nos den de alta. No me esperes despierto, estoy bien, lo juro. Llegaré tan pronto me lo permitan. Te amo.

Cortó acariciándose el puente de la nariz.

Antes de que cualquiera de los dos pudiera retomar la conversación, la tranquilidad de la sala de emergencias fue interrumpida por un gutural lamento. Frunciendo el ceño, Minki dirigió la mirada hacia las cortinas cerradas. Esa camilla había estado desocupada hasta hace un rato.

—¿Quién está ahí? —apuntó con un movimiento de barbilla.

Su compañero se encogió de hombros.

—No sé, llegó mientras dormía.

Otro lamento.

Unos pasos leves.

A continuación, la tela se mecía y apareció Eunjin. ¿Qué hacía su jefe en el hospital?

Sungguk tenía la misma expresión desconcertada.

Sin notarlos aún, o tal vez simplemente ignorándolos, Eunjin se dirigió donde la enfermera Somi y le dijo algo en voz baja. Antes de regresar al box, cruzó una mirada con ellos. Su rostro no delató sorpresa.

—¿Por qué siguen aquí? —les preguntó sosteniendo la cortina, lo que les permitía divisar quién se encontraba dentro del box. Había un hombre, que superaba los cuarenta años, sentado en la camilla. Llevaba ropa de oficina y estaba sucio con hollín, como si se hubiera revolcado en las cenizas de una fogata. O de un incendio. No obstante, Minki no lo recordaba entre los evacuados de la noche. ¿Habría llegado después? Así parecía.

—Esperamos el alta —respondió Sungguk ante su prolongado mutismo.

La atención de Eunjin fue hacia Minki.

—¿Todo bien? —quiso saber.

Supo el contexto de su pregunta.

—Sí.

—Qué bien —su jefe parecía aliviado. Inclino la cabeza hacia ambos y ellos le devolvieron el gesto—. Les estaré enviando una citación para que hablemos de *esto*.

Y desapareció tras las cortinas. El movimiento de la tela le permitió vislumbrar al hombre por unos instantes más. ¿Por qué había escuchado un sollozo si nadie estaba llorando?

No tuvo que pedir nada para que Sungguk actuara. Acomodándose con cuidado en la camilla, este se dejó caer de espalda para que su cabeza se ubicara cerca de las cortinas. Con la barbilla ladeada y la vista en el cielo, intentó escuchar una conversación que a Minki le llegaba imperceptible. Sungguk se quedó así hasta que estiró el cuello y su cuerpo se tensó. Le lanzó una rápida mirada.

—¿Qué pasa? —moduló Minki.

Le hizo un gesto con la mano para que esperara. Volvió a concentrarse en la charla, ahora con los ojos cerrados para agudizar el oído. Minki se tocó las rodillas y examinó los alrededores. En la habitación no estaban más que ellos.

De golpe, su amigo se enderezó y agarró su celular, que había olvidado a un costado de la almohada. A los pocos segundos, Eunjin salió del box. Este se apuntó los ojos, luego a las cortinas e hizo un gesto con su teléfono. Minki asintió. Su jefe se movió hacia el pasillo para contestar la llamada. Bastó que desapareciera para que Sungguk se incorporara y fuera hacia la otra camilla. Todavía sin entender a qué se debía el estado hiperventilado de su amigo, lo vio abrir las cortinas e inclinar la cabeza hacia el hombre, quien mantenía las manos unidas sobre el regazo; parecía sorprendido por la repentina interrupción.

—Hola, soy el oficial Jong —se presentó Sungguk—. Y él es mi compañero Lee Minki.

Se inclinó para saludarlo.

—Park Siu —respondió el hombre.

Sungguk vaciló un instante. Al parecer, buscaba ser amonestado por undécima oportunidad, porque Minki no lograba entender qué estaba haciendo o a qué quería llegar.

—Asistimos el incendio ocurrido esta noche en su hogar.

¿Su casa? Entonces...

Minki pensó en el rastro de sangre en el suelo.

El traje negro del hombre parecía intacto, no tenía indicios de costuras rotas, de tela tirante o de botones sueltos, nada que delatara algo fuera de lo normal. Lo único destacable era la parte

baja de sus pantalones que estaba sucia y mojada, el barro había estropeado la tela. Su camisa, que hacía juego con el traje, a pesar de encontrarse sucia, no estaba desacomodada, por lo que tampoco había señales de que el hombre hubiera recibido asistencia médica. Y si no estaba herido, entonces él no era el dueño de la sangre derramada. Pero si no era suya, ¿de quién?

—Lamentamos lo sucedido con su prometido Ryu Dan —continuó Sungguk.

¿Prometido?

Clavó su vista en las manos desnudas de Park Siu. Estaban oscuras por las cenizas, aunque no había rastros de sangre, como tampoco existía una argolla de compromiso.

—No más que yo —fue la escueta respuesta del hombre.

¿No parecía demasiado tranquilo?

—¿Nos podría indicar cuándo fue la última vez que lo vio? —pidió Sungguk.

Park Siu miró hacia el pasillo donde había desaparecido Eunjin. Minki pensó que no iba a responder, pero se llevó una gran sorpresa.

—En la mañana —informó—. Antes de irme a trabajar.

¿Trabajando en un feriado legal? Con su ropa de oficinista, no parecía tener un puesto categorizado como esencial. Antes de que Sungguk pudiera continuar, Minki lo interrumpió:

—¿En qué trabaja?

—Soy desarrollador de software —Park Siu pareció intuir el pensamiento de ambos—: Estoy haciendo horas extras, ya que no estamos cumpliendo con los plazos de entregas estipulados en un contrato.

—Está bien —intentó tranquilizarlo Minki, no le servía un testigo a la defensiva—. ¿Y habló con él durante el día?

Park Siu volvió a mirar el pasillo, se le empezaba a formar una ligera arruga entre las cejas. Por experiencias anteriores, Minki entendía que no quedaba mucho para que se negara a seguir cooperando.

—Solo mensajes —su torso se adelantó, tomando una postura de ataque—. ¿Seguirán interrogándome por cosas innecesarias cuando deberían estarlo buscando?

—Le aseguramos que todas las estaciones de policías, ubicadas a veinte kilómetros a la redonda, se encuentran notificadas y operativas —mintió Sungguk con gran habilidad—. Pero para que la búsqueda sea efectiva, ¿nos podría indicar alguna característica que nos ayude a identificarlo?

Park Siu pareció dubitativo, como si no estuviera seguro si, lo que iba a decir, fuera una información que pudiera revelar. O más bien, si era seguro contárselo a ellos.

—Ya entregué fotografías de él —contestó finalmente. Después, como si quisiera corregirse por su respuesta, se apuntó tras el codo—. Tiene una mancha de nacimiento aquí.

—Eso es bueno —complació Sungguk—. ¿Algo más?

—No sé qué ropa llevaba, en la madrugada lo vi en pijama —prosiguió, cada palabra salía con más seguridad—. Pero suele usar camisetas blancas anchas. Son sus favoritas.

—¿Algo más? —insistió Sungguk.

—Necesitamos que nos detalle cualquier característica física que pudiera ser relevante— intervino Minki—. Buscamos patrones, son lo más relevante en este tipo de casos.

El hombre se tocaba las rodillas con ansiedad, en tanto permanecía con los labios fruncidos. ¿Qué era lo que lo hacía dudar?

Minki se sentó recto en la camilla.

A menos que...

Tomando una larga inspiración, Park Siu por fin dijo lo que Minki temía.

—Él... Dan es uno de... es un m-preg.

M-preg.

Una palabra que parecía tan sencilla pero que contenía un tema tan controversial. Era la misma palabra que Minki intentó alcanzar durante su infancia y que ahora condicionaba su presente. Era curioso cómo una simple terminología podía definir una vida.

M-preg.

Minki era uno de ellos.

Un mal denominado m-preg.

Un *monstruo*, como diría su abuela.

Una aberración cuyo primer caso fue registrado en 1929. Había ocurrido en Daegu, justo en el hospital donde se encontraban en aquel momento. *Quizás hasta estuvo en esta sala*, pensó Minki. Fuera cómo fueran los sucesos reales, la historia hablaba de un hombre que había llegado a Urgencias con un abultado vientre y que murió unas horas más tarde por septicemia. En la autopsia descubrieron que presentaba órganos masculinos y femeninos, ambos desarrollados, y en este último portaba un bebé de seis meses de gestación.

A pesar de ser un caso de estudio, el episodio quedó en el olvido hasta el año siguiente cuando, también en Daegu, otro hombre con síntomas similares fue atendido por el único doctor en la ciudad. Así fue como el doctor Park ayudó a nacer al primer hijo gestado por un hombre. Lamentablemente, también tuvo un fallecimiento temprano, aunque gracias a sus vecinos que le dieron muerte a él y su hijo.

El siguiente caso se dio en Seúl tres años más tarde. Como las ecografías no existían, no quedó más que llevar a pabellón al joven que había llegado al hospital quejándose de fuertes dolores y con un abultado vientre. Su nombre era Kim Seungri y pasó el resto de su vida encerrado en un laboratorio, para terminar falleciendo por una infección sanguínea tras años de experimentación.

Pero no fue hasta 1954 que los embarazos masculinos se denominaron m-preg. Luego, en los años 2000, se clasificaron como una variante del tercer sexo: la intersexualidad, dado que eran personas que presentaban ambos órganos sexuales desarrollados y capaces de ser fecundados, aunque estériles en lo que a su órgano sexual masculino se refería.

En cuanto a la concepción, los m-preg sufrían una especie de ciclo que les permitía producir una hormona —denominada «preg»— con la capacidad de ayudar al cuerpo a generar una pequeña unión, ubicada sobre las vesículas seminales y la próstata, que permitía conectar el cuello uterino con el recto por unos segundos. No presentaban canal de parto y debido a la estrechez de sus caderas, el nacimiento debía ser concebido por cesárea; de lo contrario, el feto y el portador morían producto de una septicemia; lo mismo ocurría en caso de aborto espontáneo.

Lo curioso era que todos los casos provenían de la provincia de Gyeongsan, actual Corea del Sur. Por lo que se convirtieron para el país en los pequeños tesoros de Daegu.

Y digno de algo *nuevo* y *extraño*, la experimentación en ellos estuvo amparada por la ley hasta el 1 de junio de 2001, cuando se promulgó en Corea del Sur la Ley 19.734 que en su Artículo 1 modificaba el Código Penal, introduciendo el principal cambio: pena de muerte para

quien matase, violase y/o utilizase a un m-preg para fines científicos u otros derivados. Tras ello, el gobierno tardó al menos siete años que los laboratorios fueran clausurados y dejaran en libertad a los pocos m-preg que todavía se encontraban en confinamiento.

A pesar de las modificaciones en el cuerpo normativo, que por primera vez los protegía, los eventos y crímenes contra m-preg siguieron ocurriendo incluso dos décadas después. Porque ¿qué sucedía cuando algo se volvía escaso y extraño? Se convertía en algo *valioso*. Y pronto muchos descubrieron lo que podían ganar vendiéndolos.

Por ello, digno de un tesoro tasado y peligroso de poseer, algunos quisieron ocultarlos.

Mientras que a otros los obligaron a hacerlo.

Moon Daehyun, la pareja de Sungguk, era un doloroso recuerdo de ello. Su abuela lo había encerrado de por vida en su casa. Durante diecinueve años, todo lo que Dae conoció sobre la vida era lo que pudo ver a través de una ventana en el ático y lo que le enseñó la televisión. Su nacimiento jamás fue registrado, nadie supo de su existencia hasta que su abuela murió de un ataque al corazón y su cuerpo se descompuso en la cocina.

Al igual que esa noche, Sungguk y Minki habían sido solicitados para realizar una inspección de rutina. La denuncia, en principio, fue por malos olores. Al ingresar a la vivienda y encontrarse con el cuerpo de la mujer, habían captado un ruido proveniente desde el entretecho. Fue así como Sungguk se coló en el ático y lo encontró. Sordo por una meningitis no controlada, y silenciado por un mutismo selectivo, pasaron meses antes de que pudieran entenderse a la perfección.

Y toda esa vida de encierro debido a una sencilla palabra que tanto condicionaba.

¿Podían tomar, entonces, como una casualidad que la persona desaparecida fuera justo un m-preg?

La respuesta quedó clara cuando Park Siu tragó saliva, bajó la barbilla y confesó:

—Hay algo más —el hombre cerró los ojos con dolor y continuó—. Dan está embarazado.

A diferencia de Daehyun, a Minki no lo habían encerrado.

Se lo ocultaron.

Durante veintitrés años su propia familia le escondió quién era. Y no se lo dijeron hasta que tuvo un aborto espontáneo y casi murió por septicemia.

En aquellas noches donde no podía dormir, Minki se preguntaba si su madre se lo habría contado de no ser por el aborto que tuvo. Creía que no.

Después de todo, ¿quién podía asegurar que la familia siempre te mantendría a salvo? Porque, cuando se usaba el fin para justificar los medios, ¿dónde se ubicaba el límite?

Minki descubrió que, en su caso, estaba tan lejos que no lo veía.

En el pasado, cuando Minki todavía era estudiante, le prohibieron reincorporarse a clases hasta que le dieran el alta médica por su hombro dislocado. Ahí decidió que no necesitaba ser policía para ser feliz. Condicionado desde la infancia por las decisiones de su madre, bastó con llamarla para contarle que renunciaría a la academia para terminar de igual forma en el hospital.

A diferencia de su última vez ahí, la sala de emergencias se encontraba casi vacía. Minki podría haber sido atendido de inmediato, pero tenía pánico que le revisaran el hombro y le dijeran que necesitaba cirugía. Así que se paseó por los pasillos del hospital para retrasar su estresante realidad.

Recorrió el primer nivel, el segundo, el tercero y, finalmente, el cuarto donde se ubicaba la cafetería. El lugar también parecía desierto. La única mesa utilizada daba a una terraza con vistas al exterior. Su ocupante usaba un uniforme verde claro, debía ser un enfermero en práctica. Por supuesto, recordó al chico que lo atendió la vez anterior. Yoon algo se llamaba. *Señor Yoon*, lo recordaba en su mente.

Tras reconocer quién era el ocupante, sonrió e ingresó a la cafetería. En el mesón había unas bonitas mandarinas. Parecía ser una buena ofrenda de paz. Compró tres.

Al acercarse a la mesa notó que el enfermero observaba distraído el parque. Sus enormes ojeras habían desaparecido, se veía bastante recompuesto. Parecía de buen humor. Y se veía mucho más guapo.

Minki lo meditó un segundo; si lo hubiera pensado más tiempo, no lo habría hecho. Sin pedirle permiso, tomó asiento en la silla frente a la del enfermero. Dejó las tres mandarinas en la mesa.

—Mi ofrenda de paz —dijo como saludo. Ni siquiera mencionó quién era, porque, por supuesto, debía recordarlo.

La frente del estudiante se frunció, sus palillos de metal se posaron en la bandeja.

—¿Por? —fue su sencillo cuestionamiento.

—Por hacerte reprobar.

La mirada oscura del enfermero le recorrió el rostro y luego se dirigió hacia la ventana, como si considerara poco interesante su presencia.

—Nunca he reprobado nada.

Minki puso los ojos en blanco.

—Está bien, lo siento, herí tu orgullo. Ahora bien —siguió tras posicionar los codos sobre la mesa y cruzar las manos frente a su rostro—, ¿cómo has estado? Además de malhumorado.

El enfermero lo volvió a mirar.

—Disculpa, ¿nos conocemos?

Se sonrojó de manera furiosa, lo supo porque su cara ardía.

—¿Quieres morir?

—Particularmente, hoy no —dijo el estudiante.

—Vine hace un mes, ¿no me recuerdas?

Minki leyó su placa de identificación. Ah, se llamaba Jaebyu, Yoon Jaebyu. Moduló el nombre en su cabeza. Todavía llevaba colgando ese prendedor con hojas plastificadas de variados colores.

—No —dijo ese demonio de ser humano.

—Tú me atendiste —balbuceó a la rápida.

—Como a muchas otras personas —contestó tranquilo.

Frunció los labios en disgusto.

—Me zafé un hombro. Hoy regresé porque me sigue molestando y la academia de policía no me deja reincorporarme hasta que ustedes me den de alta.

El chico continuó imperturbable. En tanto jugaba con una mandarina, Minki refunfuñó:

—Hice un gran escándalo porque me desmayé al ver mi sangre.

Los labios del enfermero se estiraron en una mueca que en algo se asemejaba a una sonrisa.

—Ah, tú.

—¿Ahora me recuerdas?

—Por supuesto —aceptó Yoon—, pediste que me bajaran el sueldo y que me reprobaran.

—Por eso me disculpé y traje esto como ofrenda de paz —hizo rodar una mandarina por la mesa. Jaebyu la cogió antes de que cayera al suelo—. ¿Ahora estamos bien?

—No.

A pesar de su respuesta, se comió la fruta sin dudar. Minki deslizó otra por la mesa, el chico la recibió sorprendido.

—Soy una persona muy atenta, ¿no te parece, Jae-byu?

Pronunció el nombre con cuidado dándole atención a la pausa entre caracteres. Aun así, no recibió respuesta a su pregunta coqueta. Avergonzado, Minki se acomodó en su silla. ¿Ese sujeto no sabía cómo entablar una conversación?

—Así que te gusta el olor de las mandarinas —observó Minki de forma muy inteligente. No le gustaban los silencios.

—Me agradan los olores cítricos.

Por supuesto, tuvo que sepultarse a sí mismo y ocupó un sufijo informal que el enfermero no le autorizó a usar.

—¿Y te gusto yo, Yoon-ah?

Jaebyu se llevó un gajo a la boca. Sonreía, con disimulo, pero sonreía.

—No —respondió—. Y me llamo Jaebyu, no Yoon-ah.

—Que sepas que no seré rechazado una tercera vez, Juju —avisó Minki como si aquello pudiera convertirse en una amenaza.

—Tres —corrigió Jaebyu, ya se había terminado de comer la fruta—. ¿Y por qué Juju? ¿De dónde salió?

—¿Tres qué? ¿Quieres mis tres mandarinas?

—Te he rechazado tres veces, no dos.

—¿Cuándo sucedió tal barbaridad? —Minki deslizó la última fruta hacia el enfermero—. Y Juju es por Jaebyu, ¿no lo captas?

—La vez anterior me pediste dos veces mi número. Con esta, serían tres. Y es ridículo, mi nombre es Jaebyu, no Juju.

Más interesado, Minki puso la barbilla sobre sus manos anudadas. Por debajo de la mesa, rozó la pierna de Jaebyu como si fuera un accidente.

—Así que me recuerdas.

Los dedos largos de Jaebyu, que parecían los de un pianista, se quedaron paralizados en la mandarina.

—Los idiotas son fáciles de recordar —se excusó.

Minki sonrió con el orgullo recuperado.

—Te crees muy interesante pero conozco a los de tu clase, Yoonie.

—¿A otros enfermeros?

—A los que se hacen los difíciles.

Un gajo a la boca.

—Ajá.

—¿Pero sabes? Dejé en el pasado lo de enamorarme de hombres como tú.

Minki esperó con impaciencia alguna reacción que le permitiera identificar si Jaebyu era uno de ellos, pero este se llevó otro gajo a la boca muy tranquilo y soltó un simple:

—Ajá.

—En resumen, olvida que alguna vez pedí tu número.

—Hecho.

¿Podía odiar a alguien cuando se sentía tan atraído?

—Hecho —respondió tajante.

Jaebyu terminó por fin de comerse la última mandarina.

—De todas formas, es una pena, justo pensaba dártelo.

Minki se descompuso.

—¿Darme qué?

—Mi número —respondió Jaebyu agarrando su bandeja de comida y colocándose de pie. La dejó en una estantería y salió del comedor sin darle siquiera una última mirada.

Minki logró levantarse con torpeza. Agarró el resto de las cáscaras que quedaban en la mesa y las tiró en el tacho de basura orgánica. Se detuvo frente al contenedor. ¿Y si...? Se las llevó a la nariz. ¿En serio le gustaba ese aroma?

Comprobó si alguien lo observaba. A máxima velocidad, se pasó una cáscara por detrás de las orejas y las tiró a la basura. Partió corriendo detrás de Yoon-ah que ya alcanzaba las escaleras.

—Espera —pidió afirmándose en su brazo para no caerse tras derrapar en el suelo.

—En los hospitales no se corre por una razón —lo reprendió.

Minki tomó abundante aire.

—¿Cómo es eso que ibas a darme tu número?

Jaebyu comenzó a bajar las escaleras.

—Eso.

—Define «eso».

—Solo «eso».

—¿Pero qué es «eso»?! —jadeó a su lado, intentaba no quedarse atrás—. Si pido tu número, ¿me lo darías?

El enfermero se encogió de hombros. Habían llegado hasta las puertas abatibles de la sala de espera.

—Averígualo —lo retó agarrando una ficha médica que le tendió una mujer tras el mostrador.

—No preguntaría si entendiese tu plan. Verás, soy bueno en muchas cosas, como con las manos, pero mi cerebro no avanza tan rápido.

Jaebyu apoyó el codo en el mueble a la vez que leía la información.

—Entonces, hazlo.

—¿Besarte?

—Preguntar —corrigió el chico sin inmutarse.

Minki frunció el ceño, ¿ese tipo no se alteraba nunca?

—¿Esto es un juego mental? Porque aviso que soy nefasto en ellos.

Después de firmar uno de los papeles, Jaebyu se los entregó a la mujer que esperaba la ficha; recibió una segunda, a la que le echó una ojeada.

—Quién sabe —de la nada, Jaebyu frunció la nariz—. ¿Por qué huele a mandarina?

Minki rebotó sobre sus talones.

—Dijiste que te gustaba, Yoonie.

Su nariz se frunció incluso más.

—No cuando huele a fruta podrida.

La humillación volvió a atacar. Por suerte, Jaebyu estaba concentrado en la ficha. Llevándose las manos a las mejillas, Minki se quejó bajito.

—Y no me digas Yoon-*ah*, no somos amigos.

Ni siquiera logró despedirse de él al verlo desaparecer tras las puertas abatibles.

Eunjin regresó a la sala de emergencias poco después. Su paso dudó al encontrarlos a Sungguk y él junto a Park Siu. Su atención fue directo a su amigo, quien todavía se ubicaba a un lado del hombre. Entendió tarde el error que había cometido. Su expresión era de piedra al llegar junto a ellos, decía sin palabras «hablaremos de esto en privado». Tras sonreírle a Park Siu para asemejarse más a un policía bueno que a uno malo, Eunjin le hizo un gesto de barbilla a Sungguk. Ambos se alejaron unos pasos, aun así Minki pudo escuchar la reprimenda.

—¿Qué estás haciendo?

Minki tosió de forma exagerada y se apuntó el oído para indicarle que moderara la voz.

—Los quiero a ambos en mi oficina a las ocho —pidió su jefe con tono más bajo.

—De la tarde, ¿verdad? —bromeó Minki.

—De la mañana —declaró y regresó donde Park Siu. Cerró las cortinas del box, dejando a Sungguk y a él fuera de ellas.

—¿Crees que reciba el ascenso que solicité? —preguntó su amigo con buen humor.

—Quizás en otros cinco años, Sunggukie bobo —se mofó.

Durante el tiempo que estuvieron esperando a que les dieran de alta, su amigo intentó captar la conversación que mantenía Park Siu con Eunjin. No obstante, en esa oportunidad, su jefe había vuelto a abrir la cortina para vigilarlos desde ahí.

Como Jaebyu estaba cerca de finalizar su turno, Minki le pidió las llaves del auto y decidió esperarlo fuera del hospital. Faltaban quince minutos para las cuatro de la madrugada. Había dejado de llover y con ello la temperatura había descendido varios grados. Minki se quejó todo el camino a los estacionamientos mientras buscaban el lugar donde Jaebyu tenía el coche.

—Es impresionante la fascinación que tiene por estacionarse lejos de la entrada —farfulló Minki contra su novio.

La zona estaba poco iluminada, por lo que ninguno de los dos se sorprendió cuando Sungguk tropezó con un desnivel en la calle. Salpicó agua por doquier.

—Es el sueño —se excusó—. Por cierto, ¿me llevarás a casa? Porque Daehyun va a estar muy enojado si me dejas aquí abandonado.

—Eres un conejo lo suficientemente grande para tomar un taxi e irte solo. Sal de tu madriguera.

—Podría —aseguró Sungguk sin inmutarse—. Pero, si empezamos con esa, a ti también te tocará tomar taxi cuando sea yo quien se lleve la patrulla.

No alcanzó a responder, ya que captó que un automóvil encendía las luces a unos pocos metros. Las cerraduras inteligentes eran el mejor invento del último siglo. Minki se sentó de piloto y Sungguk atrás, para después asomar la cabeza entre ambos asientos delanteros.

—Así que, en resumen, Park Siu presentó una denuncia por presunta desaparición de su prometido —comentó Minki cerrando los ojos—, quien además es un m-preg.

—Y se asume que a él le pertenece la sangre hallada en la casa —aclaró Sungguk.

—¿Y realmente lo estamos buscando o fue un discurso oportunista?

—Escuché a Eunjin decir que sí. Como hubo intervención de terceros, al incendiar la casa y manipular nuestra patrulla, Eunjin está intentando que el caso sea clasificado como presunto secuestro y no como desaparición, para que así los detectives tengan más recursos disponibles. De lo contrario...

—... no se hará mucho en las siguientes horas —terminó Minki por su amigo.

—Todo indica que es un secuestro, dado que no se ha encontrado presencia de algún cuerpo entre los escombros. Además, si se hubiera ido de casa bajo su propia decisión, no se justificaría el rastro de sangre que encontramos.

—¿Ya revisaron las CCTV* de la cuadra? —quiso saber—. Hay al menos diez edificios en la calle, alguno de ellos debería tener un sistema de vigilancia.

—Sí, están revisando las cámaras, así que es cuestión de tiempo de que encuentren algo —Sungguk hizo una pequeña pausa. Minki sintió la tensión en el asiento, por lo que su amigo debía estar afirmando con más fuerza—. ¿Sabes lo que dijo Park Siu cuando Eunjin le contó sobre las cámaras? Respondió un «Ah».

Todavía con los ojos cerrados, Minki intentó recordar detalles importantes —de la casa y de las inmediaciones de ella— que pudieran servir para el caso. Pero no había prestado mucha atención a la calle hasta que encontraron la sangre. Se suponía que la denuncia era por ruidos molestos, no se imaginó jamás que pasaría algo así.

—¿También tienes un mal presentimiento de Park Siu? —quiso saber—. Digo, si fuera Jaebyu el que desapareció de mi casa, la que se incendió por intervención de terceros, estaría en este momento gritándole a Eunjin para que sus policías priorizaran la búsqueda.

—Tú siempre tienes deseo de gritarle a Eunjin —se rio Sungguk.

—Estoy hablando en serio —ratificó Minki, volteándose para lanzarle una mirada molesta—. Si mi prometido desapareciera...

—Menos mal que no tienes uno.

Minki alcanzó a golpearle la cabeza antes de que retrocediera.

—Te lo advertí —dijo.

Su amigo se tocó la frente con expresión adolorida.

—Me lo merecía —aceptó—. Y sí, entiendo a lo que te refieres. Si Daehyun fuera el que está desaparecido, no permitiría que me retuvieran en una cama de hospital mientras puedo caminar. Pero de igual forma, es un civil y desconoce nuestros protocolos. Quizás nosotros estemos viendo maldad en una simple desorientación.

Frunciendo los labios, Minki se acomodó en el asiento.

—Es probable —fue su escueta respuesta—. ¿Pero de igual forma no sigue estando muy tranquilo? ¿Tiene una coartada verificable? No me creo eso de que hoy se encontraba trabajando.

—Te recuerdo que nosotros también estamos trabajando en un feriado legal.

Sungguk se alejó de él por las dudas.

—Es un programador, no un policía o un personal de la salud. No es un trabajo de primera necesidad ni esencial, tampoco es un repartidor.

Sungguk se encogió de hombros.

—Dijo que estuvo en la oficina. Si fue así, su empleador debería tener el registro de ingreso. Es inocente hasta que se pruebe lo contrario, lo sabes.

—Lo sé —acató Minki, cerrando los ojos—. Lo sé.

Pero su pareja sigue siendo un m-preg, pensó.

¿Qué tanta casualidad podía existir en un caso de aquellas características?

Minki no se dio cuenta de que se durmió hasta que escuchó una llamada entrante. El automóvil marcaba las 03:58. La nariz de Sungguk resopló al tercer timbre, también despertándose por el ruido. Desorientado, este buscó su celular. Debía ser Daehyun.

—Mi amor, estamos esperando a Jaebyu para partir.

Intercambiaron un par de palabras que Minki convirtió en ruido blanco. Tras cortar, Sungguk se estiró haciendo crujir el cuello.

—Todavía estamos esperando a tu marido, ¿verdad?

—El turno finaliza a las cuatro —avisó—. O eso creo.

—¿Por qué no lo llamas? —como Minki no contestó de inmediato, Sungguk dejó de estirarse para meter su cabeza entre los asientos—. Estás durmiendo en el sofá, ¿cierto?

Minki era una persona emocional y dramática, que lastimosamente terminó enamorada de alguien que nunca discutía y tendía a encogerse de hombros ante la menor perturbación. Por eso, cuando peleaban, como Jaebyu nunca se enojaba con él, Minki tenía que hacerlo por los dos. Así que era a él a quien le tocaba irse a dormir en el sofá para calmar sus sentimientos, porque según Jaebyu nadie estaba molesto con nadie. Era una eterna rivalidad entre ellos, porque mientras Minki sentía mucho, Jaebyu pecaba de lo contrario.

—No —se aclaró la garganta—. Créeme que me encantaría estar durmiendo en el sofá, porque eso significaría que no está molesto conmigo. Pero... hace dos semanas que nuestros turnos no coinciden.

De esa forma operaban las emociones de Jaebyu: si el problema no era relevante para su mente, no aparecían; pero si lo hacían, no sabía cómo sobrellevarlas y se aislaba. En los once años que llevaban conociéndose, Jaebyu había cambiado sus turnos para que no coincidieran con los suyos solo en tres oportunidades: cuando murieron sus padres, cuando se enteraron de los mellizos y ahora.

—Está furioso —adivinó Sungguk.

—Triste —corrigió Minki.

Sungguk hizo memoria.

—¿Están así desde la fiesta de Princesa?

—Digamos que elegí un mal momento para contarle sobre esto —se apuntó la cintura.

Su amigo asintió.

—Era obvio que Jaebyu no estaría feliz con la noticia, Minki. Los embarazos m-preg nunca son sencillos y para ti es incluso peor.

Además, Minki era propenso a sufrir abortos espontáneos.

—¿Soy yo el único responsable de haberme embarazado? —debatía—. Porque recuerdo muy bien cuando él metió su...

—Hyung, los detalles no son necesarios.

Se pasó las manos por el cabello, los dedos se le enredaron entre las hebras sucias. Fue su compañero quien continuó:

—Nadie te culpa por embarazarte, la responsabilidad es de los dos. Te recuerdo que pasé por lo mismo. Pero el punto... —su voz se volvió más amable y tranquila, conciliadora—, es que

fuiste insensible con la situación. Hiciste un chiste de algo que para él es doloroso. Sabes lo mal que lo pasó con los mellizos.

Cuando se quedó embarazado, Minki se pasó más de cinco meses entrando y saliendo del hospital. Debido a su contextura delgada, sumado a estar esperando mellizos y que era m-preg, su embarazo fue catalogado de alto riesgo. Nunca había visto a Jaebyu llorar tanto como la primera vez que lo internaron. Con la mejilla apoyada en su camilla, le había suplicado que por favor se mejorara.

El embarazo, por tanto, nunca fue un recuerdo feliz para su pareja. Era una gran ironía de la vida que Minki hubiera descubierto su nuevo embarazo la misma semana que Jaebyu tenía programada la vasectomía.

Como Minki seguía callado, Sungguk le acarició el hombro con cariño.

—El problema es que siempre quisiste darle una familia a Jaebyu cuando tú siempre has sido la familia que él deseaba.

Enojado por ello, se dio vuelta.

—Jaebyu siempre ha sido mi familia —gruñó, furioso—. No digas estupideces.

—¿Estupideces? —Sungguk parecía desconcertado—. Minki, hace cinco años terminaste con él porque, según tú, no podías darle una familia.

—No fue así —sacudió la cabeza.

—¿Entonces cómo fue?

Quiso responder, aunque las palabras se le enredaron en la lengua. Sus hombros cayeron, al igual que su estado de ánimo. Lamiéndose los labios con ansiedad, intentó por segunda vez hablar. Los ojos se le llenaron de lágrimas. No podía.

—¿Soy una persona tan horrible? —susurró.

—No quise decir eso —corrigió Sungguk con tristeza.

—Lo sé —aseguró Minki, con la vista nublada por el llanto que contenía—. Pero tienes razón. Dejé a Jaebyu porque no podía embarazarme y quería que tuviera una familia con otra persona. Nunca pensé que yo era la familia que él quería. No necesitaba más, pero yo siempre quise darle ese *más* que jamás me exigió.

—Más bien, Minki —agregó su amigo corrigiéndole—, nunca te has considerado suficiente para él. Por eso lo dejaste. Y como jamás te consideraste suficiente, nunca pudiste entender que eras todo lo que quería.

Masajeándose el pecho, Minki intentó tranquilizarse. Jae-byu llegaría en cualquier momento y no quería hacerlo sentir peor. Cuando sintió que la voz no le temblaba, observó a su amigo, que no había apartado la mirada.

—¿Así te sentiste cuando Daehyun se quedó embarazado? —quiso saber.

—Y súmale a ello la culpa —admitió Sungguk, sus labios resecos parecían estar conteniendo sus emociones—. Todavía me siento culpable, ¿sabes? No creo que algún día deje de sentirme así. Dae habría tenido una vida muy diferente si Jeonggyu no hubiera existido. Y con esto no digo que sea una mejor o peor —se corrigió con torpeza y tropiezos, moviendo incluso las manos para hacer énfasis—, pero habría sido diferente. Y sí, quizás en el fondo de mi corazón todavía pienso que se equivocó, pero...

—Pero fue su decisión —recordó Minki.

Sungguk asintió.

—Al igual que siempre ha sido la decisión de Jaebyu estar contigo —dijo con amabilidad—. Deberían conversar las cosas, ustedes tienen un serio problema en este aspecto.

Así era.

Criado por dos padres que trabajaban día y noche, sumándole además que era hijo único, Jaebyu creció solo y aquello contribuyó a que fuera un fiasco al momento de hablar sobre sus sentimientos. Por eso, sus conversaciones importantes terminaban en una discusión unilateral donde Minki gritaba y se enojaba, mientras Jaebyu lo escuchaba sin responderle.

Sin embargo, no siempre era así.

Existían veces en las que Jaebyu respondía. Y cuando ocurría, nunca podía hacerlo sin llorar.

—Muchas veces me siento ridículo discutiendo con Jaebyu, no le da importancia a los problemas y siempre cree que son fáciles de resolver.

—¿Y no lo son?

—Lo son —admitió con dolor—. Y eso me hace sentir un exagerado que no deja de sobreanalizar las cosas.

—No creo que sea así —dijo Sungguk.

—¿No? —se mofó.

—No. Jaebyu resuelve rápido los problemas no porque sean sencillos, es porque no se compromete emocionalmente con ellos.

Minki tamborileó el manubrio con inquietud.

—Jaebyu es demasiado independiente y yo una babosa que malinterpreta las cosas —musitó—. Parezco un satélite perdido que no hace más que orbitar a su alrededor.

Su amigo le apartó un mechón de cabello con cuidado. Debía verse reflejado en él porque el Minki de ahora se asemejaba mucho al Sungguk de hacía cinco años.

—Minki —lo llamó su amigo.

Y él volvió a sentirse un idiota.

—Soy un estúpido, ¿cierto?

—No lo creo así —aseguró Sungguk con sus ojos grandes viéndose sinceros—. Pero estás malentendiendo algo.

—Vaya novedad, muy atípico de mí —ironizó—. ¿Cuál es mi error ahora?

—Ser libre significa que puedes tomar tus propias decisiones, no que evites tomarlas. Confundes la libertad con apego evitativo.

Se le secó la garganta.

—Pero Jaebyu toma sus decisiones —lo excusó—. Y las toma tan bien que por eso soluciona todo.

—Soluciona los problemas porque no se involucra —insistió Sungguk—. Tú sientes mucho y él muy poco. Nunca solucionarán nada si no lo conversan.

Cabizbajo, Minki asintió.

—Lo intentaré.

Que Jaebyu se enamorara de Minki no fue una decisión sino más bien una imposición de sus sentimientos. Sin embargo, ser su pareja, aceptar su amor y estar con él, siempre fue y sería una decisión. *Su* decisión, la decisión de ambos, una decisión que cada uno tomaba al despertar.

Y la primera que eligió Jaebyu con respecto a ellos, fue hacía una década cuando Minki se quedó en la sala esperando a ser llamado para que le dieran de alta por su hombro dislocado. Porque ese día, el enfermero había regresado, abierto las puertas abatibles y mirado con resignación, para después dar un largo suspiro y hacerle un gesto con la mano.

—Box cinco —le dijo—. Yo te atenderé, Lee Minki.

Jaebyu lo había elegido.

Y lo seguía haciendo, pero eso era algo que él siempre olvidaba.

Jaebyu alcanzó a los chicos pasadas las cuatro y quince de la madrugada. Tenía el pecho agitado y no se había quitado el uniforme. Se sentó de copiloto y se relajó contra el asiento. Cerró los ojos unos instantes, cansado, por lo que no se enteró del silencio incómodo y tenso que Minki y Sungguk mantenían desde su llegada.

Ignorando la mirada de su amigo, Minki encendió el motor.

—El cinturón —le recordó a Jaebyu.

Antes de que pudiera ajustárselo, Minki salió del estacionamiento. Al instante, regresó la sensación pesada y extraña, como si la noche anunciara una tormenta inminente a pesar de que el cielo estaba despejado.

Realizaron el trayecto al domicilio de Sungguk en tiempo récord. Su amigo chasqueó la lengua al notar una ventana iluminada.

—Le dije que no me esperara despierto —suspiró en voz baja.

La vivienda había sido recientemente pintada, por lo que ya no tenía el particular color azul. Ahora era beige, porque Daehyun estaba pasando por una etapa pastel y usaba esos colores tanto en sus cuadros, como en la ropa y en la casa.

Al estacionar, la puerta principal se abrió y apareció un joven que llevaba una camiseta varias tallas más grandes. Su cabello castaño claro se dispersaba por su rostro, como si lo hubiera desordenado con sus manos inquietas. El viento que iba en contra le ajustó la tela a la altura de la cintura dejando en evidencia un estómago abultado.

Daehyun.

Un embarazado Dae de cinco meses.

Y su extraño padre, con el que Minki todavía no se atrevía a entablar una conversación en solitario, se ubicaba detrás suyo. Moon Minhó era espeluznante, eso fue lo que pensó cuando Sungguk se sinceró y le contó *toda* la historia, incluyendo la razón por la que este seguía siendo una especie de prófugo de la justicia y la burocracia. A la fecha, mantenía esa idea, más aún porque Moon Minhó tenía la manía de seguirlo en secreto.

Antes lo hacía porque quería saber si eras bueno, fue la excusa de Daehyun cuando Minki le dijo lo aterrador que le parecía.

¿Y ahora?, cuestionó en su momento.

Su amigo se había encogido de hombros justificando el accionar de su padre con un simple: *Minho es bonito*.

Minki todavía se preguntaba qué entendía Dae por «bonito», porque él solo notaba ojos aterradores y fijos, manos nerviosas con uñas masticadas y expresiones inescrutables. En una oportunidad lo había visto sonreír y creía estar seguro de que lo prefería receloso y ansioso. Minki no comprendía a Minhó y tampoco le interesaba fingir que podía hacerlo. Cada recoveco de la historia de ese hombre era escalofriante como para, además, conocer sus pensamientos. Existían secretos que debían seguir siéndolo y la mente de Moon Minhó era uno de ellos.

Lo importante, dentro de todo, era que Daehyun lo aceptara y quisiera. Y así era, por lo que su opinión sobraba en la ecuación.

—Hola, señor Moon —saludó Minki tras bajar el vidrio del auto.

Minho no le respondió, examinaba la calle con los ojos empequeñecidos y los brazos cruzados. Como siempre, vigilaba que a Daehyun no le pasara nada. Ese hombre se moriría si le llegara a ocurrir algo a su hijo.

Minki alzó la voz para que su amigo alcanzara a escucharlo.

—Hola, Dae, traje a tu novio sano y salvo tal como prometí.

Daehyun había pasado por una operación en la cual le instalaron dos implantes cocleares que, cuando usaba el cabello más corto, se hacían visibles detrás de sus orejas. Ahora pasaban casi siempre ocultos. Si bien no había recuperado la audición por completo, al menos podía escuchar las conversaciones siempre y cuando se mantuvieran en cierto tono o le hablaran de cerca. Pero Dae también contaba con la capacidad de leer los labios a la perfección, así que se apoyaba en eso si los implantes le fallaban para entender algo.

—¿Por qué lucen tan sucios? —preguntó Dae tras saludarlo.

—Larga historia —contestó Sungguk bajándose del coche.

Minki deseó bufar cuando su amigo fue hacia su novio y lo abrazó por la cintura con mucho sentimiento. Sungguk parecía un perro callejero siéndole leal a quien le daba de comer.

Hablando de animales, una de las mascotas de los Jong captó a Sungguk y lloraba dentro de la casa. Si bien no veía al perro, Minki sabía que era Roko, porque era el más consentido y desordenado de la manada, sobre todo porque Tocino-Moonmon-Moon-y-algo era el único hermano que le quedaba. Mantequilla había fallecido hacía unas semanas dada su avanzada edad. Ese día, Sungguk y él se pasaron media tarde haciendo un agujero en el patio trasero para enterrarlo. En el lugar, Dae había plantado *mugunghwa*, una flor muy bonita de pétalos morados.

—Pasa por mí a las ocho menos diez —le avisó a Sungguk para que no olvidara que la patrulla se encontraba varada y que ese auto lo utilizaba Jaebyu para llevar a los niños y trabajar.

Finalmente, con Sungguk sujetando a Daehyun por la cintura como si no lo hubiera visto en años, los dos ingresaron a casa con los ladridos de Roko de fondo. Minho les siguió poco después.

—Creo que nunca podré estar con el señor Moon sin sentir un escalofrío —confesó Minki al partir.

Como no recibió respuesta, observó a Jaebyu y se lo encontró dormido. Su rostro lucía demacrado y cansado. Se preguntó, no por primera vez, cuándo sus ojeras se habían vuelto tan profundas. Sintió un nudo apretado en el pecho.

—Te amo —susurró, sin esperar respuesta.

Sin embargo, se equivocó.

Con voz torpe y mal modulada por el sueño, Jaebyu le contestó:

—Yo también, querido.

Y Minki por fin pudo sonreír.

Once años atrás, Minki jamás pensó que Jaebyu iba a enamorarse de él. Por eso, mientras las delicadas manos del residente de enfermería acariciaban su hombro y le alzaba el brazo tras analizar sus gestos de dolor, Minki no pudo hacer más que mirarlo con abatimiento. Ese día sería la última vez que lo vería; él odiaba y evitaba los hospitales y Jaebyu vivía en uno, las instancias para reencontrarse eran escasas.

¿Pero por qué eso le daba tanta tristeza?

—¿Sabes? —dijo Minki jugando con sus pies que colgaban de la camilla. Jaebyu hizo un sonido de garganta para indicarle que escuchaba—. Yo podría ser el amor de tu vida.

Eso sorprendió al estudiante lo suficiente como para alejarse.

—Nunca me he enamorado —admitió este.

—Siempre hay una primera vez para todo —dijo Minki con bastante seguridad, a pesar de que su voz empezaba a flaquear—. Seré gentil si me aceptas en tu vida.

El enfermero lo observó como si le hubieran salido unos cuernos en la cabeza. Sintiéndose ridículo, Minki movió su barbilla hacia un lado para evitar el escrutinio.

—Finge que no dije nada —pidió.

Jaebyu alzó las cejas.

—Está bien —acató—. Llamaré a Traumatología.

Salió del box dejándolo avergonzado y humillado.

Reapareció a los minutos con una mascarilla y guantes. Minki guardó su teléfono celular. Con el ambiente incómodo, Jaebyu acercó una silla sin respaldo. Tomó asiento entre las piernas abiertas de Minki.

—Vaya, yo esperaba que fuera al revés —bromeó para aligerar la situación.

—¿Qué cosa? —cuestionó el chico solicitándole el brazo.

—Nada —canturreó Minki—, aunque me siento increíble e impresionantemente decepcionado.

—¿Quieres que llame a seguridad una vez más?

Al notar una expresión amena y nada molesta, relajó el cuerpo.

—Que sepas que me leí el protocolo de la academia —anunció siguiendo la broma— y no me pueden expulsar por pedir tu número de teléfono.

—Pero sí por acoso.

—No te atreverías.

La boca de Jaebyu se estiró en una sonrisa, luego dejó ir el brazo de Minki con cuidado y tomó una ficha que colgaba de la cama. Hizo unas anotaciones rápidas mientras se colocaba de pie e iba hacia las cortinas.

—Traumatología vendrá en unos minutos —informó.

¿Ya se iba?

—Espera —pidió Minki a la desesperada.

Sujetando las cortinas con una mano, Jaebyu se detuvo. La sala de emergencias se veía saturada, por lo que no había mucho tiempo. Tomando una larga inspiración Minki se acobardó a último instante.

—¿Qué son esas fichas que cuelgan de tu uniforme?

Jaebyu pareció desorientado, como si no entendiera a qué se refería. Después, sujetó el prendedor con hojas plastificadas de variados colores.

—Ayudamemoria —resumió y comenzó a mostrarle algunas—. Este ya lo aprendí, indica lo que tiene cada cajón en el carro de reanimación. Este es del tipo de vías, sus usos y su calibre. Este son las dosis de los medicamentos que principalmente utilizamos —dejó caer el prendedor contra su pecho—. Hice este fichero porque tenía pánico de equivocarme por haber memorizado algo mal. Eso es todo. ¿Algo más en lo que pueda ayudar?

Se le acabó la excusa para retenerlo. El pánico estalló en su cabeza al verlo sujetar la cortina para marcharse. Estiró la mano.

—Espera —soltó sin meditarlo.

El estudiante pareció contar hacia atrás buscando paciencia.

—¿Sí?

Antes de darle más vueltas, lo soltó:

—No bromeaba cuando pedí tu número —su voz era tan baja que rogó que Jaebyu alcanzara a oírla. Por la forma en la que frunció su boca, imaginó que sí. Descendiendo la barbilla al no soportar su mirada, continuó—. En serio me gustaría que me lo dieras.

Como Jaebyu no respondió, Minki lo comprobó de soslayo. Tenía la ficha sujeta al pecho y sus cejas confundidas.

—¿Por qué? —preguntó de la nada. Sin entender, Minki se quedó desconcertado—. ¿Por qué te interesa tanto?

—Me gustas, pensé que era obvio.

—No puedo gustarte —debatía Jaebyu con la misma expresión extraña.

Minki se sintió dolido.

—Por favor, no digas que no puedes gustarme porque ambos somos hombres.

Eso le sacó una risa seca a Jaebyu, como si la hubiera intentado contener.

—No lo decía en ese sentido.

—¿Entonces?

Empezaba a descubrir que, cuando Yoon Jaebyu estaba disgustado por algo, la comisura de sus labios se estiraba.

—Apenas me conoces, me has visto... ¿cuánto? Dos veces. No puedo gustarte.

Movió sus pies en el aire para hacer algo.

—Ojalá fuera así de sencillo. El corazón no escucha razonamientos lógicos.

Jaebyu dejó ir la cortina para encerrarlos en aquel box. Lo peor de todo no fueron sus manos temblorosas, ni su boca seca, fue la idiota ilusión que lo embargó. Así que no supo cómo reaccionar cuando el enfermero le tocó la cabeza. El gesto no era romántico, ni mucho menos coqueto. Se podría decir que hasta de lástima.

—Lo siento mucho —sus palabras empezaban a sonar como el final de un ciclo—. Nunca me han gustado los hombres.

—Siempre hay una primera vez para todo —fue su desesperada respuesta; aunque más que palabras, sonaba a lamento.

—Lo siento, Minki.

Tras una última palmada en su cabeza, Yoon Jaebyu salió del box. Y con ello anunció el fin de aquella historia que supo a nada, como también a todo.

El departamento estaba silencioso cuando llegaron. No era un recinto grande, contaba con dos habitaciones, un baño pequeño y una cocina incluso más diminuta. Uno de los cuartos era de ellos y el otro de los niños, donde dormían en un camarote. Al ingresar a la habitación de los mellizos, Minki encontró a su madre recostada a un lado de su hija Chaerin. Beomgi tenía muy mal dormir, y además usaba la cama de arriba, por lo que no se sorprendió al encontrarlo destapado y acostado dado vuelta.

La mujer se despertó al escucharlo moverse por el cuarto.

—Hemos llegado —susurró para que no se asustara.

Ella asintió adormilada. Tras cubrir a su hijo con una manta, Minki salió cerrando la puerta con cuidado. Jaebyu se había metido al baño, se escuchaba la ducha correr. Se sacó la chaqueta de policía y el pantalón sucio, y los llevó a la lavadora. Después, fue al baño y tanteó el pomo. Estaba abierto, así que entró.

—Soy yo —avisó. El lugar estaba repleto de vapor.

Terminó de quitarse la ropa restante y se metió en la ducha con Jaebyu, quien se lavaba el cabello. A pesar de que mantuvo los ojos cerrados, no se inmutó. Sonriendo, Minki lo abrazó por la cintura y se apegó a él, no demoró mucho en estar empapado por completo.

—¿Los niños están bien? —averiguó Jaebyu. Sin soltarse del abrazo, este se movió para agarrar el champú y lavarle el cabello a él.

—Beomgi dormía al revés y Chaerin está con mamá.

Jaebyu le aplicó producto y le masajeó el pelo hasta hacer espuma.

—Taeri sabe que puede ocupar nuestra cama, ¿verdad?

—Sabes cómo es.

Minki había levantado el rostro para observar la expresión concentrada de Jaebyu.

Tras la ducha, se fueron a la cama intentando no meter ruido; el departamento tenía paredes de papel y era fácil oír lo que ocurría en el cuarto contiguo. Minki programó la alarma, dándose cuenta de que apenas alcanzaría a dormir una siesta antes de tener que irse a trabajar. Gimió miserable, a la vez que Jaebyu se acomodaba a un lado de la cama. Entonces, sintió sus manos tocándole la cintura y levantándole la camiseta por la espalda. Su abrazo lo rodeó, el calor fue como una manta cálida en invierno. Minki se acomodó contra él y dejó que sus párpados se cerraran.

Recordó que tenía una conversación pendiente con Jaebyu.

Pero la dejaría para el siguiente día.

Podía esperar a mañana...

Se despertó con el ruido de la alarma.

Quejándose, estiró la mano e intentó apagarla. Una operación matemática apareció en la pantalla. Había olvidado que tenía instalada esa aplicación del demonio para evitar desactivar el despertador medio dormido. El problema era que los números nunca fueron su fuerte y era todavía peor tras dos horas y media de sueño.

Con un ojo cerrado, intentó leer la pantalla con media neurona funcional.

—¿Cuánto es setenta y dos por nueve?

—Seiscientos cuarenta y ocho —respondió Jaebyu.

Minki ingresó los dígitos. Le saltó la segunda operación.

—¿Y lo mismo pero dividido?

—Ocho.

La alarma dejó de sonar. Con un dolor punzante en la sien por la falta de sueño, Minki apoyó la cabeza en la almohada. Se permitiría dormir cinco minutos más.

Él solo...

Jaebyu lo movió por el brazo.

—Te quedarás dormido.

Deseaba tener la voluntad de su novio para despertarse sin importar cuán poco había descansado.

—Si te levantas ahora, oficial Lee, te prepararé algo para comer —propuso Jaebyu.

Minki abrió un ojo, de pronto interesado.

—¿Harías eso por mí, señor Yoon?

—Por supuesto —sintió su beso—, ¿qué quieres?

—¿*Kimhap*? —inquirió, ilusionado—. ¿Con *spam* frito?

—¿Y huevo? —propuso Jaebyu, levantándose.

Mientras asentía, Minki se puso de pie con mucha torpeza.

—¿Soy sucio si no me baño ahora? Me duché hace dos horas.

—Lo importante es que vayas a trabajar —acotó Jaebyu.

Por supuesto que lo usó como excusa. Todavía atontado por el sueño y por el dolor de cabeza, Minki se tambaleó hacia el ropero para buscar uno de sus uniformes. Se dio cuenta de que solo le quedaba uno limpio. Estaba demasiado cansado para preocuparse en lavar.

Salió del cuarto todavía abotonándose la camisa azul. Llegó a la cocina justo cuando Jaebyu sacaba el *spam* del fuego y lo cortaba en rebanadas largas. Los últimos meses, Jaebyu se había convertido en un experto en cocinar meriendas tras escuchar a Beomgi contar que sus compañeros llevaban comidas preparadas por su familia. Minki refunfuñó contra ellos por aparentar ser padres presentes y decidió no darle relevancia, pero a Jaebyu le sentó tal mal esa información que decidió empezar a prepararle la merienda a los mellizos. Incluso dejaba lista guarniciones para los siguientes dos días si le tocaba turno extenso. Y por mucho que Minki le había asegurado en secreto que podía comprar algo congelado y adornarlo para que pareciera que lo habían hecho ellos, Jaebyu no aceptó.

No quiero que piensen que no los queremos porque no llevan algo casero como sus compañeros, le había dicho.

Como los *kimhap* todavía no estaban listos, fue a lavarse los dientes. Al regresar a la cocina, Jaebyu ya estaba envolviéndolos.

—Dos para ti y dos para Sungguk —dijo.

Apoyándose en la estantería, Minki sonrió. Actos de servicios, ese era el lenguaje de amor de Yoon Jaebyu.

—¿Podrías ponerle los palillos de princesa a Sungguk y a mí los aburridos? —pidió.

Así lo hizo.

A los pocos segundos, sintió su teléfono celular vibrar en su bolsillo. Era una llamada de su amigo anunciando su llegada. Minki agarró el recipiente y se colocó los zapatos en la entrada, que estaba sucia debido al barro de la noche anterior.

Aún con la manilla en la mano, se volteó hacia Jaebyu que lo observaba con el entrecejo fruncido.

—¿Olvidaste algo?

—Juju —abrió el cerrojo, la cerradura digital sonó en respuesta—. Necesitamos hablar.

Su novio se movió intranquilo, la preocupación no se borró de su rostro. Por un instante pareció que iba a negarse, luego asintió con ojos amables.

—Sí —aseguró.

Minki no se movió, todavía sujetaba la puerta entreabierta.

—Ven, señor Yoon —le pidió a Jaebyu.

Cuando se le acercó, lo tomó por el centro de la camiseta y tiró de él para darle un beso corto y preciso que le hizo sentir mariposas en el estómago.

—Ahora sí —dijo Minki.

Por fin cerró la entrada dejando a Jaebyu sonrojado en el departamento.

Mientras bajaba las escaleras, ratificó la hora en su reloj de pulsera. Eran casi las ocho, llegarían atrasados. Aprovechando que estaba solo, saltó varios peldaños apurando el paso. Saludó al conserje con un gesto de cabeza y salió a la calle. La mañana estaba más helada que las anteriores. El cielo se veía despejado.

Frente al edificio, estaba estacionada la sucia y vieja camioneta de Sungguk, cuyo dueño se negaba a vender como chatarra. El automóvil necesitaba jubilarse, no obstante, su amigo estaba tan endeudado —dado las reparaciones de su casa— que esa camioneta lo acompañaría al menos un año más.

Cuando Sungguk lo vio aparecer, le sonrió y se acercó al estéreo del auto. Entonces, comenzó a sonar «Bad Boys» de Inner Circle. Minki saltó al asiento de copiloto y cerró la puerta con un portazo.

—¿Puedes detener esa canción del demonio?! —exclamó—. Me tiene harto. Y hoy no estoy de humor.

Sungguk chasqueó la lengua y la apagó.

—Aguafiestas —reclamó—. Además, no deberías andar corriendo si estás embarazado.

Se puso el cinturón y revisó la guantera de la camioneta.

—¿No tienes algo para el dolor de cabeza?

—No se puede guardar medicina en los autos por las altas temperaturas —recordó Sungguk—. Deberías saberlo, tu esposo es enfermero.

Apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos. Sungguk encendió el auto y rápidamente llegaron a una avenida concurrida.

—Por cierto, Jaebyu nos preparó *kimbap* para almorzar.

—Daehyun me dio chicle, ¿quieres uno?

La estación de policía era un caos. Los estacionamientos estaban repletos, por lo que Sungguk no tuvo de otra que aparcar paralelo en la calle. Estaba la televisión. No era más que dos cámaras de un programa local, aunque era suficiente para ese lado de Daegu donde nunca pasaba nada.

—¿Crees que haya ocurrido algo nuevo? —cuestionó Sungguk.

No tardaron en averiguarlo.

Detectives y oficiales entraban y salían como si la estación se hubiera transformado en una central de operaciones. El escritorio de Minki estaba ocupado por un agente, el de Sungguk por un policía de otra unidad. Eunjin, por otro lado, hablaba por teléfono con la puerta abierta en su oficina. Parecía no haber dormido, tenía el cabello desordenado y los ojos rojísimos. Al levantar la barbilla y notificarlos, les pidió que se acercaran con un gesto de mano.

—Regreso la llamada en unos minutos, ya llegaron —cortó y se dirigió a ellos—. Cierren la puerta, por favor.

Minki tomó asiento, Sungguk acató la orden.

—¿Por qué hay tantas personas? —preguntó Minki sin perder oportunidad—. ¿El caso subió de nivel?

—Ahora estamos tratando con un secuestro —informó Eunjin sin rodeos.

Sungguk se tropezó con la silla al sentarse.

—¿Y eso?

—Los detectives no encontraron cuerpo en el lugar de los hechos, sumado al incendio provocado.

—Eso concluye una desaparición, no un secuestro —cuestionó Minki.

—La familia de Ryu Dan desconoce su paradero, al igual que sus compañeros de trabajo y amigos. Por otro lado, el vecino que realizó la denuncia rectificó su declaración y dijo que no podía asegurar que el ruido fuera provocado por un televisor.

—Sigue sin...

—Tenemos de testigo a un reciclador. Poco después de la denuncia, mientras recolectaba unas latas en el vecindario, divisó a dos hombres sacando una alfombra desde la casa.

—A las diez de la noche, tiene mucho sentido —ironizó Minki, a la vez que Sungguk se acomodaba a su lado de golpe.

—No había alfombras en la casa —dijo.

Eunjin asintió y anotó con rapidez, a la vez que su amigo sacaba su celular y se lo tendía.

—Evidencia —avisó Sungguk—. Ayer te envié los videos que alcancé a filmar antes del incendio, pero no sé si te los pasé todos.

—Necesito que me detallen lo que encontraron en el lugar de los hechos —pidió Eunjin tras recibir el teléfono de Sungguk—. Como ya saben, pasaron a ser testigos fundamentales.

La mejor memoria entre los dos era la de Minki. Por esa razón, era él quien casi siempre completaba los reportes —aunque también era porque no confiaba en Sungguk—. Así que no dudó en relatar los hechos en orden cronológico, intentando recordar horas exactas porque era lo más importante cuando se necesitaba resolver un caso. Su relato comenzó desde las tejas desacomodadas, pasando por la decisión de desobedecer el protocolo e ingresar a la casa sin autorización ni una orden, hasta que encontraron el rastro de sangre. Sungguk sumó información señalando que faltaba un cuchillo en la cocina. Al llegar al momento del incendio, Minki recordó la conversación que sostuvo en el hospital con el prometido de Ryu Dan.

—¿Park Siu tiene coartada?

—En validación, ahora lo están interrogando los detectives.

—¿Les contó que Dan está embarazado?

Eunjin, que había estado jugando con el celular de Sungguk, detuvo el movimiento de sus dedos.

—Sí, sabemos que es un m-preg registrado.

—¿Por eso pasó a ser caso prioritario? —indagó Minki.

—Sí —admitió Eunjin—, pero no es la única razón.

—¿No?

—No, Minki. Y algo más —dijo Eunjin para luego cambiar a un tono que no daba espacio a debates—. No abandonarán la estación hasta que se les autorice. Durante la jornada serán también interrogados por los detectives que están llevando el caso.

—Lo sabíamos —aseguró Sungguk.

—Y serán sancionados.

—También lo sabíamos —siguió petulante.

—Y separados.

Sorprendidos, Sungguk y Minki se lanzaron una mirada rápida antes de que su amigo se pusiera a debatir.

—¿Pero por qué? Hemos sido compañeros por más de seis años. Sí, hemos cometido errores, como también les ha ocurrido a los demás oficiales, pero tenemos la mayor tasa de éxito en la estación.

—¿A costa de qué?

—De intentar solucionar los casos —aseguró Sungguk.

—Violando el protocolo de forma sistemática —aclaró su jefe.

—Estás analizando el medio y no el fin.

Eunjin dio una larga inspiración y cruzó los brazos frente suyo.

—Sungguk, eres impaciente e impulsivo, lo que te hace un mal policía. Y tú —se dirigió a Minki.

—Yo no me estaba quejando.

—Contabas con habilidades físicas impresionantes hasta que te fracturaste la rodilla y comenzaste a tener miedo de sobreexigirte. Te convertiste en alguien desinteresado y no te importan lo suficiente los casos que llevas. Y eso también te vuelve un mal policía. No puedo tenerlos juntos.

—Pero, señor...

—Desde hoy estarán suspendidos por una semana. Pasarán unos meses en labores administrativas y serán reevaluados en sus capacidades.

—¿Reevaluados? —hasta Minki tuvo que intervenir.

No lo podía creer.

—Si se dictamina su reincorporación luego de su reevaluación, retomarán sus funciones en equipos separados. No quiero quejas —pidió para cerrar su sentencia—, es una orden que acatarán sin réplica.

Minki vivió en Busan hasta los tres años cuando su padre fue trasladado a Daegu por un ascenso en su trabajo. Debido a ello, todo lo que recordaba de su ciudad natal, eran memorias de vacaciones en la casa de sus abuelos maternos; y unas pocas de su familia paterna cuando lo obligaban a ir. Unos años después de la mudanza, su padre los abandonó y a su madre le escaseó el dinero, por lo que sus visitas al puerto se hicieron más constantes al punto de llegar a vivir unos meses ahí; no obstante, posterior a la muerte de sus abuelos, sus viajes se hicieron más esporádicos hasta que finalmente cesaron.

Por particular que pareciera, lo que más extrañaba de Busan era una cafetería ubicada a unos minutos de la playa Haeundae. En ella, según Minki, servían los mejores *bingsu* del país. Por eso, al enterarse que se abriría una sucursal en Daegu, no le importó cruzar media ciudad para visitarla. Al ingresar a la cafetería, que tenía un diseño muy similar a su filial, no se esperó terminar haciendo fila adelante de alguien cuyo olor se le hacía familiar.

Ya que las conversaciones eran animadas, y sumando la música ambiental, a Minki le costó identificar la charla que acontecía a su espalda. Creía que era una pareja joven. Del chico parecía provenir ese olor que no dejaba de distraerlo, ¿por qué le recordaba al desinfectante de hospital?

Sin soportar su curiosidad, se giró con disimulo. Su mirada se encontró con unos ojos pequeños y astutos, inteligentes y curiosos.

Era Yoon Jaebyu.

De inmediato, Minki se volteó hacia la caja. Luego, analizó las cosas. No sacaba nada fingiendo que no lo había reconocido cuando claramente había sucedido lo contrario. Armándose de valentía, rotó sobre sus tobillos. A un lado de Yoon Jaebyu estaba una chica de belleza común. Tenía la tez clara y el cabello largo con ondas formadas estratégicamente para enmarcar un rostro pequeño y triangular.

Sintió que el mundo se desplomaba a sus pies. Era obvio que ambos estaban en una cita.

—Hola —logró decir con voz torpe, decidido a por lo menos verse relajado tras arruinarse el fin de semana completo—. Jamás pensé en encontrarte por aquí... digo, fuera del hospital.

Minki habría jurado captar una mirada divertida del estudiante.

—De vez en cuando me toca tomar sol —bromeó.

—Y comer —agregó Minki.

El enfermero asintió, después lo señaló a la vez que le hablaba a la chica, quien permanecía atenta al intercambio de palabras.

—Fue un paciente en el hospital —contó Jaebyu con sencillez. A él—: Por cierto, ¿ya te mejoraste del hombro?

Habían transcurrido dos meses desde aquel evento, por lo que Minki no sintió temor en alzar el brazo y hacerlo rotar como si se dispusiera a lanzar una piedra en el lago.

—Claro, mira.

Jaebyu puso cara alarmada.

—¡Cuida...!

Sintió un golpe en la muñeca, el dolor no tardó en llegar. A su espalda, se produjo un terrible ruido de la loza estrellándose en el suelo. El vidrio voló por doquier, al igual que el hielo y la fruta. Minki había golpeado una fuente enorme de *blingsu* que trasladaba una mesera.

La vergüenza fue tal que casi olvidó el sufrimiento que dominaba su mano. Humillado, reverenció al menos cinco veces seguidas hacia la muchacha mientras se disculpaba. Se agachó y comenzó a apilar la loza rota sobre la bandeja plástica. La empleada le pidió que no siguiera, que ella ya se encargaría. Pero Minki continuó limpiando hasta que sintió un corte en la palma. Se tragó el grito de horror.

—Yo... —alcanzó a gimotear.

Lo sujetaron por las axilas y lo levantaron como si pesara unos pocos kilos.

—Ven.

Era Jaebyu, quien lo instaba a moverse por el local hasta llevarlo al baño. Minki, que ya sudaba frío, apenas percibió el agua fría golpeando su mano.

—No te muevas —le pidió el enfermero. Se quitó la mochila que portaba y la apoyó en el lavamanos. A su lado, Minki se sujetaba con los codos para no derrumbarse en el suelo. Hizo lo posible para evitar desmayarse. Era una suerte que Yoon Jaebyu llevara un montón de sobres con gasas esterilizadas.

—Ustedes... los enfermeros... son tan... extraños —balbuceó con dificultad.

Jaebyu le sacó la mano del agua y examinó la herida. Después, abrió un par de gasas y formó con ellas una venda ajustada. También cortó un poco de cinta y sujetó la tela con ella.

—No necesitas puntos —avisó Jaebyu—. Pero, si lo crees necesario, podríamos ir al hospital para hacer una curación mejor.

Minki gimió sintiéndose miserable, por lo menos había dejado de sangrar. Sus piernas ya no temblaban como si se enfrentaran a un vendaval.

—Hospitales... no —pidió.

—Me lo imaginé —aceptó Jaebyu—. Entonces, te tocará pasar a una farmacia. Compra solución tópica, se conoce también como limpiador de heridas. Además necesitarás gasas, cinta y unos apósitos resistentes al agua. Hazte de varios de esos, de lo contrario no podrás lavar tu mano. Mantén limpia la herida, al menos déjala respirar unas horas al día y desinféctala con regularidad.

Asintió sin cuidado.

Como no emitió palabra, Jaebyu insistió:

—¿Me entendiste?

—Te recuerdo que estoy en la academia de policías —recuperó su atropellado y sangrante orgullo—. Durante el primer semestre recibimos clases de primeros auxilios.

—Eso no significa que me hayas entendido.

—Sí —gruñó enderezándose y comprobando su expresión pálida en el espejo. El chico todavía lo observaba—. Desinfecto, seco, vendo. Lo tengo, enfermero Yoon.

Ahora fue Jaebyu quien asintió. Se dirigió hacia la salida del baño y dudó en la entrada.

—Si se infecta...

—Iré al hospital. Lo tengo.

Abrió la puerta.

Giró una vez más hacia él.

—Y si...

—Cualquier cosa extraña que pase, iré al hospital —ironizó—. No es tan difícil de entender, créeme.

—Está bien.

Se marchó.

Minki nunca supo si los *bingsus* del local eran iguales a los que recordaba de Busan. Porque ese día, tras ver al estudiante retomar su conversación con la chica en una mesa, decidió que ya había sufrido demasiadas heridas para provocarse una más.

Porque esa no era una que pudiera esterilizar.

Ni curar.

Únicamente esperar a que se cerrara sola.

Y él no era paciente.

En la estación de policía, Sungguk y Minki fueron interrogados por lo menos media docena de veces. Como continuaban sin escritorio, además de suspendidos, no les quedó de otra que pasar la mañana en la pequeña —y ahora atestada— cafetería. Sentados entre oficiales de otras unidades y uno que otro detective, Minki logró completar el acta de denuncia. Cuando fue a confirmar con Sungguk si faltaba algún detalle, se percató de que no estaba a su lado. No había rastros de su amigo.

Supuso que seguía sin importarle su sanción, por lo que debía haberse escabullido para interrogar a alguien o escuchar a hurtadilla a los oficiales.

Minki chocó con un par de personas mientras lo buscaba. No lo encontró en ninguno de los cuatro pisos del edificio, como tampoco en la zona de detención, ni en los baños, ni en los jardines exteriores donde un grupo de policías disfrutaba de su café hirviendo.

Marcó al celular sin éxito.

¿Se habría ido sin él? No, era imposible. Conocía lo suficiente a Sungguk para saber que una suspensión no frenaría sus ganas de entrometerse donde nadie lo invitaba.

Exploró el edificio una segunda vez, recordando que no había revisado la zona de archivadores, donde se guardaban los casos que la estación había descubierto, investigado o cerrado. Se dirigió al lugar y encontró a su amigo en el centro de la sala junto a torres de carpetas. Este apenas levantó la vista al escucharlo.

—¿Qué haces? —preguntó, cerrando la puerta tras él.

—Buscando algo.

—Eso es obvio —Minki hizo un gesto con las manos para abarcar su alrededor—. ¿Pero qué?

—Escuché a un detective.

—Por supuesto que lo hiciste —suspiró, caminando hacia él y sentándose frente suyo.

Sungguk miró sobre su hombro y bajó la voz lo suficiente para que Minki tuviera que inclinarse para captarlo.

—¿Sabías que contamos con más de quince mil desaparecidos a la fecha? Se extravían dos personas por día aproximadamente. El 93% aparece a las pocas horas, el restante 7% es el problema. Porque en todo el país, solo hay quinientos cuerpos que nunca fueron identificados y, por tanto, jamás pudieron ser entregados a sus familiares.

Minki se rascó la mejilla.

—Eso es terrible, y no me malentiendas, ¿pero por qué esa información sería relevante en el caso de Ryu Dan? ¿Crees que será parte de ese 7%?

Sungguk negó con un movimiento seco.

—Hace veinte años, Park Siu tuvo otra pareja que también desapareció. Su nombre era Hwang Sam.

—¿Era?

—Era.

La impresión lo hizo enderezar la espalda.

—¿Murió?

—No encontraron nada. El caso fue archivado como «presunta desgracia».

—¿Por eso Park Siu se encuentra libre? ¿No lo consideraron autor material del crimen? ¿O tiene libertad condicional? ¿Finalizó su condena? ¿Se la redujeron por buen comportamiento?

—No tuvo condena.

—¿Por qué? ¿O eso es lo que estás intentando averiguar? —Minki examinó la sala—. ¿Pero estará acá el caso?

—Lo está —asintió—. Park Siu hizo la denuncia en este cuartel.

Entonces, su amigo agarró una de las carpetas y se lo puso sobre los muslos. Era un archivador del año 1999. Antes de que pudiera abrirlo para examinar las actas, Sungguk puso un dedo sobre los papeles.

—¿Notas algo?

Bajó la vista.

—Si me dejaras revisar primero...

Sungguk sacudió la cabeza.

—La fecha.

Leyó nuevamente.

—¿Cuántos años tiene Park Siu? —indagó.

—Cuarenta y cinco, tenía veinte cuando ocurrió la desaparición. Pero no me refería a eso, mira bien.

Repasó la fecha.

Clic.

—¿También era un m-preg? —apenas su compañero asintió triunfante, Minki continuó hilando su idea—. Por eso no lo condenaron, el caso ocurrió antes de la Ley del 2001.

Su amigo asintió, a pesar de que ambos tenían claro que, incluso si hubiera sucedido después de aquella fecha, la situación de los m-preg había sido un caos los primeros años tras la aprobación de la ley, así que posiblemente habrían llegado al mismo resultado.

—Sigo revisando por si encuentro algo más, de seguro lo hay porque todavía no inspecciono las fichas digitales —informó Sungguk pasando hojas al archivador que tenía en sus piernas—. Hasta ahora no he hallado más que el acta de denuncia por presunta desaparición.

—¿Park Siu ha tenido alguna otra condena o denuncia? ¿No se dio alguna clase de aviso público respecto a él?

—Nada, parece un ciudadano ejemplar. Recuerda que hay presunción de inocencia y tiene el derecho a pertenecer en el anonimato hasta que haya una sentencia —tras fruncir los labios, Sungguk continuó apesadumbrado—. Además, la desaparición ocurrió hace más de veinte años. Aunque encontrásemos evidencia, el caso está cerrado pues expiró el estatuto de limitaciones.

Si bien este había sido modificado en el 2015, tras reconocer que era un grave error que los delitos de homicidios prescribieran, al existir el principio de retroactividad, los casos ocurridos en el pasado se regían por la norma penal anterior a tal modificación. Por tanto, la denuncia por desaparición había expirado transcurrido los quince años y, si es que se lograba encontrar algo o incluso se hallara culpable a Park Siu, la oportunidad de ejercer acción penal había caducado. Así que era muy oportuno que la segunda denuncia ocurriera después de que el primer caso expirara.

Era evidente que existía una gran coincidencia que no podían ignorar, ni mucho menos desechar como un punto irrelevante en la investigación.

Estuvieron hasta el mediodía revisando carpetas como también el sistema en línea. Minki buscó en diversos periódicos de la época, pero no se publicó ninguna noticia sobre la desaparición. Todo lo que se hablaba de los m-preg era de las protestas en favor y en contra a sus derechos, de los crímenes de odio, de sus muertes y sobre todo de los nacimientos.

A parte de ello, no había ninguna mención de Hwang Sam.

Frustrado, y percatándose que la noche estaba dominando la tarde, Minki se dejó caer en el centro de la sala. Sin inmutarse, Sungguk continuó husmeando en los archivadores. Era admirable que ya llevara tres docenas, él ya se había rendido. Era cierto lo que Eunjin decía de él: no le interesaba lo suficiente su trabajo para ser catalogado como un buen policía.

Pero su amigo era diferente.

—¿Por qué no continuaste la rama de investigación dentro de la policía si es algo que siempre te ha fascinado? —cuestionó con interés.

Sungguk se quedó desconcertado por su pregunta. Al entenderla, bajó la vista hacia el archivador.

—Porque me hace feliz llegar a casa y estar con mi familia —dijo, su expresión todavía decaída a pesar de sus palabras—. Y continuar mis estudios implicaría pasar menos tiempo con ellos. No es el futuro que elijo en este momento.

Si bien Minki deseaba objetarle con varios argumentos que le rondaban en la cabeza, no lo hizo porque era la decisión de su amigo. Y si Sungguk quería convencerse de que su vida estaba bien así, él no era nadie para reprochárselo.

Los minutos restantes, las palabras de su jefe no dejaron de darle vueltas por la cabeza. Quizás, si le daba rostro a la víctima pudiera empatizar con ella y esforzarse en avanzar, a pesar de que supiera que estaban haciendo algo inútil.

—¿Tienes una foto de Dan? —preguntó, en tanto buscaba el recipiente con los *kimhap*.

—No tengo mi celular —recordó Sungguk—, pero en el sistema debería aparecer su DNI o, si es que tiene, la de su licencia de conducir.

Agarrando uno de los *kimhap* y tendiéndole otro a su amigo, Minki se puso de pie y regresó a los computadores. Buscó el nombre de Ryu Dan, apareciéndole una enorme cantidad de coincidencias. Filtró la base y buscó su provincia, su ciudad y finalmente su jurisdicción; también filtró por edad. El número se redujo a una docena. Hizo clic en cada uno de ellos y le silbó a Sungguk para que mirara la pantalla, mientras le mostraba las fotografías.

—¿Cuál es?

—El segundo.

Era un chico de apenas veintitrés años. Expresión risueña, cabello liso y oscuro. Usaba lentes y una argolla en el lóbulo derecho. A parte de eso, nada destacable, ya que en las imágenes oficiales no estaba permitido mostrar los dientes. No pudo evitar marcar como cuestionable la diferencia de edad entre Park Siu y Ryu Dan. Estaban en dos etapas diferentes de vida, sobre todo si consideraba que Ryu Dan no superaba ni los veinticinco.

Volvió a analizar la fotografía de Ryu Dan. ¿Por qué su rostro se le hacía familiar?

Frunciendo el ceño, dio clic en su nombre para leer los antecedentes. Había un único reporte por acoso, el cual se denunció el 12 de agosto del 2023. Sintió que se le paralizaba el corazón al

leer qué oficial había ingresado la ficha: era él.

«La víctima Ryu Dan realiza denuncia por presunto acoso. Indica que desconoce el nombre del acusado. Señala que lleva cuatro meses encontrándose con el mismo hombre en la parada del autobús (paradero Chilgok Traditional Market, donde aborda el bus con dirección a la estación de metro Taejeon). Ocurre durante las mañanas cuando se marcha al trabajo y añade que llegó a modificar su horario para salir antes. A los pocos días de dicho cambio, el hombre también lo hizo. El denunciante indica que se queda a su lado fumando un cigarrillo y se marcha al verlo subir al bus. El último mes, el hombre comenzó a aparecer en la parada en su horario de regreso y lo ha seguido a casa en más de una oportunidad. El denunciante no recuerda cuántas veces ha ocurrido esto último, pero asegura que supera la media docena.

El acusado ronda los cincuenta años, es de contextura normal y peso promedio. Tiene el cabello canoso y arrugas en la comisura de la boca, lo que podría indicar una adicción al tabaco prolongada.

Se le sugiere que modifique su ruta de viaje y aborde en la estación de metro Palgeo que se ubica a diez minutos, con la finalidad de descartar coincidencia en rutas o un presunto acoso.

Se le señala al denunciante que no existe un hecho que pueda ser constituido como acoso, por lo que no se puede proceder con la denuncia.

*Firma: Lee Minki,
Unidad N°17».*

Las estadísticas del año anterior indicaban que en Corea se recibían un promedio de trece reportes de acoso diario. De aquellos solo habían procedido doscientos noventa y ocho, los cuales en su mayoría tuvieron como condena una multa que rondaba los ochenta mil wones. Si bien en el año 2022 se había aprobado una modificación a la ley para que el delito de acoso recibiera una condena de hasta cinco años de prisión, a la fecha los problemas permanecían. Porque, ¿cómo se podía demostrar un acoso como el que había reportado Ryu Dan? ¿Cómo se lograba constituir una denuncia por acoso cuando no existían evidencias físicas de tal hecho?

Sintiendo ganas de vomitar, se giró en la silla para enfrentar a su amigo.

—Sungguk —llamó.

—¿Encontraste algo?

Tragó saliva, sus manos jugaban entre ellas.

—Hay un reporte por acoso.

—¿En serio?! —jadeó Sungguk, estirando el cuello—. Todavía no he revisado los antecedentes de Ryu Dan, solo los de Park Siu. Pero eso es genial, por lo menos ahora tenemos un presunto sospechoso.

—Fue hace dos años.

—De todas formas...

—No se concretó la denuncia porque no se pudo constituir el acoso.

Sungguk frunció el ceño.

—¿Y por qué pasó eso?

—Un hombre lo siguió durante meses. El presunto acosador nunca se le acercó, únicamente lo esperaba en la parada de bus por las mañanas y por las tardes. No existía un hecho que pudiera

ser constituido como acoso.

—¿Y vigilar a alguien durante meses no lo es? —cuestionó Sungguk.

Minki se lamió los labios.

—No —susurró.

—¿Quién ingresó el caso? —su amigo retomó los papeles que revisaba—. ¿Por qué no se hizo más averiguaciones? ¿Por qué no se coordinó con la víctima para asistir a la escena y confirmar dicho acoso? Estoy seguro de que el caso lo recibió Han, él siempre busca razones para no proceder.

Minki guardó silencio tanto tiempo que Sungguk lo observó. Algo debió haber notado en su expresión culpable, porque cerró el archivador y lo dejó a un lado.

—No había razones suficientes para que se procediera con la denuncia —intentó consolarlo cambiando el discurso.

—¿No? —tragó saliva con dificultad—. Ahora me parece ilógico cerrar el reporte sin investigar un poco más.

—Nadie habría imaginado que Ryu Dan desaparecería dos años después.

—¿Pero no es eso lo que hacemos como policías? ¿Evitar que ocurran este tipo de situaciones?

—La desaparición de Ryu Dan no necesariamente está conectada con el reporte de acoso.

—Pero ¿y sí lo estuviera?

Sungguk no supo cómo responder.

—Eunjin tenía razón —susurró Minki—. No sirvo para ser policía.

—No digas eso.

Sin embargo, aparte de esa débil excusa, Sungguk no tuvo más que decir.

Cuando finalmente le informaron a Eunjin sobre su «descubrimiento» se dieron cuenta de que, además, habían pasado su último día de investigación buscando pistas que ya estaban verificadas.

Como Minki no podía dejar de pensar en aquel reporte, se quedó unos minutos fuera del edificio una vez que Sungguk fue a dejarlo. Tardó todavía más tiempo en animarse a ingresar. El conserje, que también hacía de administrador, ya se había marchado tras completar su media jornada laboral. Subió los cinco pisos con lentitud, quedándose afuera de su departamento por unos segundos más. Tras guardar sus propios sentimientos muy dentro de su corazón, abrió la puerta.

Hubo un chillido seguido de una exclamación.

—¡Papi! —era su hija Chaerin, quien se bajó del sofá de un brinco y corrió hacia él. Lo sujetó por los muslos con fuerza. A los pocos segundos, apareció Beomgi quien también lo asaltó con un abrazo.

La casa olía a *kimchi*.

Tomando a Chaerin en brazos y con Beomgi pegado al muslo, caminó a la cocina donde se encontró a Jaebyu en el suelo con una fuente frente a él. Tenía las manos enguantadas y por lo menos seis repollos cubiertos con la mezcla de vibrante rojo.

—Es tu día libre —dijo Minki—, deberías estar descansando.

Las mejillas de Jaebyu se sonrojaron mientras seguía cubriendo con la mezcla cada hoja del repollo. Antes de que respondiera, Minki supo el motivo tras ese *kimchi* casero.

—Hace mucho tiempo que no hacía y sé que te gusta el que preparo.

Actos de servicios.

Si bien Jaebyu era un pésimo conversador, tenía otras formas para decirle lo mucho que lo quería y lo arrepentido que estaba por algo. Era su forma de pedir disculpas sin palabras. Pero también era su manera para dejar atrás los problemas y no enfrentarlos.

Bajó a Chaerin al suelo con una protesta consentida por parte de ella. A pesar de ello, Minki se acercó a su novio y se puso en cuclillas a su lado. Jaebyu tenía un mechón de cabello revoloteándole en los ojos. Se lo apartó y le dio un beso en la mejilla.

—¿Estás agotado? —quiso saber Jaebyu apartando la mirada. Parecía un adolescente avergonzado por estar con la persona que le gustaba, en vez de un hombre que ya superaba los treinta—. Es temprano, pensé que tardarías más en llegar por el caso de ese chico.

La noche anterior no le había dado tiempo para contarle detalles, lo único que Jaebyu debía saber era sobre el incendio. ¿Entonces cómo se enteró del resto?

—Es noticia nacional —explicó Jaebyu al percatarse de su desconcierto—. Están ofreciendo una recompensa por cualquier información sobre su paradero.

Los mellizos ahora jugaban en la sala de estar. Esperó que no estuvieran destruyendo algo.

—¿Han dicho algo más? —curioseó, todavía en cuclillas.

—Tienen, al menos, veinte mil sospechosos.

—¡¿Qué?! —jadeó, tan sorprendido que perdió el equilibrio y cayó sobre su trasero.

—Están buscando una camioneta blanca modelo Hyundai Porter H100. Y hay veinte mil registradas en esta ciudad —Jaebyu meditó sus palabras por unos instantes—. ¿Por qué pareces

tan sorprendido? Ayer estuviste ahí, en el incendio.

Minki estiró los brazos y se contempló la punta de los dedos.

—No nos han dicho nada.

—¿Se metieron de nuevo en problemas? —suspiró.

—Sungguk y yo fuimos suspendidos por una semana.

—¿Otra vez? —resopló Jaebyu.

—No digas «otra vez» como si fueran tantas, señor Yoon —refunfuñó Minki.

—Tres no es algo menor.

Tuvo que darle la razón.

—Fue culpa de Sungguk —se excusó. Recordó el reporte por acoso que no procedió y se sintió de inmediato culpable.

—¿Pero no eres tú el responsable del equipo?

En eso también tenía razón.

Sus excusas no hicieron más que enfatizar el poco compromiso y desinterés que tenía por su trabajo. Cada hora entendía mejor el insignificante policía que era. Quiso culpar a la fractura de rodilla que había sufrido mientras aún era un estudiante, no obstante, aquello había ocurrido hacía once años. Podría haber cambiado, podría haber tratado su miedo a sobreexigirse. Podría haber hecho muchas cosas para mejorar sin tener que involucrar su salud física, pero no lo hizo. Se convirtió en alguien mezquino, eligiéndose una y otra vez cuando existían personas que dependían de un esfuerzo que rozaba día con día la mediocridad.

Se sintió una basura.

¿En qué momento la monotonía le había ganado al esfuerzo?

Con los mellizos escuchando y cantando «Banana Chacha» —una canción que francamente lo iba a llevar a la locura—, Minki le contó a su novio sobre el caso de Ryu Dan sin saltarse detalles. La historia duró tanto que Jaebyu alcanzó a terminar la preparación del *kimchi*, que guardó en cubetas plásticas dentro del refrigerador esperando que fermentara. Tras quitarse los guantes desechables y tirarlos a la basura, le señaló su cuarto para continuar con la conversación.

Pasaron por sobre una montonera de juguetes desperdigados por el suelo, Minki evitó los legos porque no existía peor dolor que pisar descalzo uno de ellos. Ahora los mellizos cantaban «Santoki», no sabía si alegrarse o desesperarse más.

Como al rato Jaebyu tuvo que regresar a la cocina para prepararles unos emparedados a los mellizos, Minki aprovechó para asearse y cambiarse de ropa. Al salir del baño, su novio lo esperaba en la cama revisando unos documentos guardados en un archivador enorme. Los papeles contenían decenas de análisis de sangre y resultados de exámenes. Cada año, quisiera Minki o no, su novio le solicitaba hora para realizarse un estudio general. Y como cada año, Minki se negaba a asistir. Pero Jaebyu siempre lograba engañarlo y Minki terminaba en el hospital cerrando los ojos para no presenciar la extracción de sangre.

—Tus últimos dos resultados muestran que tienes el hígado graso, ¿me has estado siendo infiel, oficial Lee?

Para regular ese problema, Minki tomaba silimarina. Sin embargo, se le había acabado hacía un tiempo. Por supuesto, Jaebyu no estaba enterado de ello.

—Es imposible ser infiel con la comida, no empieces con eso que me haces enojar.

—Si te cocino saludable y tú aun así tienes el hígado graso, es porque estás comiendo en otro lugar. Para mí eso es ser infiel.

Puso los ojos en blanco con dramatismo y se dejó caer en la cama de frente.

—No empieces con eso, Yoon.

—Descubrí salsa en tu corbata. Otra vez.

—¿Me examinas la ropa? —cuestionó apoyándose en los codos.

—Lavé tu uniforme, por supuesto que revisé la mancha para poder quitarla. Me estás siendo infiel, ¿cierto?

—¡No puedo ser infiel por comerme unos *tteokbokki*!

Jaebyu se cruzó de brazos, triunfante.

—Entonces admites que lo hiciste.

Minki soltó un gruñido de frustración.

—No existe ser humano más fiel que yo en este mundo, deberías estar orgulloso por la devoción y amor que tengo por ti y solo por ti —dramatizó. Como Jaebyu se mantuvo con las cejas alzadas, dio un suspiro—. Mi hígado tiene excelente salud.

—Lo sabremos pronto —aseguró Jaebyu.

Se arrastró de rodillas hasta su novio.

—No, Yoon-ah, este año no.

—Estás embarazado, con mayor razón tienes que realizarte un análisis general.

Gimoteando, apartó el archivador y tomó asiento en el regazo de Jaebyu. Se enganchó a su cuello.

—Sabes que lo odio —comenzó con aquel discurso que repetía cada año y que nunca daba resultados positivos.

—Lo sé, querido, pero...

—Me da un miedo terrible mi sangre.

—Querido...

—Y estoy embarazado, no debo pasar estrés innecesario.

Pareció ganar el juego por primera vez en una década.

—Lo conversaré con Namsoo.

Al parecer, solo había retrasado la tortura, porque era obvio que el doctor Choi, por muy amigo que fuera de Minki, le pediría tanto los exámenes de sangre como los de orina. Necesitaba analizar el estado de su cuerpo para enfrentar el nuevo embarazo.

A las horas, queriendo comer algo delicioso —catalogado como basura por su novio—, revisó el refrigerador y se llevó otra gran decepción. Como Jaebyu había realizado las compras del supermercado, solo encontró productos reducidos en todo lo sabroso. Nada tenía azúcar refinada y grasas en exceso.

Inquieto, se escabulló del departamento para ir a una tienda de conveniencia y comerse al menos un ramen con una Coca-Cola sabor original. La semana ya era de por sí horrible como para cenar apio.

El atardecer manchaba el cielo de naranja, aunque todavía había la suficiente luz para divisar los drones explorando desde las alturas. Más adelante, donde comenzaba una autopista, había un cerco policial que cortaba el tránsito para así hacer revisiones al azar a los conductores. Al parecer, no estaban escatimando en gastos para buscar a Ryu Dan.

Incluso en el local de autoabastecimiento encontró un cartel pegado en el vidrio esmerilado. Era una mala impresión, la tinta negra estaba corrida en algunas partes. Al menos era legible y, por sobre todo, reconocible.

Habían incluido una fotografía de Ryu Dan en el aviso.

En esa oportunidad, le sonreía a la cámara algo tímido. Llevaba una camiseta blanca y un jean aparentemente azul. Estaba sentado en un parque. Se veía feliz. Se preguntó si esa imagen la habría sacado Park Siu.

DESAPARECIDO

Ryu Dan

Veintitrés años

Visto por última vez el 5 de octubre en Buk-gu, Daegu,
en las inmediaciones de Eupnae-dong
Se ofrece recompensa de quinientos mil wones
por información

Park Siu debía ganar una buena suma de dinero como programador si estaba dispuesto a pagar esa cantidad a quien le entregara algo.

Minki terminó bebiéndose dos Coca-Cola acompañado de un ramen picoso. Compró unas bolsas de dulces para dárselas a los mellizos en secreto. De mucho mejor humor, regresó a casa.

Fue entonces que divisó a un hombre mayor en la entrada de su edificio. Tenía el cabello blanquecino y unas entradas pronunciadas. A pesar de las arrugas y que su físico se había deteriorado, lo reconoció al instante. Esa cara, que no veía hacía años, nunca podría olvidarla porque pertenecía a la misma persona que plagó sus sueños de infancia.

Era Lee Jaesuk.

Su papá.

En la mayoría de las historias, la versión que se contaba era la del padre de familia siendo infiel y marchándose con su nueva pareja. En el caso de Minki, ellos eran la *otra* familia. Su madre había salido con un hombre casado, quince años mayor que ella. De aquella relación nació Minki, siendo el mayor de tres hermanos. Cuando la esposa de su padre se enteró de dicha infidelidad, le preparó la maleta y le pidió que no regresara. Su padre se refugió con su madre, por supuesto, y cumplió con su rol en la familia hasta el cumpleaños número cinco de Minki. El mismo día que apagaba las velas de su pastel, la esposa de su padre lo llamó diciéndole que estaba embarazada de él. Al final, nunca la dejó del todo, solo intercambió los roles.

Siendo la esposa alguien adinerada, su padre no dudó en despedirse de su madre y de él para jamás regresar. Al mes del abandono, su madre descubrió que estaba embarazada de Lee Minjae, su hermano menor.

Después de eso, vio a su padre en otras tres ocasiones. Para conocer a su hermano Minjae recién nacido; cuando su padre quiso que los tres hermanos Lee se conocieran en el cumpleaños número ocho de Lee Dowan, su hermanastro; y finalmente cuando murió su abuela paterna tres años más tarde.

Lo más doloroso de una situación que ya era terrible, fue descubrir que Dowan y su hermano se llevaban por apenas un mes. Sin embargo, mientras el cumpleaños de Minjae fue modesto, con un pastel no más grande que un plato pequeño, a Dowan le arrendaron hasta juegos electrónicos. Un mes de diferencia, pero la distancia entre ambos hermanos era abismal.

Catorce años habían transcurrido desde la última vez que lo vio en el funeral de su abuela. En la actualidad, su padre lucía arruinado. Estaba calvo y panzón. Nunca fue un hombre alto, no obstante, ahora se veía inclusive más bajo. Apenas quedaban rastros de su rostro apuesto, aunque común.

—Minki, hijo —hizo énfasis en su prolongado y unilateral abandono—: Cuánto tiempo.

Si fuera un desconocido oyendo aquella conversación, Minki habría imaginado que eran dos amigos que la vida los distanció, pero que jamás dejaron de quererse ni anhelarse.

—Hola —respondió apenas.

Su padre tomó eso como una invitación y se le acercó restregándose las manos. Minki intentó recordar la cantidad de veces que soñó con ese momento.

—¿Cómo has estado, hijo? —preguntó con lo que parecía interés genuino.

A Minki lo consumió un apetito ardiente de venganza.

—¿Qué haces aquí?

El hombre parecía impresionado, como si no entendiera a qué se debía su respuesta cortante y maleducada. Minki utilizaba los honoríficos con personas que se hubieran ganado su respeto, no los malgastaba en alguien que no tenía la más mínima decencia de siquiera de criar a sus hijos.

—Supe que fuiste padre —dijo. Recién entonces, Minki notó que llevaba un paquete raído, como si lo hubiera paseado por media Corea hasta llegar a él—. Traje esto para los mellizos.

—¿Cómo lo supiste?

Cayó la bomba de forma tan repentina que no supo analizar la situación.

—¿No te lo dijo tu madre?

Quiso llorar y también vomitar. No por primera vez se preguntó si podía hacer ambas.

—¿Disculpa?

Su padre desconoció su confusión, de la misma forma que ignoró sus lágrimas cuando le suplicó que regresara con ellos.

—Es una muñeca para la niña y un camión para el niño.

—La «niña» se llama Chaerin —lo corrigió Minki, un dolor punzante le golpeó en la sien—. Y el «niño» es Beomgi. Pero por supuesto no lo sabes.

Su padre se quedó con los brazos estirados.

—Lo sé —aseguró, asintiendo como un estúpido—. También sé que eres un... uno de *ellos*.

No pudo decir la palabra, la lengua parecía habersele enredado en su asquerosa boca. Ni siquiera hizo el esfuerzo de aclararlo.

—M-preg —dijo Minki.

—¿Cómo? —preguntó, tras acercarse un paso.

—Soy un m-preg.

Su padre asintió. Sus mejillas rebotaron con el movimiento debido a la flacidez.

Se veía tan patético que quería golpearle, gritarle, empujarle. Pero también quería llorar y volver a suplicarle que no se fuera.

—Sí —dijo su padre—. Minjae no lo es. Tu niño... Beomgi tampoco, es una lástima.

¿Lástima?

—Dowan... tu hermano también lo es, como tú —siguió, como si fuera información que Minki le estuviera solicitando aclarar—. Debo tener el gen, pero no aplicó en mí. Una suerte o me habría quedado estéril.

Como no respondió, su padre dio otro paso hacia él a la vez que Minki retrocedía. Al final, se detuvo con los puños apretados contra sus muslos.

—Hijo, yo...

—¿Para qué viniste? —lo cortó.

—Porque te...

Minki lo sujetó por la camisa y lo empujó lejos, con asco, con furia. La mano le picaba en ira porque quería pedirle explicaciones a puñetazos.

—No te atrevas a decir que me extrañabas —advirtió.

Se le asomaban unos vellos canosos de la nariz y tenía las cejas desordenadas. Minki nunca creyó que pudiera odiar tanto un rostro tan simple.

—Porque si lo hicieras —prosiguió—, no parecerías dieciséis años tarde.

Al darle por fin un golpe en el centro del pecho para alejarlo, su padre retrocedió de forma tambaleante.

—Me equivoqué —se justificó—. Pero estoy intentando...

—No me interesa —dijo Minki—. No me interesas en lo más mínimo, no me interesan las razones que motivaron este cambio. No me interesa que regreses a mi vida. No te necesité mientras crecía, menos ahora. No quiero que ruegues mi perdón o que intentes enmendar tus errores. No me importa. No eres nada para mí, pero tampoco dejaré que te mueras con la

conciencia limpia. Me abandonaste, y nunca, nunca te lo voy a perdonar. No tienes ni tendrás mi perdón ni olvido.

Entonces, de forma brusca, le quitó el regalo y lo lanzó contra el piso para aplastarlo con el pie hasta que el plástico cedió bajo su zapato.

—A Chaerin no le gustan las muñecas, le gustan los videojuegos. Y a Beomgi le gusta armar aviones. Pero eso, por supuesto, no lo sabes —le dio una última patada al paquete para lanzárselo a su padre—. Recoge tu basura.

Ingresó al edificio con tanta tranquilidad como pudo. Se convenció de que ese encuentro no lo había afectado, ¿por qué tendría que hacerlo? ¿Por qué tendría que extrañar algo que nunca tuvo? ¿Cómo podría nacer en él un sentimiento de añoranza sino existía pasado en común entre ambos?

No tenía lógica.

No lo tenía.

Claro que no.

Al llegar al departamento fue incapaz de abrir la puerta. Con las rodillas temblorosas y el pecho adolorido, se desplomó contra la madera. Un sollozo se le escapó a la vez que la entrada se abría y era envuelto por unos brazos cálidos, que sabían a hogar y cariño, como también a amor y respeto.

—¿Minki...? —susurró Jaebyu alarmado. Le apartó el cabello del rostro para mirarlo—. ¿Qué sucede?

Pudo notar a los mellizos asustados en la sala de estar. Chaerin abrazó a Beomgi mientras Jaebyu lo ayudaba a ingresar a casa.

A su hogar.

Al único hogar que era suyo, tan suyo que jamás podría mancharlo ese hombre.

Lloró durante horas.

Lloró cuando Jaebyu lo dejó solo para acostar a los niños. Y lo escuchó explicarles con calma que no debían asustarse, que llorar era parte de vivir y de ser feliz.

Lloró cuando regresó a su lado y lo arrastró hasta sentarlo en su regazo.

Lloró todavía más al recibir sus besos y caricias.

Y se prometió que esa sería la última vez que ese hombre lo haría sentir así. Porque de la misma forma que amenazó a la expareja de su madre, posicionándole el cañón de su pistola en la frente tras verlo llegar a su casa borracho y furioso, lo haría con su padre. Y en esa oportunidad no dudaría.

No lo haría.

Pero se mentía a sí mismo.

Porque de la misma forma que anhelaba ser un buen padre para sus hijos, anhelaba ser también un buen hijo.

Después de encontrar a Yoon Jaebyu en una cafetería con su cita, transcurrió un mes donde no supo nada de él. Minki casi logró olvidar su existencia. Casi. Porque cuando una compañera de la academia recibió un golpe en el rostro, que la dejó con la nariz rota, él se ofreció al instante como voluntario para acompañarla. Una furgoneta de la academia los llevó hasta el hospital más cercano, que resultó no ser el establecimiento en el que estudiaba el chico. De igual forma, Minki fue el primero en bajar y enfilar a la sala de emergencias, la cual estaba abarrotada. El guardia de la entrada le indicó que la espera era de varias horas, así que regresó al automóvil justo cuando Goeun, su compañera, se alistaba para ir.

—Está repleto —hizo sonar sus manos antes de continuar—: Deberíamos intentar con el hospital del distrito de Buk-gu.

—¿Estará menos concurrido? —cuestionó el chofer.

—Por lo menos no está en el centro de Daegu —respondió Minki.

Esperó con impaciencia hasta que el trabajador le hizo un gesto para que regresara a la furgoneta. Minki se subió de un salto. Se le hizo interminable los pocos minutos que separaban ambos hospitales.

Al llegar ayudó a Goeun a bajar, quien había manchado con sangre la tela con hielo que apretaba contra la nariz. La sala de emergencias del hospital se encontraba también concurrida, pero mucho menos que la antecesora. Le pidió a Goeun que tomara asiento mientras él sacaba un número para tramitar el ingreso de su compañera. Al rato, la llamaron para darle clasificación a su urgencia y luego les tocó esperar.

Media hora transcurrió y, por mucho que miró las puertas al abrirse, no pudo divisar al residente de enfermería por ninguna parte. ¿Había tenido la mala suerte de coincidir con su día libre? Si era así, iba a lanzarse desde lo alto de una muralla de pura frustración. Había ido de forma voluntaria a un hospital por él, ¡¿y la vida le decía que no iba a verlo?!

Se negó a aceptar su realidad, así que se puso de pie.

—¿Te gustaría un refresco? —preguntó para distraerse, de lo contrario terminaría cometiendo una locura como taclear al guardia para ingresar a la zona de Urgencias y ver si se estaba escondiendo de él; Yoonie sería capaz de hacer algo así solo para irritarlo.

Goeun tenía los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás para evitar la hemorragia.

—Agua —pidió con voz adolorida.

A unos pasillos de la sala de espera encontró cinco máquinas dispensadoras. Como estaba concentrado buscando su billetera en el bolsillo, no se percató de que una de ellas estaba ocupada. No fue hasta que escuchó un resoplido enojado, que sacó por fin su tarjeta y alzó la barbilla.

Con los puños contra la máquina estaba Yoon Jaebyu. Tenía la cabeza baja y entre los brazos. Su postura parecía derrotada y también cansada. De seguro intentaba reunir fuerzas para no colapsar, ya sea en un llanto desconsolado o en una furia demoledora.

—Solo. Quería. Una. Bebida —lo escuchó refunfuñar con frustración cruda y pura.

Así que no se escondía de él... pero parecía a punto de derrumbarse de agotamiento. ¿Sería buena idea acercársele? Por supuesto, Minki era de las personas que picarían a un tigre herido con un palo si con ello recibía algo a cambio.

—¿Se trabó? —preguntó, sorprendiéndose por su hilo de voz.

—Sí, y se tragó mi último billete —el enfermero apuntó la máquina a la vez que alzaba la cabeza—. No recibe tarjetas, tiene malo el dispositivo de lectura.

Por fin lo vio. Las cejas del chico se alzaron sorprendidas un único segundo, después se relajaron.

—Creo que tengo un billete —avisó Minki toqueteando sus bolsillos.

—No importa —Jaebyu negó con la cabeza—. Se quedó trabada y es la única que tiene la bebida energética que me gusta.

—Tranquilo —dijo enseguida—. Tengo una maestría en máquinas dispensadoras, la de mi academia se atasca siempre. Mira.

Se acercó y Jaebyu retrocedió un paso, parecía demasiado agotado como para debatirle. Sintiendo nervioso, Minki sujetó la expendedora con ambas manos y puso una pierna delante de la otra. Con fuerza, pero con precisión, la sacudió primero hacia los costados y luego adelante y atrás. Repitió el proceso cuando nada cayó.

—No importa —agregó Jaebyu—. Beberé algo de café y...

Lo enmudeció un fuerte ruido metálico: una bebida energética había aparecido por el túnel de salida. Minki la sacó y se la entregó con una sonrisa.

—Ahí tienes.

Jaebyu la abrió, su expresión se alivió al escuchar el suave clic de las burbujas liberadas. Le dio un largo trago antes de responderle.

—Muchas gracias —dijo con total sinceridad.

—Está bien —susurró.

Típico de dos desconocidos que no sabían de qué hablar, más aún si uno de ellos era un pésimo conversador, se instaló un silencio que, si bien no era opresivo, era un poco incómodo. Con la tensión sobre sus hombros, Minki tosió para aclararse la voz y dijo lo primero que pensó:

—¿Cómo está tu novia?

Podría haberle preguntado por su bienestar o sobre su carga laboral. Pero no, eligió el camino de la estupidez. Y agradeció haberlo hecho, porque la respuesta de Jaebyu sonó como un canto celestial.

—No es mi novia —corrigió tras darle otro largo trago a su bebida—. Era una cita.

—Ah, entiendo.

El «¿y fue bien?» alcanzó a tragárselo antes de soltarlo. Por supuesto que se moría por seguir con el interrogatorio, pero incluso su idiotez tenía un límite.

—Creo que no tengo tiempo ni paciencia para más citas —agregó Jaebyu—. Me rendí.

—Tu prioridad debería ser dormir antes de salir con chicas —aseguró Minki.

—O podría dormir con ellas.

Minki se quedó paralizado hasta que entendió que era una broma y que Jaebyu se estaba riendo mientras le daba el último sorbo a la bebida, que luego tiró al reciclaje.

—¿Cuántos años tienes? Tu madurez apesta.

—Soy del noventa y dos.

—Nos llevamos por tres años.

—¿Tienes diecinueve? Prácticamente eres un recién nacido.

Puso los ojos en blanco.

—No eres gracioso.

Jaebyu le tocó el brazo.

—Por cierto, ¿te duele?

—No, no —respondió Minki con rapidez. El enfermero comenzó a avanzar por el pasillo para regresar a sus obligaciones, por lo que lo siguió—. Vine por una compañera, le fracturaron la nariz.

—¿Quién la está asistiendo?

Minki examinó la sala de espera para darse cuenta de que Goeun continuaba ahí con el pañuelo manchado y la cabeza caída.

—Todavía estamos esperando —explicó, apuntando a la chica.

Jaebyu la analizó con las manos metidas en el pantalón de su uniforme verde claro. Tenía los labios estirados y ladeados, como si estuviera perdido en sus pensamientos.

Entonces, asintió.

—Box siete, yo la veré —dijo.

Antes de que se arrepintiera, Minki fue hacia Goeun para darle aviso. Al enfilarse hacia las puertas abatibles, Jaebyu ya había ingresado a emergencias.

Minki tomó asiento en una pequeña silla ubicada a un costado del box, en tanto Jaebyu revisaba la nariz de Goeun. Después, hizo unas anotaciones ilegibles en la ficha y le pidió a Goeun que se recostara, tras alzar la parte superior de la camilla.

—Vendrá un doctor a revisarla —dijo.

El resto de las horas, Jaebyu regresó al box para colocarle una vía a Goeun e inyectarle un analgésico y un desinflamatorio.

Cuando lo llamaron por teléfono para anunciarle que debía regresar a la academia, ya que un familiar de la chica la acompañaría durante la noche, Minki buscó a Jaebyu por la sala. Estaba junto a una enfermera y le señalaba algo en la pantalla del ordenador, parecía estarle enseñando o explicando algo.

Dudó antes de ir a la salida.

Le dio otra mirada, esperanzado de al menos despedirse de él. Pero aquello no ocurrió.

Decepcionado, Minki fue hacia la salida.

Antes de que llegara a las puertas, alguien las abrió por él.

Era Jaebyu.

—Quería agradecerte por lo de hoy.

Minki tomó una inspiración profunda.

Era ahora o nunca.

Era ahora.

—Si en el futuro regresara, y por supuesto tú no estuvieras en medio de este caos laboral —comenzó diciendo con un picor de nervios en la boca del estómago—, ¿aceptarías una cita conmigo?

La carcajada de Jaebyu lo desconcertó lo suficiente para dejar a un lado los nervios. Sonaba algo oxidada, lo que daba indicios de que no se reía mucho. Por eso, no pudo molestarse cuando

recibió una caricia en el cabello y Jaebyu desapareció tras las puertas, sus últimas palabras resonando en sus oídos como una promesa:

—Quizás.

Al llegar al tercer día desde la desaparición de Ryu Dan, Minki recibió una llamada de Eunjin:

—Preséntate en la estación junto a Sungguk, ahora.

Tras llamar a su madre para pedirle que le ayudara con los mellizos, coordinó con Sungguk para ir a buscarlo. Ninguno de los dos tenía idea del porqué los estaban citando con tal premura y sin aviso previo, así que creyeron lo peor. Las ideas de Minki iban desde una nueva interrogación hasta una vida tras las rejas, Sungguk creía que los expulsarían oficialmente.

—Seré la vergüenza de mi familia —dijo Sungguk con pesimismo—. ¿A qué me dedicaré ahora? No soy bueno en nada. Crecí con la convicción de que sería un buen policía y ni siquiera logré eso.

Se equivocaron con sus hipótesis.

Al llegar al cuartel, Eunjin los recibió pareciendo no haber dormido durante esas setenta y dos horas. Mientras los hacía movilizarse por una estación abarrotada de oficiales con pantalones de pescar y botas de plástico, les explicó la situación:

—Durante su baja hemos recibido cientos de reportes falsos sobre la desaparición de Ryu Dan. Como no hemos logrado avanzar con la investigación, se nos ordenó corroborar todos estos avisos antes de descartarlos. La tarde de ayer llegó lo que parecía ser un testigo, indicando haber visto una camioneta blanca arrojando algo a uno de los brazos del río Geumho. Tras revisar las CCTV del lugar, se detectó efectivamente un automóvil modelo Hyundai Porter H100 sin patente. Aquí es donde entran ustedes.

Luego, los empujó hacia la cafetería, que se había convertido en una bodega, y les dijo:

—Pidan ropa de su tamaño. Nos ayudarán a rastrear uno de los canales que llegan al río Geumho.

Como Minki tenía un pie de tamaño de lo más común, su número de botas fue el primero en irse. Necesitaban usar traje de pesca, por lo que los zapatos eran una extensión de la jardinera de plástico. Minki terminó con un traje que le quedaba grande; las tiras se le caían por los hombros y, en cada paso, la parte alta de las botas le topaba por detrás del muslo.

Los trasladaron en furgonetas al área de búsqueda. Las conversaciones los rodearon en el trayecto, así que agudizó el oído para averiguar lo que se habían perdido.

Daegu era una ciudad igual de tecnológica que Seúl, por lo cual presentaba sistemas de cámaras en casi la mayoría de sus calles. Y si no existían CCTV públicas, siempre podían contar con los sistemas privados que instalaban la mayoría de los edificios residenciales, negocios y empresas. Por ley, adicionalmente, los vehículos debían contar con una cámara con la capacidad de archivar las grabaciones realizadas por al menos un año. A pesar de eso y de que la ciudad estuviera plagada de ojos tecnológicos que lo miraban todo, no podían encontrar rastros de la camioneta en la que al parecer desapareció Ryu Dan.

—Es como si se lo hubiera tragado la noche —concluían todos.

Llegaron finalmente al área donde iniciarían el rastreo. Por suerte, Daegu se encontraba con un déficit de lluvias, así que el canal estaba poco profundo. Era más lodo y fango que

propiamente un río. Según les indicaron mientras terminaban de alistarse, no superaba los dos metros de profundidad en la parte más honda.

Un grupo de oficiales comenzaría en la zona sur y el otro por la parte norte hasta que se encontraran. De no hallar posibles pistas, se daría paso a una segunda exploración. Para revisar el río Geumho, cuya profundidad era mayor, se había contratado a unos arqueólogos subacuáticos que tenían una extensa experiencia en búsqueda de objetos tanto en ríos como en el lecho marino. Eran cinco, quienes ya estaban preparando su equipo para sumergirse.

Minki y Sungguk partirían por el sector sur, donde se ubicaba la estación de metro Paldal. Colgando de las barreras de protección, se imponía un cartel grande que anunciaba que la zona era monitoreada por CCTV, por lo que serían multados quienes se arriesgaran a lanzar desperdicios al río.

Con la mirada, Minki inspeccionó la ubicación de las cámaras. Aprovechando que a su lado estaba Yohan, uno de sus compañeros, preguntó con naturalidad:

—¿Dónde se localizó la camioneta?

—La denuncia da como lugar de los hechos las inmediaciones de la Ruta-700. Ya revisaron esa zona pero no se identificó nada, por eso vamos a registrar el río completo.

Eso estaba hacia el norte del canal. Minki contempló el delgado riachuelo.

—¿Es posible que tan poca agua sea capaz de arrastrar algo hasta acá?

—Son ordenes, oficial Lee.

Se molestó. Volvió a examinar las cámaras, intentando calmarse para sacar más información.

—¿Las revisaron? —dijo, apuntándolas con un movimiento de barbilla. Yohan asintió—. ¿Entonces la denuncia es real?

—Lo es, se puede observar que lanzan una bolsa de basura.

Por tercera vez, analizó las cámaras.

Curioso.

Era muy curioso que se hubieran arriesgado a tirar algo ahí cuando se avisaba que era una zona monitoreada.

Era muy, muy curioso.

Los primeros oficiales en bajar al lecho del río lo hicieron con arneses y cuerdas. A continuación, se les hizo entrega de escaleras que estabilizaron en el fondo del agua. Minki bajó apenas se lo permitieron, pensando que, si su fractura de rodilla no hubiera boicoteado su carrera, habría sido él quien estaría descendiendo con la ayuda de una cuerda y guantes para no quemarse las manos. Pisó cada peldaño con dificultad dado las enormes botas. Le siguió Sungguk, quien le pisó las manos en al menos tres oportunidades.

Tras facilitarles unos bastones, que se utilizaban para recoger basura en las calles, comenzaron a golpear el fondo del canal buscando alguna irregularidad. Mientras ellos iban por la orilla rastreando las zonas menos profundas, tres oficiales subidos en un bote monitoreaban el centro del canal; dos de ellos golpeaban el fondo y el tercero conducía.

Con Sungguk a su lado, Minki dijo lo que venía pensando desde que convocaron su ayuda.

—¿No te parece curioso?

Su amigo había pisado una parte blanda del lecho y una de sus piernas estaba hundida hasta la mitad del muslo. Minki le ofreció su brazo para que pudiera impulsarse. Ahora fue él el que se hundía.

—¿El río? —preguntó Sungguk con dificultad, estaba concentrado en juntar fuerzas para despegar su pie del fondo.

—La denuncia, idiota.

Minki apoyó el bastón en el fondo y lo usó como soporte para despegarse del fango.

—Todo en este caso es extraño —aseguró Sungguk, por fin liberándose. Se movió hacia el centro, donde el suelo era más estable.

—Llevamos tres días buscando por Daegu todas las camionetas blancas modelo Hyundai Porter H100 que existen en la ciudad, ¿y de pronto aparece una y lanza algo a un canal con poco cauce? Peor aún, no encuentran nada donde se *supone* se lanzó lo-que-sea que hayan tirado.

Sungguk le dirigió una mirada rápida, a la vez que seguía golpeando el fondo del río.

—¿Qué estás pensando?

—Que fue adrede.

—Por supuesto que los crímenes son adrede.

—Me refiero a esto —Minki estiró los brazos abarcando su alrededor—. Es una «pista» puesta para distraernos. Y lo está consiguiendo. Es de manual.

Un dron voló sobre ellos a baja altura, realizaba un monitoreo digital.

—Según escuché —comenzó Sungguk—, esta es la única pista que tienen. Revisaron las CCTV para identificar la ruta que tomó la camioneta, pero perdieron el rastro en una zona baldía. Y a pesar de que analizaron las cámaras que se encontraban en los alrededores, ninguna registró la camioneta.

Minki se quedó examinando el canal.

—¿Sabes lo que significa eso?

Sungguk suspiró y asintió.

—Que de alguna forma lograron ingresar al sistema de las CCTV. También existe la posibilidad de que alguien le esté filtrando información. Los detectives sospechan lo primero, Eunjin ruega que así lo sea.

De lo contrario estaría involucrado algún empleado que trabajaba con las CCTV o, peor, un agente. Aquellos cargos eran los únicos con la potestad para ingresar y revisar el sistema, como también conocían la ubicación de las cámaras para planear un escape que sabía a perfección.

¿Pero serían más inteligente que docenas de oficiales y detectives?

Al parecer, sí.

Porque, tras seis horas de intensa búsqueda, Yohan, su compañero de estación, golpeó el fondo del lecho y se le resbaló el bastón hacia un costado. Como Sungguk estaba cerca, fue hacia él.

—¿Hay algo? —cuestionó.

—Se enganchó la punta —avisó.

Aprovechando que llevaba unos guantes que le llegaban hasta los bíceps, Sungguk se agachó y palpó el suelo bajo él. Entonces, extrajo una bolsa de basura del tamaño de una pelota que tenía unos bloques de cemento amarrados a ella.

Uno de los costados de la bolsa se rompió por el peso y cayeron los bloques y lo que parecía una cabeza. Sungguk alcanzó a agarrarla por el cabello y quedó colgando de su mano.

Una multitud se acercó para constatar lo que era.

Una cabeza de maniquí.

Sungguk tarareó la canción «Bad Boys».

—*Bad boy, bad boy... whatch gonna do when sheriff Jong come for you?*

Habían sido engañados.

Una vez más no tenían nada.

Para clasificar un caso como «desaparición» se necesitaba que la persona en cuestión hubiera roto de alguna forma su rutina; es decir, debía cortar comunicación con su entorno y desconocerse su paradero. Lo anterior se agravaba cuando existían indicios de violencia desde el último lugar en que se vio a la persona o si existía alguna constancia anterior de abuso.

Y para tener un caso de éxito, las primeras cuarenta y ocho horas luego de la desaparición eran claves. Cuanto más tiempo transcurría, la probabilidad de encontrar a la persona o de hallarla con vida se reducía considerablemente.

En cuanto a la investigación, en primer lugar se recopilaba toda la información posible acerca de la persona desaparecida. Desde datos personales como nombre completo, dirección, descripción física, lugares que frecuentaba, hábitos; como antecedentes que acreditaran denuncias o deudas pasadas y presentes, historial médico y psicológico. Lo segundo que se recopilaba estaba asociado con el entorno cercano y su relación con ellos; dícese de familiares, vecinos, amigos y compañeros.

Ryu Dan había superado las ciento veinte horas desaparecido, que equivalían a cinco días de ardua búsqueda. Sin embargo, uno de los problemas que se derivaban de los casos que se volvían públicos y masivos como ese, eran las pistas falsas. De pronto más de un centenar de personas juraba haberlo visto o conocían a alguien que tenía una camioneta de trabajo como la descrita. Por tanto, la búsqueda se ensució y se hacía imposible establecer una línea clara de investigación cuando seguían llegando tantas alternativas.

Como la estación de policía tenía como máxima prioridad la búsqueda de Ryu Dan, a Sungguk y a Minki les cancelaron de manera indefinida la reevaluación que dictaminaría su retorno completo a sus funciones; su reincorporación en equipos distintos también había quedado aplazada hasta que se resolviera lo anterior. A pesar de ello, por ahora, solo podían encargarse de las labores administrativas. Lo bueno de todo eso era que el castigo había derivado en un incremento de licencias en el servicio en línea, lo que les permitía revisar casos registrados en cualquier estación de policía del país. Pero, hasta ese día, la búsqueda seguía siendo un fiasco.

A raíz de eso, Minki no lograba quitar de su mente aquel reporte que archivó sin miramientos. Como esa semana tenían turno de mañana, Sungguk y él marcaron sus respectivas salidas a las cinco. Tras dirigirse hacia la camioneta vieja de su amigo y subirse, Minki por fin expresó aquello que lo tenía tan inquieto:

—¿Por qué Eunjin no ha solicitado que se investigue a la persona que acosó a Ryu Dan hace dos años? —la expresión de Sungguk fue suficiente para comprender que contaba con más información que él. Le dio un golpe en las costillas, mientras este se colocaba el cinturón de seguridad—. Dilo.

Sungguk le dio una pequeña sonrisa que dejaba al descubierto sus dientes frontales.

—Su nombre es Kang Chulsoo, pero resulta que sus visitas a la parada de autobús coinciden con su jornada laboral.

—Asumiendo que vive por el sector, tenía al menos tres formas de llegar al metrotren sin tener que ir a ese paradero. ¿No te parece raro que cada día coincidiera con Ryu Dan?

—Sé que suena sospechoso, pero es lo que sé —confesó Sungguk—. Nadie debatió eso en la conversación que oí. Pero me imagino que deben haberlo investigado.

—¿Estás seguro de eso? —cuestionó.

Sungguk se encogió de hombros al tiempo que salían del estacionamiento.

—No, pero lo que encontraron fue suficiente para descartarlo.

No agregó más, no era necesario. No buscaba debatir con su amigo, sino más bien implantarle la semilla de la duda. Por supuesto, no se equivocó.

—Hagamos un trato —ofreció Sungguk.

—¿Cuál?

—Si me dejas colocar nuestra canción...

—No es nuestra canción.

—... doy la vuelta en «u» —se encogió de hombros—. Una lástima, podríamos haber encontrado algo interesante.

Minki se armó de paciencia y buscó la condenada canción. Apenas sonó el primer acorde de «Bad Boys», Sungguk dio la vuelta en «u» mientras tarareaba feliz.

—¿Sabes cuál paradero es? —preguntó.

—Chilgok Market.

Al tratarse de una vía principal, Sungguk estacionó en una calle cercana y caminaron hacia el lugar. A la distancia pudieron divisar el paradero ubicado en la vereda este.

—¿Tu reporte indicaba horarios? —quiso saber Sungguk.

Estaban en uno de los negocios cercanos comprando algo para comer y fingir que eran dos civiles.

—Ryu Dan no especificó horario y tampoco se me ocurrió preguntarlo.

Su amigo puso expresión rígida.

—Te falté, admítelo —se mofó de él—. Por cierto, ¿dónde estaba ese día que no recuerdo nada de esa visita?

—De seguro comiendo a escondidas, pegado al baño o escuchando alguna conversación ajena.

Sungguk sacó una bolsa de dulces masticables y se giró hacia él.

—Si no fuera por estas capacidades que he desarrollado durante años, no sabríamos nada del caso.

No quería darle la razón, así que enfiló a la caja y pagó por las compras.

El resto de la hora analizaron a cada hombre que se acercó al paradero. Buscaban a alguien que rondara los cincuenta años, de textura normal y peso promedio, de cabello canoso y arrugas alrededor de la boca, que indicara una adicción al tabaco.

Sin embargo, por más que esperaron no sucedió nada.

No sabía en qué momento había creído que las investigaciones se desarrollaban así de rápido. A pesar de que tenía claro lo anterior, Minki regresó a casa con la decepción en la boca.

Era también el sabor de la mediocridad.

De la inutilidad.

Sentía ganas de llorar. Se quedó afuera del departamento unos instantes con la frente apoyada en la puerta y la mano sujetando el pomo. Cerró los ojos y recordó que estaba trabajando para una buena causa, que no siempre se tenían recompensas inmediatas, porque esfuerzo no siempre era sinónimo de resultados positivos.

Aun así, tuvo que permanecer ahí otro par de minutos.

Cuando por fin se calmó, abrió.

Se encontró con un caos. Jaebyu estaba acostado en el suelo como una estrella de mar. Iba todavía con el uniforme de enfermero. Respiraba, así que no estaba muerto. Su hija Chaerin saltaba a un costado. Sus coletas, que tan bonitas se las arregló Minki en la mañana, estaban desarmadas y rebotaban con cada brinco, en tanto repetía la misma palabra sin cansarse:

—Papi, papi, papi, papi, papi.

Beomgi estaba recostado contra el cuerpo de Jaebyu e intentaba tirar a su hermana golpeándole los tobillos. Ambos peleaban y discutían, en algún momento el juguete de Beomgi voló por los aires para golpearla.

Minki se quitó los zapatos y cerró la puerta.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —dijo con las manos en la cintura.

Al escuchar su voz molesta, los mellizos se tranquilizaron al instante. Chaerin se dejó caer y se acurrucó al otro costado de Jaebyu, que empezaba a reaccionar. Por fortuna, tampoco estaba inconsciente.

—Yoon —lo llamó acercándose.

Por fin su novio se quitó el sueño de encima y alzó la cabeza para observarlo. Tenía los ojos rojos.

—¿Qué haces aquí y no en la cama? —cuestionó Minki. Llegó a su lado y se puso en cuclillas para analizarlo desde cerca.

Jaebyu bostezó.

—Los niños querían jugar conmigo.

—Pero necesitas dormir —lo recorrió con la mirada de arriba a abajo y arrugó la nariz—. Además, hueles a hospital.

—Lo siento —susurró Jaebyu posterior a un nuevo bostezo.

—Ve a dormir, yo me encargo.

—¿Estás seguro?

Minki frunció los labios.

—No olvides que es a mí a quien obedecen.

Cuando Jaebyu se puso de pie, Minki se centró en sus hijos, que se ubicaban detrás de su padre fingiendo ser dos ángeles. Si se hubiera encontrado con esa escena al ingresar al departamento, jamás habría pensado que Chaerin no dejaba dormir a su papá y que Beomgi quería golpear a su hermana. Eran unos demonios pequeños, tanto que Minki —por supuesto— se negaba a reconocer que habían salido igual a él. De seguro se los habían cambiado en el hospital, no existía una explicación más lógica que esa.

—Y ustedes...

—No estaban haciendo nada malo —los defendió Jaebyu.

La mirada de Minki se empequeñeció.

—¿No? —cuestionó.

—Solo se divertían.

—Solo nos divertíamos —respondieron los niños a coro.

Le pidió paciencia al cielo.

Quién habría imaginado que terminaría formando una familia con ese chico que no hizo más que rechazarlo, que olía a desinfectante y que el tiempo libre no existía en su vocabulario. El primer beso que habían compartido en el club parecía un hecho reciente, a pesar de la década transcurrida.

—Ven —le dijo a su novio.

El enfermero quedó desconcertado ante su solicitud.

—¿Para qué?

—Solo ven, Yoon.

—Sí, pero... los niños no han cenado.

—Comerán cereales.

—Pero...

—Ven.

—Déjame hacerles unos huevos revueltos y...

—Ahora.

Arrastrando los pies como si fuera uno de los mellizos regañado, Jaebyu enfiló hacia el cuarto y Minki se giró hacia sus hijos.

—A su habitación —ordenó.

—Pero, papá —protestó Chaerin.

—Sí, papá —repitió Beomgi.

—A su cuarto —insistió.

—Pero tenemos hambre —mintió su hijo.

Minki fue a la cocina, agarró dos compotas de manzana y les entregó una a cada uno junto a una cuchara.

—Su cena. Ahora, a su cuarto —cuando sus hijos iban a protestar, los amenazó—: ¿Querían la mega autopista de cinco pisos que se puede armar de una cama a otra? —los dos asintieron de manera rápida con miradas dilatadas por la emoción—. Pues esa autopista perderá un piso cada segundo que demoren en irse a su habitación.

—Papá... —alcanzó a decir Chaerin.

—Uno —contó.

Ambos mellizos se dieron la mano y corrieron a máxima velocidad a su cuarto. Entonces, hubo un portazo y un grito:

—¡Ya estamos aquí! —avisó Chaerin.

—En media hora iré a verlos y no quiero que estén despiertos —advirtió.

—Pero, papá —era, por supuesto, Chaerin.

—La pista ya tiene tres pisos.

No le contestaron, aunque pudo escuchar el crujir del camarote, lo que indicaba que se estaban acostando. Puso los ojos en blanco mientras se dirigía a su habitación donde lo esperaba Jaebyu.

—Son unos demonios —dijo—, claramente no salieron a mí.

Jaebyu bufó.

—Yo creo que son tus copias exactas.

—¿Mías? —exhaló con dramatismo y llevándose una mano al pecho—. Yo soy amoroso y obediente, el mejor novio y padre que alguien podría tener.

Se sentó en la cama mientras que Jaebyu se estiraba hacia él, para tomarlo por los brazos. Lo tiró como si no pesara más que un par de kilos. Quedaron recostados, la nariz de Minki se acercó al cuello de su novio. Las fichas plásticas de ayudamemoria, que Jaebyu continuaba portando a pesar de que ya no las utilizaba como apoyo, le rozaron la barbilla.

—Hueles a hospital, Yoon-ah —se quejó una vez más—. Lo detesto.

Jaebyu se rio y Minki recibió un beso en la frente que le hizo acelerar el corazón. Era increíble que siguiera emocionándose por cosas tan simples. Cerrando los ojos, apoyó su mejilla en el pecho del enfermero a pesar de su aroma a desinfectante.

Pasaron unos minutos así, a pesar de que oía a los mellizos estar haciendo un desastre en el cuarto contiguo. Escuchaba cosas caerse, con razón su vecina de abajo los odiaba y había llamado a la policía para denunciarlos antes de descubrir que Minki era un oficial. Para mantener una buena relación, Jaebyu se preocupaba de enviarle una canasta de fruta cada fin de año.

—¿Qué sucede? —Jaebyu preguntó haciéndole carinhos en el cabello—. Sé que no estás molesto por el caos de los mellizos.

Minki gimoteó. Apretó con más fuerza los párpados intentando contener las lágrimas que se acumulaban en sus pestañas.

La palabra mediocre rondó en su boca.

—Fue un mal día —resumió el problema.

—¿Es por la suspensión?

—Algo así —evitó el tema.

Jaebyu le acarició el cabello de su nuca.

—Está bien —dijo con tranquilidad—. Cuando quieras hablarlo, sabes que siempre estaré para ti.

Asintió. Permaneció con los ojos cerrados.

—Te amo —susurró Minki con un nudo en su garganta.

—Yo también te amo.

Escuchar eso le alivió el corazón. Tras alzar la barbilla, lo miró con los párpados caídos. Bajó la voz.

—Cuando se duerman, señor Yoon, ¿quieres que lo hagamos en el suelo? De lo contrario, me pasaré por el hospital y te arrastraré a un cuarto de aseo.

Ahora era Jaebyu quien se reía. Sus labios rozaron los suyos al responderle.

—Hoy limpié el piso, oficial Lee.

—Mmm, emocionante. Sexo limpio y responsable.

Los dos rompieron en una carcajada.

—Recuerdas —comenzó Jaebyu, aún se le colaba la risa en la voz.

—¿Qué cosa?

—Cuando te pedí que vinieras a vivir conmigo.

—Quisieras, Yoon —le golpeó el pecho—. Fui yo el que se tuvo que invitar. Si no me hubiera apoderado de un cajón tuyo, continuaría viviendo con mi mamá.

—Padeces de una clara distorsión de la realidad, querido —refutó Jaebyu con buen humor—, porque yo recuerdo a la perfección invitarte a vivir conmigo.

—Eso no fue así.

—¿Entonces cómo?

—Tu compañero de piso se había marchado y no querías pagar el alquiler solo. Y me ofreciste que arrendáramos juntos.

Jaebyu se rio avergonzado.

—Para mí eso es una invitación.

—No me invitaste a vivir contigo, me ofreciste ser tu compañero de piso.

—A lo que iba —Jaebyu se hizo el desentendido—, es que a la semana de convivir tuvimos una pelea.

—Y terminamos —recordó Minki.

—Y te fuiste con tu mamá.

—Pero fuiste a buscarme.

Jaebyu le acarició la cintura. Le levantó la camiseta por la parte posterior para tocarle la piel.

—¿Y qué fue lo que te dije?

Minki alzó la cabeza unos centímetros, sus ojos interrogantes.

—Que si decidía quedarme contigo, ibas a hacer todo lo posible para hacerme feliz.

Minki recibió un beso corto que sabía a anhelo.

—Estoy aquí para ayudarte —susurró Jaebyu contra sus labios—. Puedes contarme lo que te esté ocurriendo.

—Gracias.

Sintió la caricia de su novio en la barbilla.

—¿Sigues con nosotros, señor Lee?

Se le acercó para darle un beso.

—Siempre —prometió Minki contra su piel.

Y por fin pudo llorar y ser consolado por alguien que lo amaba a pesar de.

A pesar de sus defectos.

A pesar de sus errores.

A pesar de ser tan diferentes.

Yoon Jaebyu lo aceptaba así, tal cual era.

No necesitaba más explicaciones.

A pesar del esquivo «quizás» que le dio el residente de enfermería a su propuesta —no tan propuesta— de cita, no volvieron a encontrarse por otros largos dos meses. Lo cual era lógico pensando que cursaban profesiones tan distintas y el tiempo y los lugares para coincidir eran casi inexistentes. Así que no le quedó más que enfocarse en sus estudios.

Si bien Minki era desinteresado en lo que a las leyes se refería, como también en lo relacionado a investigaciones, le fascinaba la adrenalina. Era quien más rápido escalaba o bajaba los muros y quien más tiempo resistía colgando de la escalera de incendios. Tenía además mucha destreza para subir árboles y era capaz de correr a gran velocidad. Sin embargo, con diferencia, su mejor área era defensa corporal donde aprendió antes que el resto a noquear a alguien con un simple golpe en el cuello. Así se convirtió en el estudiante mejor evaluado para ingresar a las ciencias policiales, que estaban relacionadas con el lado práctico de la profesión.

Hasta que se aproximó el desastre y liquidó por completo su deseo de postular a cualquier rama de la policía que implicara un peligro inminente.

Porque si bien se cercioró en hacer un nudo perfecto, cuando ese fatídico día cursó la clase de escala, a mitad del recorrido sintió la cuerda floja entre sus manos. Al faltarle por lo menos cinco metros de subida, y por debajo existiendo unos veinte antes de tocar el suelo, intentó sujetarse de la pared en el momento que la cuerda se soltó y comenzó a caer. Hacía unas semanas habían dejado de lado los arneses de seguridad para que pudieran aprender a regular el miedo que provocaba realizar una escala libre, por lo que nada evitó que Minki se precipitara a la colchoneta.

Primero se desplomó unos metros y se estrelló contra el muro, lo que frenó el avance. Luego, cayó los últimos metros.

Su pierna derecha recibió el mayor impacto.

El dolor le hizo perder la consciencia.

Al despertar una luz le apuntaba directo a su ojo.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntaron al reaccionar.

La pierna derecha le palpitaba. Intentó decir algo pero no lo logró.

—Te fracturaste la rodilla, ahora ingresarás al quirófano. Tu familia ya lo autorizó.

Minki cerró sus párpados y asintió.

La siguiente vez que despertó, unas manos gentiles rasgaban sus pantalones desde abajo hacia arriba. Ya no tenía los zapatos, tampoco su camiseta. Al querer impulsarse con los codos alguien lo detuvo.

—Vas a estar bien, no te asustes.

Era Yoon Jaeyu.

El destino tenía una extraña manera de cumplirle los deseos. Todo lo que pensó las últimas semanas era en lo mucho que deseaba ver al enfermero de nuevo y ahí estaba, con la rodilla destrozada pero con él.

Dócil y aturdido, asintió y dejó caer la cabeza hacia atrás.

Ya no sentía dolor, debían de haberle inyectado un analgésico.

—¿Está muy mal? —quiso saber.

—Escuché que pasarás un tiempo en kinesiología. Y que no podrás hacer actividad física de alta intensidad por varios meses.

Lo que quería decir que había arruinado su oportunidad de hacer lo único que le interesaba. Debió empezar a llorar, porque Jaebyu dejó de cortarle la ropa y apoyó sus puños enguantados en la camilla.

—Podrás retomar tus clases, pero deberás tener paciencia. Confía.

Tras encogerse de hombros como si aquello no le importara, escondió el rostro con su brazo.

—¿Qué caso tiene? No llevo un año en la academia y ya me zafé el hombro y me fracturé la rodilla. Soy un inútil.

Jaebyu había retomado su tarea.

—No lo considero así —replicó con calma—, pero sí tienes muy mala suerte.

Minki continuó llorando escondido en su brazo. No dejó de hacerlo incluso cuando tuvo que sentarse para que Jaebyu le pusiera la bata quirúrgica, ni cuando se quitó la ropa interior y le entregaron otra desechable, ni cuando Jaebyu lo llevó por un largo corredor hasta el quirófano.

Por supuesto, lloró más cuando el enfermero se despidió de él en la puerta y le deseó suerte y tranquilidad, lo cual era irónico porque era evidente que no tenía ninguna de las dos.

Finalmente, le solicitaron el brazo y le inyectaron anestesia. Le pidieron contar hacia atrás.

Diez.

Nueve.

Ocho.

Sie...

Abrió los ojos.

Estaba en lo que parecía una sala de observación. No podía respirar bien, se ahogaba y sentía la lengua torpe y pesada, el sabor a sangre invadía su boca. Se le acercó una enfermera al captar que sus pulsaciones habían acelerado el ritmo de la máquina.

—Tranquilo, tu cirugía fue un éxito. Dentro de unos minutos te conduciremos a la habitación donde pasarás la noche.

Se durmió una vez más.

Lo habían trasladado a un cuarto, donde se encontraba su mamá y hermano. Taeri lo miró al escucharlo toser y le acarició la mejilla. Minjae parecía nervioso mientras sujetaba la barandilla como si fuera un salvavidas.

Por fin dejó de estar asustado, estaba junto a su familia.

Lo hospitalizaron apenas dos días, su madre le tuvo que comprar unas muletas para que autorizaran el alta médica. Como su hermano se encontraba en la escuela y ella cerraba unos temas administrativos, Minki estaba solo en su habitación.

Tenía las muletas sobre la cama, así que las agarró y aprovechó para intentar ponerse de pie. Sentado en el borde del colchón, puso cada una debajo de sus axilas y se levantó haciendo fuerza con sus abdominales y pierna buena. La dosis de analgésicos que le suministraban debía ser aún alta, no sintió dolor alguno. Envalentonado, dio unos pasos por el cuarto sin mucha dificultad.

Iba dando una segunda vuelta por alrededor de la camilla cuando captó un golpe suave de nudillos en la puerta. Se giró hacia la entrada con escándalo.

Su mirada se encontró con la de Yoon Jaebyu. No lo había visto desde su ingreso al quirófano.
—Te adaptas rápido —lo elogió.

Sintió que se sonrojaba tanto que tuvo que regresar a la cama para hacer algo.

—Es más fácil que escalar una pared.

—Evidentemente, ya que te caíste de ella.

Lo miró indignado. Jaebyu sonreía con expresión ligera.

—No sabía que eras bromista —musitó con aparente descontento.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—Porque no me has permitido conocerte —respondió Minki, alzando las cejas.

Tosiendo con aparente incomodidad, el residente cambió el tema.

—¿Te duele mucho? —como Minki no respondió, este se acercó a su camilla y agarró la ficha que colgaba de ella. Jaebyu hizo una revisión rápida—. Sigues con analgésicos así que no deberías sentir dolor.

—No lo tengo —informó como si fuera necesario.

El chico siguió escaneando la ficha y después la dejó a un lado.

—No siempre que se fractura la rótula implica que se corte el tendón rotuliano —dijo Jaebyu frunciendo el ceño—. ¿De qué altura caíste para que te pasara eso?

—Unos veinte metros —el enfermero pareció alarmado—. No fue caída libre, de lo contrario mi rodilla no sería lo único fracturado. Hacía escala y la cuerda se soltó de su nudo. Caí unos metros y luego otros, lo que evitó que el golpe fuera mayor.

El enfermero se apoyó contra la pared, parecía perdido en sus pensamientos. Al alzar la barbilla, lo observó con atención como si meditara algo.

—¿Te explicaron que estarías fuera de la academia al menos doce semanas y que pasarán hasta seis meses para que puedas retomar tus actividades físicas con normalidad?

Minki tragó saliva.

—Estaré fuera dos semanas —explicó—, retomaré las clases teóricas... con lo mucho que odio civil —quiso reírse, pero salió oxidado y forzado—. Me recomendaron labores administrativas después de titularme, dijeron que podría ser peligroso que volviera a fracturarme la rodilla.

—Ser policía es arriesgado —analizó Jaebyu—. El problema con que te fractures de nuevo la misma rodilla es que padezcas de dolores crónicos a lo largo de tu vida.

Bajó la mirada y se observó su pierna vendada. Sus dedos todavía estaban inflamados por la retención de líquidos.

—Creo que tendré que quedarme con la administración policial —aceptó.

—¿Te interesaba otra rama?

—La ciencia policial —se sinceró.

—Siempre puedes seguir con ello si así lo deseas.

Se dio cuenta de que, por mucho que quisiera doblar la punta de sus dedos, estos no reaccionaban.

—Ese es el problema —admitió—: no sé qué es lo que deseo realmente. Tendré que analizarlo.

Jaebyu se alejó de la muralla y comprobó la hora en su reloj de muñeca cuando sonó un biper en su cinturón. Debía anunciar alguna emergencia a la que debía asistir.

—Debo marcharme —dijo avanzando hacia la puerta.

—*Hyung* —lo llamó. Esperó ser corregido por utilizar ese honorífico sin haberle consultado antes, sin embargo, el enfermero le alzó las cejas indicándole que lo escuchaba—. ¿Todavía siguen gustándote solo las mujeres?

Su expresión fue amena aunque un poco tirante por la pena.

A lástima, se corrigió.

—Sí —aceptó Jaebyu.

Minki bajó la barbilla.

—Está bien —musitó, la voz se le cortaba—. De todas formas —agregó antes de que el enfermero abandonara su vida una vez más—, si algún día no estás tan seguro de eso, pregunta por mí en el bar El Ángel. Ellos te darán mi contacto. Podríamos vernos ahí.

En vez de molestarse por el descaro y osadía de insistir con algo cuando había sido rechazado en varias oportunidades, Jaebyu asintió con expresión todavía amable.

—Minki.

—¿Sí? —dijo con dolorosa ilusión.

—No me esperes, por favor.

Tras ello, abandonó el cuarto.

Sungguk no mencionó sus ojos irritados cuando se encontraron a las cinco y media de la mañana en el paradero Chilgok Market antes de su jornada laboral. Permanecieron hasta pasadas las ocho sin encontrar a algún individuo que se asemejara al descrito por Ryu Dan. Era una parada muy poco transitada dado que existían dos estaciones de metrotren a diez minutos caminando. No fue sorpresa para ninguno de los dos cuando se marcharon como llegaron: sin nada.

Hasta el mediodía la estación de policía estuvo poco transcurrida, el resto de los oficiales se encontraban participando en la búsqueda de Ryu Dan. Lo únicos en el cuartel eran una patrulla que atendía urgencias y Sungguk y Minki, que solo podían dedicarse a temas administrativos.

Sus compañeros habían salido a almorzar cuando se presentó en la comisaría un hombre mayor. Debía rondar los cincuenta años. Parecía venir del trabajo puesto que llevaba camisa, corbata y un bolso en que cabía una computadora portable. Se acercó directo a él, era el único que quedaba en el lugar. Sungguk estaba en el baño, ya que Daehyun había comenzado a cocinar y sus masas crudas no le estaban haciendo bien al estómago.

—Buenas tardes —lo saludó el hombre inclinándose hacia él.

Minki se colocó de pie de un salto e hizo una reverencia también, mientras le apuntaba con ambos brazos el asiento que tenía al otro lado de su escritorio.

—Por favor, tome asiento —pidió. Esperó a que el hombre acatara la orden para hacer lo mismo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Vengo... —pausó para acomodarse en el asiento y aclarar la voz—. Creo que vengo a constatar una desaparición.

El corazón se le aceleró de golpe como si hubiera recibido una inyección de adrenalina. Intentó no parecer alterado cuando accionó su computadora. Le pidió su nombre completo y número de identificación.

—Ji Kangmin.

Al ingresar ambos datos, le apareció en la pantalla una fotografía que retrataba de manera fidedigna a la persona que tenía en frente. Era maestro de matemáticas, llevaba dos décadas trabajando en la misma escuela. Tenía dos infracciones de tránsito, una por estacionarse en lugar no autorizado y otra por transitar en vía exclusiva de locomoción colectiva. Era viudo y tenía una única hija cuyo nombre de soltera era Ji Kanghee, ahora siendo Do Kanghee.

Tras ello, le pidió que detallara el incidente.

Denunciaba la desaparición de su hija, quien se había casado recientemente con Do Taeoh. Su esposo era copropietario de un restaurante y su hija trabajaba en el lugar como personal de respaldo. Se habían casado hacía tres semanas, con exactitud el viernes 26 de septiembre. Ambos tenían treinta y cinco años. A los días, el martes 14 de octubre, el padre, Ji Kangmin, intentó contactar a su hija para llevarles comida a los recién casados tal como era tradición. Ninguno de los dos le contestó, así que se dirigió al restaurante de Do. En el lugar le indicaron que ni su hija ni su yerno habían ido a trabajar desde el casamiento, asumiendo que se encontraban de vacaciones.

Minki teorizó que se trataba de una pareja recién casada que no deseaba recibir visitas, mucho menos de su familia. Lo anterior pareció un triste y decepcionante acierto, porque entonces el señor Ji detalló que el otro copropietario del restaurante llamado Cho había llamado a Do y este contestó.

—Señor —interrumpió el relato—, ¿consideró la idea de que no quisieran ser interrumpidos o molestados?

—Por supuesto que lo hice —aceptó.

Gracias al copropietario Cho, continuó el relato, supo que la ausencia de su hija se debía a que estaba enferma.

—Así que decidí regresar a casa para llevarle medicamentos.

No obstante, al llegar, nadie le abrió. Insistió llamando a su hija sin resultado, hasta que de la nada le llegó un mensaje de respuesta.

—Decía que estaba enferma del estómago, pero que ya se sentía mejor —explicó el hombre—. Pero estoy seguro de que no era ella.

Porque su hija, a pesar de que sentía un enorme respeto por él, ya no usaba honoríficos ni lenguaje formal para hablarle. Y el mensaje estaba escrito así, como si un tercero lo hubiera redactado para hacerse pasar por ella. Por lo que, por supuesto, el señor Ji insistió con que le abrieran la puerta para entregar la medicina. Fue entonces que recibió un segundo mensaje pidiéndole que se fuera porque no estaban en la ciudad, que se habían ido a Busan a pasar la semana. No obstante, al preguntarle al administrador del edificio por la pareja, este le indicó que había visto a la mujer esa misma mañana, el martes 14 de octubre, portando un par de bolsas con mercadería. Además, el automóvil de la pareja permanecía en el estacionamiento.

Al otro día, el hombre decidió regresar al restaurante y el copropietario Cho le contó una nueva versión de la historia: había recibido un llamado de Do para explicar que Kanghee había sido operada de emergencias y que se ausentarían dos meses del trabajo. Asustado, el señor llamó a su hija pero nadie le contestó. Insistió el siguiente día con los mismos resultados.

—Por eso vine a constatar una posible desaparición. Nadie me asegura que mi yerno... que él no le haya hecho algo.

Minki terminó de transcribir los últimos antecedentes. Le daba vueltas a cómo proseguir con el caso, debido a la limitación que presentaban sus funciones, cuando Sungguk regresó del baño. Se sorprendió al ver un civil en la estación de policía y procedió a acercarse. Minki le detalló la historia.

—Es curioso por no decir extraño —dijo Sungguk al finalizar. Le echó una rápida mirada a Minki como si con eso pudiera leerle la mente—. ¿Podría intentar llamar a su hija ahora?

El señor obedeció y sacó su teléfono. La llamada marcó un par de veces y luego lo dirigió al buzón de voz. Intentó una segunda vez. Al hacerlo una tercera, Minki negó con la cabeza.

—Lo intentaré yo.

Minki marcó desde el teléfono de su escritorio con el mismo resultado.

—Creo que deberíamos hacer una visita a la casa de su hija —propuso Sungguk.

Antes de que pudiera darle un golpe bajo la mesa, cuestionándole por qué estaba ofreciendo inspecciones considerando que estaban limitados a labores administrativas, Minki recordó las palabras de su jefe:

«Te convertiste en alguien desinteresado y no te importan lo suficiente los casos que llevas. Y eso también te vuelve un mal policía».

Examinó la comisaría y notó los puestos vacíos de sus compañeros. Pensó en lo mucho que le había costado ingresar a la academia y lo orgullosa que su mamá estuvo al contárselo. Recordó los golpes que toleró durante el entrenamiento y cuánto sufrió por su hombro dislocado y su operación de rodilla. Tanto sufrimiento para eso: ser un policía mediocre.

Tragó saliva.

¿Realmente quería ser el tipo de persona en la que se había convertido?

Se puso de pie de golpe y empujó a Sungguk para que tomara asiento.

—Iré yo —le informó a su compañero—. Tú te quedarás vigilando la estación.

Sungguk debió notar la determinación en su mirada, porque, por primera vez en meses, le hizo caso.

Al salir del recinto, Minki se encaminó hacia la patrulla 615, que había salido del taller hacía una semana. El señor Ji se sentó en los asientos posteriores. Durante el trayecto solo conversaron para recibir o solicitar indicaciones. Finalmente, se estacionó fuera de un edificio verde de siete pisos, cuyos pasillos eran abiertos y podía divisar desde la calle la enumeración en las puertas cafés.

Tomaron el ascensor hasta el último piso. Al salir, encontró un corredor largo. Avanzaron hasta el departamento del fondo. Era el 715. Identificó una cámara de vigilancia sobre ellos que apuntaba hacia el ascensor.

—¿Es aquí? —Minki quiso cerciorarse.

El señor Ji asintió y levantó la mano para llamar al timbre. Minki lo detuvo y lo apartó con suavidad. Luego, buscó en su chaqueta unos guantes desechables que acostumbraba a portar. Todavía tenía un par en el bolsillo. Se los colocó y golpeó.

—Policía de Daegu —se identificó—. Por favor, abra.

La cerradura era digital y había una mirilla frente a su rostro, que podía tratarse de una cámara o un simple visor. Pensó en lo primero.

Esperó unos instantes antes de llamar una siguiente vez.

—Policía de Daegu —insistió—. Estamos realizando una inspección de rutina dada una denuncia por ruidos molestos.

No hubo respuesta.

Esperando que el señor Ji no entendiera lo que estaba haciendo, apegó la nariz contra la ranura de la puerta intentando no rozar ni el marco ni la entrada. Inspiró profundo para identificar algún olor a putrefacción. Percibió un muy ligero aroma a heces, aunque era tan suave y poco denso que podría estarse equivocando y confundiéndolo con algo más.

A continuación, se arrodilló e intentó ver bajo la rendija de la puerta, sin embargo, estaba sellada con cintas aislantes para evitar corrientes. Volvió a olfatear profundo. Seguía captando ese olor. Cerró los ojos. ¿Esos eran ruidos de pasos? Tampoco estaba seguro.

Tras colocarse de pie, Minki señaló la cámara sin darle tiempo al señor Ji de preguntarle por su accionar.

—¿Quién maneja el sistema de CCTV aquí?

—Hay un administrador que trabaja los lunes, miércoles y viernes. Viene durante la mañana. Es él quien tiene control de todo.

Era viernes 17 de octubre, qué... coincidencia.

Fue a la oficina del administrador, que era una sencilla caseta de vigilancia ubicada a un costado del ascensor.

—Policía de Daegu —comenzó Minki otra vez—, nos gustaría conversar con usted.

La puerta se abrió y apareció un hombre que rondaba los sesenta años. Debía ser un jubilado con renta baja. Tras saludarse, Minki le mostró su identificación y placa. El señor se presentó como Ahn Woosung, llevaba trabajando en el edificio cinco años. Que él supiera nadie tenía un mal comportamiento y tampoco había recibido reclamos por ruidos o quejas. Era un edificio en esencia tranquilo.

Minki le pidió que le mostrara los alrededores, negándose a responder cuando el señor Ahn le preguntó qué ocurría. Identificó cámaras en los ascensores, en cada pasillo —todas ellas ubicadas al final del corredor y apuntando hacia los elevadores— y en los estacionamientos, que no eran más de treinta plazas. El señor Ji le señaló el automóvil de la pareja. Por lo demás, también identificó unas escaleras a un costado de los ascensores.

Al regresar a la oficina, le solicitó al señor Ahn que revisara la cámara del séptimo piso. El administrador observó al señor Ji y después a él.

—Puse una denuncia por lo de mi hija —avisó Ji Kangmin. Al parecer, ya le había puesto al tanto, porque el señor Ahn se apresuró e hizo caso. Minki se inclinó para observarla con más detención. Por la ubicación de ella, se podía divisar desde la mitad de la puerta del departamento 715 hacia el resto del pasillo.

Le pidió que retrocediera el video aumentando la velocidad de reproducción. Sus ojos se movieron por la pantalla intentando captar tantos detalles como pudiera, a pesar de que sabía que era inútil, que debía regresar a la estación de policía para redactar la denuncia y así obtener una orden solicitando las cintas de grabaciones y el ingreso al domicilio.

El señor Ji se marchó apenas terminó la inspección para ir a buscar a su mujer, comprometiéndose en regresar dentro de unas horas con ella. Cuando volvió a la patrulla para partir a la comisaría, Minki notó que había olvidado recuperar su placa de identificación. Había estacionado algo lejos de la caseta del administrador, por lo que tuvo que rodear el edificio residencial por la parte trasera. La zona estaba tranquila y vacía, lo que era esperable considerando que era horario laboral.

Sin embargo, notó algo más.

Podía captar unos pasos a su espalda. Eran suaves y discretos, le pertenecían a alguien que sabía pisar para no ser escuchado.

Al doblar hacia la caseta del administrador, continuó avanzando hasta llegar al fondo del edificio. Los pasos lo siguieron. Dobló a la derecha y se apegó contra la pared. Puso las piernas en posición para atacar o para huir. Sacó su pistola, su dedo en el seguro.

Y esperó.

Y continuó en eso porque los pasos se detuvieron a la vez que él dobló. Registró el área. Había más edificios residenciales y un par de casas. Estaba rodeado por lugares que podían convertirse en escondites perfectos, donde podrían estarlo espiando para seguir sus movimientos.

Con cuidado, y todavía con la espalda contra la pared, asomó parte de su cabeza para revisar el pasillo.

No había nada ni nadie.

¿Se había confundido? La paranoia le estaba carcomiendo la conciencia.

Todavía desconcertado, regresó por donde venía.

Al otro lado de la estrecha calle, se percató de un zapato abandonado. Estaba seguro de que no había estado ahí antes. Frunciendo el ceño, se acercó manteniendo la precaución. Como llevaba los guantes, sujetó el calzado con un dedo. Dentro había un pañuelo. Lo sacó, parecía empapado. Lo acercó a su nariz.

Sintió el dolor dulzón en su paladar.

Cloroformo.

Volvió a olerlo, sabiendo de antemano que tardaba de dos a cinco minutos en surtir efecto, siempre y cuando la persona estuviera expuesta a grandes concentraciones. El cloroformo nunca había servido para dormir al instante, eso era un error de la ficción.

El olor dulzón dominó su nariz, su boca, su lengua.

¿Pero qué hacía en medio de la calle algo como eso? ¿Los pasos que oyó eran de una persona dejando el calzado ahí para que lo descubriera?

No tenía sentido, no tenía...

El golpe estalló en la parte posterior de su cabeza y Minki cayó a un suelo que daba vueltas. El estómago se le revolvió, sus extremidades cedieron a su peso. Intentó mantenerse despierto, cada vez le costaba más tener sus párpados abiertos.

Quiso levantarse aunque sin resultados.

Tenía que ponerse de pie.

Debía hacerlo.

No podía dormirse.

No podía perder la consciencia.

Logró poner las rodillas en el piso y hacer fuerza. El mundo daba vueltas.

Se desplomó.

No tenía fuerzas.

Jaeyu, pensó mientras sus ojos se cerraban, lo siento mucho.

Tras la fractura de su rodilla, Minki estuvo visitando el hospital tres veces por semana para cumplir con sus sesiones con el kinesiólogo, sin embargo, nunca logró encontrarse con el residente de enfermería, a pesar de que ingresaba por Urgencias apropiado. ¿Pero por qué buscaba provocar un encuentro, a pesar de que Yoon Jaebyu lo había rechazado de forma reiterativa y clara? Porque era una persona ridícula y desesperada, fin.

Además, ¿qué era la vida sin ilusiones? Nada más que monotonía.

No fue hasta su último día de sesión que pudo verlo.

Como ya no ocupaba muletas, pero su pierna continuaba tirante y su rodilla algunas veces aún dolía, avanzaba con lentitud por un costado de la sala de espera. Por supuesto, buscaba a ese idiota de cabello oscuro, ojos astutos y expresión seria y cansada. Cuando la desesperación lo estaba ahogando porque era su última oportunidad, las puertas abatibles se abrieron y apareció por fin.

Yoon Jaebyu había salido a buscar a alguien que se encontraba en silla de ruedas.

Y Minki esperó como un tonto a que mirara hacia donde estaba para al menos alcanzar a despedirse de él, no obstante, el enfermero se encontraba concentrado destrabando una aparente rueda mala. Tras lograrlo, Jaebyu enfiló con su paciente hacia la zona de Urgencias.

Angustiado, Minki comenzó a avanzar para no perderse en su ángulo. Entonces, alzó el brazo para captar su atención y...

Chocó de bruces contra la pared.

Soltó un lamento suave, aunque lo suficientemente ruidoso para que el enfermero girara a verlo. Si bien le ardía la nariz y el deseo de tocarla para apaciguar el dolor era apremiante, alzó la mano para saludarlo como si nada hubiera pasado.

Jaebyu no parecía molesto por encontrárselo.

Aunque tampoco ilusionado.

Minki deseó que se le acercara o que al menos le hiciera un gesto que le indicara que podía ir a hablar con él.

No fue así.

Porque Jaebyu, luego de regresarle el saludo, puso en movimiento la silla de ruedas y se perdió.

Y Minki tuvo que aceptar la realidad: ese era el final de una historia que no alcanzó a superar el capítulo inicial.

A Minki le dolía tanto la cabeza que pensó que podría estallarle. Las náuseas le revoloteaban la garganta. Con los párpados a destiempo, divisó que había comenzado a llover y que el zapato y el pañuelo ya no estaban frente suyo.

No supo cuánto tiempo estuvo ahí, sus recuerdos iban y venían. Todavía no atardecía, por lo que habían pasado apenas minutos. Buscó su celular en el pantalón. Intentó ignorar la mancha de sangre que el agua empezaba a deslavar. Identificó con dificultad el contacto de Jaebyu y el de Sungguk. Su debilidad y el deseo por ser consolado y cuidado, le instó a que llamara a su novio, sin embargo, su amigo podría rastrear el GPS de su celular y llegar hasta él. Apretó el nombre, mientras apoyaba un codo en el suelo. Su cuerpo tembló por el esfuerzo, su pecho acelerado jadeaba. Se desplomó en el primer intento, el teléfono seguía marcando de fondo.

—¿Minki? —contestó Sungguk de inmediato, su voz parecía preocupada.

—Ayuda.

No necesitó más.

El agua resbalaba por su rostro y le molestaba en los ojos. Sentía los párpados pesados.

Tenía mucho sueño.

Mucho, mucho sueño.

Primero llegó la ambulancia. El ruido de la sirena hizo que finalmente el administrador del edificio saliera a investigar qué pasaba. Minki lo vio correr apresurado hacia él. Iba a estar bien, solo debía concentrarse en no perder el conocimiento.

Mientras lo subían a la ambulancia, captó luces rojas y azules entre sus pestaños pesados y descoordinados. Un portazo, pasos apresurados que chapoteaban en el agua. El administrador del edificio dijo algo, luego vino la voz de Sungguk mezclándose con la de Han Jihee, una compañera de la estación de policía.

—¿Minki? —escuchó el llamado de Jihee.

—Yo lo acompañaré —Sungguk le hablaba a alguien de la ambulancia—, es el oficial Lee Minki. Favor llévelo al hospital de Buk-gu.

La camioneta se tambaleó cuando se subió junto al paramédico. Su mano cálida buscó la suya. Su tonto, terco y querido amigo.

—Ya le avisé a Jaebyu.

Lo llevaron a una sala privada de emergencias donde le realizaron un examen neurológico —seguir el dedo, análisis de pupila, apretar puños, mover y coordinar sus extremidades— y después le hicieron una tomografía.

Jaebyu llegó al hospital poco después cargando a los mellizos, los tres vestidos con pijamas porque solían descansar cuando tenía el día libre y Minki estaba de turno. Lucía pálido y el borde de su pantalón mojado, era obvio que partió corriendo como pudo. Minki se lo imaginó preparando la cena para los mellizos al recibir la llamada, la que Jaebyu siempre temía que llegara y que, una vez más, se hizo realidad.

Su novio se movió hacia su camilla. Sungguk lo interceptó y le quitó a los niños para llevárselos antes de que pudieran verlo en esa condición, con compresas manchadas en sangre y con el uniforme cortado.

Una vez libre, Jaebyu se le acercó y tocó su muñeca, pidió explicaciones y consultó lo que le estaban suministrando. Habría seguido protestando y verificándolo todo, pero Minki tiró de su mano para que lo observara.

—Estoy bien —dijo—. Te lo prometo.

Le tuvieron que saturar la cabeza, lo que conllevó a que le raparan una pequeña sección de cabello. Como estaba recostado de estómago, con su rostro insertado en un agujero de la camilla para poder respirar, no presencié tal desastre.

Lo diagnosticaron con una conmoción cerebral que, afortunadamente, no era grave. Dada la insistencia de Jaebyu, pasó varias horas en observación y lo dieron de alta por la madrugada. Por cuarenta y ocho horas tenía prohibido hacer esfuerzo físico y mental; dado aquello, se le prohibió a la policía interrogarlo hasta finalizar aquel periodo. De igual forma, antes de que Sungguk se llevara a los mellizos para que Dae los cuidara, le contó brevemente lo ocurrido para que pudieran continuar con la investigación.

Por eso, por más que le prohibieron sobre pensar, en los instantes de lucidez que le daba los somníferos y los analgésicos, no pudo dejar de recrear la escena en su cabeza. Lo que tenía claro era que alguien había puesto ese zapato para que se distrajera y así golpearlo.

¿Pero por qué herirlo?

No lo habían asesinado mientras estaba medio inconsciente, ni tampoco le habían robado o, peor, secuestrado. Su hipótesis que conectaba las desapariciones con los m-preg se tambaleaba, porque Minki era uno identificado y clasificado como tal en las listas gubernamentales desde hacía cinco años.

De camino al departamento, Minki todavía le daba vueltas a sus ideas. El automóvil se mantuvo en silencio, nadie estaba de humor.

Daehyun ya estaba despierto. Vestía una camiseta algo más ajustada en comparación a las enormes que solía usar, por lo que se podía divisar a la perfección lo abultado de su estómago. Al ver a Minki cargado por Jaebyu, ya que el edificio no contaba con ascensor, se movió con rapidez hacia la habitación y abrió la cama para que pudieran recostarlo ahí. Minki evitó reírse de su novio cuando este jadeó para recuperar el aliento. Estaba sudoroso y enrojecido por el esfuerzo.

—No peso tanto —bromeó—. Además, siempre cargas gente para cambiarlos de camilla.

—Pero no lo hago solo —se excusó Jaebyu sin aliento—. Ni los subo por escaleras.

Daehyun tomó asiento cerca suyo. Sus grandes ojos lo analizaron con detención. Como tenía un mechón de cabello tras la oreja, quedaba en evidencia su implante coclear. Primero estaba el audífono enganchado a cada oreja y luego había un cable corto que se perdía en su melena.

—Sungguk me dijo que tenías una conmoción, pero que no era grave —dijo.

A pesar de los años, Minki seguía sorprendiéndose al escucharlo hilar oraciones largas y complejas. Debido al mutismo selectivo, que se impuso tras ser golpeado por su abuela al oírlo gritar, Dae no hablaba cuando fue rescatado.

Pero en secreto conversaba conmigo, le confesó el chico en una oportunidad. Lo hacía cuando mi abuela no estaba. Como no podía escucharme, aprendí a sentir las vibraciones de

mis cuerdas vocales.

Otra de las peculiaridades de su amigo, en un mar de ellas, era que su abuela lo crio refiriéndose a sí mismo en tercera persona —usando su nombre en vez del pronombre «tú»—, por lo que, de forma inconsciente, cambiaba el «yo» por «Dae». Tardó años en corregir ese error y dejar de mencionarse al hablar. En la actualidad, Dae retomaba esa sintaxis incorrecta cuando padecía de una crisis de pánico o de ansiedad.

Para ayudar a Daehyun, Minki lo observó directo a la cara para que pudiera leer sus labios en el caso de que lo necesitara.

—Estoy bien —aseguró para que estuviera tranquilo.

—¿Y Frijol?

Aquel comentario le hizo sonreír a pesar del cansancio. Dae le llevaba insistiendo un tiempo con colocarle un nombre a «eso», porque no podían seguir diciéndole «eso» a su embarazo. Inteligentemente, Minki le respondió que no podía pensar en un sobrenombre cuando todo lo que veía en las ecografías era algo semejante a un frijol.

—También está bien —respondió intentando no sonar tan emocionado.

—Me alegro mucho.

Como seguía abrigado, le pidió ayuda a Dae para quitarse la chaqueta de Jaebyu y las pantuflas. El chico lo tapó y acomodó las mantas a su alrededor antes de que pudiera negarse.

—Los mellizos aún duermen —avisó Dae—. Jeonggyu está con Chaerin.

Jeonggyu era el hijo de Sungguk y Dae. Era impresionante que ya tuviera cinco años, parecía ayer cuando pensó que no llegarían al parto.

—¿Se irán? Es muy temprano todavía.

Dae comprobó el pasillo con aire pensativo. Desde ahí se divisaba a Jaebyu ordenar el desastre de la sala de estar. Sungguk conversaba con él, aunque no alcanzó a distinguir sobre qué.

—Sí, tendré que ir a despertarlo.

Se marcharon poco después; Sungguk cargando a Jeonggyu, quien agitó su pequeña manito hacia él para despedirse. El departamento fue envuelto por los ruidos de fondos de Jaebyu lavando la loza y colocando ropa en la lavadora. Minki lo esperó observando por la ventana porque tenía prohibido usar el celular.

—¿Juju? —lo llamó.

Se escucharon pasos apresurados. Jaebyu llegó al pasillo.

—¿Sucedó algo? —preguntó, exaltado. Tenía el cabello revuelto y todavía le colgaba una camiseta húmeda del hombro, debía haber estado metiendo otra carga de ropa a la secadora.

—¿Puedes venir cuando termines? —pidió.

Jaebyu se quitó la prenda mojada y la colgó en una silla del comedor.

—Puedo ahora —ofreció.

—No es urgente.

Le dio una mirada extraña, sin embargo, retomó las labores del hogar.

Minki comenzaba a cabecear cuando Jaebyu reapareció con una muda de ropa, ya que el pijama, con el que fue a verlo al hospital, se había ensuciado entre los trayectos al automóvil. Traía consigo un vestido de Chaerin, que por lo demás era su favorito, y un kit de suturas. En Urgencias, si los cirujanos se encontraban ocupados y se trataba de una herida pequeña en una

parte del cuerpo poco visible, los enfermeros podían hacer las suturas si así se les autorizaba; no era regla general, pero ocurría. Por tanto, como Minki era un asco con la aguja y terminaba más clavado él que haciendo una costura, Jaebyu era quien arreglaba la ropa en la casa.

—¿Qué sucede? —preguntó su novio, sacando hilo, la aguja curva y el portaagujas. Sujetó la aguja y la enhebró con un ligero clic al pasar por la ranura superior. Después hizo un enredo entre el hilo y la punta de la pinza que terminó siendo un nudo.

—Puedo esperar a que termines de salvar ese vestido.

—Te puedo escuchar —aseguró. Con ayuda de las pinzas quirúrgicas dio el primer punto.

Minki se mantuvo en silencio.

Al finalizar, Jaebyu estiró el vestido para mostrarle la tela remendada. Estaba horrible. Si bien era una línea recta con puntadas parejas y concisas, se veía como una herida suturada a la que le sobresalían los puntos.

—Quedó muy bien —mintió Minki. Francamente, a él le habría quedado peor.

Contento con su respuesta, Jaebyu dejó el vestido en el cuarto de los mellizos, regresó y se subió a la cama, acostándose a su lado después de asegurarse de que Minki tuviera las almohadas acomodadas.

El sol del amanecer se filtraba por las cortinas. Minki percibió a su novio tranquilo, había aprendido a leer sus emociones con simples gestos.

—Estoy bien —repitió, y lo seguiría diciendo hasta que Jaebyu pudiera procesar esas palabras —. Sungguk me dijo que Eunjin solicitó la revisión de las cámaras del edificio para buscar evidencias sobre mi ataque. Se baraja la hipótesis que este evento podría estar relacionado con la desaparición de Ryu Dan.

Minki se encontraba recostado sobre dos almohadas mientras su novio no tenía ninguna. Ambos permanecían de espaldas con sus barbillas giradas hacia el otro. Como estaba al alcance de su mano, Minki le acarició su cabello tan oscuro. Jaebyu cerró los ojos. Los segundos se fueron acumulando en minutos.

Antes de hablar, Jaebyu se giró hacia él y lo sujetó por la cintura para compartir cojín. Pudo sentir su aliento cálido en la mejilla haciéndole cosquillas.

—Minki —susurró. Sus labios fueron desde su oído hasta su cuello. Reposaron sobre su clavícula, donde Minki recibió un pequeño beso.

No pudo contener una risita nerviosa.

—Me haces cosquillas —dijo.

Repitió su nombre como si fuera un ruego.

Una súplica.

Quizás una promesa.

—¿Por qué intentó noquearte? —cuestionó entonces.

Giró los ojos hacia el cielo, meditando sobre ello.

—Escuché que me seguían pero no vi a nadie. Solo encontré un zapato en medio de la calzada, justo por donde se ubican los estacionamientos del edificio. Me agaché a recogerlo y ahí me golpearon.

Jaebyu alzó la vista hacia él.

—No tiene sentido.

—Debo haber visto algo que querían mantener oculto. No sé si el zapato fue una distracción para noquearme y hacer algo que no lograron, o si era una evidencia que necesitaban destruir antes de que pudiera llevármelo.

Su novio ahora tenía la vista perdida en algún punto del cuarto. Aún lo abrazaba, aunque el gesto comenzaba a estar carente de sentimientos, como si Jaebyu estuviera tan perdido en su mente que dejó de estar presente.

—¿Qué piensas?

Jaebyu le acarició la espalda. Lo sintió respirar contra su clavícula.

—¿Sabes cuáles son mis peores miedos? —dijo entonces.

No tenía que preguntarlo, lo sabía.

—Que a los mellizos o a mí nos ocurra algo.

—El terror me paraliza cuando Sungguk me llama por teléfono —confesó—, porque sé que te sucedió algo.

—Juju...

—Y sé que decir esto me convierte en el peor novio del mundo, pero siento alivio, un tremendo y gigantesco alivio, cuando te suspenden porque eso significa que estarás limitado a labores administrativas. Por eso —su voz se quebró—, no estaba preparado para lo de hoy.

Sintió aquella declaración como un balde de agua fría.

—Yoonie —susurró, pero no pudo agregar nada más.

—Minki —dijo entonces, observándolo con ojos temerosos—, si te pido algo, ¿lo harías?

Desconcertado, se alejó lo suficiente para analizar su expresión.

—¿Qué es lo que sucede?

Su novio dio una última exhalación larga.

—Te prometo que he intentado aguantarlo —su voz se volvió a quebrar—. Te juro que me he esforzado, pero siento... siento que me estoy volviendo loco por la preocupación.

Quiso acercarse para sujetarle el rostro y besarlo, para así calmarlo un poco. Pero Jaebyu se resistió negando con la cabeza para que no pudiera hacerlo.

—Por favor, Minki... amor, te lo suplico, hazlo por mí... por los niños.

—Juju...

—Renuncia, te lo ruego.

Como no podía colocarse de pie, desvió la barbilla hacia la ventana. La habitación se llenó de un sentimiento incómodo, extraño y pesado, de cuando dos personas discutían sin realmente hacerlo.

Había ocurrido un quiebre en la relación y eso ambos lo sabían, la diferencia era que uno de ellos lo reconocía y el otro no, porque renegaba cualquier sentimiento que lo volviera débil, frágil.

Por eso, fue Jaebyu quien intentó retomar la conversación.

—Minki...

Y él lo cortaría con una dolorosa y terrible verdad:

—No seré Daehyun, Jaebyu. Yo no permitiré que me encierren en una casa porque así estoy más seguro.

Sintió que su novio se tensaba a su lado, sin embargo, Minki no flaqueó, menos cuando presintió que Jaebyu iba a detener la conversación para no seguir agrandando el problema.

Se equivocó.

A pesar de que lo conocía hacía una década, algunas veces seguía errando con él.

—No puedo seguir así —aceptó Jaebyu.

Sintió pánico, porque recién entonces entendió que se aproximaba una curva imposible de evitar.

—¿Vas a terminar conmigo? —jadeó Minki.

Jaebyu se había colocado de pie y se acomodó a un costado de la cama con los puños apretados con fuerza.

—No —susurró en respuesta—, pero desearía poder hacerlo.

Sus pasos apenas se percibieron de camino a la entrada. Sonó la cerradura electrónica, luego estuvo el suave sonido de la puerta cerrándose.

Jaebyu regresó horas más tarde con los ojos irritados como si hubiera estado llorando. Y si bien lo cuidó y atendió en sus necesidades, evitó hablar con él.

Esa noche, por primera vez en su relación, Jaebyu durmió en el sofá.

La música dentro del bar El Ángel retumbaba con tanta potencia que Minki apenas escuchaba sus pensamientos. *Pero qué importa*, pensó apegándose a otro cuerpo, *¿no vine aquí justo por esto? Necesito distraerme*.

Había ido a emborracharse para dejar de pensar, pero era lo que más estaba haciendo, a pesar de que un chico lo sujetaba por la cintura y sus entrepiernas se rozaban con el movimiento. Habían pasado meses desde que besó a alguien, dado que apenas pudo salir de casa debido a su rodilla mala. Por eso necesitaba eso. Llevaba dos trimestres extrañando sentirse vivo, guapo y deseado. Pero, entonces, ¿por qué desviaba la barbilla cada vez que el chico intentaba besarlo?

Para evitar otro acercamiento, Minki lo abrazó por el cuello y apoyó su cabeza en aquel hombro. ¿Por qué se sentía tan decepcionado?

Dando una larga inspiración, se apartó del chico manteniendo sus manos enrolladas en su nuca.

—Iré al baño —avisó.

Lo sujetaron por el codo para que no pudiera alejarse.

—Te acompaño.

Minki avanzó entre la gente con unas manos sobre sus hombros para no separarse. Recorrió sin mucha dificultad la mitad de la pista de baile repleta de cuerpos danzantes y sudorosos. Y habría salido sin problemas de no ser porque se encontró con la persona que menos se esperó hallar en ese lugar.

Se quedó paralizado.

No podía ser.

Llevaba al menos cuatro meses sin verlo, ¿y se lo encontraba ahí?

El residente de enfermería, Yoon Jaebyu, estaba apoyado contra la barra. Conversaba con un hombre a su lado.

¿Qué estaba haciendo ahí? Ese era un club gay.

Y lo peor, no estaba con él, sino que con otro hombre.

Sintió como si hubiera recibido una patada en el estómago. No, más bien padeció un dolor que se igualaba a la fractura de su rodilla, la diferencia que un sufrimiento era físico y el otro emocional.

Con la decepción anidada en su mente y la tristeza carcomiéndole la existencia, prosiguió su rumbo al baño. A pesar de que mantuvo la barbilla baja, no pudo evitar observar a Jaebyu, quien seguía conversando con el hombre y tenía una botella de soju que vaciaba en un vaso pequeño.

Nunca creyó que desearía tanto ser otra persona.

Al salir de entre la multitud, notó que había extraviado a su compañero.

Miró la fila para pasar al baño y luego hacia la barra, justo donde se ubicaba el enfermero. Minki se acomodó el cabello, asegurándose de que estaba en orden, y se dirigió hacia él. A medio camino, su paso flaqueó y terminó dándose la vuelta. No, no podía, ya se había humillado

lo suficiente. Le había expresado lo mucho que le gustaba y este lo había rechazado en más de tres oportunidades. Era difícil que las cosas cambiaran de la noche a la mañana.

Sin embargo, la duda persistió.

Miró sobre su hombro.

Jaebyu seguía conversando con el chico.

¿Y si...?

No, no iba a arriesgarse otra vez.

El estómago de Minki, repleto de soju, subió hasta su garganta. Caminó al baño. Mientras aguardaba en la fila, se apoyó contra la pared y su mirada, una vez más, regresó a la barra. Con los labios fruncidos por la impotencia, ingresó a un cubículo a orinar. Tras lavarse las manos, desafió a su reflejo.

—Tú puedes —susurró.

—No, no puedo —debatíó.

Sacudió la cabeza.

—Tú sí puedes.

Acomodó su camiseta y arregló de nuevo su cabello rubio recién tinturado.

Última oportunidad, pensó. Y con esto cerraré esta mala novela.

Salió. Los latidos de su corazón subieron en intensidad con cada paso que acortó la distancia entre ambos. Jaebyu le daba la espalda, así que no se percató cuando Minki se apoyó en la barra y tomó aire de golpe. Se pidió una cerveza. Jugó con sus dedos esperando que el chico se girara hacia él y así fingir que no lo había notado.

Se rio de su idiotez.

Llegó su pedido, era un vaso grande de medio litro. Lo sujetó con ambas manos. Al darle un sorbo, golpeó sin querer la espalda del chico. Se paralizó por el pánico. Manteniendo la cerveza contra su boca, su mirada se dirigió hacia el rostro sorprendido de Jaebyu.

—Lo siento mucho —Minki se apresuró a decir y dejó el vaso sobre la mesa. Inclínó la cabeza en repetidas ocasiones—. No me di cuenta, lo prometo.

—Descuida —respondió Jaebyu.

Hizo una última reverencia y alzó la barbilla. Hubo una expresión incómoda. Se preguntó si era demasiado tarde para saludarlo.

—Hola —dijo con timidez. Acomodó un mechón de cabello tras su oreja—. No sabía que era posible que salieras del hospital. Ya me había hecho a la idea de que eras una especie de vampiro moderno, que prefería vivir cerca del banco de sangre para evitar tener que buscar víctimas cada noche.

Por fortuna, Jaebyu se rio de su broma tonta.

—Vine a celebrar —contó.

Se admiró por lo receptivo que estaba siendo en la conversación cuando antes le respondía con monosílabos. Quizás el buen ánimo se debía a las botellas de soju vacías en el mesón.

—¿Por qué? —curioseó

Agarró de nuevo su vaso de cerveza y le dio un trago. Se lamió el labio. Tuvo el ligero presentimiento de que Jaebyu siguió el gesto.

—Aprobé el segundo internado. Ahora solo me queda rendir el examen de titulación para convertirme en enfermero.

Minki alzó su bebida.

—Por fin tendrás el uniforme verde oscuro, felicidades

—dijo—. Es algo admirable, lograste superar el internado a pesar de los pacientes molestos que solicitaron que te reprobaran.

Debía estar de muy buen humor, porque Jaebyu alzó su vaso de soju y le dio un trago.

—No todos fueron terribles —aseguró con una sonrisa pequeña—. A algunos todavía los recuerdo.

Por supuesto, Minki pensó que se refería a él.

—¿En serio?

Jaebyu estaba volteado hacia la barra y tenía la mano alzada para pedir otro trago. Al responderle, giró la barbilla hacia él.

—En serio —afirmó.

Minki no pudo hacer más que beberse de un trago lo que le quedaba en el vaso. De reojo captó que el hombre, que había estado conversando con Jaebyu, no dejaba de mirarlo. Pero no iba a tener compasión con aquel ser humano, no iba a soltar a Jaebyu esa noche incluso si eso implicaba convertirse en una mala persona.

—¿Cómo sigue tu hombro?

A Minki le costó orientarse y recordar a lo que se refería.

—¿Qué hombro?

—Tu lesión —especificó Jaebyu.

—Ah —tras dejar el vaso vacío en la barra, mostró la destreza de su articulación—. Perfecta.

—¿Y tu rodilla?

Frunció la nariz.

—Nadie me advirtió lo horrible que sería el postoperatorio. No tenía idea de lo mucho que ocupaba mi rodilla hasta que me quedé sin ella. Quise morir al menos veinte veces.

—Eso es poco.

—Por día —agregó.

Aquello hizo que Jaebyu sonriera. A Minki se le volcó el corazón al ver sus encías asomarse.

Como siempre le ocurría en presencia de ese chico, su inteligencia se precipitó y su estupidez salió a flote.

—Por cierto, ¿sabes que estás en un bar gay?

Jaebyu recibió su bebida. Le dio una mirada antes de llenar su vaso con soju.

—Lo sé.

El corazón de Minki latía más y más rápido.

—¿Y estás en una cita? —quiso saber.

—No —respondió con ligereza—, es un amigo.

Minki pidió otra cerveza porque no se creía capaz de continuar con un cerebro sobrio. Le dio un trago enorme al nuevo vaso. Tras lamerse la espuma de los labios, se volteó hacia Jaebyu, que parecía estar más cerca.

—¿Recuerdas lo que te dije la última vez que nos vimos, Yoon-ah?

El enfermero tardó en responder.

—No.

El ánimo de Minki se desplomó al suelo. Le dio otro sorbo a su cerveza para poder hacer algo y que Jaebyu no notara su humillado rostro.

—Por un momento pensé... —sacudió la cabeza—. Olvídalo.

—¿Quieres que lo haga?

—¿Que hagas qué?

—Olvidarlo.

Con los codos apoyados en la barra, Minki gruñó:

—Haz lo que quieras, *hyung*.

A pesar de sus palabras cortantes, el enfermero permaneció inmutable bebiéndose su vaso de soju. Minki deseó gritarle, una vez más. Refunfuñando por permitirse ilusionarse como el idiota que era, se terminó su cerveza de un largo trago. Jaebyu no apartó la vista de él.

—¿Sabes qué? —dijo Minki.

—No —se burló.

—Es obvio que nunca te voy a gustar.

—¿Ah, sí?

Sacudió la cabeza en respuesta y suspiró:

—Y ya me cansé. Yo... —rastreó la barra, su atención quedó en el hombre que estuvo conversando con Jaebyu antes que se le acercara—. Mejor me iré. Suerte con tu cita no-cita.

Dejando el vaso sobre la mesa, se alejó.

No alcanzó a avanzar mucho antes de que fuera detenido. Y por supuesto, como el soñador idiota que era, esperó lo imposible.

—Yoon...

Pero era el chico que acompañaba a Jaebyu.

—A mí sí me gustas —dijo.

A pesar de no entender muy bien la situación, no protestó al ser sujetado por la cintura y ser instado a moverse al ritmo de la música. Apenas reaccionó, puso las manos sobre aquellos hombros anchos.

Bien, pensó, si no puedo con Jaebyu, al menos será con su amigo.

Su cuerpo se apegó al del hombre, sus caderas se mecieron al ritmo de la canción. Se acomodó el cabello hacia atrás y permitió que lo acariciara por sobre su chaqueta negra y por debajo de su camiseta blanca. Cuando esos dedos curiosos jugaron con su bragueta, Minki se alejó un paso. Eso había avanzado demasiado rápido.

Sin poder evitarlo, su vista se dirigió hacia la barra.

Dejó de bailar.

¿Dónde estaba Jaebyu?

Su pensamiento murió en seco al sentir una tercera mano en su cintura. Asustado, se apartó. Jaebyu estaba frente suyo. No alcanzó a preguntar qué sucedía, porque el enfermero lo tiró del brazo y lo arrastró entre la multitud. Minki avanzó rápido para no separarse de él, deseando que ese contacto no terminara jamás. Llegaron al pasillo que daba a la salida y se detuvieron. Minki se apoyó contra la muralla, la respiración la sentía agitada y abrió bien los ojos mientras analizaba a Jaebyu.

—Quiero saber una cosa —pidió Minki con voz exaltada.

Jaeyu se peinó el pelo que le caía por la frente, observó al suelo y luego nuevamente a él. La mirada de Minki recorrió aquellas piernas envueltas en un jean oscuro y la camisa de seda azul que se le ajustaba a la altura del pecho.

Antes de que él pudiera formular su pregunta, Jaeyu se la respondió:

—Vine aquí por ti.

Todavía apoyado contra la pared, Minki intentó entender la escena. No debió haber bebido tanto en tan poco tiempo.

—¿Por mí? —susurró.

Pensó que Jaeyu evitaría el tema, no fue así.

—No puedo dejar de pensar en ti —confesó.

Estiró la mano hasta que su dedo jugó con el último botón de la camisa de Jaeyu. Tiró de él para que se le acercara.

—¿No dijiste que no te gustaban los hombres?

—No me gustan —confirmó el enfermero.

—¿Entonces qué soy yo?

El borde de su cadera rozó con la de Jaeyu. Aprovechó para tocarle la barbilla. Tragó con algo de nerviosismo.

—No lo sé —confesó Jaeyu.

—No lo sabes —alzó las cejas, su dedo continuó jugueteando con el botón de la camisa—. ¿Pero quieres averiguarlo? Puedo hacerte sentir muy bien —Minki se acercó—. Déjame hacerte sentir bien.

Jaeyu inspiró tembloroso, sus pupilas estaban dilatadas.

—Hazme sentir bien.

Minki sonrió complacido.

—Ustedes al final siempre caen.

Sus bocas se buscaron.

—No empieces.

—Entonces, cállame.

La mano de Jaeyu fue hasta su cuello, que lo rodeó y rozó antes de sujetarlo por la nuca. Sus dedos largos se enredaron en el cabello rubio de Minki. Sus labios se encontraron a medio camino, los de él mucho más ansiosos e impacientes. Minki creyó escucharlo gruñir cuando se aproximó para apegarlo a su cuerpo, a la vez que adelantaba la cadera para que sus entrepiernas se rozaran. Sintió la erección palpar contra la suya a pesar de la ropa que los separaba. Se restregó contra él. Tiró del labio de Jaeyu y gimió...

Jaeyu se alejó utilizando sus manos sobre la cadera de Minki.

Y supo lo que iba a ocurrir.

Porque pudo ver la confusión en su rostro, el miedo en su mirada, la desorientación en su boca.

Se apegó a la pared y lo soltó. Ladeó la barbilla para no mirarlo.

—Huirás, ¿verdad? —preguntó con tristeza.

—Tengo que irme —dijeron sus labios, pero no se movió.

—Claro que tienes que irte —musitó.

Jaeyu se tocó los labios enrojecidos por sus besos, continuaba perdido.

—No quería que...

Minki se cruzó de brazos.

—Vete.

—Minki...

—No tengo tiempo ni ánimo para esto.

Jaeyu se mantuvo frente a él siendo pura energía contenida, como si se estuviera arrepintiendo de sus propias decisiones. Sin embargo, terminó bajando la vista y largándose tras soltar una pobre disculpa:

—Lo siento mucho.

Los cuatro días que Minki estuvo fuera por licencia médica, Sungguk apareció en su departamento para resumirle el avance en ambos casos. No existía mayores novedades en cuanto a Ryu Dan, aparte de que se estableció la teoría de que ambas desapariciones podían estar conectadas.

Con respecto a la pareja, se había obtenido una orden para solicitar las grabaciones de las CCTV del edificio, como también las que estaban por los alrededores y la de los automóviles estacionados en las inmediaciones. Las horas de grabación revisadas hasta ese día no eran demasiadas. Sin embargo, habían identificado a la esposa, de nombre Do Kanghee, cargando unas bolsas de supermercado en el ascensor el 14 de octubre, tal como le indicó el administrador. Esa era la última filmación que tenían de ella, realizada tres días antes de la denuncia ejecutada por su padre.

El esposo, Do Taeoh, aparecía el mismo 14 de octubre, pero regresando por la madrugada. Caminaba de forma torpe por el pasillo hacia su departamento, era evidente el estado de ebriedad. Esa también era la última grabación de él.

—¿En ninguna cámara se muestra si alguno de los dos abandonó el departamento? —cuestionó Minki. Estaba en el sofá con pijama. Los mellizos se encontraban en la guardería y Jaebyu en turno, por tanto la casa se sentía tranquila y silenciosa.

—Hay unas treinta cámaras repartidas por todo el edificio y ninguna muestra su salida —contestó Sungguk, quien iba a la cocina con un objetivo: robar la caja de cereales de los mellizos. Se llevó un puñado multicolor a la boca—. Lo siento, es que no almorcé.

Minki le hizo un gesto para que continuara, en tanto su mente se repletaba de ideas que disparaban en diferentes direcciones.

—¿Y solicitaron una orden para revisar las CCTV de las calles y de los autobuses que pasan cerca?

—Están en eso —aseguró Sungguk masticando. Al tragar, prosiguió—. Ahora están identificando las patentes que fueron grabadas por las CCTV revisadas. Están solicitando otra orden para obtener las filmaciones de los autos. Eunjin está seguro de que alguna logró captar a la pareja en su escape.

—Espera —Minki procesó las palabras de su amigo. Ladeó la cabeza—. ¿Descartaron que estén en el edificio? Podrían estar muertos en su departamento.

Sungguk se llevó otro puñado de cereales a la boca.

—Hoy ingresaron.

—Eso es lo primero que debiste contarme —refunfuñó—. ¿Y qué encontraron?

—Un perrito.

—¿Una mascota? —cuestionó desconcertado.

—El suelo del departamento tenía heces y orina, es probable que estuviera solo desde la última aparición de la pareja. No tenía agua ni comida. Por suerte no se deshidrató porque bebía del inodoro, pero estaba hambriento. Ahora está bajo mi responsabilidad. Ya lo llevé al

veterinario —sonrió dejando al descubierto sus dientes frontales—. Lo tendré por un tiempo en caso de que sus dueños aparezcan.

—Por supuesto que lo acogiste tú —Minki puso los ojos en blanco—. ¿Daehyun al menos tuvo una opinión en tu decisión?

—Él sabe que no podría dejarlo abandonado.

—Casa Jong de acogida y rescate —se burló Minki.

—Es un cachorro muy lindo, no debe tener un año —prosiguió Sungguk—. El administrador del edificio nos explicó que es extraño que hubieran abandonado al animal, es la mascota de la pareja y Kanghee aparentaba quererlo mucho. Lo sacaba a pasear cada día, no es concordante que se hubiera ido bajo su propia voluntad dejándolo a su suerte.

—¿Creen que no escaparon?

—La pareja no presenta deudas ni antecedentes legales, hasta sus ahorros siguen en el banco. Sus teléfonos no aparecen operativos y el padre de Kanghee dice que no tenían problemas con nadie. El copropietario del restaurante puso a disposición la contabilidad del local y no presenta problemas de flujo de caja. La única razón por la que pudieron haber escapado, es que uno de ellos haya asesinado al otro. Pero para eso tendrían que aparecer en las cámaras y no existen más grabaciones.

—¿Y las ventanas? —propuso Minki—. Podrían haber huido por ahí.

—Viven en un séptimo piso. Como digo, es poco probable que hayan salido del departamento con alguno de los dos sin vida. Habrían aparecido en las cámaras de los estacionamientos de escapar por la ventana, sobre todo si alguno de ellos cargaba un cuerpo. Y si lo lanzó, además habría rastros en el cemento. Pero no hay nada.

—¿Y el departamento en qué estado se encontraba? Aparte de lo que mencionaste de su mascota. No tenían hijos, ¿cierto?

Sungguk pareció hartarse de los cereales, porque los alejó y se quedó examinándolos con el entrecejo fruncido. Los regresó a la cocina. Su voz llegó entrecortada:

—Sin hijos —aclaró formando una «x» con los brazos—. El padre de Kanghee dice que el marido tiene problemas de fertilidad, llevan tiempo intentándolo sin resultados. Kanghee se hizo exámenes y aparentemente no tiene problemas. En cuanto al departamento, se deduce que falta ropa ya que existen ganchos vacíos. Tampoco encontraron sus computadoras personales ni sus celulares. Lo demás sigue intacto, hasta estaban las bolsas de supermercado en la encimera de la cocina. Fue como si ella las hubiera dejado para luego escapar.

A Minki le tocó esperar otro día para regresar a sus funciones administrativas. Como tenía prohibido agitarse y ejecutar cualquier tipo de actividad física, Sungguk se encargó de llevarle al escritorio hasta el más mínimo detalle.

La estación de policía era un caos pese a la falta de oficiales y agentes desplegados en terreno, así que Minki se ofreció a analizar las cintas que correspondían al séptimo nivel del edificio. Dado que conocía el lugar, recibió el visto bueno de Eunjin tras un par de quejas y negaciones.

Así empezaron diez horas de trabajo continuo. Pudo divisar a la pareja ingresar y salir del edificio durante el 14 de octubre. Sin embargo, desde la imagen de Kanghee con las bolsas y de Taeoh llegando borracho, no había más señales de ellos.

¿Cómo dos personas podían desaparecer sin dejar rastro?

Por más que Minki inspeccionó la grabación intentando identificar cuándo habían salido del departamento, no pudo hallar la imagen.

Empezó a realizar anotaciones conjeturando escenarios probables y, tras mucho meditarlo, se le ocurrieron dos posibilidades:

1. Escaparon por las ventanas.
2. Los secuestraron los OVNIS.

Claramente se encontraba al límite del agotamiento mental. Se prometió que esa sería la última exploración del día antes de marcharse a casa.

¿Qué era lo que fallaba en las hipótesis?

Se sentó recto en la silla.

El ángulo de visión.

Por la ubicación de la cámara, paralela a la entrada del departamento de la pareja y apuntando hacia el otro extremo del pasillo, apenas se lograba divisar un resquicio de la puerta. De ser así, existía la posibilidad de que al salir se hubieran dirigido hacia el otro extremo del corredor, donde existía un punto ciego.

Intentó recordar qué había ahí. Cuando revisó el edificio supuso que sería una sala de aseo. ¿Pero y si no lo era? ¿Y si se trataba de una salida de emergencias? Tenía sentido considerando que la escalera se localizaba a un costado del ascensor, es decir, al otro extremo. En un corredor así de extenso, se necesitaban dos vías de evacuación.

Sus dedos escribieron a máxima velocidad un reporte de los hallazgos encontrados, solicitando con urgencia una visita al lugar de los hechos para verificar el edificio en profundidad.

Al otro día, un grupo de agentes visitaron el sitio para corroborar la teoría y encontraron justo lo que Minki imaginó: una escalera de incendio. Era estrecha, no cabía más que una persona a la vez. Pero era una vía que llegaba a la calle y desembocaba en una zona no monitoreada.

Si bien ahora conocían la ruta de escape de la pareja, del resto no se sabía más. ¿Por qué habrían escapado? ¿Lo habrían hecho en conjunto o uno escondiendo al otro? Por textura y peso, era poco probable que Kanghee fuera la victimaria. Por ahora, todas las teorías apuntaban a su marido, a pesar de que en el departamento no se habían hallado rastros de sangre.

No tuvieron avances significativos hasta el 27 de octubre cuando se activaron los teléfonos de la pareja desaparecida. Primero fue el de Kanghee a las 12:38 en Seúl, y le siguió el de Taeoh a las 12:42 en la localidad costera de Yeosu. Ambas ciudades se ubicaban a más de cuatro horas de distancia. La conexión no duró más que el tiempo necesario para que un detective pudiera geolocalizar la señal.

Muy astuto.

Demasiado.

Porque, al movilizar a los oficiales de ambas ciudades para que fueran a las coordenadas rastreadas, encontraron lo mismo: un basurero con el celular desarmado, que mantenían sus respectivas carcasas, pero al que le habían arrancado el sistema operativo para que no pudieran registrarlos.

No identificaron más huellas que las de las víctimas.

Y así llegaron a otro callejón sin salida.

Minki pensó que tras recibir tremendo rechazo por fin iba a curar su corazón herido. Sorpresa, no fue así. Una semana después del beso, ya estaba ideando una visita al hospital. *Porque quizás*, pensó con una desesperación que llegaba a olerse, *sintió miedo por ser su primera vez besando a un hombre*. Además, que hubiera roto sus prejuicios y gustos porque Minki le gustaba lo suficiente para hacerlo, le hacía darse cuenta de que valía la pena arriesgarse aunque fuera rechazado una vez más.

No obstante, por mucho que meditó la idea y le pareció que no era tan idiota y desesperada, no fue a buscarlo. Al menos se felicitaba por mantener su orgullo medio intacto. A raíz de esto, decidió premiarse con unos *mochis* en su día libre. Los comió en el parque porque no quería regresar a casa dado que el último tiempo se la pasaba discutiendo con su madre por culpa de la expareja de ella.

Estuvo sentado cerca de hora y media observando el atardecer que pintaba el cielo con un tono dorado. Con las manos guardadas en los bolsillos de la chaqueta, se desplazó por las calles hasta llegar a la avenida principal. Al encontrarse lejos del departamento, apresuró el paso para regresar antes de que anoheciera.

Pasaba por fuera de una tienda de convivencia cuando captó gritos desde el interior. Preocupado, se detuvo. Intentó entender qué ocurría. Dudó si ingresar o no, luego se regañó porque titubear no era una actitud digna de un futuro oficial de policía.

Entró.

Una señora mayor reprendía a un joven que vestía con sencillez, no parecía ser mucho mayor que Minki. Se acordaba de la dueña. Una vez lo había perseguido media cuadra porque, según ella, le había robado unos dulces del mostrador. Por mucho que él intentó demostrarle que no era así, golpeándose los bolsillos para dejar claro que estaban vacíos, ella no razonó hasta que Minki aceptó pagar por algo que ni siquiera tenía.

—*Ajumeoni*—un momento, ¿por qué le sonaba esa voz?—, como le dije, le prometo que no le estaba robando. Lo siento, vengo saliendo de un turno, estoy muy cansado y olvidé que llevaba el café en la mano.

El avance de Minki flaqueó en el mismo instante que reconoció a Yoon Jaebyu.

La señora mantenía un gesto molesto, no parecía creerle al chico.

—¿Sabes las veces que escuché esa excusa? —replicó ella.

Jaebyu se masajeó el tabique de la nariz.

—¿Cómo puedo compensar el error? —preguntó.

Minki supo lo que iba a pedirle antes de que lo dijera.

—Te cobraré dos cafés.

No interfirió, dejó que Jaebyu pagara. Luego, este salió de la tienda sin percatarse que Minki estaba ahí. Tardó unos metros en alcanzarlo en la calle. Igualó su paso y cruzó los brazos tras la espalda.

—Sabes que ella te engañó, ¿cierto? —Jaebyu dio un pequeño brinco y trastabilló antes de mirarlo—. Hola.

No le regresó el saludo.

—¿Me estás siguiendo?

Minki frunció la nariz en aparente disgusto.

—Pasaba por fuera de la tienda y oí la discusión. Y ya sabes, como pronto seré policía debo empezar a acostumbrarme a este tipo de situaciones.

No supo qué parte de su discurso le ocasionó tanta gracia a Jaebyu. Pero al menos se alegró de hacerlo feliz.

—Fue mi error —aceptó Jaebyu dejando de sonreír—. Intenté irme sin pagar.

—Jamás pensé que un enfermero tan distinguido tendría antecedentes legales por hurto —bromeó Minki—. Quizás hasta un día termine arrestándote.

—Para eso tendrías que ser oficial —le provocó.

—En eso estoy.

Jaebyu lo examinaba de reojo, con la barbilla un poco inclinada hacia él.

—¿Cómo está tu rodilla?

—Igual que la última vez que nos vimos.

Supo lo que pensó el enfermero por la forma en que apartó la vista sin disimulo. Fascinado, Minki lo vio tragar saliva para responder.

—Me alegro.

Avanzaron casi una cuadra completa sin retomar la conversación. A pesar de que Minki vivía en otra dirección, se mantuvo a su lado.

Se detuvieron en el semáforo. Mientras esperaban que cambiara la luz, Minki cerró los ojos un breve instante. Al abrirlos, se encontró con la mirada de Jaebyu.

—No puedo sacarte de mi cabeza —susurró Minki con dolorosa vergüenza. No le bastaba con ser patético en privado, sino que además debía verbalizarlo—. Necesito que me digas que nunca tendré otra oportunidad contigo, porque no puedo seguir en esta agonía donde solo soy yo el que tiene sentimientos involucrados.

La luz roja pasó a verde, sin embargo, ninguno de los dos se movió. La boca de Jaebyu se frunció antes de responder y apartar la mirada.

—¿Quieres que te rechace?

—Sí —admitió—. Nunca podré curar mi herida si no hago más que reabirla.

Esperó a que el golpe emocional llegara.

Esperó el rechazo.

Las disculpas.

Sus últimas palabras.

—No quiero hacerlo.

Jaebyu estaba sonrojado y observaba hacia otro lado, a pesar de que no tenía mucha distracción ya que la calle se encontraba desierta.

A Minki nunca le pareció alguien tan atractivo. Si bien estaba ojeroso, tenía una mandíbula perfilada y una nariz de tabique alto. Sus cejas eran simétricas y sus ojos inteligentes. El cabello lo tenía sujeto en un moño desordenado. Unos mechones sueltos caían por su rostro y cuello.

Deseaba odiarlo. De esa forma podría curar sus heridas con un montón de sal. Dolería, aunque al menos sería el inicio de la sanación.

—No soy un juguete al que podrás tirar a un rincón cuando te aburras de mí. No voy a aceptar menos —advirtió Minki y luego suavizó su voz al notar que Jaebyu lo observaba con timidez—. Si me eliges, te prometo que te haré feliz. Puedo hacerlo, confía en mí. Pero si no estás seguro, por favor, necesito que me lo digas para así sacarte de mi vida. Ocho meses atado a esto es más que suficiente para...

No pudo continuar porque unos labios se posaron sobre los suyos. Sin poder reaccionar, Minki mantuvo los ojos abiertos y el cuerpo paralizado, a pesar de que una mano lo sujetaba con timidez por la barbilla.

Antes de alcanzar a regresarle el beso, Jaebyu se alejó.

Minki inspiró profundo para ralentizar los latidos enloquecidos de su corazón.

El chico lo imitó.

—No tenía planeado que me gustaras —confesó Jaebyu con total sinceridad—, pero lo haces. Me gustas mucho, Minki. Me gustas tanto que llevo días ideando cómo encontrarme contigo. Pienso mucho en ti. Y no quiero dejar de hacerlo.

Jaebyu debía sacarle apenas unos dos centímetros, así que no necesitó alzarse de puntillas para darle un fugaz beso.

Por la sorpresa, Jaebyu rozó su propia boca con los dedos.

Minki avanzó unos pasos. Se detuvo y giró al percatarse de que el enfermero no lo estaba siguiendo. Se mantenía paralizado en el mismo lugar. Minki le ofreció el brazo mientras sonreía.

—¿Vamos?

Jaebyu lo alcanzó.

Y si bien no le sujetó la mano, caminó tan cerca suyo que sus brazos se rozaron todo el trayecto de regreso al departamento de Minki.

Como cada mañana, desde hacía poco menos de dos meses, Sungguk y él se encontraron en las inmediaciones del paradero Chilgok Market. Y como ocurría desde hacía la misma cantidad de tiempo, no encontraron al hombre que acosó a Ryu Dan. Tantas eran las derrotas que ni siquiera se decepcionó por no hallar nada. Siendo sincero, no tenía sentido que siguieran yendo ahí, pero se sentía menos mediocre investigando algo.

La madrugada estaba helada, los termómetros no superaban los 3°C, lo que provocaba que poca gente deambulara por las calles. Las pocas personas que se toparon caminaban apresuradas al paradero o a la estación de metro más cercana. La mayoría eran trabajadores, escolares y uno que otro universitario.

Como su amigo había estacionado unas cuadras al sur, iban por la vereda poniente cuando, en sentido contrario, se encontraron con un chico joven de cabello liso y oscuro. Usaba lentes y ropa de tonos neutros, su pantalón beige lo cubría casi en su totalidad un abrigo oscuro.

Los pasos de Minki se hicieron más lentos hasta que se detuvo a mirar hacia el otro lado de la calle. Sungguk se dio cuenta un par de metros más adelante y giró sobre sus talones.

—¿Qué sucede?

Minki apuntó con la barbilla. El joven, que no debía superar los veinte años, se acercaba rápido y algo encogido, como si estuviera escapando más que caminando.

—¿No se te hace familiar?

Sin entender a qué se refería, Sungguk siguió la dirección de su mirada. Sus cejas se alzaron al percatarse del chico.

—Se parece a Ryu Dan.

—¿Y si...? —la voz de Minki se perdió al darse cuenta de que, a pocos metros del joven, venía un hombre de cabello canoso. Debía rondar los cincuenta años, de contextura normal y peso promedio.

Sus rodillas titubearon antes de emprender su camino. Cruzó la calle, puso las manos sobre la valla metálica, que separaba los carriles y saltó. El hombre no se percató de su presencia, estaba demasiado ensimismado persiguiendo al chico. Pero el joven sí, y su expresión de pánico cambió a una de alivio. Sungguk saltó la cerca mucho más rápido que él y lo alcanzó en un par de zancadas.

Ahora que se encontraban cerca, podían distinguir las arrugas en la boca del hombre. Los pasos de Minki trastabillaron.

¿Y si se metía en más problemas?

Que así fuera, porque no iba a convertirse en otro espectador. Se interpuso entre el joven y el señor. Sacó su placa y se la mostró al hombre, que se detuvo sorprendido frente a ellos.

—¿Kang Chulsoo? —el sujeto afirmó—. Soy el oficial Lee y él es el oficial Jong. Somos parte del equipo que está investigando la desaparición de Ryu Dan. Necesitamos realizarle unas preguntas de rutina.

Mientras él estaba en eso, Sungguk se acercó al chico que intentaba escapar. Lo escuchó presentarse y preguntarle su nombre, también le mostró su identificación para que supiera que era un oficial.

—Tengo derecho a guardar silencio —dijo Kang Chulsoo—. Además, ya acepté un interrogatorio con ustedes, no tengo la obligación de hacerlo otra vez.

Minki asintió.

—Como dice, tiene derecho a permanecer en silencio. Pero si acepta ir con nosotros, las preguntas que le realizaremos están relacionadas a Ryu Dan y su desaparición, nada más. Sabemos que tanto usted como nosotros esperamos encontrarlo. De igual forma, de así desearlo, le recuerdo que tiene derecho a un abogado.

La atención de Kang Chulsoo fue del joven a Minki. Parecía estar pensando en qué tan sospechoso se vería si se negaba a responder sus preguntas y hacer uso de sus derechos. De negarse, ambos sabían que subiría en la lista de sospechosos.

—No asistiré a la estación de policía a menos que tenga una orden de detención a mi nombre, ¿y cuenta con una? —contestó Kang Chulsoo con tranquilidad. Al negarlo, el hombre hizo una reverencia hacia él. Minki se la regresó—. De ser así, con su permiso, oficial Lee, me retiro. Se me hace tarde, me esperan en el trabajo.

Impotente, lo vio pasar por su lado hacia donde se ubicaba Sungguk con el chico, quien se apoyaba contra la pared manteniendo los brazos cruzados a la altura del pecho. No levantó la vista cuando Kang Chulsoo lo adelantó y dobló a la derecha en la siguiente calle.

Sungguk le hizo un gesto de barbilla para que se le acercara. Minki se sacudió la emoción de la derrota, ¿qué otra cosa había pretendido? Su investigación solo buscaba establecer si Kang Chulsoo seguía utilizando el paradero ahora que Ryu Dan ya no lo hacía. Interrogarlo nunca fue parte de su plan, así que era mejor que se olvidara de ello.

Cuando llegó al lado de ellos, el chico alzó la vista con timidez. En su cerebro se activó el recuerdo de Ryu Dan en la estación de policía. El parecido era relevante.

—Se llama Ryu Jiho, es el hermano de Ryu Dan.

Minki le preguntó si podía acompañarlos al cuartel para realizar una constatación de denuncia. El adolescente arrastró un mechón de cabello oscuro detrás de su oreja y aceptó tras una evidente duda. De camino al automóvil, no por primera vez Minki se preguntó por qué la familia de Ryu Dan no eran participantes activos de la investigación, más bien solo asistían a las convocatorias si presentaban una orden oficial.

Monstruo, recordó decir a su abuela.

¿Quién aseguraba que tu familia te mantendría a salvo si, en casos así, ellos resultaban ser los primeros victimarios?

Como el celular de Sungguk continuaba conectado al automóvil, al encender el motor se accionó *la maldita canción* en el reproductor. Antes de que alcanzara a llegar a la primera línea, Minki apagó la radio.

—Lo siento —susurró Sungguk.

El trayecto debían realizarlo en silencio tal como indicaba el protocolo, no obstante, como presentía que Jiho iba a arrepentirse de su decisión por acompañarlos, decidió distraerlo de aquel pensamiento.

—¿Cuántos años tienes, Jiho?

Sungguk frunció el ceño aunque no mencionó nada.

Lo comprobó por el retrovisor. Jiho apartó la vista de la ventana y encontró su mirada en el espejo.

—Dieciocho —aclaró.

—Eres muy parecido a Ryu Dan, ¿te lo han comentado?

—Sí —musitó, abatido.

—Me imagino que mucha gente se ha confundido y pensado que eres tu hermano.

Jiho dio una afirmación pequeña, su vista se fue de nuevo a la ventana. Su expresión era triste, mientras se mordía el labio inferior con indecisión. Se detuvieron en un semáforo.

—Jiho, ¿cuánto tiempo lleva siguiéndote Kang Chulsoo? —preguntó Minki.

—Unas cuerdas —su voz era débil.

—Me refería a si ha ocurrido en otras oportunidades.

—Un par.

—¿Desde hace cuánto tiempo?

—Algo más de un mes —Jiho se acomodó. Dudó, lo que provocó que sus palabras se tropezaran al retomar—. A... antes no... yo antes asistía a la escuela, así que... empecé a tener esta ruta hace poco. Ahora voy a un instituto para preparar el examen de ingreso a la universidad.

No agregó nada más.

El sonido del intermitente, para avisar cambio de pista, era el único ruido al interior del automóvil.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac.

—¿Todavía no han encontrado nada? —preguntó Jiho de forma repentina, sus ojos ansiosos se vislumbraban por el espejo retrovisor.

—Estamos haciendo nuestro mejor esfuerzo —aseguró Minki, aunque sabía que no era así.

—¿Creen que esté vivo? —insistió el chico.

—No podemos responder eso —intervino Sungguk.

Jiho se cruzó de brazos y apartó la mirada. Minki intentó ayudarlo:

—Sé que estás preocupado...

—No lo estoy —lo cortó. Minki se sorprendió por su tono, como por su voz entrecortada al continuar—: No puedo extrañar a alguien que no conozco.

Decidió responder.

—Nunca ha sido lógico a quién extrañamos y a quién no. Los sentimientos serían más fáciles si así fuera.

Jiho se mantuvo el resto del camino observando por la ventana.

Estaban por llegar.

—No había visto a mi hermano hacía años —confesó como si buscara excusarse—. No sabía cómo estaba, así que no supe cómo reaccionar al encontrar su fotografía en los carteles.

No tuvieron que responder, Jiho parecía ahogado en sus propios pensamientos.

—Mis padres lo echaron de casa cuando supimos que era uno... una de esas personas —tragó saliva y se centró en sus manos—. Y todo empeoró cuando supimos que además era homosexual. Lo siento por no serles de ayuda —su voz se escuchó afligida, perdida, totalmente desconcertada—, pero mis padres no quieren que tenga relación con la investigación. Ellos no quieren que sea como él.

—¿Y lo eres? —preguntó Minki.

Jiho no respondió.

Al llegar al cuartel, Minki fue directo a buscar a Eunjin para explicarle la situación. Sungguk llevó a Jiho a la cafetería y le ofreció algo de beber y comer.

—¿Qué hacían en esa parada? —cuestionó Eunjin frunciendo el ceño, empezaba a molestarse.

—Vigilábamos a Kang Chulsoo para ver si lográbamos tener más información.

Eunjin se acarició el puente de la nariz. Sus ojeras ya eran parte de su indumentaria diaria. Desde la desaparición de Ryu Dan hacía dos meses que no tenía mucho tiempo libre ni dormía bien. Sus superiores exigían un culpable cuando no hacían más que encontrarse con callejones sin salida.

—Kang Chulsoo trabaja en una fábrica al otro lado de la ciudad —explicó Eunjin, rindiéndose a mantenerle esa parte de la información en privado—. El día de la desaparición de Ryu Dan, estuvo cumpliendo una jornada laboral de doce horas. La empresa está monitoreada por cámaras y se ve a Kang Chulsoo en su trabajo. A pesar de que cuentan con descansos cada dos horas y media, no duran más de quince minutos. Durante su jornada no se le perdió el rastro. Él no es sospechoso, a menos que pueda desdoblarse, como teorizas, y haya secuestrado a Ryu Dan a la misma vez que estaba al otro lado de la ciudad cumpliendo con su turno.

—Pero... hoy seguía a su hermano y... sí es un acosador.

—Puede que sea un acosador, y eso lo dictaminará la justicia solo si Ryu Jiho decide emprender acciones legales, pero no es responsable de la desaparición de Ryu Dan. ¿Quedó claro?

Minki bajó la barbilla.

—Sí, señor.

Ese día, al llegar al departamento, Jaebyu se encontraba ahí. Recién duchado preparaba unos emparedados a los mellizos, que fueron a recibirlo corriendo. Minki cargó uno en cada brazo y los estrechó contra él sintiendo el olor de sus perfumes infantiles. Jaebyu lo observó con melancolía.

Al menos, su novio ya no dormía en el sofá para evitarlo, aunque eso era un mero tecnicismo, porque mágicamente sus turnos volvían a estar descoordinados. Si Minki dormía de día, Jaebyu trabajaba de día; y viceversa. En pocas oportunidades coincidieron para compartir cama, pero no duraba más que un par de horas y cuando el otro ya estaba durmiendo. Así que al despertar, o Jaebyu seguía descansando o ya se había levantado.

Por fortuna, conversaban:

De los niños.

De las compras.

De sus turnos.

De la escuela.

Pero nunca sobre ellos.

Se evitaban porque Minki no iba a ceder y Jaebyu, siendo un fiasco para verbalizar sus emociones, no tenía la menor idea de cómo lidiar con la tristeza que eso le provocaba. Y si bien su distanciamiento le rompía el corazón, seguiría destruyendo su amor con tal de hacer valer su opinión.

Y estaba perfectamente bien que lo hiciera, porque Minki dependió de Jaebyu por mucho tiempo, hasta que terminó su relación y tuvo que aprender a vivir sin él. Lo curioso era que Minki nunca se cuestionó que pudiera tener una dependencia emocional con su novio, porque se consideraba autosuficiente, una persona que tomaba decisiones desde temprana edad. Jamás imaginó que él podría construir ese tipo de relación con Jaebyu hasta que conoció a Dae y se vio reflejado en él.

Le tocó, entonces, comprender que podía existir una dependencia emocional cuando no había una dependencia económica, ni un rol de poder determinado, ni una crianza particular.

Y ese era su caso.

Porque era difícil lograr un equilibrio entre dos personas. Y entre Jaebyu y él, era Minki quien tendía a desarrollar hábitos poco saludables como pareja. Por eso era importante para él no cambiar de opinión, incluso si eso implicaba continuar enojado con el amor de su vida.

Tras bañarse, comer y alistarse para irse la cama, fue a lavar los platos sucios que se habían acumulado. En ese momento, sintió que unos brazos le rodeaban la cintura y un beso en la nuca. Jaebyu lo sostuvo por la espalda, su aliento le hizo cosquillas en el cuello.

—Lo siento mucho —suplicó contra su piel.

Tragó saliva, su garganta de pronto se cerró por la tristeza que llevaba acumulando durante semanas.

—¿Todavía estás con nosotros? —preguntó.

—Siempre —prometió Jaebyu contra su piel.

Minki se lavó las manos, cortó el agua y giró sobre sus tobillos. Le regresó el abrazo y enterró su nariz entre los pliegues del pijama y el cuello de su novio.

—No porque me ames significa que tienes derecho a cambiarme.

Sintió un beso en su mejilla. Los labios algo agrietados de Jaebyu le rasparon la piel.

—Lo sé y lo siento —se sinceró Jaebyu, con un tono que sonaba honesto y al mismo tiempo angustiado—. Nunca debí pedírtelo. Estaba preocupado, pero eso no es una excusa válida. Nada lo es.

Aliviado por llegar al fin de esa guerra fría que se extendió por demasiado tiempo, Minki casi lloró de felicidad.

—Desearía casarme contigo —confesó, su voz apenas era un murmullo mientras lo abrazaba y apoyaba su barbilla en el hombro del enfermero.

La mano de Jaebyu se posó en su espalda baja, su beso aterrizó en la coronilla.

—Lo sé, querido.

—La vida es injusta.

—Lo sé, amor.

Recién en el 2023, por primera vez en un fallo histórico por parte del tribunal de apelaciones, se le había reconocido derechos a una pareja homosexual permitiéndosele la misma cobertura sanitaria que se le concedía a los matrimonios heterosexuales. No obstante, la unión civil entre personas del mismo sexo seguía siendo ilegal. El matrimonio no era una palabra que pudiesen alcanzar, al menos no de momento.

Por eso no entendió cuando Jaebyu se separó de él, lo sujetó por las mejillas y susurró aquella promesa contra sus labios.

—Casémonos.

—No podemos —balbuceó Minki.

—¿Qué importa? Quiero casarme contigo.

—Pero...

—Puede ser una ceremonia privada. Asistirían nuestras familias, los mellizos y nuestros amigos. Sé que te mereces más, pero solo puedo darte esto.

A Minki se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Tú no crees en el matrimonio.

Jaebyu se quitó una cadena delgada. No la reconoció, debía ser una adquisición reciente.

—Tú... —su voz se apagó, porque, colgando del hilo dorado, había dos anillos que tintinearón frente a su expresión desconcertada.

—Iba a pedírtelo el día de tu accidente —confesó Jaebyu—. Se me había ocurrido usar a los mellizos, aunque no estaba seguro... de hecho, todavía no sé cómo preguntártelo, pero sigo deseando hacerlo.

Si Jaebyu quiso decir algo más, no pudo. Minki lo silenció con un beso. Se quedaron abrazados en medio de la sucia cocina, que mantenía aún la mitad de la loza del día sin lavar, mientras los mellizos construían una fortaleza en su cuarto y habían raptado las toallas de la casa para cubrir el camarote.

Al separarse, Jaebyu sonrió.

—Es noviembre y llueve, ¿sabes lo que significa?

Minki fingió estar harto a pesar de que esperó cada mes de noviembre durante toda esa década.

—Solo ve —dijo con un gesto de mano.

Jaebyu corrió a buscar su celular y regresó. No le importó que contaran con una televisión, como también con un sistema de sonido, porque sacó unos audífonos de cable, que posiblemente eran igual de longevos que su relación, y los conectó al aparato. Le pasó un audífono a Minki y el otro se lo dejó él.

Entonces, comenzó el prelude a piano de «November Rain».

—¿Nunca olvidarás que confundí esta canción con otra? —se quejó cuando Jaebyu lo rodeó por la cintura y lo atrajo para abrazarlo.

—Jamás —aseguró su novio. Le hizo dar un giro para que quedara frente a la ventana.

—¿Sabes que otra persona se molestaría si su novio le dedicara esta canción?

—Una canción de desamor para demostrar nuestro amor —tarareó Jaebyu.

—Más que eso, es porque la letra habla de alguien que desea estar solo.

—¿Por fin leíste la traducción en internet?

Minki le dio un golpe en el bíceps y se alejó de él, quitándose el audífono. La risa de Jaebyu le acarició el cuello cuando lo abrazó por la espalda.

—Sé que la leíste cuando tuvimos nuestra primera cita.

Bufó e intentó separarse de nuevo de él, pero Jaebyu lo tenía tan apegado a su cuerpo que, a pesar de que no tenía puesto el audífono, le llegaba la melodía.

—Piensa que esto podría ser peor —aseguró Jaebyu.

—¿Cómo es eso?

—Podrías haber confundido «Don't Cry» en nuestra primera cita y ahora esa sería nuestra canción.

—¿Eso me debería hacer sentir mejor? —cuestionó—. Te odio.

—Me amas, oficial Lee —corrigió Jaebyu.

Así era.

Once años y lo seguía queriendo como el primer día. Aunque su amor había cambiado con el tiempo, pasando del descontrol, la euforia y la necesidad de apego, a un cariño más pausado, comprensible, maduro y responsable.

Se podían seguir amando con la misma intensidad, sin embargo, ese amor ya no podía quemarlo todo hasta convertir ese todo en cenizas.

Porque ya no estaban solos.

Ya no se trataba exclusivamente de ellos.

Ahora eran cuatro y quizás, próximamente, cinco.

Por eso se esforzaban aunque estuvieran cansados.

Por ellos.

Por sus hijos.

Por su familia.

Pero también por el amor, cariño y respeto que se tenían.

Porque ambos preferían seguir remando en ese barco que muchas veces amenazaba con hundirse en medio del océano, que esperar a que alguien los rescatara para que alguno de los dos saliera con vida.

Al irse a dormir, Minki por fin pudo buscar a Jaebyu bajo las sábanas y abrazarlo, en tanto tarareaba una melodía inventada, porque sabía que su novio descansaba mejor si le cantaba algo. Y mientras observaba a Jaebyu dormirse, Minki no pudo desear algo mejor que esa felicidad llamada hogar.

Por eso lo escogería una y mil veces, incluso si ello implicaba terminar varados y perdidos en medio del océano.

Los días volvían a ser hermosos. Estaba comprometido con un anillo precioso en su dedo anular y Jaebyu y él lo habían hecho en la madrugada hasta que sus piernas temblaron y le dolió la espalda baja. La felicidad había regresado y con ello su buena disposición en el trabajo, a pesar de que Sungguk y él aún estaban limitados a labores administrativas.

Como esa jornada cumplían el turno nocturno, cuando se acercó el amanecer, apenas tuvo tiempo entre la emocionante, entretenida y gratificante tarea de archivar casos, para escribirle a su madre y preguntarle si los mellizos todavía dormían. Tras cortar, Sungguk se le acercó y tomó asiento sobre el escritorio.

—¿Qué sucede? —preguntó Minki—. Tienes cara de conejo complacido.

—Daehyun ya escogió el nombre de Princesa.

Eso era una sorpresa.

A pesar de que Dae estaba en el séptimo mes de gestación, y considerando que se le podía adelantar la labor de parto dada su condición, este no lograba escoger nombre para su hija. A Jeong-gyu, su primer hijo, lo nombró usando el hangul «jeong», una palabra que describía un conjunto de varias emociones: cariño, afecto, amar y ser amado. Era un nombre elegido de forma cuidadosa para definir lo que significaba Jeonggyu para Dae. Al ser tan especial, su amigo sentía que ningún otro nombre podía igualar ese sentimiento.

Así fueron transcurriendo los meses y la frustración se apoderó de Dae al punto de que un día colapsó. Con los mellizos jugando junto a Jeonggyu en el patio trasero de la casa Jong, Dae apartó el computador, en el que llevaba horas investigando nombres y se cubrió el rostro.

¿Por qué es tan importante?, le preguntó Minki. Él no comprendía el estrés y la preocupación de su amigo por un simple hangul. Jaebyu y él habían escogido los nombres de los mellizos en una planilla de Excel, donde enlistaron los caracteres y luego fueron haciendo mezclas al azar hasta que les convenció una. Pensaba hacer algo similar con el renacuajo que crecía en su vientre.

Casi se sintió un mal padre por no ser más dedicado.

Casi.

Tiene que ser especial, respondió Dae con voz entrecortada y gran dificultad, *de lo contrario pensará que no la amo tanto como a su hermano*.

Princesa entenderá que Jeonggyu y ella nacieron en dos etapas diferentes de tu vida, por tanto no son comparables, le había dicho Minki en un arrebato de sinceridad. *Si lo miras desde otro punto, quizás no encuentres un nombre igual de especial, pero al menos Princesa es querida desde el día uno*.

Por supuesto, Dae se molestó con él. ¿Pero qué culpa tenía por decir la verdad?

Minki regresó al presente por el ruido de los dedos impaciente de Sungguk sobre su escritorio. Su expresión era un claro «¿no preguntarás?», así que lo hizo:

—¿Cuál es? Espera —levantó la mano—. ¿Dae aprueba que me lo cuentes?

Sungguk quiso responder pero se detuvo de golpe. Lo intentó en una segunda oportunidad.

—Hazte el tonto si te lo cuenta.

Bueno, no le costaría. Le tocaba asumir ese papel cada vez que visitaba a Jaebyu en el hospital y se lo encontraba conversando muy tranquilo con una enfermera que estaba enamorada de él y que, por lo demás, se le había confesado a pesar de que sabía de la existencia de Minki y los mellizos. ¿Cómo conocía esa información? La enfermera Somi era una gran aliada. ¿Y cómo lo supo ella? Había encontrado llorando a su compañera, porque, posterior a su confesión amorosa, Jaebyu se había limitado a marcharse sin responderle. Minki no quería sentirse orgulloso del cero tacto emocional que tenía su pareja, aunque fue justo como se sintió.

—Está bien —aceptó Minki, no se creía capaz de aguantar la curiosidad—, ¿cuál es?

—Hanni.

—Es lindo, fue una buena elección, la apruebo.

—Igual no te lo pregunté.

Acostumbrados a jugar al gato y el ratón, Minki le golpeó el brazo antes de que Sungguk se bajara del escritorio de un salto.

—Estás más debilucho —avisó su amigo, a pesar de que tenía una mueca de dolor en los labios.

—Dejé las barras por un tiempo —se apuntó el abdomen—, para proteger a... ya sabes.

—¿Tampoco tiene nombre?

—Es muy pronto, me ocuparé cuando sepa qué demonios será.

Aún faltaba para la ecografía del cuarto mes en donde se apreciaba el sexo del bebé. Y tampoco era una información que Minki quisiera saber, le atraía la idea de descubrirlo durante el nacimiento. Con los mellizos habría hecho eso si no fuera porque se enteró que serían dos y casi se desmayó producto de los nervios, el pánico y la felicidad. No era sorpresa para nadie que era su sueño formar una familia.

—¿Hanni será Moon o Jong?

—Moon —especificó Sungguk—. Moon Hanni.

La ley no especificaba cuál de los padres debía heredar el apellido cuando se trataba de un hijo nacido producto de una relación donde existía un m-preg. Las normas no estaban pensadas ni establecidas para las parejas homoparentales, así que continuaban existiendo grandes vacíos legales. En el caso de Sungguk y Dae, Jeonggyu llevaba el apellido de Dae porque para él ese gesto era sinónimo de identidad y pertenencia.

En cuanto a ellos, los mellizos llevaban el apellido Yoon. En su caso decidieron jugando a piedra, papel y tijera; el que perdía era quien cedía el apellido. Y por única vez, Minki ganó un juego de azar. A la larga fue más conveniente, el seguro de salud de Jaebyu era mejor que el suyo y era burocráticamente más fácil inscribir como carga a alguien que portaba su apellido a alguien que no. Minki todavía se reía de Sungguk por todos los documentos que tuvo que presentar para realizar dicha tramitación con Jeonggyu, ya que Daehyun era un trabajador a honorarios, sin sueldo fijo ni seguro de salud; aunque al menos recibía bonos del gobierno.

La conversación entre ellos continuó siendo vaga, más buscaban hacer tiempo que compartir información importante. Gracias a que la investigación de los casos estaba en mano de los detectives, la estación de policía había recuperado cierta normalidad y el trabajo había descendido considerablemente.

Eran días tranquilos.

Demasiado tranquilos.

Mientras Sungguk narraba cómo le tuvo que quitar una pelota a Roko que se tragó por la emoción, su teléfono vibró al recibir un mensaje.

Era de Jaebyu.

Señor Yoon: «¿Has comido algo hoy?».

Minki: «Nadita de nada, soy una pobre criatura desdichada y hambrienta».

Minki: «¿Por qué? ¿Tienes algo para darme? Sabes lo que me gusta».

Minki: «Y aclaro que no estoy hablando de comida».

Como no recibió respuesta inmediata, bloqueó el teléfono y lo dejó en el escritorio.

—¿Qué me decías de Roko?

Sungguk fue interrumpido por un nuevo mensaje, Minki alzó un dedo para que lo esperara.

—Esto es importante —avisó.

Jaebyu le había enviado una imagen.

Extraño. Su novio nunca hacía eso, era Minki quien cumplía ese rol.

Apretó la foto para que cargara.

Se sonrojó tanto que soltó el celular y cayó en la mesa. Sungguk intentó agarrarlo para curiosear, pero se lo alcanzó a arrebatar de un golpe y lo bloqueó.

—Me encantaría preguntar qué recibiste —su amigo tenía una expresión entre sorprendida, extrañada y curiosa—, pero creo que me arrepentiré si lo hago.

Soltando un bufido, Minki se puso de pie y guardó el aparato en el bolsillo. Se secó las manos sudadas en el pantalón, estaba seguro de que su rostro seguía sonrojado.

—¿Cuánto queda para que finalice el turno?

—Media hora —una pausa, Sungguk tensó las cejas y exhaló brusco—. Está bien, la curiosidad me venció, no me importa arrepentirme. ¿Qué recibiste?

—Nada que te importe.

Minki tomó asiento luchando consigo mismo para no correr a la patrulla e irse... de múltiples maneras.

—Déjame adivinar, ¿era algo de Jaebyu? —insistió Sungguk.

—Métete en tus asuntos.

Sungguk formó una «o» con la boca.

—¿Es un mensaje sucio?

Se alejó el cuello de la camisa para poder respirar.

—No —intentó mentir, sin embargo, su amigo ya estaba gimiendo y colocándose de pie.

—Ahora tengo una imagen terrible en mi cabeza —refunfuñó yendo a su puesto de trabajo—.

¿Por qué pregunté?

Lo escuchó teclear un par de veces antes de volver a mirarlo.

—Me arruinaste la mañana.

—Nadie te pidió que preguntaras —Minki se acomodó un mechón rubio y estiró los brazos—.

Además, no sabes qué fue, solo te estás haciendo ideas.

—¿Ideas? —cuestionó Sungguk—. Pesadillas, querrás decir.

Le lanzó un lápiz a la cabeza que no lo alcanzó.

Sungguk regresó al trabajo. Cuatro teclas después, lo observó de nuevo.

—¿Qué quieres ahora?

—¿No ibas a tomar desayuno con Dae y conmigo?

—Evidentemente, ya no. Quiero a Dae, pero esto es más importante.

—A mí también me vas a dejar abandonado.

—A nadie le importa.

Sungguk empequeñeció la vista.

—Te irás a preparar, ¿cierto? —su amigo frunció la nariz—. Das asco.

Ignorándolo, Minki se giró en su asiento para darle la espalda. Entonces, sacó su celular y desbloqueó la pantalla con las orejas ardiendo. Cliqueó la imagen para agrandarla, a la vez que acercaba su teléfono a la cara. Era una fotografía provocativa e inclinada para mostrar de la cintura hacia abajo. Jaebyu vestía el uniforme de enfermero. Sus piernas se encontraban ligeramente abiertas y su mano derecha, donde brillaba su anillo de compromiso, sujetaba su entrepierna. Se le marcaban las venas del brazo.

Se le cerró la garganta del puro deseo tras leer el mensaje de la imagen.

Señor Yoon: «A las siete tengo un descanso de una hora. Te espero».

¿Cuánto tiempo había pasado desde que tuvieron sexo por última vez? ¿Un mes? No lo sabía, aunque se sentían como décadas. Minki deseaba tanto morder la almohada para enmudecer sus gemidos, mientras Jaebyu le besaba la nuca y penetraba, que la sola idea lo volvía loco.

Apenas finalizó el turno y marcó su salida, sin preocuparse en cambiarse de ropa, corrió a la camioneta de Sungguk, porque esa mañana él estaba encargado del transporte. Si bien le prohibió a su amigo ir a los camarines, el cretino regresó en tres oportunidades a la oficina porque *supuestamente* había olvidado algo. A la cuarta, Minki le quitó las llaves y encendió el motor.

—Te subes ahora o te dejo aquí.

—Es mi camioneta, te podría denunciar por robo.

Le dio una sonrisa que era más dientes que un gesto feliz.

—Inténtalo.

Sungguk se subió de copiloto sin cuestionar nada más. Sus dedos golpearon la ventanilla impaciente.

—¿Tan necesitado estás? —cuestionó cuando Minki pasó a toda velocidad el semáforo en amarillo.

—No es de tu incumbencia —aseguró. Dobló en la siguiente esquina—, pero sí. ¿Sabes lo difícil que es tener sexo cuando tienes dos hijos y vives en un departamento donde no existe privacidad?

—No lo sé —Sungguk se encogió de hombros—, a Dae y a mí nos va bien.

—Tu padre tenía dinero y heredaste una casa de tres pisos —puntualizó Minki—. Nosotros lo hacemos en el baño o en el piso, no hay más opciones. Una vez incluso encontré un calcetín perdido bajo la cama cuando quedé entre el piso y el armazón.

—Deprimente.

—Dímelo a mí.

En el complejo de departamentos donde vivía, se estacionó paralelo a la calle y le lanzó las llaves a Sungguk, quien le frunció el ceño.

—¿Tu cita es en casa? Tu vida sexual es tan mala que me sorprende que te hayas embarazado.

—No es aquí, es en el hospital —corrigió Minki. Se bajó y cerró de un portazo.

—Eso es peor.

Le hizo un gesto con la mano, no esperó a que se marchara.

Alcanzó a dar dos largas zancadas antes de escuchar el grito de Sungguk.

—¡Corre! Ve y salva a Riley.

Definitivamente destinaba demasiado tiempo viendo películas de Disney con Jeonggyu.

Corrió al edificio. Subió de dos en dos los escalones al quinto piso a pesar de que tenía prohibido realizar actividades físicas de alta intensidad. Llegó jadeando y se quitó los zapatos en la entrada. Su madre ya se encontraba levantada.

—¿Pasa algo? —preguntó ante su agitación.

—Tengo una... una... reunión urgente —asintió sin sentido—. Sí, y tengo que... iré a bañarme. ¿Puedes llevar a los mellizos a la guardería?

Veinte minutos más tarde tomaba un taxi en dirección al hospital. Su cabello húmedo se ondulaba en las puntas después de perder fuerza y peso por los productos químicos. Se pasó la mano por la nuca y se arregló la chaqueta. La mañana estaba helada, así que trotó hacia la entrada del hospital.

A esa hora, Urgencias estaba vacía. El señor Jeon, uno de los guardias de la zona, se le acercó al ingresar.

—Oficial Lee —lo saludó, ambos se inclinaron delante del otro—. Jaebyu me pidió que le avisara que lo esperaba en la sala de descanso.

Minki sintió en los oídos el latido enloquecido de su corazón. Esperó que el señor Jeon pensara que su sonrojo se debía al frío y no por los pensamientos sexuales que lo asaltaron.

Entró a emergencias.

En el mesón de informaciones se ubicaba una de las compañeras de Jaebyu, la enfermera Somi se rio al saludarlo. Minki esperó que su novio no le hubiera contado su sucio secreto. Aunque prefería que lo supiera a que ella ingresara a la sala y lo descubriera gimiendo sobre la mesa y sin pantalones.

Ya frente a la entrada, sujetó el pomo y tomó una larga inspiración. Abrió y cerró con rapidez, apoyándose contra la puerta como si se estuviera escondiendo de alguien. Jaebyu ocupaba un asiento en la mesa, tenía unos papeles en la mano. Le sonrió al verlo.

—¿Lo haremos aquí o en el camarote? —Minki apuntó con su barbilla hacia el dormitorio que había dentro de la zona de descanso. Se quitó la chaqueta y la lanzó a un asiento—. Te odio, llevo con una erección desde que vi la foto.

La sonrisa de Jaebyu lucía perversa al deslizar la silla hacia atrás para separarse del mesón. Mantenía las piernas ligeramente abiertas en una clara invitación para que Minki se sentara sobre su regazo. Y fue justo lo que hizo. Rodeó su cadera con cada muslo. Se decepcionó al no sentir la erección de Jaebyu latiéndole en el trasero.

—¿Por qué soy el único excitado aquí? —preguntó. Se acercó y rozó sus labios—. No me parece justo.

Jaebyu intentó besarlo. Minki retrocedió y le sujetó la mano para posicionarla sobre su pene.

—Mira cómo me tienes —se lamió el labio inferior cuando Jaebyu lo acarició con los dedos—. ¿Te harás cargo de mí?

—¿Quieres que lo haga?

Le excitó la idea de que alguien entrara a la habitación en cualquier momento y lo viera así, sentado sobre el regazo de Jaebyu mientras este toqueteaba el botón de su pantalón y jugaba con él.

—Hazlo rápido —suplicó Minki.

Los labios de Jaebyu acariciaron su mejilla al dirigirse a su lóbulo.

—¿Qué cosa?

Se estremeció al percibir su aliento cálido y húmedo en el oído.

—Ha pasado un mes. No me hagas esperar más.

—¿Mmm? —ronroneó Jaebyu. Le agarró las manos y le obligó a llevarlas detrás de su propia espalda, donde se las sujetó—. ¿Debería?

Si hubiera podido, Minki se habría subido a la mesa y rogado que le arrancara el pantalón. En vez de ello, intentó besarlo pero su novio retrocedió.

Le gruñó molesto.

Jaebyu sonreía, el muy maldito.

—Juega conmigo después, ahora tócame —demandó.

—Antes —dijo Jaebyu— tengo algo que hacer.

Entonces, se puso de pie levantando a Minki sin dificultad.

—¿Yoon?! —exclamó asustado.

Su novio caminó hacia la puerta.

La mente de Minki se inundó de pánico. Intentó soltarse, pero esa posición no se lo permitió. ¿Desde cuándo Jaebyu tenía más fuerza que él?

—¿Juju?!

Salieron del cuarto. Somi lo esperaba en uno de los boxes. Era una trampa y él había caído como el peor de los ratones.

—No —jadeó.

—Te dije que te tocaban tus exámenes anuales.

Minki sollozó.

—¿No podías usar un método menos cruel? Hasta me lavé. En este momento te odio mucho.

Jaebyu se rio de él. El cretino brillaba de buen humor, porque, por décimo año consecutivo, había logrado engañar a Minki para realizarse los exámenes de sangre. Diez victorias contra cero, él necesitaba revertir ese marcador.

Todavía sosteniéndole los brazos por detrás de la espalda, ya que Minki podía ser un gran atleta, Jaebyu lo sentó en la camilla. Si así lo hubiera deseado, podría haberse liberado de esa llave; después de todo, había sido entrenado para eso. De hecho, podría incluso noquearlo.

—Veremos si me sigues siendo infiel, oficial Lee —dijo su novio cerca de su oído.

Empequeñeció la mirada. La enfermera Somi le solicitó el brazo. Jaebyu por fin lo soltó para que pudieran extraerle sangre.

—¿Cuántas veces te he explicado que no existe la infidelidad con la comida?

—Tus triglicéridos altos me aseguran lo contrario —dijo Jaebyu alzando un dedo para reprenderlo. Minki se estiró para mordérselo, pero este se salvó por poco.

—Más te vale que hoy no llegues cansado —advirtió Minki. Somi le amarró un elástico en el bíceps, él apretó el puño—. Porque ya sabes cómo tendrás que compensarme, Yoon Jaebyu.

Su novio se apuntó los ojos y luego le tocó la barbilla para que alzara la cabeza.

—Mírame a mí —recordó—. Solo a mí.

Sintió el pinchazo en su brazo.

—Agradece que eres el amor de mi vida, señor Yoon, a otro lo habría detenido para que pasara el fin de semana en una celda.

Aquello avergonzó al enfermero, más aún al captar la risa baja de Somi.

—Quiero que estés bien —explicó Jaebyu.

Somi le quitó el elástico que ajustaba su bíceps y desechó los guantes.

—Está bien, pero me niego a que me hagan el examen rectal —sonrió cuando Somi comenzó a reírse ante el sonrojo de Jaebyu—. A menos que quieras hacérmelo tú. Aunque no creo que sea necesario dado que te preocupas por mi próstata de forma recurrente.

—Minki...

Bufó y apartó la barbilla.

—Tú empezaste.

Somi se despidió de él con una inclinación de cabeza. Su carcajada les llegó entrecortada mientras se alejaba.

Su novio negó con suavidad y le acarició la barbilla con la punta de los dedos.

—Sé que sonaré egoísta —susurró Jaebyu con una expresión que se asemejaba a la tristeza—. Pero quiero que estés sano.

—Te preocupas demasiado —se quejó Minki.

—Por supuesto —aseguró su novio. Su dedo pulgar le acarició el labio—. Eres el amor de mi vida.

Dio una larga inspiración temblorosa que supo a alivio.

—Todavía sigues debiéndome un orgasmo, que lo sepas.

Jaebyu buscó algo en el carrito de utensilios y le entregó un frasco transparente.

—Primero llena esto —le pidió, dándole un beso en la mejilla que casi rozó sus labios—. Y luego espérame en el auto.

En el pasado habían quedado los momentos incómodos donde ninguno de los dos sabía qué hacer durante el sexo. Ya no existía la vergüenza, como tampoco las dudas. Algunas veces, esos instantes eran rápidos y apasionados contra una pared o escondidos en el automóvil aprovechando que sus hijos dormían en casa; otras, eran lentos y cuidadosos, como también algunas veces solo se reían mientras lo hacían.

Minki todavía se cuestionaba si ese día lo harían cuando su novio finalizó el turno. El enfermero le alzó las cejas al acercarse al auto.

—Las llaves —ladró Minki—. Yo conduzco.

Tras ocupar su puesto, los ojos de Jaebyu se desviaron hacia la entrepierna de Minki. Su sonrisa fue perversa al lamerse el labio.

—Sigues pensando en mí, oficial Lee.

—Cállate —pidió malhumorado.

Con poca paciencia, ajustó el asiento para alzarlo un par de centímetros. Si bien ambos tenían una altura similar, las piernas de Minki eran más largas y el torso más corto, por lo que el volante le quedaba alto.

Pisó el acelerador y se dirigió directo a la calle.

—Vas contra la ley —avisó su novio cuando superó la velocidad máxima permitida en zona de tránsito calmo.

—En este auto yo soy la ley. Además —refunfuñó—, solo voy a cincuenta, no exageres.

Llegaron al departamento más rápido de lo habitual.

—Los mellizos ya se fueron a la guardería y mi mamá con ellos —avisó.

Estacionó y apagó el motor.

—Lo sé —dijo su novio con tranquilidad.

Le gruñó cuando ingresaron al edificio y Jaebyu subió las escaleras a paso tranquilo.

—¿Te quieres apresurar? —pidió impaciente.

Jaebyu se limitó a reír y mantener el mismo ritmo. Frustrado, lo tiró por el centro de la camiseta y lo hizo subir con más rapidez. La puerta del departamento se cerró tras ambos y Minki se acercó a Jaebyu sujetándolo por la barbilla. Lo atrajo hacia él. Sus bocas se encontraron a medio camino. La lengua de Jaebyu buscó la suya cuando lo sujetó por la camiseta y se la quitó por la cabeza, interrumpiendo el beso.

—Hueles a hospital, Yoonie —se quejó contra su mejilla.

—¿Quieres que me bañe?

Lo sujetó por el pantalón del uniforme y lo tiró hacia él, a la vez que se lo deslizaba hacia abajo.

—Ni te atrevas.

Jaebyu se quitó sus feos Crocs y el pantalón, quedando en ropa interior. Minki lo acercó para otro beso, cruzando sus brazos por detrás de su nuca para apegarlo contra sí. Podía sentir la erección de Jaebyu latiendo contra la suya, lo que le hizo gemir y frotarse para aumentar la

fricción. Acalorado, sujetó las manos de Jaebyu y las dirigió hacia su camisa para que se la quitara. Los dedos hábiles de su novio soltaron cada botón hasta que le arrancó la prenda y la lanzó al suelo.

—Te extrañaba —susurró Jaebyu contra su mejilla, su oído, su cuello, su clavícula, su estómago al arrodillarse frente a él—. No sabes cuánto te extrañaba.

Le bajó el pantalón y se metió la punta de su erección en la boca. Minki gimió a la vez que se le doblaron las rodillas. Con los ojos cerrados, estiró el brazo para sujetarse de la pared, en tanto enredaba el cabello de Jaebyu con su mano libre y lo tiraba para alejarlo de él.

—No —pidió Minki con la respiración agitada. Jaebyu lo observó todavía de rodillas, su aliento cálido le acariciaba la punta sonrojada y mojada del pene—. Estoy muy cerca de irme.

Jaebyu le terminó de bajar el pantalón y la ropa interior, luego lo sujetó por debajo de los muslos y se puso de pie cargándolo en el proceso. Minki lo rodeó por la cintura, su boca hambrienta buscaba la de su novio.

Llegaron al centro de la cama. Abrió las piernas, sollozando en placer cuando Jaebyu se recostó entre ellas y sintió su peso sobre él. Lo rodeó por la cadera y alzó la pelvis al sentir la mano del enfermero sujetándole la erección desde la base.

—No lo necesito —dijo Minki contra su boca. Jaebyu comenzó a masturbarlo—. Ya estoy muy excitado. Te quiero dentro de mí ahora. Hazlo despacio, yo me acostumbro —lo besó y tiró de su labio inferior. Jadeó contra su piel, apoyando los codos en el colchón para alzarse y buscar con más insistencia su boca—. Por favor.

Como todavía dudaba, Minki lo apartó y se giró en la cama bajo su cuerpo. Alcanzó el lubricante que tenía en el cajón del velador y se lo tiró a Jaebyu, a la vez que se posicionaba sobre sus rodillas y aplastaba el pecho contra la cama. Con la mejilla contra el colchón, lo miró desde esa posición.

—Vamos, hazlo —suplicó, su pene latía y goteaba sobre la manta.

Jaebyu tenía las pupilas dilatadas. Agarró el lubricante y se llenó la mano con el líquido espeso. Se masturbó mientras lo observaba.

—Yoon —pidió, impaciente.

Se puso tras suyo. Minki sollozó al sentir el cuerpo de Jaebyu contra su espalda y su beso en la nuca. Las rodillas se le estrecharon del puro placer y jadeó por el ardor y el dolor que le recorrió cuando sintió la punta del pene haciendo presión contra su agujero no dilatado.

Minki enrolló las mantas entre sus dedos. Jaebyu acomodó las manos sobre las suyas y las apretó, entonces lo penetró con una estocada profunda. A Minki se le escapó una exclamación sorprendida y entrecortada. Cerró los ojos con fuerza y movió su trasero hacia atrás hasta que topó con la cadera de Jaebyu, sin importarle la incomodidad. Su pecho cayó del todo contra el colchón, lo que le hizo sentir la erección de su novio incluso más profunda.

—Tan precioso, oficial Lee —susurró Jaebyu contra su oído.

Aquello lo volvía loco.

Minki fue sujetado por la cintura y sintió el pene de su novio deslizarse fuera de él. Fue penetrado con más fuerza, más brusco, con mucho menos control. Se le arqueó la espalda y se le escapó un gemido largo y ronco.

—Más —suspiró—. Ahí, por favor.

Y Jaebyu así lo hizo.

A Minki le llegaban sus jadeos y respiraciones pesadas directo al oído. Abrumado por el placer, cerró los ojos y acompañó sus movimientos para que cada penetración fuera más profunda. Desesperado por ese calor que invadía su vientre y tensaba su propio pene, llevó su mano hacia su sexo y se masturbó, siendo ayudado por las mantas que rozaban la punta con cada investida.

—Más —suplicó.

—Sí —jadeó Jaebyu en su nuca, en su oído, en su cuello, en su espalda—. Te quiero. Mío, tan mío.

Minki sintió que su cuerpo se tensaba por completo ante su inminente orgasmo y soltó un gemido cansado y gastado, pero feliz y pleno. Sus piernas se derrumbaron agotadas por el esfuerzo. Jaebyu lo sujetó por la cadera con tanta fuerza que sabía que le quedarían marcas. Lo penetró una última vez. Su semen manchó las mantas, Jaebyu acabó muy profundo en él.

Ambos se derrumbaron sobre el colchón, Jaebyu todavía sobre y dentro de él. Sus cuerpos sudorosos y cansados, afiebrados y felices, quedaron así por varios minutos mientras intentaban recuperar la respiración. El primero en hacerlo fue Jaebyu, que retiró su pene medio erecto de él. El roce los hizo gemir a ambos, sobre todo a Minki al estar demasiado adolorido. Luego, se recostó a su lado y se acercó para darle un beso en la mejilla.

—Debo ir a limpiarme —protestó Minki, sentía el semen de Jaebyu deslizarse por el borde de su muslo.

—Todavía no —le pidió su novio.

—Yoon —dijo sin mucho ánimo—, estoy sucio, déjame ir.

Sentía pegajoso entre los glúteos.

—Voy yo —dijo su novio, quien se puso de pie y fue al baño.

Minki lo observó regresar con una toalla y una semi erección, a la que le alzó las cejas.

—Si me lo pides de esa forma tan educada, no puedo negarme a ti —se rio, dándose la vuelta para quedar de espaldas con las piernas estiradas y abiertas.

Sintió la toalla húmeda en su trasero, entre sus piernas y en el abdomen. Después Jaebyu regresó al baño y lo escuchó lanzar la toalla a la ducha. El agua corrió unos instantes y regresó, su pene volvía a estar erecto.

Minki se lamió los labios.

—Ven, quiero más.

—Tan fácil, oficial Lee —bromeó Jaebyu.

—Contigo siempre, señor Yoon.

La respuesta de su novio fue enmudecida con su boca. En un beso largo y lánguido, sus lenguas se buscaron, sus dientes se toparon y sus risas aparecieron cada vez que ocurrió eso. Cuando se sintió preparado para otra ronda, él mismo buscó el miembro de Jaebyu y lo masturbó con una sonrisa, para después dirigirlo a su agujero sensible.

Contuvo la respiración al sentir el ardor.

Pero él deseaba ser roto, quería sentirse de esa forma, así que hizo presión con la cadera para terminar de penetrarse.

—Estoy bien —avisó Minki ante la expresión preocupada de Jaebyu. Debía sentirlo tenso y muy apretado. Lo sujetó por la barbilla para tirar de él—. Te prometo que estoy bien.

Las manos de Jaebyu fueron a su cadera para frenarlo y detener el movimiento. El dolor era ardiente, aunque el deseo seguía siendo demoledor.

Más.

Mucho más.

Apoyando los pies en el colchón, Minki elevó la pelvis y la erección de Jaebyu se deslizó dentro de él hasta la base. Ambos gimieron en los labios del otro.

—Te amo —susurró Minki.

Jaebyu buscó su boca, a la vez que se posicionaba sobre sus rodillas y lo ayudaba a alzar la cadera. Comenzó a moverse fuera y dentro de él. El sonido de sus pieles encontrándose, de sus jadeos, de sus gemidos, de sus besos, de la succión, del colchón protestando, junto al olor de sus cuerpos, del semen, de sus transpiraciones, era obsceno y perverso, pero completamente maravilloso.

El siguiente orgasmo llegó más rápido y violento. Gimiendo, Minki dejó caer su cabeza hacia atrás. Los labios de Jaebyu recorrieron la piel desnuda de su cuello y sintió una ligera mordida al ser investido por última vez.

Su novio se corrió dentro de él.

Con su trasero otra vez húmedo, no le quedó más que reírse. Buscó a Jaebyu y se permitió ser abrazado por este, le fascinaba que lo acariciara y mimara tras el sexo.

Sucio, pegajoso y apestando, Minki se estiró complacido y bostezó.

—Me mordiste —protestó.

No era algo extraño. Más veces de lo que podría recordar, Minki tuvo que maquillarse mordeduras en su cuello, clavículas y hombros. Una vez incluso encontró una en su trasero. Por suerte su uniforme de oficial escondía casi todas las marcas.

—Lo siento.

—Te perdono —se rio Minki, con los brazos todavía sobre su cabeza—. A la próxima muérdeme los pezones, es mi parte favorita.

No le avergonzaba decir que había tenido orgasmos solo con la lengua y los dientes de Jaebyu en ellos. Su novio era muy bueno con las manos, con los dientes y con la lengua. Llevaban tanto tiempo siendo amantes que ya habían descubierto cómo hacer que el otro se corriera de forma rápida y placentera. La debilidad de Minki eran sus pezones sensibles y la de Jaebyu era escucharlo gemir contra su oído mientras le jalaba el cabello de la nuca. No sabía qué lo excitaba tanto de ello, pero a Minki le bastaba con jadear cerca de su cuello y tirar de su pelo para hacerle llegar al orgasmo.

A pesar de que habían cambiado de roles en tantas oportunidades que no podría contarlas, ambos disfrutaban más si era Minki quien recibía. A Jaebyu nunca le había gustado la sensación de ardor que le quedaba después del sexo, siendo para Minki la mejor parte de los encuentros sin considerar el orgasmo. Sí, él aceptaba que era un poco adicto al dolor.

Entonces, levantó la cabeza y observó a Jaebyu.

—¿Y si me perforo los pezones? —preguntó.

—Creo que se te marcarían en la camisa del uniforme —se rio su novio—. La gente no sabría dónde mirarte.

—Me los pondría solamente para que tú tires de ellos —informó.

Jaebyu le dio un beso corto todavía riéndose de su idea.

—Pero existe un proceso de cicatrización donde no podrías quitarte el arete.

Le alzó las cejas.

—Pareces muy informado sobre perforaciones, señor Yoon.

—Soy enfermero —le recordó—. He visto muñecos atascados dentro de personas.

Se estremeció ante la imagen.

—Acabas de arruinar una perfecta erección.

—¿Otra?

—Ironizaba —aclaró y le clavó el codo en las costillas—. Dije en serio lo de perforarme los pezones.

—Ajá —Jaebyu le restó importancia.

—¿Y no te pondrás celoso? ¿No me lo prohibirás?

—¿Por qué lo haría? —preguntó con sincera confusión—. Son unos lindos pezones, la gente merece verlos.

Minki le dio otro golpe en las costillas.

—Si no fuera porque sé que duermes mal cuando no estoy contigo y de que lloras si me pasa algo, pensaría que no me quieres.

—¿Ahora resulta que no te quiero si no me pongo celoso de que alguien vea tus pezones?

—No te pones celoso por nada.

—Tú tampoco.

Eso hizo que Minki soltara un bufido que se mezcló con una carcajada irónica.

—Por favor, yo me pongo celoso hasta de esos feos Crocs que usas.

—Nunca haces escenas.

—Porque soy un hombre civilizado —explicó, creyéndose la gran cosa por lograr ocultar sus celos.

—Civilizado —Jaebyu tenía los labios contra su mejilla—. Mmm, qué atractivo.

Pero Minki había mentido. Estaba lejos de ser una persona civilizada. Como el celular de Jaebyu no tenía clave y lo olvidaba en cualquier lugar, él se lo había husmeado en una oportunidad. ¿Qué encontró? Videos de primeros auxilios, almuerzos para menores de seis años, fútbol, mensajes con Sungguk al que le preguntaba cosas tipo «cómo arreglo la fuga de la cocina», conversaciones con sus amigos sobre deportes y canciones de la agrupación Guns N' Roses, porque era un gran fanático de ellos.

Estaba claro que Minki no aprobaba, bajo ningún término, que se violara la privacidad y libertad de las parejas —de hecho, era un delito—, pero él había sido puesto a prueba por el diablo y falló estrepitosamente. No se sentía orgulloso, aunque tampoco arrepentido.

Él no era un buen ejemplo.

De hecho, no le alcanzaba ni para ser un «ejemplo».

Lo irónico era que de igual forma se había sentido culpable por su arrebató, por lo que se lo terminó confesando.

No lo vuelvas a hacer, le había dicho Jaebyu tras un largo suspiro cansino. *Si tienes alguna duda, para la próxima, pídemelo y lo vemos juntos.*

Como era obvio, Minki se sintió como una basura... más bien, como un basural en proceso de compostaje, y se prometió nunca más revisarle el teléfono. Sin embargo, no tuvo que hacerlo, ya que a la semana teorizaba que Jaebyu tenía otro celular. No encontró nada, lo que no era de

extrañar. Así que tuvo que confiar que tenía de pareja a la segunda persona más fiel en toda Corea; la primera era él, por supuesto.

Regresó al presente cuando su novio le acarició el rostro y le apartó el cabello rubio y húmedo que se había pegado a su frente.

—¿Estás satisfecho?

—Mira —Minki alzó los brazos para mostrárselos—, mi piel está más radiante que nunca. He florecido en la adversidad.

Eso hizo reír a Jaebyu.

—¿Quieres bañarte conmigo?

Duchados y saciados, se acostaron tras cambiar las mantas de la cama y se durmieron abrazados.

Se sintió bien.

Se sintió correcto.

Ellos estaban bien.

Estaban demasiado bien.

Por fin tendrían su primera cita, Minki no lo creía. Si alguien le hubiera contado hacía unos meses que terminaría saliendo con el residente de enfermería, se habría reído hasta llorar porque era un escenario imposible.

Pero lo había logrado, de algún modo lo había hecho.

Con la ansiedad comiéndolo vivo, el día de la cita llegó media hora antes al local de *bingsu*, a pesar de que el día estaba frío. Como todavía no probaba los raspados para saber si su sabor era tan bueno como recordaba, decidió escoger ese lugar a pesar de que ahí se había encontrado a Jaebyu con otra persona. Como Minki era un poco idiota —un poco, nada alarmante— quería que Jaebyu lo recordase solo a él en ese lugar. ¿La razón? Inexistente. Pero su deseo no era espeluznante, ¿cierto?

Para nada, se dijo, mientras una trabajadora iba a atenderlo. Le solicitó una bebida. Esperó a que se marchara para acomodarse el flequillo con ayuda de la cámara frontal de su teléfono. No estaba convencido con su peinado, aunque ya no podía retractarse ni arreglarlo.

Ansioso, se limpió las palmas en el pantalón.

Miró la hora.

Todavía quedaban veintiocho minutos.

Iba a morir de agonía.

Su refresco llegó y la puerta del local se abrió. Su corazón saltó como un loco.

Yoon Jaebyu.

Había llegado casi media hora antes al igual que Minki. Deseó que fuera por el mismo nerviosismo que lo invadía a él, porque no iba a soportar la desilusión de ser el único emocionado. No recordaba que alguien le hubiera gustado tanto como ese chico.

Por favor, pidió para sus adentros, *no me decepciones*.

Le hizo un gesto tímido para captar su atención. El cabello oscuro de Jaebyu caía por los costados de su rostro, no lo llevaba sujeto como en el hospital. Parecía descansado, algo extraño en él.

—Hola —dijo Minki.

Jaebyu tomó asiento al otro lado de la mesa.

—Hola.

El cerebro de Minki se quedó vacío. ¿Qué se conversaba con alguien que apenas se conocía y que, por lo demás, lo ponía tan ansioso que la lengua se le pegaba al paladar?

—¿No te tocó turno nocturno? —preguntó.

El chico se sorprendió.

—No —reconoció.

Minki se apuntó el rostro.

—Te ves descansado, por eso lo imaginé.

—No pensaba que se me notara tanto.

—Te ves bien —dijo Minki sin analizarlo.

—¿Antes no?

Movió la pajilla por el vaso para hacer algo.

—Para mí siempre te ves bien —confesó en un susurro apenas audible.

No supo cuál de los dos se sonrojó más. Por fortuna, se acercó una camarera a atenderlos. Minki se pidió un *bingsu* de mango y Jaebyu uno de té verde.

¿Por qué me gusta tanto?, se preguntó esperando su orden. Era guapo, no podía negarlo, sin embargo, esa atracción iba más allá de un rostro atractivo. Si lo analizaba bien y de forma racional, Jaebyu tenía los ojos pequeños y los labios finos, además siempre parecía abatido. Era delgado y de estatura algo más alta que el promedio, aunque no superaba el metro setenta y cinco. Hablaba poco y sonreía incluso menos, aunque, cuando lo hacía, dejaba al descubierto sus encías al tener dientes relativamente pequeños. Sus paletas estaban un poco separadas entre ellas. Sus manos eran de dedos largos y ágiles, nudosas. Se le marcaban las venas si hacía fuerza o ejercía presión, como en ese instante al sujetar el vaso con agua que le sirvieron.

Tampoco era alguien que se vistiera a la moda. Iba de negro de cabeza a los pies. Llevaba puestos unos jeans rotos a la altura de las rodillas, acompañado de una camisa del mismo tono que enseñaba la clavícula y una chaqueta y botines que coincidían con el clima.

¿Por qué le gustaba tanto? No tenía la menor idea, aunque tampoco le interesaba averiguarlo porque, al estirar su brazo con disimulo y rozarle un anillo ancho que llevaba en el pulgar, Jaebyu no se alejó sino más bien giró su palma hacia arriba para así rozarle la muñeca con la punta de los dedos.

—¿Tocabas el piano?

—No, la guitarra —contó Jaebyu—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por tus manos —explicó Minki, su muñeca todavía era acariciada por el chico—. ¿Y todavía la tocas? Me refiero —se sofocó— a la guitarra.

¿Por qué eso sonó tan feo?

—No, ya no me interesa. Aprendí porque soñaba con parecerme a Slash —dijo Jaebyu. Ante la cero expresión de Minki, el chico dio una inspiración corta y frustrada—. El guitarrista de Guns N' Roses.

—Ah —fingió que sabía de lo que estaba hablando—. Es un... ¿grupo?

El enfermero apartó la mano. Minki sintió su muñeca hormiguear por el contacto perdido. Retiró su brazo y lo acercó a su pecho para acunarlo. La lejanía física se sintió como una emocional.

—«November Rain» —Minki pestañeó una vez—. ¿No sabes de lo que estoy hablando?

—¿Del clima? —intentó bromear.

—La canción —corrigió Jaebyu, lucía serio.

—Por supuesto que sé de lo que hablas —se rio—. Es esa canción que eh... parte con un piano.

—Al menos adivinaste eso —se mofó el chico.

—No lo adiviné, por supuesto que la conozco. Fue muy popular allá por los setenta.

—Dios.

—¿Ochenta?

—Salió en los noventa.

—Habría jurado que era más antigua.

Con otro resoplido exasperado, Jaebyu sacó el teléfono y tecleó algo. Minki se murió de miedo. ¿Y si conversaba con un amigo para que lo fuera a buscar y terminar así con la cita?

Al contrario de lo especulado, del altavoz provino una melodía que por fin pudo reconocer.

—Ah, es esa —dijo, asintiendo muy animado—. Por supuesto que la conozco, pero no tenía nombre en mi cabeza.

—Esta canción —comenzó Jaebyu alzando el celular—, no es «November Rain». Es «Losing My Religion» de R.E.M.

—Te estás burlando de mí, ¿verdad? —puso mala cara.

—Para nada —contestó con expresión inocente. Le mostró la pantalla del teléfono donde claramente sonaba «Losing My Religion»—. Esta canción parte con guitarra, no con piano. Era un caza bobo y caíste.

Minki dio un resoplido fuerte para apartar su flequillo.

—Está bien, Yoonie, me descubriste. No sé de música antigua. ¿Algún otro pecado que agregar a mi lápida?

Riéndose de él, Jaebyu hizo otra búsqueda en internet y sonó un nuevo instrumental.

—Esta es «November Rain».

—Quiero decir que la conocía, pero ya no me creerás —entonces, apoyó su barbilla sobre la palma de la mano—. Estoy dispuesto a que me sigas enseñando de música en tu casa, yo te puedo cocinar ramen en compensación.

No entendió el doble sentido o decidió no hacerlo.

—Está bien —dijo, encogiéndose de hombros.

No quiso ilusionarse con el hecho de que estaba aceptando seguir viéndolo posterior a esa cita, aunque eso fue justo lo que hizo.

—Qué curioso —susurró Jaebyu de pronto, con los ojos clavados tras él—. Hoy es 1 de noviembre.

Al voltearse, Minki encontró un calendario pegado detrás de la caja registradora.

—¿Qué esperabas? —preguntó con buen humor, una risa tambaleante se escapó entre sus labios—. Me rechazaste durante casi un año completo.

—No ha pasado tanto tiempo —protestó el chico.

—En marzo se cumplirá un año —y ahí tuvo que arruinarlo todo—. Que sepas que consideraré ese mes como nuestro aniversario.

Jaebyu lo observó con una ceja alzada y la mejilla apoyada en el puño. Sintiéndose de pronto ansioso, Minki se peinó el cabello por si estaba desordenado. Preguntó lo primero que se le vino en mente:

—¿Existe alguna canción que te guste y que tenga menos de veinte años? —al entender que su pregunta se podía malinterpretar, alzó los brazos y los movió con efusividad—. Te juro que lo pregunto porque me interesa saberlo.

La mirada de Jaebyu fue de él a la ventana y de regreso.

—«In this shirt» de The Irrepressibles.

—¿Es una canción de amor? —preguntó con ilusión.

—No —Jaebyu se rio de su desconcierto—. Más bien, sí lo es, pero la parte triste de las historias de amor. Es de esas canciones con la que nunca desearías sentirte representado.

—¿Tan triste es?

—Habla de alguien que se siente extraviado, porque perdió a una persona que sabe amar para toda la vida.

Minki se acomodó en el asiento.

—Entonces, espero que nunca me dediquen esa canción.

—¿Por qué no? —el enfermero se veía genuinamente interesado—. La canción es una promesa de que alguien te querrá incluso cuando ya no estés.

—¿Por qué me gustaría algo así? —preguntó—. ¿No se supone que debemos ser amados cuando amamos y no cuando es demasiado tarde?

Jaebyeu ladeó la cabeza.

—Pero nadie dice que habla de un desamor por abandono u olvido.

—¿A qué te refieres?

—La persona podría haber muerto.

—Con mayor razón nunca quiero que me la dediquen —Minki lo apuntó—, así que no te atrevas a hacerlo tú.

Eso le sacó una risa sorprendida.

—Me doy por advertido.

Minki sintió mariposas en el estómago. Continuó hablando con tono afable.

—No me gustaría que te pasaras tu vida llorándome —hizo una pequeña pausa donde sonrió e hizo un gesto con la mano—. Quizás un poco, pero solo un poco.

Jaebyeu asintió con sobriedad fingida.

—Lo anotaré en mi bitácora.

Al llegar a un punto muerto, Minki analizó la cafetería. Como el clima era helado para comer raspados de nieve, el local se encontraba casi vacío a excepción por dos mesas al fondo. Se alegró por haber elegido ese lugar para su primera cita, más aún porque habían colocado música ambiental para que no hubieran silencios incómodos.

Jaebyeu revisó su celular. ¿Lo estaría aburriendo? No era su culpa desconocer canciones en inglés que fueron creadas antes de su nacimiento. Era injusto, su familia era de escuchar *trot*^{***}, no música del otro lado del mundo. Él podría dedicarle una lista completa de canciones de ese género, partiendo con «Love Battery» de Hong Jinyoung, que calzaba tan bien con ellos dos porque «está bien si no tienes cara perfecta, está bien si no tienes un cuerpo perfecto... para mí solo existes tú». Y después le dedicaría «Unconditional» de U-KISS porque «llámame en cualquier momento, cuando me necesites voy a correr». Aunque en ese momento le dedicaría «Ssuk Duk Koong» de Kim Yonja, más que nada porque era un video que le hacía feliz. Los cantantes de *trot* siempre tenían los videos musicales más divertidos.

—¿Por qué te ríes? —quiso saber Jaebyeu, mientras guardaba el bendito teléfono en el bolsillo de su pantalón.

No se percató de que lo estaba haciendo. Se tocó las mejillas para comprobarlo.

—Nada, es algo que recordé.

El chico se quedó mirándolo unos instantes antes de proseguir.

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —Minki se sintió seriamente atacado.

—¿Tienes alguna anécdota de infancia?

—Muchas —aseguró—. Hice baile contemporáneo de pequeño. Mi flexibilidad es digna de ser admirada.

Como siempre, Jaebyu no le entendió o no quiso hacerlo.

—Ah —fue su escueta respuesta.

Decepcionado por ello, se llevó la mano al mentón.

—De igual forma, esto no me está pareciendo justo.

—¿Qué cosa? —Jaebyu tenía las cejas fruncidas.

—Que tú conoces algo vergonzoso de mí, pero yo no. Ley pareja no es dura.

Jaebyu le dio un trago largo a su bebida.

—¿Te refieres a tu miedo a la sangre? Lo sé porque te atendí, no porque hayas decidido contármelo.

Minki chasqueó la lengua, frustrado.

—No seas aguafiestas. Intento mantener una conversación, me lo haces difícil.

No parecía muy dispuesto, aunque respondió.

—Cuando pequeño mis primos me hicieron una broma pesada.

—Interesante —Minki apoyó los codos sobre la mesa y acercó su torso—. Cuéntame más.

Supo que sería vergonzoso en el instante que Jaebyu se sonrojó.

—Se escondían bajo mi cama y me tiraban de los tobillos cuando iba a dormirme.

Se le hizo inconcebible la idea de un temeroso Yoon Jaebyu.

—¿Me estás intentando decir que te asusta que salga un monstruo bajo tu cama y te coma los pies?

El enfermero estaba cada vez más sonrojado.

—Sí —farfulló.

Minki sintió compasión y no pudo burlarse de él.

—Veamos el lado positivo, a mí no me da miedo así que puedo revisar bajo tu cama siempre que me lo pidas.

Esperó ansioso a que Jaebyu por fin captara una de sus indirectas.

No fue así.

De nuevo.

Era más probable que ese día se muriera a que Yoon Jaebyu cayera en sus trampas.

—No es necesario, ya no me levanto por las noches.

Se apartó un mechón rubio de entre los ojos con un suspiro triste.

—En fin —dijo Minki al recordar eso—, no me contaste por qué dejó de interesarte tocar la guitarra.

El enfermero lo observó con duda antes de responder:

—Comencé a trabajar en la granja de mis padres, así que no tenía mucho tiempo.

—Un granjero —canturreó, encantado—. Te imagino con tus hermanos usando grandes botas para alimentar a los pollos.

Jaebyu sonrió, sus encías quedaron al descubierto. El corazón de Minki dio un vuelco.

—No estás lejos de la realidad, pero te equivocaste en un punto.

—¿Cuál?

—Soy hijo único.

—Creciste solo.

—Fue una infancia solitaria —confesó el chico.

Asintió, como si Minki entendiera qué se sentía crecer sin hermanos cuando tenía uno menor y otro perdido, que no había visto más de tres veces.

—¿Por eso no tienes muchos amigos?

Eso sorprendió al enfermero.

—Yo creo —al final respondió Jaebyu con un ligero puchero que Minki deseó besar hasta eliminárselo—. La verdad, la gente no me gusta mucho.

—Pero eres enfermero.

—¿Y?

—Y ayudas y cuidas a las personas siempre.

—Tú eres policía y te desmayas cuando ves tu sangre.

Minki chasqueó los dedos y lo apuntó formando una pistola.

—Tienes razón, Yoon-ah.

—Siempre la tengo, oficial Lee.

Ambos sonrieron.

A Minki se le iban a activar sus *daddy issues* en cualquier instante.

Jaebyu fue el primero en apartar la mirada. Se acomodó en el asiento y comenzó a jugar con el vaso con agua. Minki esperó a que fuera él quien prolongara la conversación. Así lo fue.

—¿Cómo supiste que no tengo amigos?

Se imaginó lo que podría estar pensando.

—No es difícil de adivinar —aseguró Minki—. Estabas con un único amigo celebrando el fin de tu internado.

—Soy de la zona rural de Gachang-myeon, así que no tengo conocidos de este lado de Daegu. La verdad —su voz sonaba decepcionada—, tampoco tengo muchos amigos allá.

—Al menos tienes uno.

—Con mi amigo nos hemos alejado por la distancia.

Minki se apuntó el pecho.

—Me refería a mí —balbuceó debido a la repentina timidez que lo atacó—. Digo, si es que así lo quieres.

Regresó la trabajadora con los *bingsu*. Dejó uno frente a cada uno y se retiró. Minki alcanzó a agarrar la cuchara antes de que Jaebyu le destruyera su poca estabilidad emocional.

—No creo que estemos aquí porque desees ser mi amigo, ¿o me equivoco, oficial Lee?

Se quedó tan descolocado que soltó un simple:

—¿Uh?

—Yo tampoco busco ser amigo tuyo.

Dejó la cuchara en la mesa antes de soltarla de golpe. Con la mano en el pecho, dio una larga inspiración y se inclinó hacia adelante.

—Lo siento, es cierto —confesó—. No quiero que seas mi amigo. Porque los amigos no piensan en besarse. Y yo lo pienso mucho, demasiado. Contigo, en todo momento.

Jaebyu lo observó sin pestañar. Tenía las mejillas ruborizadas.

—Yo...

—Pensé que querías que dejáramos las cosas claras —dijo Minki tras tragar. Se encogió de hombros a pesar de que sentía en su estómago un nudo apretado de pura ansiedad—. No quiero

que seas mi amigo, quiero que me beses con tanta intensidad que la idea me hace temblar. Pero soy gay y tú, hasta donde sé, no. Así que, dime, Yoon-ah, ¿realmente buscas no ser mi amigo?

El enfermero se vio en una encrucijada. Con los codos apoyados en la mesa, se llevó una porción de raspado a la boca. Mantuvo su vista clavada en la ventana.

—No lo sé —respondió finalmente, entonces lo miró con cierta timidez—. Pero me gustaría averiguarlo.

Recuperando su valentía, Minki puso su mentón sobre sus manos unidas y estiró las piernas bajo la mesa para que se colaran entre las de Jaebyu.

—Te vuelvo loco, ¿cierto?

El chico no se apartó. Lo analizó con la cuchara suspendida a medio camino hacia su boca.

—Sí —admitió en un suspiro—. No puedo sacarte de mi cabeza.

—Te estás muriendo por besarme —adivinó.

Jaebyu tragó saliva, su mirada fija en los labios de Minki al lamer el costado de su boca. No respondió, no hubo necesidad de que lo hiciera.

Nervioso, pero también extasiado, Minki comprobó el pasillo que iba a los baños e hizo un gesto hacia allá.

—Puedo hacerlo realidad.

Sin esperarlo, se puso de pie y se dirigió al baño, que por suerte se encontraba vacío. Su reflejo le mostró a un chico rubio de mejillas sonrojadas y pupilas dilatadas por la emoción, más aún cuando la puerta se abrió y apareció Jaebyu. La duda brillaba en su expresión, aunque también el deseo de hacer algo catalogado como *perverso* por esa sociedad de normas estrictas y anticuadas.

Minki dio un paso hacia él.

—¿Estás seguro?

Jaebyu terminó de acortar la distancia restante.

—No —lo sujetó por la cintura—, pero qué importa.

Sus labios se encontraron a medio camino. Minki soltó un jadeo que era un gemido de puro éxtasis mezclado con sorpresa, mientras sentía la lengua de Jaebyu invadir su boca. El deseo lo aplastó con una fuerza demoledora. Cruzando sus manos tras la cabeza del enfermero, acercó su pecho, su cadera, su entrepierna a la otra.

—Yoonie —susurró rozando su piel.

Minki sujetó aquel labio y tiró de él. Jaebyu comenzó un segundo beso, moviéndolo de lugar hasta que la espalda de Minki topó contra la pared y quedó preso entre ella y el cuerpo cálido del enfermero. Sentía que las rodillas le temblaban a medida que Jaebyu profundizaba el contacto y su caricia continuaba bajo su chaqueta. Sus dedos le tocaron la piel y se cerraron alrededor de la cadera. No supo por qué la idea de que le dejara marcas le hizo gemir contra su boca. Sus lenguas se enredaron y sus labios buscaron los otros con la desesperación de...

Escuchó la puerta.

La realidad aterrizó sobre ellos como un balde de agua fría.

Minki logró apartarse de golpe y meterse en un cubículo, en tanto alguien ingresaba al baño. Pudo captar que los pasos se detuvieron en la entrada de forma repentina, lo que daba indicios que los habían descubierto besándose.

—¿Qué...? Yo...

El pánico estalló en sus venas.
Lo iban a expulsar de la academia.
Ese era su fin.
Su madre iba a odiarlo.

Tuvo que cubrirse la boca para contener el llanto repentino que lo embargó, sobre todo cuando el hombre dio media vuelta y salió del lugar. A los pocos segundos, unos nudillos golpearon la pared del cubículo para llamar su atención.

—¿Minki? —Jaebyu sonaba preocupado—. No estábamos haciendo nada malo.

Por supuesto, aunque para su desgracia tampoco era algo que los demás pudieran entenderlo así. Cerrando los ojos con fuerza, se mordió el labio para que el dolor eliminara el pavor que nublaba su mente.

—¿Puedes ir a... a pagar la cuenta? —pidió, tambaleándose entre palabras—. Saldré solo.

Los pies de Jaebyu, que se asomaban bajo la puerta, tardaron en desaparecer y se movieron hacia la entrada donde dudó un momento.

—Sigues gustándome, Minki. Mucho. Lo que pasó no cambia nada.

Tardó en abandonar el cubículo.

Se acercó a los lavamanos para mojarse la cara. El reflejo le mostró una nariz sonrojada, unos labios irritados y unos ojos todavía brillantes por las lágrimas. No pudo evitar odiarse por sentirse así, por permitirse que alguien desconocido, que por lo demás no le había dicho algo malo, pudiera desestabilizar la seguridad de su mundo con tanta facilidad.

Pero así era su vida.

Siempre fue así.

Con los brazos cruzados y las manos metidas bajo las axilas, recorrió el local con la mirada baja. Afuera el sol de otoño le dio la bienvenida.

Jaebyu lo esperaba a unos metros de la cafetería. Minki fue hacia él. Caminaron uno al lado del otro sin un destino claro.

Intentó que su lengua torpe no tartamudeara:

—Lo siento mucho.

Jaebyu no se detuvo a mirarlo.

—Fui yo quien te besó.

—Sí, pero...

—No importa, Minki —lo cortó.

—Pero...

El chico frenó y sujetó a Minki por los hombros. Al verlo llorar se desconcertó.

—No pasó nada —repitió para tranquilizarlo.

Su labio no dejaba de temblar por mucho que Minki lo sujetara con sus dientes.

—Podría ser suspendido de la academia por esto.

El enfermero empezó a entender su miedo.

—Eso no pasará.

—Pero...

—Ven.

Jaebyu lo sujetó por la muñeca y tiró de él para que continuara su avance. Caminaron una cuadra completa y doblaron a la izquierda. A unos metros apareció un parque pequeño. Minki

tomó asiento en uno de los columpios y Jaebyu en el otro. El enfermero volteó el rostro hacia el sol como un girasol.

—¿Es muy importante para ti la academia de policías?

Eso le hizo un nudo en la garganta.

Al menos, ya había dejado de llorar.

—La odiaba cuando ingresé... ni siquiera sé si dejé de hacerlo.

Jaebyu dejó de mecerse para observarlo.

—¿Entonces? ¿Por qué te da tanto miedo que te expulsen?

—¿Has... has oído las clásicas historias en que una familia se destruye porque el padre tiene otra familia con una amante? —Jaebyu asintió con cuidado—. Pues mi familia es la otra familia.

Se notaba que el chico intentaba entender la dirección de la historia. Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia un costado y sus ojos fijos en él.

—Cuando la esposa de mi papá se enteró de que yo existía —continuó Minki subiéndose el cuello de la chaqueta para proteger su piel del frío—, le pidió el divorcio y lo echó de casa. Papá estuvo viviendo con nosotros un tiempo, hasta que su esposa lo llamó de vuelta para felicitarlo porque sería padre nuevamente. Resultó ser que nunca la dejó, sino que más bien intercambió los papeles.

—Así que tu padre se fue —adivinó Jaebyu.

—Sí, y a las semanas mi madre descubrió que también estaba embarazada. Primero nació mi hermano Minjae y al mes mi otro hermano. Se llama Dowan pero lo he visto apenas tres veces en toda mi vida. Tuvieron que pasar años para que mamá le diera una oportunidad a otro hombre y yo... sigo deseando que nunca se la hubiera dado.

No sabía que sus piernas temblaban hasta que sintió una mano en su muslo. Sorprendido, Jaebyu le hizo una caricia suave sobre el pantalón.

—¿Él te obligó a ingresar a la academia? —preguntó cuando Minki no continuó.

Sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

—No como te imaginas... él... él golpeaba a mamá.

La expresión de Jaebyu se ablandó.

—Nos costó años sacarlo de nuestras vidas, no quería firmar los papeles del divorcio. Y cuando por fin mi madre lo logró, mi padrastro nunca desapareció. Él sigue... regresa cada cierto tiempo a pedirle dinero a mamá. Y si la encuentra sola, él la... golpea —tuvo que hacer una pausa para tomar aliento—. Lo hemos denunciado, aunque solo sirve para detenerlo unos días y luego queda libre otra vez. Al menos así no nos molesta por varios meses.

—¿Y no han tramitado una orden de alejamiento?

Minki intentó sonreír. Sus manos sujetaban con fuerza las cadenas del columpio.

—Claro que sí. Y la tenemos, aunque no sirve de mucho en la realidad.

La caricia en su muslo regresó.

—¿Ingresaste a la academia para proteger a tu mamá?

—Y ni siquiera sirvo para eso.

—Por supuesto —la hiriente respuesta de Jaebyu lo desconcertó lo suficiente para dejar de llorar y mirarlo—. Eres un estudiante. ¿O crees que yo habría salvado a alguien en mi primer o segundo año como residente? Somos alumnos por algo y es porque aún nos queda demasiado por aprender. Nadie espera algo decente de nosotros, tampoco deberías hacerlo tú.

—Nunca me había sentido insultado y aliviado a la misma vez —musitó, todavía sorprendido.

—Te exiges ser un experto en capacidades que todavía estás aprendiendo.

Jaebyu se estiró hacia él y atrapó con el pulgar una lágrima que resbalaba por su mejilla.

—No llores más —pidió en un susurro triste—. No va a ocurrir nada.

—¿Me lo prometes?

La sonrisa de Jaebyu no dejó al descubierto sus encías.

No era una verdadera.

—No puedo hacer promesas que no sé si pueda cumplir.

Minki asintió.

—Entiendo.

—Lo siento mucho.

A pesar de ello y de sus nefastas palabras, se sintió más tranquilo. Con ayuda de sus muñecas, se secó el rastro de lágrimas de las mejillas.

—¿Te puedo decir algo, Yoonie?

—Por supuesto.

—¿En enfermería cursaste una asignatura en la que te enseñaron cómo consolar a la gente? Porque si fue así, claramente la reprobaste.

Los dos empezaron a reír.

Y Minki notó que, con aquel gesto, los ojos de Jaebyu casi se convertían en dos medialunas.

—¿Sabes qué? —dijo Minki al percatarse de algo—. De nuevo no probé el *bingsu* de ese local.

—Cerca hay una cafetería donde sirven el mejor chocolate caliente de Daegu —Jaebyu se puso de pie y estiró la mano hacia él—. ¿Vamos? Yo invito.

Pocos días después de que su piel recuperase su brillo natural gracias a las atenciones de Jaebyu, Minki pasó por la casa que fue de Ryu Dan y Park Siu. La entrada se encontraba clausurada con varias capas de cinta amarilla, la que no parecía haber sido manipulada desde su instalación. Debido al incendio que afectó al domicilio, de la puerta principal solo quedaba el armazón de metal que impedía que alguien pudiera colarse a la vivienda. Como ya no estaban las tablas que le obstaculizaban la visión, se acercó y observó por uno de los espacios vacíos.

Lo único que quedaba de esa casa pequeña, que Minki conoció hacía un tiempo, era la estructura de cemento. Las paredes habían tomado un color negruzco por las cenizas y el techo había desaparecido casi en su totalidad. Las lluvias de las últimas semanas convirtieron el hollín y la ceniza en una especie de barro oscuro que cubría los restos del hogar.

Retrocedió unos pasos e inspeccionó la calle.

¿Qué era lo que estaba pasando por alto?

Examinó el domicilio vecino, en donde residía el señor Mo con quien conversaron la noche donde comenzó la historia. Los problemas que ocasionó el incendio en su casa ya habían sido reparados. Las paredes volvían a encontrarse recientemente pintadas. Además, había extendido el cortafuegos que dividía ambas viviendas.

¿Qué era lo que Minki no estaba viendo?

Se quedó casi una hora en la calle buscando algo que no podía especificar.

Frunció la boca.

Recordó las denuncias del vecino que siempre hablaban de ruidos molestos, a pesar de que nunca se pudo constatar aquello.

Pensó en Ryu Dan.

Volvió a inspeccionar la casa vecina. Era linda para el barrio. Recién remodelada, la estructura desencajaba en la calle.

En la estación de policía, listo para iniciar el turno laboral, todavía pensaba en la vivienda mientras revisaba otros casos.

¿Qué era...?

Entonces, abrió la base de datos y escribió un nombre: Mo Junho.

Leyó el historial completo. Se sorprendió al no encontrar otras denuncias considerando que estaba clasificado como un actor principal de conflictos. ¿Por qué?

Se sentó recto.

¿Y si las llamadas tenían otra finalidad? ¿Y si con ella intentaba averiguar los horarios en que Ryu Dan estuviera solo? Si bien era más fácil y factible ir él mismo a golpear la puerta de su vecino, esa acción lo terminaría marcando como un sospechoso al aparecer en las CCTV visitando el domicilio con frecuencia. También sería fácil para Park Siu apuntarlo y acusarlo como autor intelectual del crimen.

Con la cabeza repleta de teorías, realizó una relectura de las denuncias.

«... solo se identifica a Ryu Dan en la vivienda».

«Ryu Dan y Park Siu indican que...».

«Ryu Dan indica que la denuncia es recurrente...».

«... quien se identifica como Ryu Dan».

«Ryu Dan explica...»

«Se asiste a casa vecina para constatar denuncia, localizándose a Ryu Dan...».

«Ryu Dan insiste en que intentó conversar con su vecino...».

«Ryu Dan se niega a entregar declaraciones».

Eran más de veinte denuncias, las últimas diez mencionaban que Ryu Dan estaba solo en el domicilio. ¿Sería posible que, en esas últimas acusaciones, Mo Junho hubiera identificado sus horarios e hizo las denuncias para constatar su hipótesis?

Exaltado, fue a la oficina de Eunjin para explicarle su teoría. Recibió una expresión poco interesada, al límite de la irritación.

—Lo veré —respondió su jefe con poca paciencia—. Pero que sea la última vez que estás en este caso.

—Pero... me pediste ayuda con esto.

—No estás autorizado para revisar la base de datos de la estación, se te dio permiso exclusivo para examinar las CCTV y nada más —Eunjin se limpió la frente—. Minki, estás suspendido de casi todas tus funciones, no puedes meterte en más problemas. Por poco no me aceptan tu reincorporación en labores administrativas. Si continuas así, mi labor como tu jefe será levantar otro reporte y puede que la junta te suspenda pero sin excepción.

Se quedó observándolo con los puños sobre su escritorio, la ira le devoraba el pecho, el corazón, la mente. Finalmente, sacudió la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

—Pensé que querías a un buen policía.

—Pero para que seas uno —contestó Eunjin con mirada dura—, primero tienes que ser un policía.

Dio un pequeño resoplido y se inclinó frente a él.

—Lo que usted diga, señor.

Se dirigió a su escritorio y agarró los antecedentes que había recopilado y regresó a la oficina de Eunjin, donde lanzó los documentos y hojas manchadas y arrugadas sobre su escritorio.

—Ahí tienes lo que recopilé del caso.

Eunjin intentó alcanzarle la muñeca sin lograrlo.

—Minki, yo también le respondo a un jefe —se excusó mientras se encaminaba hacia la puerta.

—Lo sé —su sonrisa fue tirante—. Ya no te daré más problemas. El caso de Ryu Dan queda cerrado para mí.

Y pasó el resto de la tarde aprobando y archivando multas.

Daehyun estaba a mitad del séptimo mes y Minki del cuarto. Y a pesar de su avanzado estado, fue su amigo quien se encargó de llevarlo a un *mudang*, con la finalidad de conocer el primer hangul para el nombre de Frijol. Fueron con la mujer de siempre, la cual vivía a dos cuadras del departamento de Minki. Era una señora mayor, que se había convertido en chaman por vocación familiar. La última vez que la visitaron fue para orientarse con el nombre de Princesa o, como ahora Minki debía comenzar a llamarla, Hanni.

Si bien podrían haber ido los dos solos, Sungguk se había cegado con la idea de acompañarlos. Insistió tanto que Dae jadeó en fastidio y le preguntó a Minki si no le molestaba que su novio los acompañara. Considerando que ese irritante sujeto era su mejor amigo y compañero de trabajo —aunque así como iban pronto serían ex—, aceptó a regañadientes con la condición de que debía quedarse en el automóvil. Sungguk aceptó, sin embargo, se llevó a los perros consigo. Así Minki terminó sentado en el asiento posterior con Roko, Tocino y la nueva adquisición de Sungguk: Nugget.

Nugget era la mascota rescatada de la pareja desaparecida. Al no portar placa y desconocer su nombre, Sungguk aseguró que el perro se deprimiría si sentía que no pertenecía a ningún lugar y por eso debía darle un nombre, porque aquello implicaba identidad y pertenencia. Era pequeño, no más grande que un gato, color mostaza y con expresión eterna de asustado, por eso le llamó así.

Tiene la misma cara de terror que puse cuando me enteré cómo se hacían los nugget, aseguraba Sungguk si alguien cometía el error de preguntarle por qué aquel nombre.

Una vez llegaron donde la *mudang*, y dejando a Sungguk con los perros que bajó para que pasearan, ingresaron a su oficina que se localizaba en el segundo nivel, sobre un pequeño centro comercial. Como ya se conocían, no tuvieron que presentarse.

—Me gustaría saber tres cosas —acortó Minki—. Primero, si... usted sabe, lograré llegar a término de... ya sabe. Segundo, qué será.

—Minki, no es una cosa —lo corrigió Daehyun con amabilidad.

—Y tercero, el primer carácter de su nombre.

La mujer no tardó en darle respuesta:

—Sigue siendo un futuro demasiado lejano para leerlo con claridad —dijo ella—. Pero de nacer, será una niña cuyo primer hangul será Soo.

De regreso a la camioneta, Minki frunció la nariz disgustado. Sungguk se ubicaba a varios metros corriendo detrás de Nugget, que al parecer no estaba acostumbrado a pasear sin correa y desconocía comandos para regresar. O al menos, no entendía los gritos desesperados de su amigo para que dejara de escapar.

Minki se preocupó de hablar más lento dado que Daehyun no lo estaba mirando para apoyarse en la lectura de labios.

—Creo que será otro chico —confesó.

—¿Por qué lo piensas? —quiso saber Dae.

—Porque a ti te dijo que Jeonggyu sería niña, que Hanni sería niño y que yo tendría un hijo y me dio solo el primer carácter para Chaerin y me tuve que inventar uno para Beomgi. De que acierta, acierta, pero al revés.

Apoyados contra la camioneta, vieron el espectáculo de Sungguk. Roko no estaba siendo de mucha ayuda, porque alentaba a su nuevo hermano con el escape; se interponía en el camino de Sungguk cada vez que estaba cerca de atrapar a Nugget, lo que provocó que en una oportunidad aterrizara de cara al suelo. Dae inspiró con frustración al ver a su novio colocándose de pie con una herida en la mejilla.

—Espero no le quede una cicatriz.

—Y si le queda, se lo merecerá por idiota —contestó. Notó que Dae perdió una palabra porque sus ojos se dirigieron de inmediato a sus labios para leerlos.

—No seas malo, es tu mejor amigo.

—Me costó al menos cinco años aceptar que es mi amigo, no creo que hayamos alcanzado el «mejor».

Dae se rio. Como el último tiempo llevaba el cabello castaño claro algo más largo, se le hacían unas ondas preciosas en la parte de las orejas y nuca. Moon Minho no tenía el cabello de aquel color, ni los ojos tan grandes, por lo que Minki se imaginaba que esa genética la había heredado de su otro padre. De igual forma no estaba seguro, ninguno de los dos lo conocía. Y Moon Minho jamás hablaba de él, incluso si Dae se lo pedía. Era un tema prohibido.

Le tocó el hombro para captar su atención.

—Dae, ¿te puedo hacer una pregunta?

—¿Sí? —dudó.

Minki debía tener expresión preocupada. Intentó suavizarla para no alertarlo.

—Tú sabes que nuestros embarazos son muy riesgosos y, al no poseer canal de parto, debemos someternos a cesárea obligatoria —comenzó Minki, dando respiraciones largas para calmar su enloquecido corazón y así modular de forma correcta.

—Minki, estuve aislado socialmente, no intelectual —lo interrumpió con atisbos de frustración—. Puedo entender las cosas incluso más rápido que los demás.

—Lo sé, lo sé —se apresuró a corregir—. No es eso a lo que quiero llegar.

Si la abuela de Minki hubiera conocido a Dae, habría resumido su condición en una palabra: «monstruo». Y a pesar de los años transcurridos desde la muerte de ella, seguía existiendo gente que pensaba igual. Era por ello que Dae optaba por ocupar ropa holgada que camuflara su embarazo, sin embargo, si se movía demasiado brusco o corría viento, su ropa se le pegaba al cuerpo y quedaba en evidencia su abultado estómago, como sucedió en aquel instante.

Dae arregló su suéter con rapidez y comprobó si había gente a su alrededor, su rostro tenso por el miedo.

Como aquella vez, pensó.

Hacía tres meses, su patrulla había sido solicitada para acudir a una denuncia por clientes conflictivos en un mercado. Al asistir se habían encontrado a Dae llorando en medio del pasillo del supermercado. Estaba en el suelo y manchado con varios tipos de salsas. Como llevaba una camiseta ajustada, su embarazo era notorio. A su lado un señor le gritaba furioso, mientras el gerente del local lo intentaba apartar. Espantado por los gritos, Jeonggyu lloraba escondido detrás de Dae.

Desde ese momento, Dae siempre se aseguraba de llevar una chaqueta encima para evitar cualquier confrontación. A pesar de que era una helada tarde de invierno, el frío no ameritaba otro abrigo más. Pero la ansiedad pudo con su amigo y terminó sacando de la camioneta una cazadora, que se la colocó encima de su ya abrigado cuerpo.

Minki saboreó la tristeza y la derrota en su boca. Porque si bien ambos padecían los mismos problemas, mientras él podía defenderse, golpear y arrestar a quien le intentara hacer algo, a Daehyun no le quedaba más que cubrirse hasta desaparecer.

—¿Qué ibas a preguntarme?

La voz de Dae lo hizo regresar al presente, ya sin ánimo de proseguir con la conversación que él mismo comenzó.

—No era nada —lo dejó estar.

—Parecía importante —insistió Dae.

Minki sacudió la cabeza.

—La verdad, no. Es una tontería.

—¿Qué es una tontería? No alcancé a escuchar bien.

—Decía que no era nada importante.

El chico ladeó la cabeza.

—¿Qué sucede? ¿Es sobre Jaebyu? Pensé que ya no dormía en el sofá.

—No es Yoon —al final respondió Minki.

—¿Qué es? —Dae lo analizó, su frente se tensó al entender—. ¿Está todo bien con Frijol?

Minki pateó una piedra, ignorando a Sungguk que se acercaba cargando a Roko en brazos para encerrarlo en la camioneta y que así no interviniera en su intento por atrapar a Nugget; por suerte Tocino estaba muy tranquilo a los pies de Dae.

—¿Ya estás cansado, *bad boy*? —se burló Minki de su amigo.

—Es fácil hablar cuando no se está haciendo algo —refunfuñó.

—Te ayudaríamos pero estamos embarazados —dijo Minki, luego apuntó hacia adelante—. Te aviso que Nugget se está alejando.

Roko ladró y rasmilló el vidrio cuando Sungguk partió corriendo. Nuevamente solos, Dae giró la barbilla hacia Minki.

—Está todo bien —respondió a su pregunta no resuelta—. Pero...

—¿Pero? —animó Dae.

—¿Pero qué sucedería si no es así?

—¿A qué te refieres?

Minki tragó saliva.

—¿Qué pasa...? ¿Qué harías tú si tuvieras que escoger entre Hanni y tú?

—¿Por qué tendría que tomar esa decisión? —cuestionó, asustado y llevándose sus protectoras manos al estómago.

—Solo respóndeme, tú insististe en que siguiera con el tema.

—No pensé que este era el tema.

—Dime —pidió Minki, ahora enfatizado en escuchar su respuesta—. En el hipotético caso que hipotéticamente tengas que decidir entre Hanni y tú para que hipotéticamente uno siga con vida... ¿qué elegirías?

—Es cruel —Dae negó con la cabeza— y poco probable que ocurra.

—¡Por eso es hipotético, Dae! —exclamó Minki exasperado.

Daehyun se llevó las manos a las orejas.

Minki chilló.

—¡No te atrevas a desconectar tus audífonos para fingir que no me escuchas! —su amigo puso los ojos en blanco e hizo un puchero—. Ahora, respóndeme.

—No iba a desconectarlos. Algunas veces suenan extraño si alguien grita muy agudo.

Se arrepintió de inmediato por su arrebato.

—Lo siento —hizo una pausa—. Pero no cambies de tema.

—¿Pero para qué quieres saber?

—¡Hipotético, Dae! —repitió—. Este es un mundo ficticio donde solo puede sobrevivir uno de los dos. ¿A quién escoges? ¿A Hanni o a ti?

Dae apartó la vista y se cruzó de brazos, su labio inferior sobresalió. Observó a Sungguk por varios segundos sin decir nada. Minki pensó que ya no respondería, pero entonces habló:

—A mí —aceptó—, Jeonggyu me necesita más a mí que a una hermana que no conoce.

—¿Sería diferente si Jeonggyu no estuviera?

Dae se encogió de hombros, todavía evitaba su mirada.

—Quién sabe —susurró—. Ahora solo puedo pensar como padre.

A pesar de que Daehyun era más alto, se acercó a su amigo y apoyó la cabeza contra su hombro.

—Yo también me elegiría a mí —confesó Minki—. ¿Eso nos transforma en unos monstruos?

Toda su vida había crecido con la idea de que su padre era un monstruo por haberse elegido y marchado con su otra familia. ¿Pero eso no era similar a lo que Minki planeaba hacer si le tocaba elegir?

—No lo sé —aceptó Dae, apoyando la cabeza sobre la suya—. Quizás nunca hemos dejado de ser monstruos.

Quizás se había equivocado.

Porque de la misma forma en la que Minki se convertía en uno dependiendo de quién juzgara su historia, quizás le sucedía algo similar a su papá: un ser amado para la familia que escogió, una aberración para la que dejó.

¿Y si era el malo en una historia que Minki no supo escuchar?

No pudo dejar de pensar en eso.

Sus dedos nerviosos tamborileaban el teclado sin apretarlo. Llevaba así gran parte de la jornada laboral puesto que era incapaz de tomar una decisión. Tampoco era sencilla de escoger, no cuando existían tres décadas de ausencia total. Creció sin su padre y siempre imaginó que no iba a necesitarlo, sin embargo, desde la conversación con Dae no podía dejar de darle vueltas a la historia que conocía de él. ¿Y si se equivocó? ¿Y si no era el monstruo que dibujó en sus sueños infantiles?

Cerrando los ojos, pensó en los mellizos que conocían solo a su abuela. ¿Estarían ellos más felices si les presentaba a su abuelo? Porque, aunque evitara hacerlo, no podía dejar de comparar que, mientras Jeonggyu tenía dos abuelos que lo cuidaban, consentían y sobreprotegían, los mellizos tenían apenas a una abuela estricta, que sonreía poco porque hacía años se le habían acabado los instantes de felicidad y cuidaba a los mellizos más por compromiso que por cariño. ¿Sería diferente con su papá?

—¿Suced algo?

Desconcertado, Minki alzó la barbilla para recién percatarse de que se estuvo cubriendo su cara con las manos. Sungguk llevaba una taza con agua y se veía preocupado.

—Tú... olvídalo.

Su amigo se sentó en el borde del escritorio y estiró sus largas piernas a su lado. Le sujetó la silla para que no pudiera escapar ni moverse.

—Vamos, dilo.

—Es algo que no puedo dejar de pensar.

—¿Sobre qué?

—Tú... ¿buscarías a tu mamá?

Sungguk tenía una historia bastante similar a la suya. Su madre se divorció de su padre cuando él era pequeño y se marchó de la casa para no regresar. A los años formó otra familia donde dio a luz a un hijo que parecía adorar. Sin embargo, de Sungguk y de su hermana jamás volvió a preocuparse. Después de eso, su amigo la vio en un par de oportunidades, hasta que aceptó que a su madre no le interesaba, ni tampoco quería, que Sungguk continuara siendo parte de lo que ella catalogaba como su familia.

Era un tema complejo que no se superaba con el transcurso del tiempo. Era una herida que jamás cicatrizaba, sino que dejaba de doler si se le ignoraba, pero que siempre seguiría existiendo y se abriría ante el menor roce.

La expresión triste y consternada de Sungguk le dejó en claro lo anterior.

—No lo sé —admitió tras meditarlo un poco—. ¿Por qué preguntas?

—Porque tengo la misma relación con mi padre y no puedo quitarme de la cabeza que quizás no es el villano de la historia, solo de la versión que no supe entender. Y ahora tengo un deseo incontrolable de buscar su número para hablar con él. En el fondo todavía sigo añorando ser su hijo. ¿Qué tan loco, ingenuo y estúpido estoy siendo para querer algo así a pesar de lo que hizo?

Sungguk dejó el vaso de agua en la mesa y se estiró, como si buscara apartar una molestia emocional con un gesto físico.

—Llámalo, nunca lo sabrás si no lo haces. Se cura más rápido un corazón herido que uno que anhela algo que nunca tuvo.

—No lo sé —dijo Minki. Sacudió la cabeza con pesar.

—¿Qué pierdes intentándolo? Piénsalo así: si te rechaza continuarás con la misma vida, pero podría cambiar a una mejor si estás dispuesto a escuchar su versión. Además, no todas las historias terminan mal, piensa en Dae y su papá.

Padres.

¿Por qué eran el inicio de todos los traumas?

Sungguk tenía razón, Moon Minho era un ejemplo de historias mal contadas. Si lo analizaba desde afuera había dejado abandonado a un hijo que odiaba y hasta permitió que su madre lo encerrara de por vida. Si no supiera que estuvo diecinueve años intentando superar traumas que no olvidaba, que pasó años planeando cómo sacarlo de esa casa, que quiso llevárselo en más de una oportunidad pero que no lo hizo por temor a empeorar su vida... si no se contaba esa parte, Minho era el villano de la novela, era el monstruo en esa historia mal contada.

Y sí, quizás Minki nunca llegaría a entender la relación que tenía Dae con su padre, pero al menos su amigo ahora tenía un padre y no lloraba sobre su escritorio sin saber qué hacer.

Así que cuando Sungguk regresó a su puesto de trabajo, Minki buscó en la base de datos ese nombre que jamás olvidaba a pesar de que nunca pensaba en él.

Lee Jaesuk.

Vivía en Busan, en el departamento que fue de sus abuelos paternos. Minki no tuvo mucha relación con ellos, más allá de una que otra visita en la infancia. Fue en ese periodo donde su abuela, antes de morir —y años después del cumpleaños de su hermano Dowan—, le contó sobre los monstruos de los laboratorios. Su abuelo le siguió un poco más tarde, sin embargo, nadie les avisó y se enteraron casi un año después del deceso.

Entonces si su padre vivía en aquel departamento, ¿significaba que se había separado de su mujer? La base de datos se lo confirmó, Minki ni siquiera se había enterado. Pero si continuaba en Busan, ¿había viajado a Daegu solo para visitarlo? La ilusión que sintió fue tan fuerte que se le hizo un nudo en la garganta.

Cuando salió de turno a mediodía, llamó a Jaebyu que estaba libre.

—Juju —dijo al escuchar su voz ronca al otro lado de la línea—. ¿Puedes encargarte de los mellizos durante el día?

—Pensé que llegabas a almorzar —su tono era desconcertado.

—Tengo que hacer horas extras —mintió.

—No te preocupes —aceptó de inmediato—, no olvides comer algo.

—Te amo.

Esperó su respuesta.

—También te amo.

El tren bala tardó menos de cuarenta y cinco minutos en llegar a la estación Busan Central, ubicada a un costado del puerto de la ciudad. Cambió al metrotren y se dirigió hacia la parada de Haeundae. A pesar de encontrarse a varias cuadras de la playa, podía captar el sabor salado en el paladar.

Con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, se movió por las calles hasta encontrar aquel edificio —de ladrillo rojo y de cinco pisos— inserto entre otras dos edificaciones más altas.

Intentó con la clave que recordaba desde la muerte de su abuela.

La puerta se abrió de inmediato.

Subió al tercer nivel. Solo había dos departamentos por piso. A pesar de que también recordaba esa clave, no quiso intentarlo y golpeó la puerta.

Esperó.

La entrada se abrió y apareció un hombre con una calvicie pronunciada y de cabello blanco. Iba desaseado y con pijama a pesar de la hora.

Era su padre.

—Hola.

Sus ojos se abrieron conmocionados y se movió para dejar el acceso libre. Sus movimientos eran torpes.

—Hijo, qué sorpresa. No te esperaba, pero pasa, pasa.

Minki no pudo evitar arrugar la nariz debido al fuerte olor a condimento. Se notaba que era la residencia de un hombre mayor y soltero, porque si bien no estaba hecha un desastre, las cosas tenían una capa de polvo clásica de un hogar que no se aseaba con regularidad.

—Por favor, toma asiento —le pidió su padre apartando un puesto para él.

Sintiéndose extraño por aquel gesto, Minki terminó ocupando otra silla. Con las manos cruzadas sobre la mesa esperó a que el hombre también se sentara.

—Bien, estoy aquí —dijo estirando los dedos—. ¿Qué es lo que querías conversar conmigo?

Su padre pareció desconcertado por unos instantes.

—¿Quieres un dulce? Tengo *mochis*, eran tus favoritos de pequeño.

Y lo seguían siendo.

¿Por qué lo ponía tan triste saber que su padre recordaba ese detalle?

—Estoy bien —mintió.

Claro que no lo estaba.

Llevaba días sintiéndose mal.

Se puso a analizar el departamento para contener sus emociones, su padre malinterpretó la inspección.

—No te preocupes, vivo solo. Estoy divorciado.

—Lo sé —dijo Minki con algo de irritación—. Lo encontré en la base de datos, ¿cómo pensaste que sabría dónde vivías?

Su padre se peinó los pocos cabellos que le quedaban, luego se limpió las manos sudorosas contra su pantalón beige.

—Por tu madre —fue su sencilla respuesta.

—¿Por qué ella sabría...? —se calló al recordarlo. Había olvidado que ella continuaba en contacto con él—. No importa, simplemente necesito saber qué hacías ese día en mi departamento, qué es lo que buscas de mí. ¿Te estás muriendo y necesitas que te done un órgano?

—No, no —negó con efusividad.

—Ok —musitó—, de todas formas no te daría ni la mitad de mi hígado. Ahora dime, ¿qué es lo que quieres?

Su padre estiró las manos como si quisiera tocarlo, por suerte se retractó antes de hacerlo. A pesar de que no se llevó a cabo el contacto, la piel de Minki lo anheló. Se detestó por eso, se odió por seguir siendo el mismo niño desesperado por la aprobación de un padre que no lo quería.

—Pensé que lo había explicado ese día —dijo su padre tras toser y tocarse la nuca—. ¿No es obvio?

—¿Si fuera obvio crees que estaría aquí? —cada palabra salía atropellada de su boca, más como si las mordiera en vez de pronunciarlas—. Por algo vine, ¿no lo crees?

—Sí —inclinó los hombros, lucía cansado—. Estoy viejo, Minki. Y llevo muchos años arrepintiéndome de decisiones que tomé en el pasado. No quiero excusarme, sé lo que hice. Los abandoné, no hay excusas ni explicaciones que pueda dar. Fui un cobarde.

—¿Cobarde? —se rio Minki—. Un egoísta. Un monstruo que dejó a sus hijos abandonados. ¡Ni siquiera fuiste capaz de asistir al nacimiento de uno de ellos! ¿Es eso ser cobarde? No, tú no eres cobarde, eres peor que eso.

Su padre mantuvo la barbilla baja, se veía viejo y patético. Quiso golpearlo con la misma violencia con la que deseaba abrazarlo y llorar contra él, mientras le suplicaba que, por favor, lo amara.

—Sé que cometí muchísimos errores —repitió su padre. Minki se mordió la lengua para dejarlo terminar—. Pero créeme que siempre estuve pendiente de ustedes.

—¿En serio? —se burló, apoyando su brazo en el respaldo de la silla—. Los más de veinte cumpleaños y festividades ausentes dicen algo distinto.

—Debes entenderme —suplicó estirando las manos.

Minki se apartó antes de que pudiera tocarlo.

—¿Entenderte? —chilló—. ¿Entenderte?! ¿Qué se supone que es lo que debo «entender»?

—Le hice algo horrible a tu madre —balbuceó apenas—. Y tuve que dejarlos porque ella no quería verme.

—¿Ahora es culpa de mamá? —lo observó con desprecio—. Eres asqueroso.

—No estoy diciendo eso —replicó desesperado. Los pocos cabellos que le quedaban se encontraban desordenados, más parecía un nido que un peinado.

—Pues es justo lo que dijiste.

—No hablé con ustedes porque ella me lo pidió.

—Y sigues con eso.

—Lo mínimo que podía hacer era respetar sus decisiones. Todo lo que ella me pidió es que no la buscara por un tiempo y yo le pedí que me llamara cuando estuviera lista. Pero siempre me preocupé por ustedes, yo... yo... no nunca dejé de enviarles dinero, te lo prometo.

Minki chasqueó la lengua.

—Porque dinero es equivalente a cariño. Grandes lecciones de vida que me das, padre. *Cómo ser un imbécil*, escrito y dirigido por Lee Jaesuk.

—Minki —susurró su padre. Su tono sonaba tan dolido, tan desesperado, se veía tan diminuto y atormentado, que la ira en su pecho comenzó a esfumarse hasta convertirse en lástima—. Cuando tu mamá me regresó el llamado, tú ya tenías nueve años y me odiabas.

—No te odiaba —refutó Minki con un nudo en la garganta que apenas lo dejaba respirar—. Te necesitaba, eras mi papá.

—Pensé que ya no me querías. Ya te había causado suficiente daño, por eso yo... esperé que me buscaras para saber si seguías deseando que yo fuera tu padre. Pero yo...

Golpeó tan fuerte la mesa que volcó el vaso de agua de su papá. El líquido se fue por un costado de la madera hasta el suelo, donde goteó en cantidades dispares.

—¡Eras mi padre! —gritó, furioso—. Si me hubieras prometido cuarenta veces que me irías a ver y las cuarenta veces hubieras fallado, de igual forma te habría continuado esperando. ¡Te habría perdonado todo si me lo hubieras pedido! ¡Era un niño que deseaba que su papá regresara!

—Hijo...

Minki se puso de pie y apartó la silla de una patada. Lo apuntó con el dedo, mientras se inclinaba sobre la mesa para acercarse a él.

—No te atrevas a culparme. No nos visitaste porque así lo quisiste. Tú eras el adulto, tú eras el que debía asumir los errores y corregirlos. Tú tenías que rogar nuestro perdón, ¿qué otra cosa esperabas? ¿Que un niño de nueve y otro de cuatro te fueran a buscar?

—Tienes que creerme —imploró su padre juntando las manos sobre su pecho—. ¿Por qué crees que les hice esa fiesta?

—¿Por fiesta te refieres al cumpleaños de Dowan, tu único hijo?

—Minjae y Dowan tienen un mes de diferencia, no podía ser su cumpleaños —dijo y sacudió la cabeza—. Esa fiesta era de ustedes.

De la impresión, terminó sentado en el asiento como un títere sin cuerdas. Todo lo que él recordaba de ese día era a Dowan repitiéndole una y otra vez la doble fiesta de cumpleaños que su padre le estaba celebrando.

Se quedó mucho tiempo sin decir nada, hasta que la negación se coló entre sus labios.

—Eso es mentira.

—¿Cómo crees que los invitaría a celebrar el cumpleaños de Dowan?

Sacudió la cabeza negándose a concebir esa idea, a aceptar e inclusive cambiar sus recuerdos por unas simples palabras que podían ser mentira.

—Me espero cualquier cosa de alguien que abandona a sus hijos.

—Minki... yo siempre los he querido, lo prometo. Nunca los olvidé.

Con la ira quemándole el pecho, empujó la silla cuando se interpuso en su camino hacia la puerta.

—Fue un error venir aquí —se rio por la locura que acababa de hacer, ¿qué pretendía con ese viaje? ¿Que olvidaría el odio que sentía por ese hombre intentando disculparlo?—. Quizás de niño te hubiera perdonado por lo que nos hiciste, una lástima que te hayas arrastrado veinte años tarde. Porque yo, el hombre que soy ahora, no te lo va a perdonar. Te voy a odiar durante lo que me quede de vida. Y voy a ser feliz así.

Se dirigió hacia la puerta negándose a mirarlo. No creía ser capaz de seguir gritándole a alguien con esa apariencia miserable. Así que por unos momentos se mantuvo dándole la espalda pero, al agarrar el pomo, se giró. Se le rompió el corazón al verlo intacto, sin lágrimas. No parecía un viejo arrepentido por sus errores.

Apretando la cerradura con ira, escupió:

—Espero que te mueras solo, que tu cuerpo se pudra en este departamento y que te encuentren cuando comiences a apestar. Muere solo, miserable y que tu último pensamiento sea sobre mí.

Y cerró la puerta.

De regreso a la ciudad ni siquiera pudo llorar, porque no se podía lamentar una muerte si no existía cuerpo. Y el de su padre todavía no se descomponía en medio de una cocina.

Habían transcurrido tantos meses de la última vez que estuvo en esa situación, que Minki casi olvidó la sensación de pavor que lo llenaba cuando escuchaba los golpes en la puerta. Casi, pues revivió cada uno de los eventos pasados en el instante mismo que sonó el timbre y comenzaron los palmetazos contra la madera. Su reloj de mesa marcaba las 04.35 a.m., así que supo que su padrastro, en esa oportunidad, venía borracho.

Por aquel entonces, Minjae y él compartían habitación y camarote a pesar de que Minki asistía a la academia de policías. Cuando se puso de pie y se bajó de la cama de un salto, puso de inmediato un dedo sobre la boca de su hermano menor para que guardara silencio.

—Yo iré, tú quédate aquí y llama a la policía.

Asustado, Minjae asintió y buscó su teléfono entre las mantas. Minki agarró una chaqueta que estaba en una silla y se la puso. Afuera, se encontró a su mamá en la sala de estar con las manos sobre la boca, observaba aterrada la puerta.

—No abras —pidió Minki.

Pero sabía que no le haría caso.

—Por favor —insistió, a la vez que era interrumpido por la voz de su padrastro, Soon Hojun.

—Taeri —llamó el hombre—, ¿dónde está mi dinero?

Incluso antes de que Soon Hojun terminara de hablar, su madre había corrido a su cuarto para rebuscar bajo el colchón. Minki supo que estaba sacando sus ahorros, los pocos que tenía. Intentó arrebatarse la caja metálica cuyo candado ella abría con manos temblorosas.

—No —dijo Minki—, no se lo puedes dar.

—No te metas —respondió, quitándole la caja, que cayó emitiendo un ruido horrible de lata aplastada.

—¿Por qué sigues dándole dinero? —cuestionó a la vez que pateaba la caja y la mandaba bajo la cama para que su madre no pudiera alcanzarla.

—No te metas, por favor.

—Si nadie abre, tarde o temprano se irá. La policía llegará pronto, Minjae los llamó.

Entonces, su madre se llevó las manos al rostro. No comprendió que ella estaba llorando hasta que vio sus hombros temblar y escuchó un lamento ahogado colándose entre sus dedos.

—¿Mamá...? —preguntó, asustado.

La puerta volvía a sonar.

Pah, pah, pah, pah.

Golpe tras golpe, cada uno más fuerte que el anterior.

PAH, PAH, PAH, PAH.

Minki sabía que ninguno de sus vecinos saldría, hacía años que dejaron de hacerlo. La gente ayudaba una vez, dos, quizás tres, pero cualquier persona razonable se cansaba a lo largo del tiempo.

—¿Dónde está mi dinero?!

PAH, PAH, PAH, PAH.

—Sabes lo que pasará, Taeri.

Su mamá corrió hacia la puerta. Minki la interceptó en la sala de estar y la sujetó por la cintura, agarrándola prácticamente en el aire. Cuando el pie de ella golpeó su rodilla derecha, la molestia estalló. Como pudo, la dejó en el sofá y le sujetó los brazos.

La pierna de Minki palpitaba, pero sabía que se le pasaría, solo tenía que aguantar unos minutos más.

—Por favor —le suplicó su madre—, déjame. No sabes de lo que es capaz, no lo sabes, no lo sabes, no lo sabes.

PAH, PAH, PAH, PAH.

—Será peor si le abres la puerta —dijo Minki.

Su mamá lloró negando con la cabeza.

—Se portará bien, me lo prometió.

Continuó sujetándole los brazos contra el sofá. La puerta de su cuarto permanecía cerrada.

—Esto va a terminar pronto —prometió Minki, aguantando la molestia en su rodilla. Su madre había dejado de llorar, aunque mantenía las mejillas manchadas por las lágrimas. Notó que su madre aún conservaba el maquillaje del rostro; la máscara de pestañas corría negra por su piel.

—No va a terminar —susurró ella, negando con la cabeza.

—Seré un oficial pronto —le recordó— no permitiré esto. Si debo detenerlo cien veces para lograr una condena larga en prisión, lo haré. Lo haré cien y doscientas veces, lo prometo.

Los golpes persistieron.

PAH, PAH, PAH, PAH.

Minki sujetó a su madre de los brazos e hizo presión para ponerla de pie. Con una mano en la cintura, la llevó hasta su habitación y la acostó en su cama.

—Ya se irá —insistió Minki.

Ella asintió, más asemejándose a una niña pequeña que a una madre soltera que los sacó adelante una vida completa.

Por suerte, ese día, la policía llegó a tiempo. Todavía encerrados en el departamento, escucharon los pasos por el pasillo. Minki se preguntó si sería uno de los oficiales que había ido antes, esperó que sí porque no tenía ánimos de estar respondiendo las mismas preguntas repetidas.

—Soon Hojun —dijo uno de ellos. Sí, lo reconocía—. Vamos, ven con nosotros o pasarás la noche detenido.

Los golpes se detuvieron por fin.

Minki le hizo un gesto a su madre para indicarle que la policía ya estaba ahí. Ella estaba en su cama en el fondo del departamento. Vio su negación seca con la cabeza, estaba ocupada hablando con alguien por teléfono.

Cuando la calma regresó al edificio, Minki por fin pudo acostarse a pesar de que le quedaba poco menos de una hora para alistarse y comenzar otra semana de estudio.

Dormitó.

Al despertar con la alarma, su mamá no estaba en el departamento y la caja metálica, que antes estuvo repleta de monedas y billetes, de pronto se encontraba vacía.

—Fue a verlo a la comisaría —le contó su hermano, que tomaba desayuno con aire perdido.

Y con tan solo diecinueve años, Minki aprendió una lección que jamás olvidaría:
No se puede ayudar a quien no quiere ser ayudado.

Al regresar a Daegu, Minki fue directo a la casa de su madre. Ella continuaba viviendo en el mismo departamento en el que Minki se despertó incontables veces por su expadrastro. Se preguntó si se seguían viendo desde que Minki lo amenazó, creía que no. Nunca olvidaba revisar, aunque fuera una vez al mes, el historial delictivo de Soon Hojun para ver si presentaba más denuncias o posibles condenas. Hacía meses que no presentaba nuevos antecedentes legales, a excepción de una multa de tránsito por andar a exceso de velocidad.

Como se sabía la clave de la cerradura del departamento, ingresó sin llamar. Taeri no estaba en casa, lo que le dio tiempo suficiente para calmarse y permanecer en el sofá con la vista perdida en la ventana. Su hermano llegó poco después del trabajo y se extrañó al encontrárselo ahí. A pesar de que Minjae estuvo viviendo en su departamento hacía cinco años, en la actualidad no conversaban demasiado. La diferencia de edad entre ambos era de momento muy extensa y estaban en dos momentos distintos de vida. Minki buscaba estabilidad y tranquilidad y su hermano salir de fiesta y pasar el rato con diferentes chicas, a pesar de que había madurado desde que realizó el servicio militar obligatorio.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Minjae. Su cabello ya le había crecido, oscuro y liso alrededor de su rostro. Ambos eran muy parecidos, por suerte se asemejaban a Taeri.

—Vine a ver a mamá.

Minjae se quitó los zapatos y dejó colgando su bolso en el perchero de la entrada. Se acercó a él y tomó asiento a su lado. Era más alto que Minki, así que sus piernas quedaron extendidas cubriendo más espacio que las suyas.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Minjae restregándose los ojos. Trabajaba en una peluquería. Por ahora no hacía más que barrer, aunque esperaba ansioso que le ofrecieran una silla para ejercer. Por mientras, le cortaba el cabello a Minki y las puntas a Jaebyu cuando su melena sobrepasaba la barbilla, también le rapaba los laterales.

—Hoy fui a ver a papá —contó sin rodeos.

Los músculos de Minjae se tensaron. Si Minki apenas tenía recuerdos de ese hombre, para Minjae no existían. No estuvo ni en su nacimiento, lo fue a conocer a los días. El terrible cumpleaños de Dowan y el funeral de la abuela eran los únicos pobres recuerdos que tenía de ese hombre que era incapaz de denominar «papá».

—¿Y por qué fuiste?

Minki todavía se reía de su estupidez, ¿de verdad pensó que podría olvidar años de abandono por una posible historia mal contada?

—No lo sé —mintió, estirando los brazos—, pero mamá todavía habla con él.

Su hermano se adelantó para observarlo con expresión incrédula.

—¿En serio?

—Papá sabía de los mellizos, me dijo que mamá le había contado —lo apuntó con un gesto de barbilla—. No lo sabías, ¿cierto?

—Es más papá tuyo que mío —respondió indiferente, no podía extrañar algo que no conocía.

Su madre llegó una hora más tarde.

Minki no quiso preguntarle de dónde venía, porque no le competía y tampoco quería seguir dañando una relación que ya estaba desgastada. Ella abrazó a Minjae y se acercó a él para hacer lo mismo, pero este interpuso una mano para impedirse.

Atacó de inmediato, antes de que terminara acobardado y comiéndose sus sentimientos rencorosos.

—Mamá, es tu problema si quieres o no seguir hablando con el hombre que te dejó abandonada para que criaras sola a dos niños. Y también es tu problema si perdonas a una persona así. Pero no te incumbe contarle cosas de mi vida, de Minjae, ni mucho menos de los mellizos.

—Minki...

—No quiero volver a enterarme de que ese hombre sabe algo de nosotros, de mí y de mi familia.

Mientras su madre todavía intentaba procesar la situación y con ello seleccionar las palabras que pudieran explicar su comportamiento, Minjae se había ido a la cocina y robado una porción de *kimchi*, que masticó con cuidado para intentar pasar desapercibido. Como ella no habló, Minki se puso de pie dispuesto a marcharse. Finalmente se detuvo.

—Mamá, no es normal lo que haces —midió sus palabras—: Durante años le diste dinero a un hombre cada vez que te lo pidió, sin importarte si con ello nos ponías en peligro. Y ahora resulta que nunca dejaste de hablar con papá. Lo siento, pero no está bien —sacudió la cabeza y cerró los ojos para ordenar sus pensamientos. Al abrirlos se encontró la mirada de ella—. No está bien nada de lo que haces. Y ya estoy cansado de intentar ayudarte y solucionar problemas que no quieres que se solucionen. No quieres ser ayudada por más que pidas ayuda.

Iba de camino a la puerta cuando ella por fin respondió.

—Lo hice por ti.

—¿Por mí? —cuestionó Minki armándose de paciencia. Se masajeó el tabique de la nariz. Estaba harto de unos padres que no hacían más que responsabilizarlo de sus propias decisiones—. ¿Sabes? Estoy cansado. No me metas en tus cosas para justificar tus errores.

Ella negó con la cabeza, Minki no entendió la razón.

—¿Recuerdas cuando a los nueve te dio apendicitis?

¿Qué tenía que ver una cosa con la otra? Exasperado, se cruzó de brazos e hizo un gesto para que continuara.

—Y ahora no tengo apéndice, ¿algo diferente y emocionante que agregar? —cuestionó.

—Tu médico de cabecera era el doctor Jong.

El padre de Sungguk, eso también lo sabía. Las pocas y contadas veces que Minki fue al hospital se trató con él. Hasta su operación de rodilla, no recordaba haber sido atendido por otro doctor.

—Con Hojun te llevamos al hospital y te operaron de urgencia.

—No estás diciendo nada que no sepa.

—Escúchame —exigió su madre con expresión desesperada. Minki alzó las manos en gesto de disculpa. Ella controló su respiración—. Se supone que había salido todo bien, eso era lo que al menos nos había dicho el doctor Jong Sehun tras salir del quirófano. Pero unas horas después, me citó en privado —su madre cambió de posición hasta tomar asiento en el borde del

reposabrazos del sofá. Se observó las manos que temblaban—. Ahí me comentó que eras un m-preg. Nosotros hasta ese momento no lo sabíamos.

De la sorpresa, Minki buscó la mirada de su hermano para que le corroborara que ambos escuchaban lo mismo. Su expresión sorprendida debía ser muy semejante a la suya.

—¿Cómo? —preguntó.

Por más que intentó entenderlo, no pudo. El relato que le acababa de contar su madre no se parecía en nada a la historia con la que creció.

Aunque...

Él nunca le preguntó. Luego de enterarse de que era un m-preg no registrado hacía media década, tuvo una discusión inmensa con ella por habérselo escondido, la que derivó en que se alejaran por casi un año. Quizás nunca habrían vuelto a hablar si no fuera por el nacimiento de los mellizos, porque, adolorido por las contracciones, le había suplicado a Jaebyu que la llamara. Y cuando volvieron a hablar, la relación estaba demasiado tensa para conversar sobre un tema que conduciría a una nueva discusión. Así que él no preguntó y ella tampoco se lo explicó.

—En mi familia nunca habíamos tenido a... a uno de ustedes —continuó ella, como si la palabra m-preg le diera alergia a pesar de que su hijo mayor era uno de ellos—. Y no sabía qué hacer.

—Y le contaste a mi padrastro —comenzaba a entender la historia.

—Era mi esposo —susurró en un tono suplicante—. Y él no era así por ese tiempo. Lo quería y confiaba en él. No pensé que haría lo que hizo.

—¿Qué cosa?

Su madre tenía la piel arrugada y curtida por el tiempo. Sus uñas estaban al ras y su rostro mantenía una constante expresión triste por la flacidez de sus músculos. Si bien tenía su pelo rubio al igual que él, la raíz canosa se dejaba entrever en su coronilla. ¿En qué momento había envejecido tanto? En el momento que tuvo que criar a dos hijos sola y salir de una relación abusiva con quien se suponía tendría una nueva oportunidad para amar y ser amada.

—Quiso venderte.

Sintió que el corazón se le subía a la garganta. Se tuvo que agarrar al respaldo de la silla.

—¿Qué?

No podía entenderlo.

No podía.

Empezó a reír sin poder evitarlo.

—¿Me intentó vender? —cuestionó entre carcajadas bajas que demostraban una clara histeria e incredulidad—. ¿Y tú le ofreciste dinero para que no lo hiciera?

—Pero nunca fue un único pago.

Minki sacudió la cabeza, que de pronto sentía cansada, nublada, torpe.

—¿Y qué tiene que ver papá en esta mágica historia?

Su madre le dio una mirada que lo dijo todo.

—No —susurró Minki.

—Minki, mi sueldo... no llegábamos a fin de mes con él.

Buscó a su hermano, este permanecía detrás de la barra de la cocina con el *kimchi* a medio comer. Los palillos metálicos todavía estaban en su mano.

—¿Por qué nunca lo dijiste?

Ella bajó la barbilla.

Minki se apuntó el pecho, que llameaba producto de una ira oscura y un enojo acumulado por años.

—¡Crecimos pensando que ese hombre nos había olvidado! ¡Qué no le importábamos en lo más mínimo! Esa es la historia que nos contaste. Eres... —su voz se quebró—. Eres... mamá, eres igual a él.

Sin poder soportarlo más, enfiló hacia la puerta y agarró sus zapatos. Intentó ponerse uno mientras el departamento permanecía en ese silencio cruel. Frustrado, lo pisó por los talones. Las manos le temblaban al desatar los cordones sin resultados. Las lágrimas lo asaltaron de manera tan sorpresiva que ni siquiera pudo evitarlas.

Con los pulmones comprimidos, agarró los zapatos y salió descalzo. Su madre lo llamó, salió al pasillo a gritar su nombre. Minki bajó corriendo un piso, y el otro, y el otro, hasta dar a la calle. El viento frío de invierno le remolinó el cabello sobre la frente. Sus pies, cubiertos apenas por sus calcetines, se congelaron contra el cemento húmedo.

Corrió una cuadra completa.

Un dolor estalló en sus costillas, le siguió uno en su vientre bajo.

Un nuevo pánico lo sacudió.

Se arrastró hasta una banca pública y tiró sus zapatos al suelo. Con los dedos congelados por el frío, dobló las piernas y se las abrazó para tantear sus pies.

Su teléfono vibró en el pantalón.

Debía ser Jaebyu, de seguro su madre ya le había contado.

Alzó la barbilla al percibir algo helado contra su mejilla.

Estaba nevando.

La primera de la temporada.

Su celular insistió en el bolsillo.

Le dolían los dedos de las manos.

Contestó.

No era Jaebyu.

Era su padre.

—Minki.

Se puso los zapatos. Apoyó el aparato en su oreja con la ayuda de su hombro.

—¿Qué quieres?

Cojeó hacia su casa, tenía los músculos agarrotados. Le seguía doliendo el vientre bajo. Se acordó de dar inspiraciones largas y pausadas.

—Estaba preocupado.

Soltó un bufido despectivo.

El dolor era más y más intenso.

—¿Ahora te preocupas?

—Hijo...

—Me llamo Minki.

—Minki...

—No, ¿sabes qué? —se llevó la mano a su cintura, le costaba respirar—. No quiero hablar contigo hoy... no, no quiero hablar jamás. No vuelvas a llamarme, de lo contrario cambiaré mi

número y lo haré las veces que sea necesario para no escucharte otra vez en mi vida.

Cortó la llamada y se quedó detenido en medio de la calle vacía observando el celular. La nieve caía densa, mojándole la coronilla y los hombros. Tenía los dedos congelados y sonrojados. Aun así esperó. La segunda llamada nunca llegó.

Chasqueó la lengua.

¿Por qué continuaba esperando algo de personas que no valían nada?

A una cuadra de su departamento se encontró a Jaebyu corriendo por la calle. Su expresión preocupada se convirtió en una de alivio al cruzarse con él. Lo estrechó con fuerza contra su pecho y sintió un beso cálido en la mejilla.

—Te encontré —susurró.

Pero él no se había perdido.

O quizás sí.

No lo sabía.

Jaebyu le sujetó el rostro con sus manos de dedos largos y le apartó el cabello mojado del rostro.

—Estás congelado, vamos a dentro.

—Jaebyu —lo detuvo.

En medio de la vereda, se llevó su mano libre hacia el vientre bajo, su expresión contraída de dolor. A pesar del frío, sudaba por el esfuerzo.

Con los ojos cubiertos de lágrimas, buscó la mirada de su novio.

—Creo que estoy sufriendo un aborto.

Atontado por el sueño, Minki buscó su teléfono cuando vibró en la cama. Sintió que Jaebyu se acomodaba a su lado, también despierto por la llamada. Por ese tiempo dormía más en el departamento que arrendaba Jaebyu que en su propia casa. Le gustaba pensar que lo hacía porque la estación de policía le quedaba más cerca, aunque la realidad era que, a pesar de llevar años con Jaebyu, todavía buscaba excusas para estar con él siempre que podía.

—¿Qué pasó? —preguntó el enfermero con voz ronca.

Miró la pantalla de su celular.

Era Minjae.

Su hermano no era una persona que se caracterizara por ser comunicativa. Nunca lo llamaba si podía escribirle. Siendo, además, las cuatro de la madrugada, debía ser una emergencia. Se sacudió el sueño de encima para contestarle.

—Es él —dijo Minjae.

No necesitó darle contexto, su novio también entendió de inmediato.

Jaebyu intentó detenerlo cuando agarró su uniforme de policía, que había dejado tirado en una silla apenas el enfermero lo recibió en la entrada con un beso. Se enfundó los botines, olvidó su chaqueta. Con una camiseta raída que le pertenecía a Jaebyu, donde aparecía una banda que Minki desconocía, agarró su luma, su Taser y su pistola enfundada y corrió a la entrada, donde recogió las llaves del auto de su novio.

Jaebyu lo persiguió en pijama, apenas alcanzó a calzarse los Crocs verdes que permanecían en la entrada.

—Minki, por favor, piénsalo —le pidió el enfermero cuando llegaron a la calle y se apoyó en la puerta del auto para que no pudiera abrirla.

—Yoonie, muévete.

Pero el chico no lo hizo.

—Por favor, Minki.

—Tienes dos opciones —advirtió con la respiración agitada y alzando sus dedos—. La primera, te apartas y me dejas subir. La segunda, te apartas y llego tarde porque tendré que correr.

—Hay más opciones —suplicó Jaebyu.

—¿Cuáles?

—No ir.

Sin mucha delicadeza, apartó a Jaebyu. Podría tener una complexión más menuda, pero luego de años de entrenamiento su fuerza se había incrementado considerablemente.

Jaebyu le golpeó la ventana cuando se subió.

—Minki, por favor...

Aceleró.

Su novio se perdió en el fondo de la calle oscura.

Sus compañeros no habían llegado al departamento de su mamá para constatar la denuncia. No le sorprendió. Cuando se recibía al menos tres denuncias al año por una pareja problemática, a la larga las respuestas se hacían más lentas.

Minki encontró a su padrastro apoyado contra la puerta del departamento de su mamá. Estaba borracho, su camiseta blanca manchada por el alcohol y el cabello revuelto algo grasoso. Parecía llevar días sin bañarse. No se asemejaba en nada al hombre sonriente y cálido que conoció en su infancia. No quedaba ni la sombra de lo que fue.

Minki se detuvo en medio del pasillo. Su mano dudó al sacar el arma y acercarse con paso indeciso. Su respiración era jadeante y ruidosa al llegar a su lado. Lo apuntó con el cañón directo en el rostro y se mantuvo así esperando a que lo notara.

Pah, pah, pah, pah.

Golpeaba la puerta con la palma completa, mientras se afirmaba a ella. Ni siquiera estaba lo suficientemente sobrio para sostenerse por sí solo.

Apretó la culata con más fuerza. Su agarre era erróneo e impreciso, en esa posición cualquier persona, con una mínima coordinación, podría arrebatarle el arma si le golpeaba la muñeca. Pero si su expadrastro no podía mantenerse de pie, menos podría tirársele encima.

Acercó el cañón a su mejilla hasta que el metal frío estuvo contra la piel del hombre. Por fin este reaccionó.

—Vete de aquí —dijo Minki.

Cuando intentó responderle, apretó con más fuerza la punta contra él.

—Vete... de... aquí —masticó las palabras. El miedo y la ira le hacían imposible mantener un buen pulso.

—Tu madre me debe dinero —pronunció con dificultad.

—No le volverás a pedir nada.

—No es el acuerdo que tenemos —aseguró petulante.

—No te lo estoy pidiendo —a pesar de que mantenía descargada el arma, le quitó el seguro. Sin embargo, eso no lo sabía Hojun, quien intentó moverse para apartársela del rostro. Minki lo complació y arrastró el cañón hasta su frente, dejando una marca roja por la presión.

—Ahora soy policía —avisó Minki—. Y no me importa ser dado de baja si con eso me aseguro de que nos dejes tranquilo. Tienes un largo historial de violencia que podré usar a mi favor.

—No te atreverías —aseguró Hojun. Aparentó una falsa confianza, a pesar de que había perdido tamaño contra la puerta.

—Por supuesto que me atrevo. Tengo dos balas —mintió. Y alejó la pistola lo suficiente para tirar de la corredera antes de que Hojun notara que estaba vacía—. ¿Quieres apostar?

—Minki...

—Uno.

Puso la mano sobre el gatillo.

—Minki, yo...

—Dos.

Lo apuntó.

—Tu madre...

Apretó el gatillo. La pistola emitió un pequeño ruido al no encontrar una bala en el pasador.

Soon Hojun se había derrumbado en el piso. Tenía los ojos cerrados y la expresión de horror estampada en el rostro. Minki lo pateó para que lo observara y lo hizo una segunda vez con más fuerza al no recibir respuesta.

—Mírame —ordenó.

Posicionó la bota bajo el mentón y le dio un golpe que le hizo morderse la lengua. Soon Hojun escupió sangre manchándole la punta del botín oscuro. Le había soltado uno de los dientes.

—Mírame —repitió.

Hojun le hizo caso. Con la mano bajo la barbilla rota, movía la mandíbula para comprobar si se la había fracturado. Con el arma todavía en la mano, Minki se inclinó para acercarse al rostro asustado de quien fue su padrastro.

—Si te vuelvo a descubrir aquí o amenazando a mamá, esta —alzó su pistola— estará cargada, ¿me entendiste?

El hombre asintió.

—No te escuché.

—S-sí —aceptó.

—¿Sí qué?

Soon Hojun afirmó en una segunda oportunidad. Sus palabras silbaron debido al diente frontal perdido.

—Sí, oficial.

Minki dio un paso hacia atrás y apuntó con su bota donde estaba tirado el diente.

—Llévatelo.

Lo vio arrastrarse por el piso y recogerlo.

—Ponte de pie.

Con dificultad, debido a que aún estaba borracho, Hojun lo hizo.

—Ahora vete y espero no verte nunca más.

Cuando sus compañeros llegaron, Soon Hojun se había ido hacía bastantes minutos. Estaba con ellos Han Jihee, una compañera de la estación de policía.

—Llegaron tarde —avisó.

Y no sería la última vez que lo hicieran.

A pesar de que a Yoon Jaebyu no le gustaba la gente, se preocupaba mucho cuando amaba. Los dos días que Minki estuvo en observación, el enfermero durmió en el sofá, que apegó a la camilla para tocarlo en medio de la noche por si Minki se despertaba intranquilo. Como en ese momento, que mantenía estirada la mano para acariciarlo a pesar de que el cansancio lo había vencido. Se sintió nuevamente culpable. No estarían ahí si él hubiera seguido las indicaciones de su doctor y guardado máximo reposo. Su liviandad había desencadenado el horror.

Recostado de lado, Minki le rozó el borde de la muñeca y le apartó mechones desordenados de cabello que estaban demasiado largo.

—Te quiero —susurró.

Jaebyu continuó dormido.

Minki fue dado de alta a las pocas horas. En su edificio se encontraron con dos paquetes pequeños.

—Son para usted, señor Lee —dijo con cordialidad el administrador—. Espero que se encuentre mejor.

Jaebyu los recogió con un brazo y con el otro ayudó a Minki a subir los cinco pisos. Al llegar a casa fueron bien recibidos por los gritos de los mellizos, que corrieron desesperados a saludarlo como si hubiera estado fuera una semana en vez de dos días. Su hermano estaba en la cocina preparando algo que olía a masa. Más bien, lo intentaba porque su preparación se asemejaba bastante más a un monstruo de harina que a algo comestible. Minjae parecía aliviado de verlos. Minki no podía quejarse, sus hijos no eran fáciles de cuidar. Además, agradecía su ayuda considerando que no se hablaba con su madre.

—Niños, niños —pidió Jaebyu cubriéndolo para que los mellizos no le hicieran daño con su efusividad—. ¿Qué conversamos?

Chaerin tenía las manos atrás de la espalda y se balanceaba sobre la punta de sus pies. Una de sus coletas estaba desarmada, por lo que posiblemente se vio enfrentada en una acalorada lucha con su hermano instantes antes.

—Que papá debe descansar.

—Y que debemos ser cuidadosos —finalizó Beomgi, quien tenía la camiseta fuera del pantalón.

—Exacto —aseguró Jaebyu asintiendo—. Así que su papá se irá a acostar y ustedes irán a verlo con mucho cuidado, ¿me lo prometen?

Los dos asintieron, Jaebyu sonrió y Minki bufó. No creía en esa imagen de ángeles que proyectaban.

Una vez que estuvo en su cuarto y Jaebyu le acomodó mil almohadas a su alrededor, asemejándose más a un emperador en su trono que a alguien convaleciente, los mellizos se ayudaron para subir en la cama. Cada uno se acostó a un lado y lo abrazaron por la cintura.

—Papá dijo que hermanito o hermanita está bien —habló Chaerin. Nunca dejaba de sorprenderle lo bien que hablaba esa niña y su alma innata de líder. Beomgi, en tanto, tenía una

personalidad más sumisa. Su dinámica era así: Chaerin creando y Beomgi ejecutando. Eran el terror en la guardería. Minki no sabía si su profesora los quería, los odiaba o les temía; posiblemente, las tres a la vez.

—Lo está —afirmó Minki mientras le soltaba la otra coleta a Chaerin para hacerle cariño en el cabello, tal cual lo hacía con Beomgi—. Por ahora.

Habían tardado en contarle a los mellizos sobre su embarazo, ya que las probabilidades de presentar un aborto espontáneo eran altas. Pero como había caído hospitalizado, los mellizos lloraron mucho las dos noches que no pasó en el departamento. A Jaebyu no le quedó más que explicarles lo que estaba ocurriendo.

Chaerin sabe más de biología de lo que debería entender un niño de cuatro años, le aseguró su novio al contarle la situación. Según este, sería una gran enfermera o doctora. Minki pensaba que era simplemente muy inteligente.

Acariciándole el cabello a ambos, notó que el enfermero conversaba en la cocina con su hermano. De seguro le explicaba con lujo de detalle los resultados de los exámenes y las recomendaciones que le habían dado en el hospital, lo que incluía una licencia médica de un mes. Para cuando Minki pudiera regresar a trabajar, sería fines de enero y ya tendría cinco meses de gestación.

Como rara vez sucedía, los mellizos se quedaron tranquilos a su lado. Debieron extrañarlo un montón.

—Niños —los llamó para que lo miraran—. Quiero que sepan que estoy bien, pero pasaré un tiempo en cama para recobrar energías.

—Está bien —aceptó Chaerin con sumisión.

Le dio un beso a cada uno y los estrechó contra él.

—Saben que los amo, ¿cierto?

—Sí, papá —asintió Beomgi.

—¿Y que los esperé durante años?

—Sí, papá —ahora fue Chaerin—. Como un trillón de trillones de trillones de veces.

—Millones y millones —finalizó Beomgi.

—Fue así —aseguró Minki—. ¿Han visto el río que pasa cerca de casa? Pues lo hice yo de lo mucho que lloré de felicidad cuando supe que ustedes llegarían a mi vida.

Eso les sacó una carcajada compartida a los dos.

—Eso es imposible —aseguró Chaerin.

—Pregúntenle a Jaebyu si no me creen.

Por supuesto que lo hicieron. Todavía riéndose, Beomgi alzó la voz.

—¿Papá, es cierto?

—No —Jaebyu había regresado y se apoyaba contra el marco de la puerta—. Saben que a Minki le gusta exagerar.

—Quizás mentí un poco —ratificó abrazando a los mellizos con más fuerza—. Pero es real que los quiero mucho, mucho.

Finalmente, los mellizos se durmieron y Minjae se despidió de ellos poco después. Le tocó a Jaebyu llevar a cada niño a la cama, primero a Beomgi que dormía arriba y luego a Chaerin, que se despertó en el intertanto.

—¿Papá? —preguntó asustada y atontada por el sueño.

—Está bien —susurró Jaebyu de camino al otro cuarto—. Él debe dormir cómodo, así que te estoy llevando a tu habitación.

Ella asintió y cerró los ojos. Minki no la escuchó quejarse.

A los pocos minutos, su novio regresó al cuarto y se acostó a su lado. Lucía agotado.

—Si quieres te canto una canción —ofreció Minki—. Comprobaría si hay monstruos bajo nuestra cama, pero no puedo moverme.

Jaebyu chasqueó la lengua de buen humor.

—Ya no me da miedo.

Minki tensó las cejas.

—¿Ahora no le temes al monstruo agarrador de tobillos? Entonces, ¿por qué el otro día no quisiste ir a buscarme un vaso de agua cuando te lo pedí?

—Porque ya me había acostado —se excusó.

En burla, Minki apagó la luz con dos aplausos leves. El departamento quedó a oscuras.

—No me tomé el medicamento —comenzó Minki riéndose de él—, necesito un vaso con agua.

—Sí lo hiciste —refutó Jaebyu mientras se cubría los pies con las mantas.

En ese momento, se oyó un golpe contra el suelo. Extrañado, Minki encendió las luces e intentó inclinarse hacia adelante para ver lo que había caído. Al no poder, Jaebyu se puso de rodillas y se inclinó para comprobar bajo la cama. Minki no resistió de darle una patada suave en el trasero.

—Cuidado que los monstruos bajo la cama podrían sujetar tu brazo.

Jaebyu le lanzó un vistazo molesto.

—Si te confesé mis miedos absurdos era para ser consolado, no para que te burles de mí.

—Tú te sigues riendo cuando me desmayo al ver mi sangre.

Tarareando, Jaebyu por fin sujetó lo que se había caído y lo dejó sobre la cama. Eran dos regalos mal envueltos, uno de ellos tenía abollado la esquina. Eran los paquetes que recogieron en la entrada del edificio.

—Olvidé que los dejé a los pies de la cama —Jaebyu revisó uno de los envoltorios hasta encontrar la tarjeta y se los tendió a Minki—. Son para ti.

Frunció el ceño.

—¿Quién los envía?

—Míralo tú.

Hizo un puchero.

—¿Son tuyos? Falta más de medio año para mi cumpleaños.

Jaebyu tenía expresión confundida.

—No son míos.

—¿Mi hermano mencionó algo?

¿Sería un obsequio de su madre para pedirle disculpas?

—Si fueran de tu familia, no sería muy lógico dejarlo abajo considerando que tu hermano estuvo aquí.

Tenía razón.

Todavía más extrañado terminó por abrirlos.

Era un videojuego y un set en legos de un avión militar.

No necesitó mirar la etiqueta para saber quién los había enviado: su padre.

Jaebyu no pidió explicaciones cuando Minki los alejó.

—Por favor, regrésalos en la mañana —le pidió.

Sin cuestionarlo, su novio se los llevó a la sala de estar y los metió dentro de una bolsa para que los mellizos no los descubrieran al otro día.

—Mis padres estuvieron lejos de ser ejemplares —dijo Jaebyu al regresar al cuarto y subirse a la cama. Se sentó sobre los talones—. Pero los extraño siempre que tengo algún problema. Desearía tener un último día con ellos para despedirme y decirles que, a pesar de todo, los sigo queriendo.

Minki se quedó observándolo un largo tiempo hasta que Jaebyu cambió de posición y se acostó a su lado.

—Olvida lo que dije —le pidió su novio tras apagar las luces—. Nuestras historias no son comparables.

—Al menos tú sabes que tuviste unos padres que no fueron perfectos. Yo no tuve nada.

Entonces, se cubrió con las mantas y le dio la espalda.

Se arrepintió al instante de su arrebato y se giró hacia su novio. Abrazó a Jaebyu y le dio un beso en la garganta.

—Lo siento, no estoy enojado contigo. No tenía que contestarte así, soy un idiota.

Hubo una caricia suave en su cintura.

—Está bien, entiendo.

Entendía.

A diferencia de su padre, Jaebyu siempre lo hacía.

La guardería de los mellizos se ubicaba a no más de cuatro cuerdas del departamento, por lo que, cansado de no caminar más que de la cama a la cocina y al baño, decidió ir a buscarlos para estirar sus músculos atrofiados. La tarde estaba helada, el sol de enero no calentaba nada. Los niños gritaron eufóricos al verlo.

—¡Papi!

Como los dos desordenados que eran, no hicieron caso a los gritos de su profesora y salieron corriendo hacia él y le abrazaron las piernas. Minki les acarició el cabello, notando que Chaerin tenía pegada una goma de mascar en la raíz.

—¿Quién lo hizo? —preguntó, armándose de paciencia.

No se sorprendió cuando su hija apuntó a su hermano. Por supuesto, el mayor enemigo del otro siempre sería su mellizo, como también su mejor amigo. Si se enojaban con el otro podían ser terribles, sin embargo, si se unían y atacaban a un tercero era lo peor.

Una de sus profesoras se le acercó para hablar del comportamiento de sus hijos. Minki ya estaba acostumbrado, así que rápidamente se disculpó y juró inocencia.

De camino de regreso, se los llevó caminando sujetados de la mano. La de Chaerin era pequeña y apenas se ajustaba a la suya, en tanto la de Beomgi estaba pegajosa con algo que no quiso averiguar. Por cinco minutos no pudo hablar, porque entre ambos se interrumpían para contarle sus aventuras del día.

Cuando estaban por llegar, Minki tuvo la sensación de que alguien los observaba. Mientras distraía a los mellizos, fingió atarle los zapatos a Beomgi para revisar la calle atrás suyo.

Divisó a alguien a lo lejos. Boina oscura y grande que cubría su cabello, vestido de abrigo largo de la misma tonalidad. A la distancia solo podía identificar que era un hombre de una contextura similar a la suya.

Continuó su camino.

Luego fingió que uno de sus hijos estaba cansado y se agachó para alzarlo.

El hombre estaba a unos metros.

Apresuró el paso, le quedaban menos de dos cuerdas para llegar. Pasó por un local y revisó por el reflejo de la vitrina la vereda de enfrente. El hombre no venía cerca, lo seguía a gran distancia.

Pensó en el señor Moon.

¿Sería el papá de Dae?

Ese hombre era espeluznante y en más de una ocasión lo sorprendió siguiéndole. Si bien dudaba de que fuera él, tampoco podía descartarlo.

Como no quería llevarlo directo a su domicilio, se detuvo a comprar *tteokbokki*. Ocupó una de las mesas del local. Por más que examinó la calle esperando que el hombre pasara, no sucedió.

Tardó en irse tanto como pudo. Al retomar su camino, revisó ambos lados de la calle sin encontrar a nadie.

¿Se habría marchado?

Eso parecía.

Sin embargo, al llegar al complejo departamental, se lo encontró alimentando a unas palomas. Ingresó al hall y se quedó ahí analizando la calle, en tanto los mellizos hablaban con el administrador.

—¿Sucedó algo, señor Lee? —preguntó el empleado.

Minki sacudió la cabeza.

—No es nada.

Una vez en el departamento, llamó a Daehyun.

—Dae, ¿tu padre está contigo?

—Estoy en la academia —respondió su amigo—, así que imagino que andará cerca.

El señor Moon solía seguir a Dae. A Minki le parecía terrible y espeluznante que lo hiciera, ¿pero qué se podía esperar de un hombre que pasó años encerrado en un laboratorio siendo el experimento de alguien? No se le podía pedir una relación sana a alguien que no sabía amar de esa forma.

Minki meditó las palabras de su amigo. La escuela donde asistía a clases se localizaba a dos cuadras del departamento, así que era probable que fuera el señor Moon.

—Si lo ves, ¿podrías preguntarle si me lo encontré hoy?

—¿Por qué? —se extrañó Dae.

—Es que creí verlo, solo es eso —mintió.

Minki se acercó a la ventana y comprobó la calle.

—Está bien —aceptó su amigo—. Por cierto, el otro día papá dijo que es fácil acceder a tu departamento.

Se ahogó con su propia saliva.

—¿Cómo?! —elevó la voz, alarmado por lo que acababa de oír.

—Me imagino que intentó ingresar o que directamente lo hizo —aceptó Dae con tono apenado.

—Dae, tu papá es escalofriante y está mal de la cabeza.

Era completa y absolutamente espantoso. Horrible.

—No —Dae siempre lo defendía—, no da miedo. Es extraño, lo sé, pero es bueno. Lo juro. Él te está protegiendo.

Resopló.

—Esas no son formas de hacerlo.

No obstante, el señor Moon no era una persona que se pudiera corregir. No estaba bien, por eso no sabía querer y preocuparse por las personas y probablemente nunca lo supiera.

—Pídele que no me siga más, me da miedo.

—Le diré, aunque no sé si me haga caso.

Minki cerró las cortinas.

No había nadie en la calle.

De todas formas, comenzó a portar su arma de servicio incluso estando como civil.

Febrero llegó pronto e, increíblemente, Jaebyu y Minki cumplieron tres meses siendo *algo* no identificado. Y digno de *algo* sin nombre, lo que había iniciado como una visita al departamento del enfermero para aprovechar que no estaba de turno, se convirtió de pronto en otro tipo de reunión. Minki apenas alcanzó a quitarse los zapatos en la entrada, antes de ser tomado por el brazo y besado contra la pared con una intensidad que lo hizo reír de los nervios, para luego continuar esos mismos besos en una cama estrecha y desordenada.

En medio de las mantas que olían a desinfectante de hospital, Minki acomodó las piernas alrededor de la cintura de Jaebyu para que sus erecciones se rozaran contra la otra, a pesar de sus ropas. Cada vez que Minki curvaba la espalda y ejercía presión con sus piernas para alzar la cadera, Jaebyu gemía complacido en sus labios. Lo volvía loco sentir el pene de Minki latiendo contra el suyo. Era, después de todo, algo nuevo. Y lo nuevo siempre traía consigo ese placer incontrolable.

Sonriendo satisfecho, arrastró sus dedos por debajo de la camiseta de Jaebyu e intentó quitársela por la cabeza. Como si recién estuviera cayendo en el hecho de lo que estaban haciendo, el enfermero se detuvo de forma abrupta. Como Minki lo mantenía enredado con las piernas, no pudo apartarse. Jaebyu lo miró con las pupilas dilatadas, un jadeo acelerado escapó de sus labios brillantes e irritados por sus besos. Tenía el cabello desordenado por sus manos.

—Debemos detenernos —pidió Jaebyu.

La erección de Minki latió en protesta. Jaebyu gimió al sentirla y se desplomó sobre él para esconder la cabeza en su cuello.

—¿No quieres hacerlo? —susurró Minki en su oído—. Porque yo quiero, mucho, te lo prometo.

—También quiero.

Sintió que Jaebyu enterraba los dedos en su cintura para sujetarlo y también para contenerse.

—¿Entonces? —debatía Minki besándole el borde de la mandíbula.

Jaebyu cerró los ojos. Minki jamás creyó que podía excitarlo tanto el placer de otra persona. Podría llegar fácilmente al orgasmo con un par de roces más si continuaba oyendo los gemidos del enfermero contra su oído.

Se estremeció de solo imaginarlo.

—No nos hemos realizado las pruebas para identificar infecciones de transmisión sexual.

Minki nunca había perdido una erección tan rápido. Sin embargo, al percatarse de la expresión seria de Jaebyu, entendió que era un tema muy importante para él.

—Está bien —aceptó, dejando caer sus piernas sobre el colchón—. Pero que conste que yo he tenido sexo solo con un hombre y una única vez. Y además ocupamos condones.

—Hay infecciones de transmisión sexual que el condón no protege completamente, incluso si se utiliza bien —dijo, sacando su título de enfermero—. Hay infecciones causadas por virus y bacterias que se transmiten por el contacto de las pieles del área genital que no están cubiertas

por el preservativo. Como, por ejemplo, el virus del papiloma humano, la sífilis, el herpes o las ladillas.

Minki frunció la nariz, ¿cuándo sus besos acalorados se habían convertido en una clase de salud pública? Oficialmente su erección se había esfumado del todo. Un soldado caído en guerra.

—Por suerte a mí no me crece vello allí abajo —comentó por decir algo.

—¿No? —se sorprendió Jaebyu, analizando sus brazos poco poblados—. De todas formas, nuestra salud no puede depender de palabras y promesas, para eso están los exámenes. Todas las parejas deberían hacérselas antes de comenzar a tener una vida sexual en conjunto y repetirlas cada año.

—¿Eso quiere decir que tú ya lo has hecho antes? —cuestionó tensando la frente y agregó lo obvio—: Con otras personas.

—Por supuesto —respondió Jaebyu luciendo desconcertado.

No quiso sentirse dolido porque era lógico que Jaebyu tuviera una vida antes que él. De igual forma, no pudo evitar sufrir por los celos. Luego, entendió lo que el enfermero dijo entre líneas y se le aceleró el corazón de los puros nervios.

—Pero nosotros no somos pareja —acotó.

Jaebyu se acomodó para sostener parte de su peso con los codos. Minki deseaba que lo siguiera aplastando contra la cama, pero lamentablemente nadie pidió su opinión.

—No sé lo que habrás interpretado de mí, pero no soy alguien que le guste tener sexo con gente que no conoce ni estime. He tenido dos parejas sexuales en mi vida y ambas fueron mis novias.

—Es que sigue existiendo una gran diferencia.

—¿Cuál?

—Yo no soy tu novio —observó con algo de rencor—. No me lo has pedido.

—¿Tenía que hacerlo? —cuestionó Jaebyu con absoluto desconcierto.

Minki resopló indignado

—Por supuesto que sí, llevo meses esperando que lo hagas.

—Podrías haberlo hecho tú.

Era cierto, aunque no quiso darle la razón.

—Fuiste tú el que me rechazó cinco veces, así que eres tú quien debe dar el primer paso —asintió, convencido de lo que decía—. Vamos, estoy esperando las palabras mágicas.

Jaebyu parecía tan avergonzado como ultrajado. Más se asemejaba a un herido de bala que a un hombre loco de amor.

—¿Quieres ser mi novio?

Chasqueó la lengua.

—Si me lo pides así, no.

—Pero...

—Se supone que le estás pidiendo noviazgo a alguien que te gusta, pero parece que te estuvieran obligando a ir al mismísimo infierno.

Eso hizo reír a Jaebyu con tanta fuerza que sus brazos cedieron. Su carcajada le cosquilleó en la piel del cuello.

—Lo siento —aceptó—. Tienes razón.

—Por supuesto que la tengo —reclamó, empujándolo por las costillas hasta que Jaebyu rodó hacia un costado. Este lo sujetó por la muñeca para que no pudiera escapar.

—No te vayas —pidió el enfermero—, por favor.

Frustrado, se dejó caer de espalda.

—Eres la persona menos romántica que he conocido en mi vida —protestó Minki—. Te odio.

Aun así, quería seguir ahí. Deseaba estar con él y escuchar de nuevo su propuesta por muy seca que fuera. Quería decirle que sí, porque Jaebyu, con sus defectos y gruñidos, era la persona que más le había gustado en la vida entera. Ni de adolescente, cuando se besaba a escondidas con su vecino, había experimentado aquella emoción y ansiedad.

—Me gustas mucho, Minki —aseguró Jaebyu tras unos instantes. Le acarició el cabello rubio para apartárselo del rostro y le besó la comisura de su boca consentida.

Minki alzó la mirada hacia él.

—También me gustas —admitió. Entonces, le clavó el codo en las costillas—. Ahora es el momento que me pides ser tu novio. Pero no coloques esa cara de muerte o me sentiré en la obligación de decirte que no de nuevo.

Riéndose, Jaebyu le acarició la mejilla.

—¿No sería más fácil que tú me lo pidieras?

Negó con la cabeza, el cabello de su nuca se enredó contra las mantas.

—Ya te dije, yo di los primeros pasos para comenzar esta relación. Te toca a ti formalizarla.

Tras un corto suspiro, Jaebyu dijo:

—¿Quieres ser mi novio?

Y a pesar de que mantenía la boca fruncida como si hubiera masticado algo agrio, sus ojos brillaron mientras esperaba su respuesta. Minki se apoyó en los codos para alzarse y darle un beso.

—Está bien —fingió aburrimiento—. Eres tú o una vida de soltería, qué se le va a hacer.

Jaebyu soltó un gemido contenido.

—¿A eso le llamas respuesta?

—Ni te quejes, Yoonie. A pregunta roñosa, respuesta estúpida.

Frustrado, Jaebyu se cubrió el rostro con sus manos de dedos largos y bonitos.

—Es que... yo no sé cómo decirlo mejor.

—¿Decir qué?

—Que... —tragó saliva.

Como no continuó, Minki lo dejó estar.

—Está bien, descuida.

—Pero... yo...

Jaebyu se puso de pie en busca de su teléfono. Regresó tecleando algo. Poco después, el celular de Minki vibró. Al querer sacarlo, Jaebyu puso una mano en su muñeca y se lo impidió con suavidad. Estaba tan sonrojado que hasta sus orejas habían tomado esa coloración.

—Es una canción —explicó el enfermero—. Se llama «Mind Over Matter» de Young the Giant. Te la envié titulada. Escúchala cuando llegues a tu casa.

Minki así lo hizo.

No la conocía.

Leyó la letra.

Sabes que estás en mi mente.

Buscó el contacto de Jaebyu, tenía otro mensaje de él. Era una estrofa de la canción.

Señor Yoon: «Cuando las estaciones cambien, ¿vas a estar junto a mí?».

Minki: «¿Sabes cuánto odio sacarme sangre?».

Todo por un orgasmo.

Pero también porque nunca le había gustado alguien tanto como ese chico.

Cuando a los días le tocó ir en búsqueda de los resultados de sus exámenes, fue a la sala de emergencias para mostrárselos a Jaebyu; los del enfermero habían llegado antes. Sentado detrás del mesón de Urgencias, conversaba con la enfermera Somi.

—Me contaron que estás saliendo con un hombre —decía ella. Ninguno se había percatado de que él estaba a unos metros. Jaebyu revisaba algo en su computadora y Somi lo observaba expectante.

—¿Quieres que te lo confirme? —cuestionó Jaebyu sin inmutarse—. Porque sí, es real.

—En los cinco años que nos conocemos, ¿por qué nunca mencionaste que eras bisexual? —se extrañó ella.

—¿Tenía que hacerlo? —Jaebyu tecleó algo rápido antes de continuar—. Tampoco creo que lo sea.

—¿Hetero curioso?

—Él me gusta y es persona, no es *algo* para sentirme curioso.

—¿Pansexual entonces?

Molesto por la intromisión, Jaebyu apartó su atención del computador y sacudió la cabeza.

—Disculpa, ¿es que ahora tengo la obligación de definir mi orientación sexual?

—No —contestó Somi, desconcertada.

—Perfecto, porque no me apetece hacerlo.

—Está bien —aceptó Somi negando con suavidad—. Solo preguntaba. Pensé que éramos amigos.

Controlando su mal genio, Jaebyu dio una inspiración corta.

—Quiero salir con alguien que me guste por cómo es, no por cómo se ve.

—Está bien.

—Eso es todo lo que debería interesarte como mi amiga.

Somi no buscó responderle. Ambos se sumergieron en sus propios trabajos, a los pocos segundos ella se puso de pie y se marchó. Iba tan distraída contemplando el suelo que no notó que Minki se encontraba ahí. Meditó si debía acercarse o no, porque el enfermero no parecía de buen humor.

Frunció los labios.

Finalmente se decidió y dejó la carpeta con los resultados sobre el mesón.

—También estoy limpio —anunció como saludo.

Jaebyu levantó la vista de inmediato. Su expresión irritada cambió a una más relajada. No sonreía pero ya no estaba enojado.

—¿En serio?

—Aja —aseguró.

—La verdad, es que ya lo sabía.

—Cuánta confianza —ironizó.

—Lo vi en la computadora.

Minki se quedó pensando en la conversación que escuchó por error. Con expresión traviesa, se apoyó en el mostrador.

—Entonces, ¿el viernes a las seis en tu departamento?

Recibió como respuesta una caricia en la mejilla y una promesa en inglés que pudo entender:

—*You know you're on my mind.*

«Sabes que estás en mi mente».

A Minki le dieron el alta médica el 23 de enero con la condición, nuevamente, de que solo realizara trabajo administrativo. Estuvo feliz de aceptar. Nunca se había aburrido tanto en su vida como durante aquellas semanas, más aún porque los mellizos asistían a la guardería durante el día, Jaebyu cumplía turno doble puesto que reemplazaba a Somi que estaba de vacaciones, Sungguk seguía en su cruzada de entrometerse en casos que no le incumbía y Dae había empezado un nuevo curso de contabilidad que le quitaba mucho tiempo. Por fortuna, su salud física mejoró de manera considerable, al punto de que se le autorizó retomar los ejercicios en casa con la finalidad de no deteriorar sus músculos.

Considerando que Minki iba a volverse loco si pasaba otro viernes encerrado en casa, decidieron asistir a un restaurante que Sungguk siempre le recomendaba. Se localizaba en el centro de Daegu, específicamente en el quinto piso del edificio.

Como estaban Sungguk, Dae, Jaebyu y él, ordenaron una parrillada. Mientras llegaban los *banchan*, Daehyun se tocó la parte alta de las costillas con una expresión de incomodidad. Se acercaba el parto, por lo que Sungguk se alarmó al instante.

—¿Hanni va a nacer?! —exclamó colocándose de pie en un brinco.

A pesar de estar cerca de los nueve meses, Hanni no era muy grande por lo que, a pesar de ser m-preg, Dae iba a llegar a las treinta y ocho semanas de gestación. Si bien ya tenían agendada la cesárea para dos semanas más, de igual forma le habían recomendado a su amigo realizar largas caminatas para intentar adelantar la labor de parto.

—No —respondió Dae con calma—. Está dando patadas, bobo, no seas tan exagerado.

Minki entendía cómo se sentía. Cuando estuvo embarazado de los mellizos, se le hacían insoportable los dolores que le provocaban sus movimientos. Sin embargo, como Jeonggyu fue tan tranquilo —al punto de que llegaron a creer que le había sucedido algo— Dae no estaba acostumbrado a tanta actividad.

—El problema es que me está aplastando la vejiga —se quejó Dae—. Regreso en un momento.

Sungguk abandonó sus palillos, con los que estuvo robando rábanos encurtidos, e intentó seguirlo. Dae lo detuvo colocándole una mano en el hombro y dándole una mirada de advertencia.

—Iré a orinar. Déjame solo —dijo.

—Pero...

Dae se marchó sin esperar a su novio. De todas formas Sungguk parecía dispuesto a perseguirlo, pero Minki estiró el pie y se lo cruzó entre las piernas para hacerlo perder el equilibrio.

—Déjalo. Lo haces sentir mal cuando te pones así.

—¿Por preocuparme? —preguntó sin entender.

—Por sobreprotegerlo como si todavía no confiaras en él.

Su amigo regresó a su puesto, aunque no despegó la vista de las escaleras. En ese edificio, los restaurantes y locales compartían un mismo baño ubicado en el segundo nivel.

—¿Pero y si se cae o le pasa algo?

—No seas fatalista —se quejó Minki—. Fue al baño, no a correr una maratón.

Jaebyu comenzó a preparar la carne que llegó instantes antes. Su expresión era concentrada y aparentemente ajena mientras se ayudaba con las tijeras y las pinzas para hacer trozos más pequeños.

—Deberías dejar de cuestionarle sus decisiones —acotó Jaebyu. Minki se sorprendió al oírlo, no pensaba que les estuviera prestando atención.

—Lo quería ayudar porque está embarazado, no porque considero que sea inútil.

—¿Pero le has hecho ver la diferencia? —refutó Jaebyu—. ¿Se lo has explicado o solo te has comportado de forma ansiosa y asfixiante?

Todavía más anonadados, Sungguk y Minki se dieron una mirada rápida. Se encogió de hombros ante su amigo, quien respondió a tropiezos.

—No —dijo—, ¿tenía que hacerlo?

—Desde mi punto de vista, sí —respondió Jaebyu—. Se te olvida que Dae estuvo encerrado diecinueve años por una persona que se preocupaba en exceso por él. No repitas patrones. Lo espantarás.

Sungguk se rascó la mejilla y bajó la barbilla.

—Tienes razón.

Dae llegó poco después, venía agitado y con las manos sobre la cintura. Como era invierno y hacía frío incluso dentro del local, no tuvo la necesidad de sacarse la chaqueta que protegía su vientre de miradas ajenas.

—Son muchas escaleras —avisó al tomar asiento.

—Dae —dijo Sungguk de inmediato—, quiero que sepas...

—No es necesario que sea ahora —intervino Minki.

—... que eres la persona más inteligente y capaz que he conocido en mi vida entera.

La vista nerviosa de Dae se movió desde su novio hacia Minki, pidiéndole ayuda en silencio.

—¿Gracias? —susurró sin entender.

—Y que intente acompañarte al baño no es porque piense que eres incapaz de encontrarlo, es por si necesitas ayuda dado que estás en tus últimas semanas —entonces, asintió feliz—. Jaebyu me dijo que debía explicártelo.

El enfermero chasqueó la lengua y alzó las tijeras.

—No quise decirlo así —se excusó.

Eso le sacó una risa a Dae, quien sujetó a Sungguk por el brazo y lo estrechó contra él. Con la mejilla apoyada en el hombro del policía, sonrió.

—Entiendo —dijo—. Sungguk es bobo, pero lo quiero así.

—Alguien que piensa igual que yo —acotó Minki con fingida frustración.

No mucho tiempo después, cuando Minki se dio cuenta de que Jaebyu le llenaba el vaso de agua antes de que se le acabara, ya se había bebido una jarra completa. Sintiendo la vejiga a punto de reventar, se levantó para ir al baño. Dae lo siguió.

—Es culpa de Hanni —se excusó.

Bajaron con cuidado los escalones, Daehyun aferrado a la barandilla por si se tropezaba. Entre las escaleras del tercer y segundo nivel se toparon con un hombre sentado en los escalones. No se movió de su lugar a pesar de que estaba pegado a la baranda y Dae bajaba por ahí. Minki lo fulminó con la mirada cuando pasaron por su lado.

—Imbécil —masculló.

A la izquierda se encontraban los baños masculinos. Estaban ocupado los dos urinarios, pero había un cubículo libre. A la vez que sintió una vibración en el muslo, le hizo un gesto a Dae para que pasara.

—Yo puedo aguantar.

Su amigo se lo agradeció en silencio e ingresó.

La vibración insistió contra su pierna. Molesto, sacó su celular. Era su hermano. Se le aceleró el corazón de inmediato, ¿habría sucedido algo? Minjae cuidaba a los mellizos esa noche.

—¿Qué pasa? —preguntó al contestar.

La señal era mala, escuchó unos ruidos de interferencia que no le permitieron entenderlo.

Se metió al baño.

—Dae, bajaré porque necesito contestar una llamada. No me esperes.

En el momento que su amigo aceptó, bajó los escalones que le quedaban hacia la primera planta. Salió a la calle y la voz de su hermano por fin le llegó con claridad.

—¿Qué pasó? —repitió.

—Verás...

—Dilo.

—Beomgi decidió hacerle flequillo a Chaerin.

Sintió las piernas livianas por el alivio.

—¿Solo es eso?

—Se ve bastante mal —informó Minjae—. Debe haberle dejado un centímetro de cabello.

—Al menos no le pegó goma de mascar —hacía frío afuera. Metió una mano en su abrigo oscuro y buscó el calentador desechable, que activó—. Dile a Beomgi que hablaré con él cuando llegue. Por lo pronto, ponles una película y deja que Chaerin la elija.

—¿Y qué hago con su pelo?

—¿Está llorando?

—Dice que le gusta.

—Entonces no hay problema.

—Que conste que te avisé.

—Me doy por advertido.

Regresó al edificio con las manos en el bolsillo y la vejiga a punto de explotar. Subiendo al baño por poco chocó con alguien que descendía corriendo.

—Ten cuidado —se quejó Minki.

Era el mismo sujeto de la escalera. El hombre dudó al observarlo. Tenía las mejillas con salpicaduras de pintura roja. Fue a sujetarlo, pero emprendió camino y bajó corriendo apenas pudo. Minki se le quedó mirando, de pronto procesando las manchas en su rostro.

¿Eso era... sangre?

Un nudo se le formó en el estómago y terminó de subir los peldaños con un dolor punzante en las costillas. Fue al baño gritando el nombre de su amigo.

—¿Dae...?

Una inmensa mancha de sangre abarcaba una gran área hasta desaparecer en un desagüe ubicado en el centro de la instancia. Y con la boca entreabierta y un hilo de sangre corriendo por la esquina de ella, había un chico joven, que debía rondar su edad, de cabello rubio y usando un abrigo oscuro. Su mirada angustiada y atemorizada fue hacia él, mientras mantenía las manos manchadas en rojo sobre su estómago.

No era Daehyun.

No lo era.

No lo era.

Observó al chico, después hacia la entrada. Sus piernas dudaron antes de quitarse la chaqueta, buscar su teléfono y arrodillarse a un lado. Usó su abrigo como compresa.

—Pediré ayuda —dijo.

Sus dedos bañados en sangre dejaron manchado su celular cuando lo arrojó al piso y solicitó realizar una llamada.

—Llama a «Señor Yoon» —pidió.

Su novio le contestó de inmediato.

—¿Minki, dónde...? —le costó escucharle por la mala conexión.

—Estoy en los baños. Corre.

Oyó el ruido abollado de algo, de metal golpeado. Se escuchaba también el ruido de un jadeo entrecortado por la interferencia.

—Explícame —suplicó.

A los pocos segundos llegaron al baño. La expresión de terror de Jaebyu fue desde la sangre que bañaba el piso, hacia sus manos rojas, hacia a Minki y finalmente hacia el chico.

—¡Yoon! —le hizo reaccionar Minki—. Llama a una ambulancia.

—Yo lo hago —dijo Sungguk.

Su novio por fin se movió. Se arrodilló y sujetó su chaqueta.

—Apuñalamiento —observó.

Con dificultad, Minki se puso de pie.

—Corrió hacia la calle, creo que sé quién fue —pasó por un lado de Sungguk y bajó las escaleras, el dolor se intensificaba en sus costillas. Intentó recordar lo que pudo cuando su amigo lo alcanzó—. Es un hombre que no debe llegar a los treinta años. Usa gorra deportiva oscura, abrigo y pantalones del mismo color. Tenía rastros de sangre en el rostro. Ojos pequeños, cejas anchas y poco pobladas. Mandíbula sobresaliente.

Estaban en la calle.

—Tú a la izquierda —apuntó Sungguk—. ¡Y no corras!

Moviéndose tan rápido como se lo permitía su condición, Minki avanzó por la calle mientras se palpaba el pantalón en búsqueda de su teléfono para llamar a la estación de policía. Lo había olvidado en el baño.

Se desplazó entre las personas que repletaban el barrio reconocido por su vida nocturna. Era, por lo demás, viernes. La gente borracha interceptaba su camino, a pesar de que otras tantas, que se percataron de su ropa bañada en sangre y sus manos sucias, se alejaban de él con exclamaciones de pánico y horror.

Al llegar a una intercepción, analizó las tres opciones que tenía enfrente.

—¿Han visto a un chico de gorra deportiva y ropa oscura? —le cuestionó a una chica que pasaba por su lado.

Ella gritó y se alejó por el susto. Frustrado, Minki palpó los bolsillos de su pantalón y sacó su billetera. La abrió y se la mostró, luego al resto que empezaba a rodearlo.

—Soy policía y estoy buscando a un chico de mi edad, con gorra deportiva y ropas oscuras.

Pero con aquella pobre descripción casi la totalidad de la población del barrio podía ser sospechosa.

—Tiene el rostro con manchas de sangre —continuó.

Nadie contestó.

Los pocos sobrios que quedaban en la zona, se alejaron antes de que pudieran interrogarlos; el resto estaba demasiado borracho como para importarles algo más que beber.

Buscó por los alrededores sin localizar nada.

Recibió un mensaje de Dae preguntando qué había ocurrido, porque estaba todavía en el edificio y no los dejaban salir.

Regresó observando las cámaras que podrían ayudarlo con la posterior investigación. Halló un par. Afuera del edificio se encontraba una ambulancia y un carro de policía, las luces azul y rojo iluminaban la calle.

No reconoció a la pareja de oficiales, pues correspondían a otra jurisdicción, así que sacó su billetera y se las presentó cuando estos le obstaculizaron el paso.

—Fui quien encontró a la víctima. Favor graben esto, necesito contar los hechos ocurridos antes de que olvide algún detalle.

En la lejanía se oyó una patrulla más.

Con las piernas agarrotadas, tomó asiento en el suelo y cerró los ojos, mientras contaba lo sucedido. Los oficiales le ofrecieron una botella con agua para que se limpiara la sangre de las manos. Lo hizo pero las seguía sintiendo pesadas, sucias, y mantuvieron un tinte enrojecido.

Al poco rato, aparecieron unos paramédicos bajando una camilla y depositándola en la ambulancia; un tercero apretaba una camisa contra el estómago del chico que trasladaban.

Jaebuy salió poco después. Tenía también las manos rojas y, a pesar del frío, solo vestía una camiseta delgada. No llevaba ni su camisa ni la chaqueta, debió haberlas ocupado para contener la hemorragia. Fue directo hacia él y tomó asiento a su lado.

—Murió, ¿cierto?

Su novio tenía la mirada baja.

—Sí.

—No podías hacer nada.

—Yo... lo sé... sé cómo es esto, pero... nunca deja de... nunca deja de ser desconcertante ver a alguien fallecer en tus manos —se le cortó la voz, se lamió los labios, lo intentó una segunda vez—. Lo reanimé, pero era imposible. Conté al menos diez heridas realizadas con un arma punzante.

Minki le tocó la barbilla y Jaebuy apoyó la mejilla en su hombro.

Se quedaron así, en tanto esperaban que evacuaran el edificio por la salida de emergencia para no ensuciar la escena del crimen.

Dae tardó en aparecer entre el mar de personas. Estaba pálido y preocupado, su mirada recorrió la calle hasta ellos. Su expresión se afligió al no localizar a su novio.

—¿Y Sungguk? —preguntó de inmediato.

—Sigue sin regresar —dijo Minki.

—No me contesta —avisó Dae.

—A mí tampoco, pero sabes cómo es.

No quería preocuparse, tampoco tenía razones para hacerlo. Su amigo nunca respondía el teléfono si andaba detrás de una pista. Era como un sabueso mal entrenado, porque sabía hacer una cosa por vez.

Minki le dio un golpe al suelo y estiró su mano para que Dae se la cogiera.

—Ven, siéntate, será una larga noche.

Yeo Eunjin los analizaba desde el otro lado del escritorio. Tenía las manos apoyadas sobre el estómago y el asiento reclinado hacia atrás. Vestía de civil. Estaba de vacaciones en la isla de Jeju cuando su jefe lo llamó para suspender su descanso legal. Por obvias razones el buen humor no era parte de su sistema. Y para ellos tampoco. Minki todavía llevaba la ropa manchada de sangre, aunque se había limpiado los restos que le quedaron en el cabello, rostro y manos. Se sentía sucio e incómodo, también cansado porque eran pasadas las cinco de la mañana.

Sungguk no se veía mucho mejor, aunque al menos no estaba sucio. Pasó horas siguiendo pistas que no lo llevaron a nada. Se estaba quedando dormido en el asiento en tanto esperaban a que Eunjin se animara a hablar. Minki suponía que la cita sería para constatar hechos. Veía acercarse otra suspensión.

—Lo que yo me pregunto —comenzó su jefe—, es por qué de nuevo se encuentran involucrados en un caso.

—Mala suerte, supongo —contestó Sungguk—. O quizás lo contrario.

Eunjin cambió de posición, su vista no se apartó de ellos.

—¿A qué te refieres?

—No creo que exista una coincidencia.

Minki tampoco. Si bien él ya había intentado explicarle a su jefe las posibles causalidades que tenían en común esas denuncias, había sido desestimado. No se involucraría de nuevo en casos donde no le solicitaban ayuda.

No iba a responder, por fortuna su amigo era mucho más imprudente que él.

—Ya conversamos contigo nuestra teoría.

—Lo hicieron —aceptó Eunjin. Tocándose la barbilla con una de las manos, se estiró en el asiento hasta que sus codos estuvieron sobre la mesa.

—No creo que sea una coincidencia que el ataque se realizara en el mismo lugar donde se encontraban Daehyun y Minki —prosiguió Sungguk—. Ellos habían ido al baño instantes antes, incluso se encontraron al atacante en la escalera. Si no les sucedió nada fue porque Daehyun se desocupó pronto y Minki recibió una llamada de su hermano.

—Eso quiere decir que estaban buscando a personas como ellos.

—M-preg —acotó Minki.

Se preguntó por qué todo el mundo tenía tantos problemas para pronunciar una simple palabra. A la gente se le cambiaba un poco el concepto de hombres y mujeres y se volvían locos. Rechazaban algo que ni siquiera los involucraba.

Como Eunjin no contestó, Sungguk retomó la conversación.

—Eunjin, ¿no crees que el chico que murió se asemeja físicamente a Minki?

Eunjin sacó su celular y buscó algo en él. Al dejar el aparato sobre el escritorio, lo mantuvo encendido por lo que Minki pudo visualizar una imagen de la escena del crimen. Su jefe deslizó el dedo por la pantalla y apareció una segunda fotografía.

Era de la víctima.

Estaba pálido y con los ojos cerrados en una camilla. Minki no pudo identificar si la habían sacado en la sala de emergencia del hospital o en la morgue. Lo que sí era fácil de concluir era lo recién explicado por Sungguk: era evidente el parecido. No eran iguales, pero sus principales rasgos se asimilaban, como el cabello rubio tinturado, la chaqueta oscura que ambos utilizaban y su contextura.

Entonces, ¿él era el objetivo principal del ataque?

Se le hizo un nudo en el estómago.

¿Pero por qué?

¿Se encontraban ante un crimen de odio?

Podía serlo.

¿Pero por qué atacar a un policía?

A menos que él no fuera el objetivo.

A menos que lo fuera otro m-preg.

—No creo que yo haya sido el objetivo —dijo.

Extrañado, Sungguk lo miró.

—¿Quién entonces?

—Daehyun.

Sungguk se sentó recto, de pronto alerta.

—¿Cómo?

—Cuando sacamos a Daehyun de la casa de su abuela, su caso se volvió público. Si bien intentaron esconder los antecedentes, una parte de la población logró enterarse de la noticia — como Sungguk se mantuvo atento al igual que Eunjin, Minki se acomodó en el asiento y se animó a continuar—. En el caso de que estemos tratando con una organización, que desconocemos su poder e influencia, como también cuántas personas se encuentran involucradas, deben haber seguido el caso de Daehyun.

—Tú también estás inscrito, por tanto tu condición es pública —analizó Sungguk, negándose a aceptar sus palabras.

—Existe una diferencia importante.

—¿Cuál? —cuestionó su amigo.

—Yo soy policía, mientras que Daehyun es un objetivo más sencillo. ¿Por qué buscarían atacarme considerando las repercusiones?

—Pero el chico se parecía a ti, no a Dae.

Minki le tocó el muslo a su amigo para tranquilizar su pierna temblorosa.

—No digo que yo no haya sido investigado también. Pero creo que Dae era el objetivo principal y yo el plan B, por decirlo de una manera. Lastimosamente, salió involucrado un tercero. Así que si la víctima es o no otro m-preg, sería mera coincidencia.

—Entonces, todavía consideras que el nodo de origen son los m-preg —buscó Eunjin una confirmación.

—Así es.

Su jefe no parecía molesto, tampoco escéptico. Por primera vez desde que comenzaron a ocurrir la serie de casos, parecía dispuesto a escuchar la opinión de Minki. El problema era que todavía existían muchos vacíos en su teoría y Eunjin se lo dejó ver.

—El paradero de Ryu Dan sigue siendo desconocido, pero estaba inscrito en las listas gubernamentales.

—Era de dominio público su condición de m-preg —asintió Minki—. ¿Se conoce si la expareja que tuvo Park Siu en 1999 también lo era?

Eunjin se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Si lo fue, no lo sabremos. No aparece registrado y sus antecedentes médicos no indican una posible condición m-preg. De igual forma —continuó su jefe antes de que lo interrumpiera—, no podríamos descartarlo ya que en esos tiempos se escondía para que no fueran usados como experimentos.

—¿Y Park Siu no mencionó algo en los interrogatorios?

—Dice que no lo era. Y los detectives no tienen recursos ni autorización para reabrir dicho caso.

Al expirar el estatuto de limitaciones, la oportunidad de ejercer acción penal había caducado. Y si no se podía ejercer acción penal, era casi imposible obtener una autorización para continuar investigando la desaparición.

—Todo lo que tenemos para indagar son los antecedentes de la pesquisa realizada en esos años —siguió Eunjin—. Pero el caso fue cerrado y se presentó una declaración de presunta muerte. Hwang Sam fue inscrito en el libro de defunciones hace cinco años.

Minki no permitió que el pesimismo lo invadiese, pero terminó flaqueando cuando Eunjin prosiguió con los casos y entendió que su teoría quizás no era apropiada, sino que más bien era un mar de casualidades en un mundo poco probable.

—En cuanto a la pareja desaparecida, también se desconoce si Do Taeoh presenta una condición de m-preg. No está registrado y en sus antecedentes médicos tampoco se hace mención de ello.

A diferencia de Minki que, entre más escuchaba el discurso de su jefe más se destruía la única teoría que cruzó por su mente, Sungguk se veía más aliviado a medida que avanzaba. Había cerrado los ojos y estaba apoyado en el respaldo de la silla con la cabeza inclinada hacia atrás. Si bien el argumento de Eunjin sembraba un caos en la línea de investigación, para Sungguk significaba que Daehyun no corría peligro latente, que nadie lo investigaba, que nadie estaba interesado en él.

No obstante, para Minki se sentía como los reproches de su madre cuando cuestionaba por qué sacaba malas calificaciones en matemáticas, cuando existían fórmulas y teorías establecidas hacía décadas para resolver cada operación. Si bien solo se tenía que seguir algo ya escrito y probado, seguía equivocándose en ello. Por eso refutó con el mismo tono desesperado que usaba de pequeño para explicarle a su madre que las matemáticas no eran tan simples como decía ella.

—Que no esté registrado no significa que Do Taeoh no sea un m-preg.

Supo que Eunjin buscaba mantenerse paciente, porque tenía la misma expresión que su madre cuando le contestaba.

—¿Por qué alguien correría el riesgo de secuestrar a una persona por una suposición?

Se sintió ridículo, su jefe tenía razón.

Sin saber qué decir y quedándose sin argumentos, Minki se dejó caer contra el respaldo sintiéndose de nuevo como un policía mediocre.

Eunjin iba a retomar la discusión, pero Sungguk lo interrumpió.

—¿Do Taeoh no es infértil?

Minki recordó la conversación que mantuvo con el señor Ji, el padre desesperado que interpuso la denuncia. Él había anotado ese hecho en el reporte, estaba seguro.

—¿Y su falla reproductiva en qué influye en este caso? —cuestionó Eunjin sin entender.

Evidentemente no era un experto en m-preg como Sungguk y Minki

—Los m-preg son estériles en lo que a su órgano sexual masculino respecta —susurró Minki, su voz ganaba fuerza con cada palabra—. Es un acierto evolutivo.

—¿Pero es estéril o infértil? —preguntó Eunjin, confundido.

—El señor Ji mencionó que concluyeron eso ya que su hija y su marido llevaban años intentando tener un bebé. Pero Kanghee se hizo los exámenes y no presentaba ningún problema para concebir, por lo que concluyeron que Do Taeoh era infértil. O más bien podría ser estéril por ser un m-preg.

Eunjin frunció los labios reacio a aceptar una teoría que tenía tan pocos fundamentos. No obstante, agarró un bolígrafo y abrió su libreta. Escribió algo rápido.

—Está bien, lo comentaré. ¿Qué podemos perder? No contamos con una línea de investigación clara.

Minki comenzó a sentirse emocionado.

—De igual forma —Eunjin retomó su punto—, ¿cómo estos presuntos secuestradores tenían una información que el mismo Taeoh desconocía?

—Quizás lo sabía —propuso Minki desesperado de que su hipótesis fuera descartada otra vez—. O posiblemente otra persona lo supiera, como me ocurrió a mí. Yo tampoco estaba al tanto porque mi mamá lo mantuvo oculto.

—Es una posibilidad —aceptó Eunjin.

Le lanzó una mirada rápida a Sungguk para que Eunjin no pudiera captarla. Si alguien era experto en esconder a m-preg era el papá de su amigo: Jong Sehun. ¿Si le mostraban una fotografía de Taeoh sería capaz de identificarlo?

De pronto, el mal presentimiento le aceleró las pulsaciones.

Si su teoría era acertada, eso quería decir que alguien, que conocía tanto a m-preg registrados como no, estaba entregando información para que se llevaran a cabo aquellos crímenes.

Volvió a observar a su amigo, que ahora jugaba con sus dedos para eliminar la ansiedad.

¿Y si el señor Jong estaba detrás de ese operativo?

Minki intentó apartar ese pensamiento apenas llegó a su cabeza. Se negaba a aceptar que el señor Jong, el mismo que jugaba con Jeonggyu en su espalda mientras fingía ser una locomotora, podía ser la misma persona que expondría a su nieto y a Daehyun a tal peligro. Que Minki contara con un padre desastroso, no significaba que el resto fuera igual.

Por fortuna, Eunjin lo distrajo al apoyar de manera pesada los codos sobre el escritorio. Lo vio pasarse las manos por el cabello, exudando frustración y cansancio.

—Minki, de verdad que intento entender tu punto, pero me estás pidiendo que defienda una teoría que no cuenta con bases sólidas —lo apuntó con el lápiz—. ¿Existe una persona con la que podamos corroborar que la posible infertilidad de Taeoh se deba a su condición de m-preg?

—¿No están los detectives para eso?

Eunjin suspiró y anotó algo más en su libreta.

—Está bien —aceptó. Jugaba con el lápiz escondiendo y metiendo su punta. El sonido del resorte fue lo único que tuvieron por un largo instante—. ¿Y el tercer caso?

—¿El de hoy?

A pesar de que Minki aún llevaba la ropa manchada por la sangre de la víctima, sentía como si hubiera sucedido hacía días.

—Sungguk ya lo mencionó —dijo—. Daehyun y yo podríamos haber sido su verdadero objetivo.

—¿El objetivo de qué? —Eunjin se tocó el puente de la nariz, parecía agotado. Los últimos meses no estaban siendo fáciles para nadie, y la historia se pondría peor considerando que tenía a dos de sus oficiales nuevamente involucrados en un caso.

—¿A qué te refieres?

—Ryu Dan y Do Taeoh están desaparecidos, pero Kim Gaseop fue atacado provocando su muerte inmediata. Los modos de operar en los tres casos han sido distintos, por tanto no existe una concordancia en el actuar. Se preocupó de secuestrar a dos de ellos para no dejar evidencias, no obstante, al tercero lo atacó en un baño público de un concurrido edificio. Nada nos confirma que estemos hablando de la misma persona.

—Podrían ser distintas. Ryu Dan y Do Taeoh tendrían un perpetrador y Kim Gaseop sería víctima de un crimen de odio. O también podría ser que fueran la misma persona y Kim Gaseop lo reconoció y por eso lo asesinó.

Su jefe se masajeó la sien y anotó otra línea más.

—¿Sabes que así no tomarán en cuenta esta teoría?

Lo tenía más que claro, ¿pero qué más podía hacer? No contaba con recursos ni poder jerárquico para ingresar a la investigación y revisar los antecedentes con la finalidad de encontrar más detalles que apoyaran su idea.

A menos que...

Se movió hasta estar en la punta del asiento, el corazón le latía tan acelerado que lo escuchaba en los oídos. Si decía lo que se le estaba ocurriendo, *alguien* no estaría feliz con ello. Jaebyu se

iba a poner furioso, pero lo prefería enojado a triste.

Antes de arrepentirse, lo dijo.

—Podemos preparar una trampa.

Sungguk se giró hacia él, frunció el entrecejo y puso la boca rígida.

—¿A qué quieres llegar con eso? —inquirió su amigo.

—Es la forma más factible que tenemos para descubrir quién se esconde detrás de estos ataques y de descubrir cuál es el objetivo que tiene, cuál es su modo de operar. Si no tenemos eso, nunca podremos adelantarnos y seguiremos corriendo detrás de sus pasos.

—Quizás esto sea una coincidencia y no existan esos crímenes que mencionas.

—¿Quién asegura que no será así? ¿Quieres que tengamos una nueva víctima?

—¿Y cómo pretendes hacer eso? —lo increpó Sungguk frunciendo el ceño—. Daehyun no será la persona. No lo pondré en riesgo incluso si con ello salvara a cientos de personas.

—Sabes que estaría más protegido si lo fuera —susurró Minki, luego alzó los brazos e hizo una «x» para enfatizar su negación—. Pero no será él.

Sungguk no quedó satisfecho con su explicación y agregó:

—Dae ha pasado por demasiadas cosas como para darle una responsabilidad así. Además, está a días de tener a Hanni, más conscientes con las ideas que se nos ocurren.

Minki sabía que lo último era más para él a pesar de hablar en plural. Antes de que Eunjin pudiera intervenir, prosiguió:

—No lo decía por él —repitió. Se apuntó el pecho, desviando su atención hacia su jefe—. Hablaba de mí.

Su amigo se puso tenso a su lado.

—Minki —advirtió.

—Soy m-preg, estoy registrado —prosiguió sin escucharlo—. Quién sea que esté detrás de nosotros lo sabe.

Eunjin se había apoyado contra el respaldo de la silla y lo observaba de manera seria, sus pulgares cepillando su labio inferior mientras meditaba sus palabras.

—Hay algo más.

—Basta, Minki —pidió Sungguk estirándose hacia él para cogerle las manos.

Él lo ignoró.

—¿Por qué considero que mi teoría podría ser correcta? Hace un tiempo que me siguen. Me percaté no hace mucho, aunque ha sido sistemático. No sé si sea la misma persona, pero alguien anda detrás de mis pasos. Ya estoy en peligro, ¿por qué no usamos eso a nuestro favor? Estoy seguro de que investigan a sus víctimas con mucha antelación.

Sungguk comenzó a sacudir la cabeza antes de que terminara de hablar. Parecía un animal enjaulado.

—Te volviste loco —susurró.

—Es bastante razonable lo que propone Minki —Eunjin jugó a su favor—. Podría funcionar.

Frunciendo los labios, Minki asintió.

Era una buena idea.

¿Pero por qué se estaba arrepintiendo de algo que él mismo ideó? Porque no era más que un policía mediocre que intentaba fingir que no lo era. Tal vez porque no se le hacía natural

arriesgarse para proteger al resto. Quizás porque era una persona egoísta que gritaba en su interior para mantenerse a salvo, porque su vida valía más que las otras que no conocía.

Tragó saliva.

Asintió en una segunda oportunidad.

—Por favor, infórmalo a los agentes. Puedo armar una rutina donde ellos me vigilen.

Si no se arriesgaba, ¿quién le aseguraba que un día de esos hicieran una denuncia falsa para llevarlo a una trampa?

Tengo que hacerlo, se dijo.

Era lo más sensato.

Cuando Eunjin les autorizó que se retiraran, Sungguk lo interceptó en la oficina y lo arrastró por el pasillo antes de que pudieran encontrarse con Daehyun y Jaebyu, que estaban en la misma estación dando su declaración como testigos. Llegaron hasta la sala de archivadores, donde Sungguk cerró la puerta de una patada. Lo apoyó contra la pared y puso cada brazo al costado de su cabeza. Se inclinó hacia él.

—¿Qué demonios estás haciendo, Minki?

—Es lo más sensato —repitió.

No pretendía morir en medio de una denuncia falsa.

O peor, ser raptado por ellos.

Tampoco quería que Daehyun terminara con ese destino, se merecía una vida larga y feliz, sin complicaciones ni temores.

—Jaebyu se pondrá furioso.

—No tiene por qué saberlo.

La mirada de su amigo le escaneó el rostro.

—¿Le mentirás de nuevo? No puedes hacerle eso.

—Nunca lo entenderá.

—¡Porque es una locura! —exclamó Sungguk alejándose para alzar los brazos—. Es una tremenda locura, Minki.

—Lo sé —aceptó. Tuvo que morderse el labio inferior para que no temblara. Él no nació para ser el héroe de la novela, creció para convertirse en un gran corredor que se alejaba de cualquier problema—. También tengo miedo.

—Entonces no lo hagas. Vamos —sujetó su muñeca y tiró de él. Minki hizo presión con los talones—. Vamos donde Eunjin para decirle que fue una estupidez.

—No lo es —dijo Minki. Se soltó del agarre y se masajeó la muñeca—. Tengo miedo, pero no es una estupidez. Además, piénsalo, estaré más vigilado que nunca. Saldrá bien, no te preocupes.

Algo debió notar en su expresión, ya que Sungguk lo sujetó por los hombros y lo tiró hacia él para abrazarlo. El cuerpo de su amigo era de una textura mucho más grande que la suya, por lo que se sintió pequeño. Era la primera vez que se tocaban así.

Sintiendo un nudo en la garganta, le regresó el gesto y cerró los ojos.

Al separarse, Sungguk le apartó el flequillo de la frente.

—Dile a Jaebyu, merece saberlo.

Minki asintió.

—Lo sé.

—No puedes hacerle eso.

Bajó la barbilla. Estaban tan cerca que las puntas de sus zapatos estaban sobre las de Sungguk.
—Lo sé.

Escuchó su suspiro.

—No se lo dirás, ¿verdad?

—Se lo contaré —mintió

Al regresar a la sala central, Jaebyu y Dae los esperaban. Como si no sucediera nada, como si no estuvieran todavía cubiertos por la sangre de Kim Gaseop, Jaebyu buscó su mano al llegar a su lado y Minki enredó sus dedos con los de él.

Iba a estar bien.

Lo estaré, se aseguró.

Caminaron hacia la patrulla, que Eunjin autorizó para que pudieran llevársela esa madrugada. Pasaron a dejar a Sungguk y Dae. Tras descender, su amigo se apoyó en la puerta y le golpeó la ventana con los nudillos.

Dudó un pequeño instante hasta que hizo caso y bajó el vidrio.

Recibió un beso en la mejilla, una caricia en el cabello y una palabra que se asemejaba mucho al alivio.

—Gracias.

Lo decía por Daehyun.

Jaebyu le dio una mirada extraña aunque se mantuvo mudo. Continuaron el recorrido hacia su departamento.

—Es porque Dae está bien —se rio Minki, el ambiente era tenso.

—Me lo imaginé.

—¿Celoso? —lo observó al detenerse en un semáforo—. No lo habría imaginado de ti.

—Fue extraño —se sinceró Jaebyu—. Ustedes no son afectuosos entre sí.

—Es la primera vez que hace algo así —confesó Minki—. ¿Recuerdas cuando me fui a vivir con él?

—Cada día.

Minki perdió el hilo de la conversación. Desconcertado, sacudió la cabeza.

—No lo sabía —admitió.

Jaebyu observaba hacia afuera.

—Todavía no entiendes lo mucho que te amo.

Así parecía ser.

La luz del semáforo había cambiado hacía mucho rato. Apretó el acelerador y se concentró en la pista. No retomó la plática hasta que estacionó.

—Como decía, nunca hemos tenido ese tipo de amistad con Sungguk. Incluso cuando vivimos juntos me despertaba golpeando una olla porque, según él, no iba a permitir que me deprimiera. No sé cuál era la lógica, pero Sungguk es así.

Los mellizos no estaban en casa, Minjae se los había llevado al departamento de su madre. No podía quejarse. Al menos su madre todavía estimaba lo suficiente a sus nietos para seguir cuidándolos.

Minki se refregaba la sangre pegada en el estómago en la ducha cuando Jaebyu ingresó a acompañarlo. El agua caía rosa a sus pies.

Al salir, Minki se secaba el cabello cuando se animó a hablar de algo que no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

—¿Existe alguna forma de identificar a un m-preg que no está registrado?

Jaebyu se colocó la camiseta del pijama. Su cabello formaba unas ondas y manchaba su ropa con las gotas que caían en sus hombros.

—¿Y esa pregunta?

Se metió en la cama tras dejar la toalla colgada en una silla, su novio le siguió. Ambos estaban demasiado cansados para evitar el desorden.

—No dejo de pensar en algo.

Frunciendo el ceño y con las manos en la nuca, Jaebyu respondió:

—Con una ecografía pélvica abdominal o con una tomografía de abdomen y pelvis.

—Más bien, me refería a una persona que no sabe que es m-preg y no se le pueden realizar exámenes.

—No entiendo.

—¿Te acuerdas de la pareja que desapareció? —su novio asintió—. Recordé que el señor Ji, el padre de la chica, comentó que Taeoh era infértil.

—¿Y crees que podría ser un m-preg no registrado?

—Tiene treinta y cinco años, lo que quiere decir que nació el 1991. Nació antes de la ley, podrían haberle escondido su condición. Si no tiene relaciones sexuales con un hombre difícilmente pueda embarazarse y descubrirlo de esa forma.

Jaebyu mantenía el entrecejo fruncido.

—¿Pero por qué eso es relevante?

—Quizás lo secuestraron por ser un m-preg.

El enfermero se rascó la oreja con expresión cansada y pensativa. Necesitaban dormir para recuperar energías, el sol ya había salido en el horizonte y empezaba a iluminar el cuarto.

—Para ocultar información, entonces, alguien debe saberla —analizó Jaebyu—. O lo sabía él mismo o alguien más.

—Eso es lo que intento adivinar, pero no tengo la menor idea de cómo probarlo —inspiró frustrado—. ¿Hay manera de que pueda saber si lo es o no, considerando que no podemos hacerle un examen?

—Sí la hay —contestó Jaebyu con tranquilidad—. No es seguro, pero al menos es algo.

Minki tomó asiento en la cama y se giró hacia él, con los ojos abiertos.

—¿La hay?! —jadeó.

Su novio se extrañó por su arrebato.

—Si se atendía en nuestro hospital —explicó—, entonces sí. Como vive en esta jurisdicción es altamente probable que haya sido así.

—¿Pero cómo? ¿Hay entonces una lista?

Pensó que eso era imposible, hacía mucho tiempo el señor Jong había mencionado que no existía tal cosa porque era muy riesgoso.

—¿Una lista? No.

Minki se desinfló de golpe y se dejó caer en la cama con un gruñido. Jaebyu se rio de su reacción y estiró el brazo para acariciarle el cabello húmedo.

—Hay una manera —insistió su novio.

—¿Cuál? —preguntó sin mucho ánimo.

—Tenía que existir una forma en la que el personal médico pudiera atender a un m-preg incluso si el paciente supiera o no su condición. Como no todo el personal estaba involucrado en la agrupación que lideró el señor Jong, existía un enorme peligro si ingresaba un m-preg y era atendido por alguien externo. Lo habrían delatado de inmediato. Además, era peligroso para el personal involucrado porque, si se empezaban a descubrir muchos casos de m-preg no registrados en su nacimiento, habría alertado a las autoridades.

—Sí, pero, según el señor Jong, para evitar que eso sucediera uno de los familiares solicitaba ser atendido por él.

—Esa era una de las formas —aseguró Jaebyu—, ¿pero qué ocurría si la persona llegaba inconsciente o grave? Era común que en ese tiempo la gente asistiera al médico solo al accidentarse, no contaban con dinero para preocuparse por controles de rutina.

—No lo había pensado.

—Como los registros médicos estaban en papel —prosiguió Jaebyu—, había una forma de clasificar estos expedientes para que el personal médico que lo revisara pudiera saber si se trataba de un m-preg o no. Pero como digo, esto es en nuestro hospital, no sé cómo será el tema en otros.

—¿Hacían un dibujo? ¿Las marcaban?

Jaebyu negó, sus dedos le acariciaron la mejilla.

—Eso habría sido demasiado obvio —aseguró—. Se hacía algo más simple. Al final de su nombre se posicionaba un punto sostenido para que el lápiz soltara tinta y así lograr diferenciar entre un punto cualquiera y «ese» tipo de puntos.

Minki lo observó anonadado, tan sorprendido que había cambiado de posición para sentarse sobre las rodillas y observarlo de frente.

—¿Y cómo lo sabes?

—En el hospital todos lo saben, es un secreto a voces. Yo simplemente lo corroboré para ver si era cierto.

—Por supuesto que lo hiciste —se rio Minki.

Jaebyu era incapaz de quedarse con una inquietud.

—No sé qué tan certero sea, al menos tu ficha está marcada. Fue la primera que revisé, porque...

Jaebyu fue enmudecido por un beso efusivo. Desconcertado, soltó una risa nerviosa cuando Minki lo sujetó por las mejillas y le dio un beso más.

—Eres el hombre más inteligente que he conocido en mi vida entera.

Halagado por sus palabras, su novio se acomodó contra la almohada.

—Si me das el número de identidad, podría revisarlo en el archivador del hospital.

No le quedó más que agradecerle con otro beso.

—Qué tarde llegaste a mi vida, Yoon Jaebyu —susurró.

—Aunque todavía a tiempo —se burló.

Dos días después, Jaebyu le envió una fotografía de una ficha médica. Era de Do Taeoh, donde se podía identificar a la perfección el punto de tinta al final de su nombre. Si su teoría era cierta y estaban secuestrando a m-preg, entonces alguien dentro del personal médico del hospital debía estar vendiendo información clasificada.

Yoon Jaebyu era fanático del fútbol. Aquello no era algo que a Minki le hiciera mucha gracia pero, bueno, no podía ser perfecto. Era, por lo demás, marzo. Lo que significaba su primer aniversario desde que se conocieron en la sala de emergencias. Las ironías de la vida. Hacía doce meses Jaebyu lo rechazaba, en la actualidad observaba el partido mientras le acariciaba el muslo.

Arriba y abajo.

Arriba y abajo.

El movimiento se detenía antes de llegar a su entrepierna.

Ese era justo el problema.

Exhalando frustrado, apoyó la cabeza en el respaldo. Jaebyu no apartó la vista de la televisión, incluso cuando Minki se giró hacia él y se acercó a su cuello. Estaba aburrido, excitado y falto de atención, lo que era una pésima combinación con una botella de soju. Además era un chico consentido y, en ese momento, se sentía lo suficientemente tóxico para exigir su cariño.

Le dio un beso en la clavícula y subió por su piel. Le olió la parte posterior del cuello y tiró de su lóbulo con los dientes.

Jaebyu chasqueó la lengua y se alejó.

—Querido, es un partido importante.

Deprimido y decepcionado, se alejó y se recostó en el otro extremo del sofá. Su erección no dejó de latir, desesperada por atención y angustiada por ser acariciada. No podía creer que estuviera así de excitado.

Deseaba a Jaebyu.

Quería sus manos sobre su cuerpo. Deseaba su boca en su espalda, en sus pezones, sus dientes tirando de ellos hasta que se quejara del dolor que limitaba con el placer. Quería que lo desnudara, deseaba que lo girara y posicionara contra el reposabrazos para ser penetrado de forma profunda y certera.

Quería eso, no estar triste y decepcionado en el otro lado del sofá esperando a que terminara un tonto partido de hombres persiguiendo una pelota. Minki estaba un poco harto de los besos, caricias sobre la ropa y los roces que no llevaban a nada. Quería ser penetrado con tantas ansias que sus piernas temblaban con solo imaginárselo. Quería que su voz se oyera gastada y ronca, usada.

Quería precisamente eso, ser usado.

Mirando a Jaebyu, se puso de pie y se arrodilló al costado de sus piernas extendidas. Jaebyu alzó una ceja pero no emitió palabra, tampoco protestó cuando Minki se lamió los labios, le sujetó las rodillas y se las abrió. Continuó sin quejarse cuando sus manos fueron hacia la pretina del pantalón y le soltó primero el botón, después le bajó el cierre. Pero tuvo su total atención al ubicarse entre sus piernas abiertas y estirarse para alcanzar el cuello de su camiseta.

Lo atrajo hacia él en un beso corto, luego bajó y acomodó su mejilla sobre el bulto que había aparecido en el pantalón de Jaebyu. Se restregó contra la erección y le dio un beso por sobre la

tela. Llevó las manos de nuevo a la pretina para bajarlo, aunque se detuvo. Ladeó la cabeza, su pulgar acarició el bulto que latía bajo la ropa.

—¿Puedo?

Jaebyu tuvo el descaro de mirar la televisión.

Estuvo a un segundo de ponerse de pie y marcharse, sin embargo, el chico agarró el control y apagó la transmisión.

—¿No era un partido importante? —se burló Minki—. ¿O yo lo soy más?

Su novio quiso protestar, sin embargo, Minki le liberó la erección y se metió a la boca la punta roja y congestionada. Del placer, Jaebyu echó hacia atrás la cabeza y su mano aterrizó en la nuca de Minki para hacer presión, para exigir, como también para decirle lo mucho que lo estaba disfrutando a medida que se hacía más tenso el agarre.

Jugó con la punta, rotándola por los labios como si fuera un dulce. Era obsceno el ruido que hacía su boca a medida que Jaebyu lo instaba a tragar más, a moverse más rápido, a hacer más presión en la punta contra el paladar.

Sin apartar su vista de la expresión encendida de Jaebyu, Minki desabrochó su propio pantalón y buscó su erección. No creía haberse sentido así de excitado antes, ni siquiera con los juegos sexuales que Jaebyu y él mantuvieron ese tiempo. Porque ni cuando Jaebyu se atrevió a hacerle su primera mamada, Minki se sintió *así*.

Así de caliente.

Así de enloquecido.

Así de necesitado.

Porque entre más absorbía, con las mejillas adoloridas por mantener la mandíbula abierta y la lengua haciendo presión contra el pene de su novio, más desesperado estaba por alcanzar la cumbre.

Se masturbó, moviendo la mano al mismo ritmo que mantenía su boca. A la vez que Jaebyu lo tiraba del cabello y le advertía que estaba a punto de irse, Minki tragó hasta que tuvo arcadas. El orgasmo fue demoledor, tan potente que apenas se percató del sabor del semen en el fondo de su garganta. Se lo tragó gimiendo del placer. Después, la soltó.

Minki quedó sentado y desarmado entre las piernas abiertas de Jaebyu, con su propio pene flácido en la mano y su mejilla apoyada en el muslo de su novio.

No alcanzó a recuperar el aliento antes de que Jaebyu lo sujetara por los brazos y lo pusiera de pie.

—¿Yoonie? —musitó desorientado.

Le quitó la camiseta por la cabeza y con esta le sujetó las manos delante de su cuerpo. Le hizo un nudo simple que le impedía a Minki moverse, o al menos fantasear con que no podía hacerlo. Entonces, lo agarró por las mejillas y le plantó un beso que lo dejó sin aliento.

Al separarse, Jaebyu tiró del nudo y le hizo acercarse. Sin soltarlo, le tiró el pantalón por la cadera y le dio un golpe seco.

—Levanta —dijo.

Minki así lo hizo.

Jaebyu le arrancó la ropa interior y lo dejó desnudo a excepción de los calcetines y las manos sujetas con su propia camiseta.

Intentó no cohibirse con su mirada. Su pene saltó de placer cuando Jaebyu apretó uno de sus pezones, a la vez que tiraba de él y lo sentaba sobre su entrepierna. Complacido, notó que Jaebyu también ya estaba erecto. Sus erecciones se rozaron en esa posición, lo que le hizo apretar los dientes a ambos.

—Nunca lo he hecho por ahí —confesó Jaebyu.

Minki se acomodó sobre él, pasando sus manos atadas por detrás del cuello del chico.

—Un virgen —canturreó en broma—. Te quitaré la inocencia, Yoon-ah, qué lástima.

Jaebyu le acarició el trasero sin mucha gentileza. Minki se dejó caer contra su pecho y le besó el cuello, en tanto el enfermero rebuscaba en los bolsillos de su pantalón y sacaba un preservativo.

—Así que lo estuviste deseando —susurró Minki—. ¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

Con dedos hábiles, demostrando la enorme cantidad de veces que había hecho eso con mujeres, abrió el sobre y sacó el condón. Agarró la punta con el dedo pulgar e índice, dudó.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No te he preguntado si quieres.

Minki puso los ojos en blanco.

—Ay, por favor —exclamó, apuntándose el cuerpo con la barbilla—. ¿Me veo como una persona que no quiere?

—Siempre se debe preguntar.

Soltándose levemente de las ataduras, alcanzó a sujetarlo por el cabello lo suficiente para tirar de él. La cabeza de Jaebyu cayó contra el respaldo del sofá. La punta de su pene había soltado un poco de líquido preseminal, lo que indicaba lo mucho que le gustaba eso.

—Hazlo —rogó Minki contra sus labios—. Estoy cansado de prepararme y estar listo para nada.

Jaebyu lo miró unos instantes y llevó las manos a su propia erección. Se colocó el preservativo y lo deslizó hacia abajo asegurándose de que quedara bien.

Con los dedos manchados por culpa del lubricante que tenía el condón, acarició la entrada de Minki. Este sintió el dedo índice del enfermero jugando con él, le añadió un segundo y finalmente un tercero.

—Ya hazlo —ordenó Minki, impaciente.

Jaebyu posicionó la punta contra su dilatada entrada. Y despacio, él mismo fue bajando la cadera a medida que sus músculos cedían. Poco a poco hizo más presión. Con una estocada se terminó por penetrar. Ambos jadearon en la boca del otro. El beso que compartieron fue lento, descuidado. Un hilo de saliva quedó conectando sus labios, que Jaebyu limpió.

—Me vuelves loco —susurró Jaebyu contra su mejilla, su cuello, su clavícula.

Minki se dejó caer. Se sentía lleno, ardiente por mover las caderas para comenzar a montarlo.

Soltándose del nudo de la camiseta, llevó los brazos hacia atrás. Con las manos apoyadas en las rodillas de Jaebyu, Minki se levantó hasta que sintió que casi se salía de él y se dejó caer de nuevo. Jaebyu sujetó uno de sus pezones con el pulgar y se los apretó, tirando de ellos cuando lo escuchó gemir de placer y perder el ritmo.

—¿Te gusta? —preguntó.

Asintió, se lamió los labios cuando Jaebyu repitió el gesto.

Ayudándolo, su novio lo sujetó por el trasero, lo levantó y lo dejó caer, comenzando una serie de movimientos rápidos. Abrumado por el placer, Minki se fue hacia delante y apoyó su mejilla en el hombro de Jaebyu, mientras dejaba que este indicara el ritmo y controlara las embestidas.

Justo cuando su pene se tensó y palpitó, Minki buscó su camiseta y llevó su mano hacia la punta para apretar la tela contra ella. El orgasmo fue abrumador. Todo su cuerpo se apretó con fuerza contra la erección de Jaebyu.

Jadeó extasiado cuando su novio aceleró las penetraciones, extendiendo su orgasmo hasta que su voz se escuchó gastada por el placer. Lo embistió una última vez quedándose hasta el fondo.

—Minki —decía Jaebyu, y también—: Me gustas tanto, Minki, tanto, tanto.

Cansado y agarrotado por la posición, se levantó de a poco. Jaebyu se quitó el condón antes de que desapareciera por completo su erección y le hizo un nudo.

Minki buscó su ropa, ansioso por irse antes de que Jaebyu lo echara de su departamento de la misma forma que lo hizo su excompañero de academia hacía un año.

El chico se llevó el condón al baño. Al regresar con las manos limpias, y todavía desnudo, tiró de la mano de Minki.

—¿A dónde vas? —preguntó.

Apuntó la puerta y escondió un mechón de cabello rubio atrás de su oreja.

—A mi casa —frunció el ceño—. Pero tendrás que prestarme una camiseta, porque... ups, manché la mía.

—¿Tienes algo que hacer? —Jaebyu comenzó a recoger la ropa y la fue a dejar a su cuarto para que quedara la sala de estar limpia.

—Dormir.

Su novio le sujetó de la mano y anudó sus dedos. Tiró de él hacia el cuarto, en tanto Minki apuntaba hacia la puerta y se resistía.

—Duerme conmigo, entonces —le pidió.

—Yo...

Lo sujetó por la barbilla y le dio un beso corto en sus enrojecidos e irritados labios.

—Duerme conmigo —repitió contra su boca.

Minki tragó saliva.

—No me tengo que quedar si no quieres —dijo con voz ansiosa.

—Quiero.

Se permitió que lo llevara a la cama.

—¿En serio? —discutió mientras caía de espaldas en el colchón y Jaebyu posicionaba la rodilla entre sus piernas para abríselas.

—En serio —aseguró el enfermero—, aunque no creo que descansemos mucho.

—¿Tú lo crees?

—Lo creo.

Por fin Minki se relajó, una risa de alivio escapó de él.

—No me puedo quejar.

Esa noche lo hizo, varias veces, pero ninguna fue para protestar.

La solicitud propuesta por Minki fue aceptada el 27 de enero. Para ello, lo llamaron a la oficina de Eunjin. Su jefe no se encontraba solo, a su lado estaba el jefe de este. Nervioso, ya que pocas veces había tratado con esa persona, Minki tomó asiento cuando el oficial Yuk se lo autorizó. Mantuvo las manos sobre el regazo porque sudaban. Se tuvo que secar las palmas contra su pantalón azul.

—El oficial Yeo nos explicó tu propuesta.

Tragó saliva y asintió. El calor lo sofocaba.

—No se me haría difícil establecer una rutina. Podría salir a caminar un par de cuadras tras mis turnos, siempre y cuando estos se mantengan fijos durante unas semanas. Si cumplo horarios rotativos, se les dificultará establecer los lugares que concurro.

—No es difícil de cumplir.

—No obstante, tengo una condición.

La boca de Yuk, que se notaba pequeña para su rostro amplio, se curvó. Decía sin palabras «ustedes siempre quieren algo». No obstante, la diplomacia fue quien respondió.

—Dime, ¿en qué podríamos ayudarte?

—Mis hijos no pueden verse involucrados.

—Hecho.

—Y mi novio tampoco. Los operativos deben realizarse cuando esté solo. Y aumentarán la vigilancia en mi departamento. Alguien me indicó que es fácil ingresar a él.

Yuk asintió y se quedó a la espera de algo más. Como Minki no continuó, hizo un gesto gentil con la mano para animarlo.

—No tengo nada más que pedir, señor —aclaró.

—Podríamos aumentarte el sueldo, sé que solicitaste un ascenso hace medio año.

—El dinero ahora no es importante, quiero que su máxima prioridad sea mantener a salvo a mi familia.

El oficial Yuk lucía dubitativo. Le dio una mirada rápida a Eunjin y regresó a él.

—¿Y qué gana con esto, oficial Lee?

Salvarme, dijo para sí mismo.

—Ayudar, ¿no fuimos entrenados para eso?

—Fueron preparados para muchas cosas, pero no para ser parte de un operativo de estas características. A quienes serán infiltrados en alguna misión se le entrena psicológicamente, no es una labor sencilla de cumplir —contestó el oficial Yuk. Como Minki se mantuvo sin responder, extendió una mano hacia Eunjin—. Oficial Yeo, la documentación.

Sobre el escritorio pusieron una serie de papeles. El primero era un acuerdo de confidencialidad, otro tenía un mapa y un horario. Con su dedo calloso, que indicaba que escaló a ese puesto desde lo más abajo, le trazó una ruta que se visibilizaba en el plano.

—Memorízalo —le pidió—, estos documentos no saldrán de aquí.

Era el trayecto que tendría que seguir, también tenía apuntado la hora que debía hacerlo. La misión era bordear uno de los brazos del río, la misma zona que rastrearon hacía unos meses. Era un recorrido de una hora. Minki conocía el lugar, era un sitio poco transitado a pesar de que existían partes con preciosas áreas verdes.

Su horario de trabajo también fue modificado. Ahora asistiría a la estación desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde, lo que le daba una hora y media antes de que los mellizos regresaran de la guardería.

—Mañana te visitará un «fontanero» para revisar tu departamento y hacer las reformas necesarias.

Regresó a su puesto de trabajo con las piernas entumecidas. Sungguk lo observaba con las cejas alzadas, después fingió que estaba concentrado en unas multas cuando el oficial Yuk salió de la oficina de Eunjin y se marchó hacia la escalera. Su puesto de trabajo estaba en el tercer nivel, razón por la cual nunca lo veían.

Cuando la puerta de Eunjin se cerró, Sungguk se giró hacia él.

—Dime que no aceptaste —susurró, su expresión era triste pero también esperanzada.

—Comenzamos el jueves.

—Minki...

Lo detuvo alzando una mano.

—Basta.

—¿Al menos se lo comentaste a Jaebyu?

Para evitar responder, se puso de pie y caminó al baño. Por supuesto, su amigo lo siguió. Por mucho que Minki se encerró en un cubículo, reconoció las botas de Sungguk del otro lado de la puerta.

—Entiendo por qué lo haces y en cierta parte me siento agradecido porque, si participas, no solicitarán a Daehyun —confesó, su tono era categórico.

—¿Entonces por qué me cuestionas? —se quejó Minki. Había bajado la tapa del baño y tomado asiento sobre ella. Sus brazos rodeaban su cintura abultada por... seguía sin querer hacerse ilusiones, más ahora considerando el riesgo en el que se estaba metiendo.

Sungguk tardó en responder. Cuando lo escuchó arriba suyo, entendió la razón. Se había metido en el otro cubículo y subido a la taza del baño para mirarlo por sobre la pared.

—Porque eres mi mejor amigo.

—Podría haber estado orinando —se quejó Minki.

—No tienes nada que me interese.

Gruñendo, Minki salió. En su apuro por alcanzarlo, Sungguk casi metió un pie dentro del inodoro.

—Además, estás exagerando —Minki retomó la conversación—. Lo más probable es que no encontremos nada.

Su amigo no tuvo cómo refutarlo. Decaído, regresó a su trabajo. No avanzó mucho porque a los minutos fue a su puesto y posicionó los puños sobre su escritorio.

—Al menos ven a cenar con nosotros.

—¿Para qué?

—Para comer, ¿no es obvio?

Minki golpeó una de sus manos.

—No es mi última cena, maldito bastardo.

—¿Y si lo fuera? —cuestionó con verdadera sorpresa—. Además, Daehyun se siente solo, le haría bien que lo acompañaras.

Estaban a menos de una semana del nacimiento de Hanni, por lo que Dae no estaba asistiendo a clases, prácticamente ya no salía de casa. Y si bien el señor Jong y Moon estaban junto a él, incluso con su hijo tras llegar de la guardería, se sentía solo. Estar en casa sin nada que hacer, a excepción de pintar, lo deprimía más de lo normal. Según le contó Sungguk, Seojun estaba preocupado de que el nuevo encierro le hiciera recordar sus traumas a Dae. Razón por la cual, de manera muy descortés, Minki había terminado cuestionándole al psicólogo para qué demonios servía la terapia si su amigo nunca podría olvidar lo que le hicieron.

Las personas dañadas nunca olvidan lo que las hirió, no se puede eliminar algo que se recuerda ante la menor mención, le había respondido Kim Seojun sin inmutarse. *Se aprende a vivir con el sentimiento y a saber gestionarlo para que los recuerdos no tengan el poder de destruirte.*

Por eso Daehyun era mejor persona que él, porque Minki no quería aprender a vivir con el rechazo de su padre. Quería odiarlo por el resto de su vida y construir muñecos parecidos a él para destrozlos. Lo único que quería aprender era a convocar una *genkidama* con su odio para lanzársela y destruirlo.

—Entonces, ¿vas a venir? —preguntó Sungguk.

Revisó su horario.

—No puedo.

Sungguk se cruzó de hombros.

—Déjame adivinar: tu marido está con el mismo turno que tú.

—¿Y qué si fuera así?

—Seojun tiene muy buenos colegas, podría pedirle una hora para que asistas con uno.

—No me gusta que me psicoanalicen —aseguró intentando revisar las multas que estaba procesando.

—¿Es porque te dirán que tienes serias deficiencias?

—Y si fuera así, ¿qué te importa?

Sungguk estiró los brazos y retrocedió un paso.

—Mira lo bien que me ha hecho la terapia.

—¿Por eso el otro día llorabas en la sala de archivadores?

Su compañero se sonrojó y dejó caer los brazos.

—Los amigos no se ríen de los sentimientos del otro.

Minki le hizo un gesto con la mano para que se fuera.

—Déjame tranquilo, no estoy de humor.

Sungguk quiso regresar a su puesto, aunque se retractó.

—¿Pero y nuestra última cena?

Apretó los dientes.

—Almuerzo el sábado 31, ¿te parece bien?

—A las dos, no llegues tarde porque eso pone ansioso a Dae —Sungguk sacó su teléfono y escribió un mensaje, de seguro a su novio para darle aviso—. ¿Irás con los mellizos y Jaebyu?

—Solos los mellizos, Jaebyu estará de turno.

—Por supuesto que lo estará —musitó.

Se salvó de una bola de papel, que Minki tuvo que ir a recoger porque era una multa que todavía no procesaba.

Tal como le indicó el oficial Yuk, a la otra tarde fueron unos plomeros a solucionar el problema de cañerías viejas de su departamento. Dentro de su caja de herramientas había un sistema de seguridad, que constaba de alarmas y cámaras. Estas últimas tenían la capacidad de registrar rostros, con la finalidad de que dieran un aviso si detectaban una cara que no estuviera previamente identificada.

Al quedarse solo, Minki se sentó en el sofá.

Le dolía el pecho.

Se prometió que le contaría lo que estaba sucediendo a Jaebyu apenas llegara. No se creía capaz de sostener esa mentira por mucho tiempo.

No obstante, cuando Jaebyu regresó del turno, tenía los ojos enrojecidos y abrazó a los mellizos por mucho tiempo. Se quedó así hasta que sus hijos observaron a Minki con alarma, preguntándole si papá estaba bien. Preocupado, Minki se acercó y le puso una mano en el hombro.

—¿Jaebyu?

Soltó a los niños tras darles un beso en la mejilla a cada uno. Minki les hizo un gesto a ambos para que se fueran a su cuarto. No protestaron.

—¿Juju?

El enfermero sacudió la cabeza con suavidad y le dio un beso suave en los labios.

—Fue un mal día —susurró.

En el noticiario nocturno apareció la noticia. Resultó ser que en un accidente de tránsito habían muerto cuatro miembros de una familia: una pareja con sus dos hijos, de cinco y siete años, que iban en los asientos traseros del automóvil cuando un camión colisionó la parte posterior del vehículo.

Bastó con mirar a Jaebyu para saber a qué hospital habían llegado los heridos. Por eso, cuando su novio le preguntó por las cámaras, Minki dejó el tema estar y simplemente respondió:

—Para mayor seguridad.

Y Jaebyu tampoco lo cuestionó.

El sábado 31 de enero debía ser un día como cualquier otro, o al menos eso pensaba Minki. Jaebyu se duchaba para comenzar su turno, por lo que se levantó a preparar algo rápido para comer. Los turnos no hábiles eran los más complicados, pues se constaba con menos personal.

Minki no era un gran cocinero y tampoco tenían cultura de tomar desayuno, así que le calentó un poco de arroz del día anterior, le hizo un huevo y sacó *kimchi* para que lo acompañara con lo demás.

Su novio salió del baño y olfateó el aire con interés. Ya iba con su uniforme verde oscuro y las tarjetas plásticas colgando del bolsillo.

—Querido —exhaló sorprendido. Se le acercó apenado—. Voy tarde, no alcanzo.

Minki apartó un asiento y lo apuntó.

—Come.

—Pero...

—Llegarás atrasado, pero no con hambre.

A Jaebyu le costaba mucho desapegarse de las normas. Nunca faltaba, nunca llegaba tarde y rara vez fallaba si prometía algo. A pesar de saber que no era ético ni correcto, muchas veces Minki ofrecía resistencia para influenciarlo y, como en este caso, hacerlo desayunar sabiendo que implicaría atrasarse.

Jaebyu dudó en medio de la sala de estar. Se sentó derrotado. Minki lo abrazó por la espalda y le dio un beso en la nuca.

—Debes cuidar mejor de ti —le pidió contra su piel.

Sintió que su novio se estremecía bajo su caricia.

—Tu siempre me lo recuerdas.

Minki le acarició el cabello húmedo y se lo peinó.

—¿Y si yo no estuviera?

Jaebyu se había llevado una porción de arroz y huevos a la boca, por lo que saltó un poco de comida cuando habló.

—Pensé que ya habías olvidado la loca idea de dejarme.

Recostándose contra su espalda, le dio otro beso en la nuca.

—Lo olvidé —prometió contra su cuello—. Lo decía por los días en los que estoy de turno. Si no estoy contigo, ¿no cenas?

—No me gusta comer solo, lo sabes.

Ese era otro de sus traumas de niñez. Al ser hijo único de unos padres que trabajaban durante el día completo, Jaebyu pasó horas enteras sin compañía. Comer solo lo arrastraba hasta esos recuerdos que intentaba superar, esos en que cocinaba la cena para sus padres y terminaba quedándose sentado en la mesa con tres platos helados, porque a ellos les interesaba más mantener un trabajo que preocuparse por él, a pesar de que tenían una muy buena situación económica. Y cuando no sucedía eso, estaban tan cansados por la ardua jornada que tampoco tenían ánimo ni ganas para sentarse a cenar con su hijo.

Así que Jaebyu debía comer acompañado. No importaba si estuvieran o no sentados con él, simplemente necesitaba escuchar gente a su alrededor. Por eso le gustaba la cafetería del hospital, que siempre estaba repleta por visitas y trabajadores de la salud. En casa, en tanto, esperaba a que llegaran los mellizos o incluso Minki. Pero nunca comía solo.

Al escucharlo terminar, Minki se despegó de él.

—Voy a bañarme —informó.

Jaebyu se alistó para irse. Minki se metió a la ducha y escuchó la cerradura electrónica dando aviso que había sido abierta. Sacó la cabeza del agua para gritar.

—¡Ven a despedirte!

—¡Minki! —protestó su novio. Lo conocía lo suficiente para saber que Jaebyu había intentado salir en secreto para ganar tiempo.

—Ven o te arrepentirás durante toda tu vida —aseguró.

Sonó nuevamente el pomo. ¿Se había marchado? Desconcertado, se quitó la espuma de los ojos a la vez que se abría la puerta del baño. A continuación, apareció la cabeza de Jaebyu dentro de la ducha. Y sin importarle mojarse, sujetó la barbilla de Minki y le dio un suave beso en los labios. Sus dedos jugaron con la mejilla de Minki antes de alejarse.

—Te amo —se dijeron a la vez.

Sonriendo, Jaebyu desapareció. Poco después, se cerró la puerta principal. Cuando salió de la ducha, como lo suponía, su novio ya se había marchado.

Jaebyu le dejó el automóvil para que fuera con los mellizos a la casa de Sungguk y Dae. También había instalado las sillas. Era sorprendente cómo el corazón de Minki no dejaba de acelerarse con los años ante el menor indicio de preocupación del enfermero. Sintió su perfume en el coche mientras instalaba a los mellizos en sus asientos.

¿Existirían las almas gemelas? No tenía idea, pero se sentía bastante parecido con Jaebyu.

—No te atrevas a dejarme, maldito —le susurró al automóvil tras encenderlo.

Al llegar a casa de sus amigos constató que el idiota de Sungguk tenía mascota nueva. Era un perrito que tenía mutilada sus extremidades posteriores, se las habían aplastado con las ruedas de un automóvil. Usaba un carrito de dos ruedas que metía más ruido de lo que avanzaba, aunque se veía feliz.

—Se llama Terminator —anunció Sungguk con orgullo.

Se suponía que serían hogar de acogida. Como la casa constaba de tres niveles, tenía un montón de escaleras. No era adecuada para un animal con sus condiciones pese a que Terminator había aprendido a subir los primeros peldaños mordiendo el escalón de más arriba. Ahora la madera tenía la marca de sus dientes.

Los mellizos quedaron fascinados con Terminator, sobre todo porque corría con ambos. Tenía tanta energía como ellos, lo que era una cosa espantosa. Jeonggyu, mucho más civilizado que sus amigos, le enseñaba trucos que Sungguk le estuvo heredando. Entre los ladridos de Roko, los chillidos agudos de Tocino, Nugget intentando esconderse bajo una mesa, el carrito metálico de Terminator que sonaba a latas aplastadas y los gritos de tres niños, la casa parecía un zoológico. Los más tranquilos ahí siempre serían los gatos, Daehyun y Jeonggyu, el resto eran los culpables de tal desastre.

Minki se fue a sentar con Dae al sofá.

—¿Cuánto queda? —quiso saber.

Como el chico llevaba ropa ajustada dentro de casa, se podía divisar a la perfección su redondeado estómago.

—Tengo fecha programada para el 5 de febrero, pero creen que se podría adelantar.

—No hay complicaciones por ahora, ¿cierto?

—Ninguna, tampoco he tenido contracciones.

Sungguk llegó a su lado. Al notar el arnés cruzado que Minki usaba, estiró la mano y ordenó:

—Entrégamela.

Había olvidado que portaba su arma de servicio, estaba tan acostumbrado a ella que ya no la distinguía contra el brazo. Se quitó el arnés y se lo entregó a Sungguk, quien subió al segundo piso. Metería la pistola en la caja fuerte, donde Sungguk también guardaba la suya. Dentro de casa tenía una política de cero armas. Su amigo temía que Jeonggyu, o próximamente Hanni, agarrasen la pistola así que hacía unos años había comprado una caja de máxima seguridad. Minki lo imitó al poco tiempo, también contaba con una que escondió dentro de un ropero atrás de un fondo falso.

Como Sungguk y él ya no compartían turnos, se pusieron al día sobre vida, trabajo, entre otros. Aprovechando que Daehyun se había marchado a ver a los niños, su amigo se acercó a él y bajó la voz.

—¿Y cómo ha sido? —quiso saber.

—Bastante aburrido —prometió—. Hago un circuito alrededor del río, tengo que quedarme un tiempo a tomar el sol y regreso. El oficial Yuk dice que pasarán semanas para que tengamos un acercamiento, así que no hay muchas novedades.

—¿Y se lo explicaste a Jaebyu?

—Lo intenté, te lo juro.

Sungguk resopló.

—Siempre tienes excusas, ¿y así tienes el descaro de decir que Jaebyu es quien tiene apego evitativo?

—Tú le impusiste esa definición, no yo. Yo dije que era maduro.

—Algo que claramente tú careces.

Le dio un golpe en el hombro.

—Basta, no quiero seguir con la discusión. Acepté esto para atrapar al culpable de las desapariciones. Déjame ganar un boleto al cielo, por favor.

—Eres ateo.

—Pero creo en el nirvana —aseguró—. Y no me refiero al grupo.

Sungguk se dejó caer contra el respaldo del sofá.

—Sigo pensando que no traerá nada bueno. Es una idiotez.

—Al menos yo intento hacer algo.

—¿Poniendo en peligro tu vida?

Minki se puso de pie dispuesto a acompañar a su amigo en el patio trasero. Pero no estaban solos. Dae se encontraba detenido en la entrada, parecía haber escuchado todo.

—¿Qué es lo que no me están contando?

Hizo un gesto con la mano mientras se reía nervioso.

—Es Sungguk diciendo tonterías.

—Minki, soy sordo, no idiota. Y mis implantes funcionan bien —dijo, apuntando el audífono—. Escuché todo.

Frunció los labios.

—Te prometo que no es nada —Daehyun continuó observándolo sin ceder—. Es simplemente una tontería donde debo pasearme a determinada hora.

—¿Para qué?

Minki fue a pedirle ayuda a Sungguk, pero este observaba hacia la ventana para quedar ajeno a la conversación. Era un claro «ahógate solo, yo no te rescataré».

—Ay, está bien —se tocó el tabique de la nariz ideando cómo empezar—. Se me ocurrió la loca teoría de que las desapariciones y los diversos ataques que hemos constatado tienen un punto en común. Más bien, personas en común... personas como nosotros. Entonces, digamos que existe una pequeña, aunque no inexistente, probabilidad de que estén interesados en mí.

—¿Planean una trampa? —cuestionó Dae.

Minki asintió.

—Algo así.

—¿Y a qué desapariciones te refieres?

Así que él no era el único que le ocultaba sus problemas a su pareja.

—¿Recuerdas el día del incendio? —Dae afirmó—. Ese día ocurrió la primera desaparición, unas semanas más tarde se reportó la desaparición de una pareja. Y el tercer caso ya lo conoces.

—¿Y ellos eran m-preg?

—No todos —Minki comenzaba a tener calor por el estrés.

Daehyun frunció el ceño, entonces entendió.

—¿Por eso dices que están interesados en ti? ¿Querían atacarte a ti ese día en el baño?

Minki seguía convencido de que el objetivo del ataque había sido Dae pero no había necesidad de aclararlo. Se encogió de hombros y dio la respuesta idiota.

—Puede ser.

—La otra vez me preguntaste si papá te seguía, ¿es por lo mismo? —olvidaba que Daehyun contaba con una memoria increíble. ¿Qué se sentiría discutir con alguien que recordaba tanto? Ah, sí, lo olvidaba, él padecía la misma tortura con Jaebyu—. Pero si ya eres su objetivo y te están siguiendo, ¿por qué usarte para la trampa? ¿No tendría más sentido utilizar a otra persona?

—No es muy fácil encontrar a otros m-preg embarazados, Dae —aseguró pateando una piedra invisible del suelo.

—Estoy yo.

Eso fue suficiente para sacar a Sungguk de su decisión de no inmiscuirse en la discusión. Se puso de pie de un salto y dijo con tono certero y fuerte:

—No.

Tremendo error.

Sungguk todavía no aprendía que no se le podía negar algo a quien padeció una vida repleta de prohibiciones. La mirada de Daehyun se encendió y cruzó los brazos sobre su abultado estómago.

—¿No? —repitió incrédulo, reprochable, censurable. Y también dolido.

—No quise decirlo así —Sungguk se corrigió. Fue acercarse a su novio, no obstante, este levantó un brazo para impedírselo—. No quiero que estés en peligro.

—Que me ames no te da derecho a controlarme.

—No quise decir eso —insistió Sungguk, moviéndose hacia Dae. Pero al llegar a él, su novio lo apartó apoyando las palmas contra su tórax.

—¡No te acerques!

—Dae, por favor...

Sin embargo, su amigo estaba furioso, como también dolido y confundido. Lo estaría mucho tiempo, no era un buen momento para conversar, más aún porque Dae había empezado a sobre analizar la situación.

—Es por eso... ¿es por eso por lo que insististe tanto en que pausara mis clases?! —dijo alzando la voz, lo que provocó que los niños dejaran de jugar.

De pronto esa casa, que siempre estaba a tope de ruidos cotidianos, se quedó en pausa. Minki captaba la respiración agitada de Dae, ya que había comenzado a llorar y a temblar por la rabia. Con los puños apretados, negaba con la cabeza.

—No voy a permitir que me encierren otra vez.

—¡Dae, te prometo que no busco eso! —suplicó Sungguk con las manos juntas en ruego. Su expresión era desesperada al percatarse del error que había cometido—. Te prometo que no es así.

Daehyun pestañeó y un par de lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—¿Y cómo es?

Jeonggyu observaba con miedo a sus padres desde la puerta trasera. Preocupado, Minki fue hacia él y lo sujetó por sus hombros delgados. Como pudo, se puso de cuclillas frente a él.

—No te asustes.

Gyu parecía a punto de llorar, así que lo giró y le cubrió los oídos con sus palmas, haciéndole caminar para que regresara al patio trasero. Los mellizos estaban sentados en medio de un cojín que habían destripado.

—Juega con ellos, yo iré a conversar con tus padres —prometió Minki—. Pero, por favor, no te asustes.

Dudó unos instantes más. Entonces, escuchó un fuerte portazo y la voz de Daehyun alzándose varias octavas.

—¡Y no te atrevas a seguirme!

Corrió de regreso a la casa cerrando la entrada trasera para que la pelea no llegara a los oídos de los niños. Minki encontró a Sungguk en medio de la sala de estar. Tenía una mejilla sonrojada y los ojos brillosos. Lucía desconcertado.

—No quería encerrarlo —murmuraba observándose las manos que le temblaban—. No quería hacerlo, te lo juro que no es así.

Y cuando se movía hacia la puerta, Minki lo detuvo sujetándolo por la muñeca.

—Quédate aquí, si lo persigues será peor.

—No puedo dejarlo solo —replicó Sungguk negando con la cabeza—. Lo... lo seguiré desde lejos.

Minki frunció los labios.

¿Por qué de pronto se acordó de la abuela de Daehyun? Una persona que creía hacer lo mejor por su nieto sin importarle las consecuencias. ¿Dónde se ubicaba el límite cuando este apenas era distinguible?

—Iré yo —dijo, tocándole el hombro—. Cálmate y luego ve por Jeonggyu, está asustado.

Sungguk asintió y se quedó en medio de la sala, viéndose como el mismo niño pequeño que su madre abandonó prometiendo que regresaría pronto.

Llevaba años conociendo de a poco, pero de forma precisa, las particularidades de Dae. Se imaginó adónde iría, así que acortó trayecto por unas calles laterales hasta que salió a la avenida Dongam-ro. Hacia el norte, paralelo a la ribera oeste del río, comenzaba un solitario camino rodeado por vegetación y juegos infantiles. La tarde estaba fresca y el sol mostraba una Daegu en tonos grises.

Minki llegó primero al lugar y tomó asiento en la caseta de madera que era la preferida de su amigo.

No se equivocó.

Con los brazos cruzados sobre su estómago y todavía llorando, apareció Daehyun poco después. Se asustó al verlo, soltando una especie de bufido ahogado. Minki le indicó con la mano que lo acompañara. Le hizo caso y Minki lo rodeó por la parte posterior de la cintura, apegándolo a él para que pudiera apoyar la cabeza en su hombro.

—Que Sungguk se preocupe por ti no significa que quiera encerrarte, Dae.

Su amigo se estremeció al intentar contener el llanto. Falló y las lágrimas corrieron por sus mejillas, que secó con brusquedad con las muñecas. Al hablar, las palabras se le enredaron en la lengua.

—Dae... Dae... —sacudió la cabeza, cerró los ojos e intentó calmarse—. Y-yo sé que exageré.

—No lo creo así —aseguró Minki sintiéndose avergonzado—. Tienes razones para sentirte así. No quieres que la historia se repita, así que te atemoriza que alguien ocupe como excusa su amor para limitarte. Aunque no lo creas, también lo entiendo. Hace unas semanas tuve la misma discusión con Jaebyu y yo... yo le dije algo similar.

Daehyun lo observó sin entender. Sus enormes ojos estaban brillantes por las lágrimas

—Pero tú no has sido encerrado.

Bajó la barbilla, apenado.

—Le dije que no permitiría que me convirtieran en ti.

—¿Uh? —se quejó Dae casi sin voz.

—A pesar de que no he vivido lo tuyo, puedo entender el miedo de que nos dañe alguien a quien amamos. Pero —continuó antes de que Dae lo interrumpiera—, que Sungguk esté preocupado, o que Jaebyu lo esté, no significa que quieran hacernos eso.

Sintió a su amigo dar una inspiración que le hizo temblar el cuerpo.

—Estoy cansado que la gente me trate como si fuera inútil —confesó Dae. Por su forma clara de hablar, ya sabía que estaba más calmado.

—No creo que sea así.

—¿No? —discutió Dae—. Porque solo a mí me cuestionan todo lo que hago.

Minki arrugó la nariz.

El chico no mentía.

—Aunque no lo creas, Sungguk también me discute todo.

—No de la misma forma —analizó Dae.

—Yo diría que es incluso peor conmigo —aseguró, asintiendo—. Me prohibió aceptar esta misión, pero conozco una habilidad espectacular para este tipo de situaciones.

Dae lo miró sin entender.

—¿Cuál?

—Ignorar —Minki asintió muy feliz—. No tienes que aceptar ni considerar todo lo que la gente te aconseja. Sungguk puede pedirte muchas cosas, pero eres tú quien decide si cumplirlas o no. Siempre serás tú el que tome la última decisión.

Dae se centró en sus sandalias que envolvían sus pies cubiertos con unos calcetines gruesos. Ni tiempo le había dado para tomar un calzado mejor.

—Seojun me explicó lo mismo —confesó.

—Por algo es tu psicólogo.

Se quedaron escuchando el río avanzar por las rocas con los ruidos de la ciudad como telón de fondo.

—Creo que colapsé.

—Pude notarlo —Minki sonrió.

—Estoy cansado. No hago más que esforzarme, estudiar, fingir que entiendo cosas que no comprendo, pero haga lo que haga me siguen tratando como un idiota. No soy estúpido, no tengo problemas de aprendizaje. Hay cosas que aun no entiendo pero es porque crecí comunicándome solo con mi abuela. Por supuesto que no voy a entender muchas situaciones, como cuando me dijeron que habías perdido a tu bebé. Y es porque todavía entiendo frases de manera literal porque se me hacen ajenas, pero eso no me convierte en un idiota.

—Eres más inteligente que yo, te lo aseguro —asintió—. Y también del bobo de tu marido.

Eso le sacó una risa a Dae. A pesar de que sonaba aún triste, ya no lloraba.

—Lo que más me molesta —analizó su amigo mucho más tranquilo—, es que Sungguk siempre me oculta información como si no me considerara capaz de entenderla. Si mi abuela me hubiera explicado las cosas en vez de encerrarme, nada de esto habría pasado. Y Sungguk hace eso a veces.

Minki le acarició la nuca con cariño mientras balanceaba los pies.

—¿Qué te esperabas de alguien como Sungguk? Es como un perro al que le enseñaron todos los trucos mal.

—No digas eso —lo defendió Dae.

Puso los ojos en blanco fingiendo estar exasperado.

—Olvidé que estás enamorado de él.

—Es tu mejor amigo.

—Y lo digo como su mejor amigo. Además, si le preguntas a él por mí, no va a decir nada mejor.

Eso le sacó otra risa a Dae.

—En vez de idiota, te dice tonto malcriado.

—Al menos ya no me considera dramático.

—¿Quién dijo que no?

Ambos rieron.

Continuó con la caricia en el cabello de Dae.

—Podemos regresar si quieres —avisó el chico observando el paisaje frente suyo—. Estoy más tranquilo.

Minki suspiró y asintió.

—Quedémonos un momento más y dejemos que Sungguk se haga cargo de los niños. Los mellizos estaban en su etapa monstruo.

La sola idea de imaginarlo a cargo de tres niños, cuatro perros y dos gatos, les sacó una nueva carcajada.

Minki buscó su celular para enviarle un mensaje a su mejor amigo y avisarle que estaba con Dae, sin embargo, encontró los bolsillos vacíos. Había olvidado el teléfono en casa. Daehyun debió entender lo que pretendió hacer, porque sacó el suyo y lo desbloqueó.

—Le escribo yo —dijo.

Dae envió el mensaje y guardó el aparato. Se quedaron ahí gran parte de la tarde. Cuando comenzaba a oscurecer Minki sintió frío. Dae parecía sentirse igual, porque, como mejor se lo permitía su embarazado estómago, había doblado las piernas delante de sí y se palpaba los dedos de los pies por sobre el calcetín.

—¿Regresemos? —propuso Minki.

Se pusieron de pie con los músculos agarrotados. Retomaron el camino que iba por un costado de la ribera del río. La iluminación era deficiente, así que Minki comprobó ambos lados antes de emprender rumbo.

Estaban solos, era un alivio.

No alcanzaron a avanzar ni un par de metros cuando Daehyun se detuvo. Se sostuvo la cintura baja.

—¿Estás bien? —se preocupó Minki.

Su amigo tenía el rostro contraído. Lo vio dar respiraciones largas y pesadas. Supo entonces lo que estaba ocurriendo.

—¡¿No me digas que estás con contracciones?!

—Solo fue una —dijo Dae entre dientes—. Pero duele.

El sol ya había desaparecido, apenas quedaban unos rayos naranjas que se los comía la noche con rapidez.

—¿Vamos al hospital?

—No sirve de nada —aseguró Dae—, esto tarda horas.

Retomaron la caminata con lentitud. Sus zapatos resonaban contra el asfalto. Ese ruido le impidió a Minki percatarse de otro más suave que provenía desde el césped.

Si le hubiera prestado atención quizás habría reaccionado a tiempo.

O tal vez no.

Cuando le colocaron un saco sobre la cabeza y una mano se posó sobre su boca y nariz para acallar su grito, tardó en reaccionar. Tuvo que oír el sollozo ahogado de Dae para lograr moverse.

Buscó su pistola, pero la había dejado en casa de Sungguk.

Desesperado, intentó dar una patada para golpear la rodilla de quien lo sujetaba. Le ajustaron la bolsa alrededor de su cabeza, cortándole el poco aire que le ingresaba a través de la tela.

Daehyun sollozaba.

Lloraba mucho.

Y también suplicaba.

—No, no... por favor, no... no...

A Minki le faltaba oxígeno, sabía que tenía apenas unos segundos antes de que la desesperación por respirar lo embargara. Debía soltarse antes de que aquello ocurriera.

¿Pero cómo?

Su embarazo le limitaba su capacidad para hacer piruetas, la forma en que lo sujetaban también. Sin embargo, estaban teniendo cuidado, no querían matarlos ni herirlos.

Los necesitaban vivos.

Los necesitaban bien.

¿Pero para qué?

Se quedó quieto el tiempo suficiente para que su atacante aflojara el agarre. Entonces, estrelló su codo con fuerza contra aquel estómago. El engancha se aflojó y logró colar sus manos entre las del captar para liberarse. Corrió todavía a ciegas mientras se quitaba la tela y pestañeaba con rapidez para aclarar su visión.

Su pie fue interceptado con otro.

Cayó al suelo, su mentón y manos rasparon el cemento. La herida le ardía. Los brazos le temblaban adoloridos. Intentó colocarse de pie de un brinco, no fue lo suficientemente rápido. Alguien lo sujetó por la parte posterior de la chaqueta y lo levantó como si no pesara nada. Cerró los ojos y apretó los dientes, sus manos desesperadas fueron hacia su abdomen.

Se encontró frente tres hombres, cuatro si contaba a quien ahora lo afirmaba. Tenían cubrebocas y gorras, ropa oscura, guantes. No había nada que pudiera permitirle distinguirlos. Ninguno de ellos habló, conocían sus posiciones a la perfección.

Daehyun estaba de rodillas en el suelo, tan paralizado que ni siquiera se movía mientras lloraba. No tenía una bolsa sobre la cabeza, solo una simple amarra en las manos.

Sus ojos se encontraron.

—Por favor —le suplicó Dae, desesperado.

No estaba bien.

Daehyun no iba a estar bien.

Nunca más lo iba a estar si no lograba liberarlo.

Pero ellos no lograrían escapar.

Al menos no ambos.

Minki podría correr y huir aprovechando que estarían distraídos con Daehyun, que era una presa más dócil. En el instante que la idea apareció en su cabeza, supo que su destino estaba decidido.

Le pusieron una cuerda entre los dientes para que no pudiera gritar. Sintió arcadas cuando rozó su lengua. Empujaron y levantaron a Daehyun para llevárselo.

—Por favor —pedía Dae.

Discúlpame por lo que te haré, quiso decirle.

En ese momento, Minki se inclinó de forma brusca usando la fuerza de su cuerpo completo. Al hombre se le deslizó la cuerda por las manos quemándole la piel. Sintiendo el escozor en los costados de la boca, Minki la escupió a la vez que corría hacia Daehyun. Comenzaba a sentir el abdomen tenso, el dolor era insoportable. Golpeó al sujeto que sujetaba a Dae por el cuello,

quien se puso de pie de inmediato con un movimiento ágil. Atrapó a Minki justo como lo había estado buscando, inmovilizándolo con las manos atrás.

Su amigo estaba de espaldas a la ribera.

¿A quién escoges?, recordó que le preguntó hace meses. *¿A Hanni o a ti?*

A mí, le había respondido, *Jeonggyu me necesita más a mí que a una hermana que no conoce.*

Qué bien, porque Minki también lo elegía a él.

Ejerciendo presión en sus brazos y sintiendo que sus hombros iban a estallar por la tensión, usó al hombre que lo tenía detenido como apoyo, flectó las rodillas y se dio impulso. Apoyándose en el pecho del sujeto, levantó ambas piernas y golpeó el tórax de Dae con tanta fuerza, que sus pies se elevaron unos centímetros antes de desplomarse. La expresión de Dae se contrajo por la sorpresa y luego desapareció, el único ruido existente fue el de su cuerpo rodando por la ladera hasta caer en el agua.

Tienes que salir de esta, rogó.

Era lo único que podía hacer por él: salvarlo de otra vida de encierro.

Tenía que estar bien.

Tenía que.

No pudo asegurarlo.

Arrojaron a Minki al suelo con un golpe certero y luego lo levantaron. Un brazo se cerraba en su cuello y le cortaba la respiración.

Se acercaba alguien, podía captar la sirena a lo lejos.

Dos hombres corrieron detrás de Daehyun.

Minki luchó por respirar, por dar bocanadas desesperadas mientras era arrastrado por el césped hasta sacarlo a la calle y subirlo a un automóvil. Se sujetó a los asientos y forcejeó para enredar su pie con la punta de la puerta. Entonces, recibió un golpe en la cabeza.

La vista se le nubló, sus brazos y piernas se aflojaron.

Su zapato se soltó y cayó.

Lo dejaron sobre el asiento posterior.

Las puertas se cerraron de un portazo y el automóvil partió.

Y todo lo que quedó de él, fue su zapatilla en medio de la calle.

La sala de Urgencias estaba poco concurrida esa tarde, no había más que una adolescente con el tobillo doblado. Para aprovechar el tiempo, Jaebyu cerraba fichas médicas pendientes. Somi estaba recostada a su lado. Ambos ocultos tras el mostrador de informaciones.

—Deberían dejarnos ir a casa —se quejó Somi con un largo bostezo—. Es sábado, podría salir a bailar esta noche.

—Somos los únicos de turno —respondió. Transcribía unas anotaciones en la base de datos—. Es poco probable que permitan que uno de nosotros se marche.

—Pero emergencias está vacía.

Jaebyu suspiró.

—Pronunciaste las palabras prohibidas.

Somi resopló. Cambió de posición y apoyó el mentón entre sus brazos anudados.

—Pensé que no eras creyente.

—Y no lo soy —aceptó—, pero aquí sí.

El resto del día transcurrió sin novedades. Como alcanzó a cerrar las fichas, ahora estaba en la sala de descanso. Mantenía la puerta abierta por si alguien aparecía. Somi jugaba en su celular, Jaebyu se leía un libro que llevaba consigo ya medio semestre. No recordaba en qué parte iba, así que tuvo que buscar un resumen en internet.

—¿Qué haces? —quiso saber Somi.

—No recuerdo dónde iba —dijo, alzando el libro—. Así que leo un resumen.

La verdad era que no recordaba nada de la novela.

—Te apuesto cincuenta mil wones a que no lo terminas este año.

—Estamos a 31 de enero, todavía tengo once meses por delante.

—Para que veas la poca fe que te tengo.

Somi tenía una linda sonrisa, grande para su rostro en forma de uve. Además, sus ojos formaban dos medialunas tras su operación de párpados. Había terminado con su novio no hacía mucho, lo que derivó en que ahora su melena tuviera un tinte que iba entre el rosa pastel y el lila. Como se había deslavado, su raíz estaba rubia y a la vez oscura donde le estaba creciendo el cabello.

—¿Y Minki? —preguntó de la nada.

—Está en casa de Sungguk.

Como siempre sucedía, las mejillas de Somi se sonrojaron. Nunca lo habían conversado, aunque Jaebyu estaba seguro de que a Somi le gustaba. Cuando se enteró de que Sungguk salía con un hombre y que además tenía una familia, debió haber sido el día más triste de su vida. Porque a la semana apareció con un novio nuevo que se asemejaba mucho en apariencia a su amigo.

—Si me vas a preguntar por Sungguk, hazlo antes de que me arrepienta de responderte.

Somi de inmediato se sentó más recta.

—No iba a hacer eso.

Jaebyu intentó retomar su lectura, entonces una voz tímida lo interrumpió.

—¿Ya va a nacer su hija?

Por supuesto que sabía sobre Hanni. Las pocas veces que Sungguk se pasaba por el hospital, ya sea acompañando a Minki o por trabajo, le contaba su vida a quien estuviera dispuesto a escucharlo.

—En los próximos días —aseguró—, así que en cualquier momento estará apareciendo por aquí.

Por eso, cuando regresaron a la sala de emergencias y Sungguk llegó corriendo y jadeante, Jaebyu malinterpretó las cosas. Fue por una silla de ruedas y se dirigió directo hacia él.

—¿Dónde está?

El labio inferior de Sungguk tembló. Estaba pálido y tenía el cabello revuelto. Parecía a punto de desmayarse. Observaba el lugar como si estuviera buscando a algo o a alguien.

—Me lo tienes que confirmar tú.

Frunció el ceño. ¿Por qué sabría él dónde se encontraba Dae?

La mirada perdida de Sungguk se posó en él. ¿Estaba llorando? El pecho le pesó y sintió que el picor le invadía las piernas. Su amigo abrió la boca aunque no salieron palabras de ella. Somi se les había acercado.

La ambulancia estaba ingresando. Jaebyu regresó la silla de ruedas a un rincón y fue a la entrada, a la misma vez que Sungguk. Un paramédico abrió las puertas y bajó arrastrando una camilla.

—¿Daehyun?! —gritó Sungguk, sus ojos abiertos y sin pestañar escaneando a la persona herida.

No lo era.

¿Qué estaba sucediendo?

Jaebyu se posicionó al lado de la camilla.

—¿Qué me traes?

Escuchó el rápido discurso del paramédico.

—Hombre de cuarenta años que cayó de la ventana de un tercer piso. Sus órganos vitales están bien, aunque se hallaron una gran cantidad de cortes y magulladuras. Hay una probable fractura en pierna y brazos, que procedimos a entablillar.

Por el rabillo del ojo divisó a Somi hablando con Sungguk, la expresión de ella era confundida y sorprendida. Apenas sacudía la cabeza, en tanto Sungguk seguía llorando.

¿Dónde estaba Daehyun? ¿Lo traía Minki y Sungguk había llegado antes?

Sacudió la cabeza, necesitaba concentrarse.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Jaebyu al paciente—. ¿Y dónde te duele?

Considerando que había caído de una gran altura, esperaba lesiones graves como pelvis fracturada, hemorragia interna y riesgos vitales.

—Mi pierna y el brazo. Necesito algo para el dolor, por favor.

Había llegado el doctor Cho a asistir al paciente, quien era el doctor de turno.

—Inicia una intravenosa y un espectro bacteriano, incluida una toxemia —le pidió el doctor tras escuchar el caso—. Adminístrale también ocho miligramos de morfina y córtale la ropa para hacerle un examen físico.

Jaebyu iba a cumplir la orden cuando Somi lo interrumpió.

—Iré yo —sus ojos lucían preocupados.

—Recibí al paciente —por tanto, el protocolo dictaba que él debía hacerse cargo.

—Por favor, déjame a mí.

—Es que...

Sungguk había llegado a ellos.

—Jaebyu, ¿podemos hablar?

Miró hacia el doctor Cho, luego a Somi que le decía algo al médico en voz baja.

—Enfermero Yoon, quedaré con la enfermera Kim a cargo. Autorizo que te retires del turno de forma inmediata.

Desconcertado, Jaebyu observó a su amiga pidiéndole explicaciones. Ella estaba concentrada buscando la morfina para inyectársela al paciente. Iba a cuestionar la orden y desobedecerla, pero Sungguk le sujetó del brazo y tiró de él.

—¿Sungguk?

Llegaron a la sala de descanso. Jaebyu comenzaba a sentir miedo. ¿Por qué no estaba Daehyun con él ni tampoco Minki ni los niños?

—¿Es Daehyun? ¿Le ocurrió algo? ¿Por qué no ha llegado?

La boca de su amigo se encontraba fruncida y mantenía el mentón bajo. Sus hombros temblaban en un llanto silencioso, a la vez que sacudía la cabeza con suavidad. No soltó el agarre en sus hombros.

—Sungguk, dime lo que está ocurriendo.

Al no haber respuesta, lo sacudió por los brazos para hacerlo reaccionar.

—¡Dime qué está pasando! —pidió comenzando a desesperarse por su actitud—. ¿Dónde está Daehyun? ¿Y Minki? ¿Y los niños?

Las lágrimas caían del rostro de Sungguk sin control. Nunca lo había visto llorar así.

Pensó en lo peor.

Ni así pudo igualar la realidad.

—Se lo llevaron.

—¿Cómo?

Una risa nerviosa le burbujeó en el estómago.

—Se llevaron a Minki.

Continuaba sin entender, la risa por fin se le coló entre sus labios temblorosos.

—¿Cómo es eso que se lo llevaron?

—Jaebyu...

—No —soltó, sacudiendo la cabeza y cerrando los ojos con fuerza—. ¿Cómo es eso que se lo llevaron? Explícate.

—Estaban en la ribera del río.

—¿Quiénes?

—Daehyun y Minki.

Sintió que el cuerpo se le congelaba. El mundo empezaba a paralizarse a su alrededor, la vida transcurría como fotogramas cortados en vez de ser escenas fluidas.

—No —susurró.

Soltó a Sungguk y dio un paso hacia atrás, y otro, y otro, y otro, de pronto su espalda había topado con la pared.

—Lo siento mucho —susurró su amigo—. Todo es mi culpa.

Intentó respirar. El cuello de su uniforme se ajustaba a su garganta, le irritaba el reloj de pulsera. Se lo arrancó y lo lanzó al piso, las 19.01 quedaron marcadas para siempre tras el vidrio quebrado.

—Dime que no es verdad —suplicó.

Las piernas le temblaban, con las dos manos se sujetaba la cabeza que le punzaba. Aterrizó de rodillas en el suelo, las palmas aguantaron gran parte del golpe.

—Lo siento mucho —repitió Sungguk—. Ya se activó el operativo de búsqueda y rescate y...

Jaebyu se impulsó de un salto y corrió hacia Sungguk. Se estrelló contra su pecho con gran parte de su fuerza. Ambos cayeron en el piso de forma estrepitosa, Sungguk bajo él sin moverse ni impidiendo que rodeara su cuello con las manos. Habían golpeado la mesa y volteado unas sillas que se precipitaron contra el suelo.

El rostro de Sungguk comenzaba a ponerse rojo bajo sus manos.

Aun así, continuaba sin luchar.

Parecía desear que lo golpearan porque creía merecérselo y Jaebyu quería hacerlo. Ansiaba molerlo a golpes, estrangularlo hasta llorar.

Él quería...

La puerta se abrió y se escuchó un grito.

—¡Yoon!

Él quería a Minki a su lado.

Somi lo tiró por los hombros.

Pero él era incapaz de dejar ir el cuello de Sungguk, se aferraba como si la existencia de Lee Minki pendiera de ello.

—¡Es toda tu culpa! —gruñó, su voz apenas audible y entendible. Tenía la vista nublada, solo divisaba un manchón borroso que se difuminaba en las esquinas.

¿Estaba llorando?

No lo sabía.

No podía entenderlo.

Al igual que ese reloj destrozado, su mundo se había detenido a las 19.01 un 31 de enero.

Sintió el pinchazo en el brazo.

Sus músculos fallaron, sus manos por fin dejaron de apretar. Se derrumbó sobre Sungguk, que continuaba bajo suyo sin moverse, sin detenerlo, sin protestar a pesar de que podría haberlo apartado con un golpe seco. No escapó, ni siquiera cuando el cuerpo de Jaebyu se dormía sobre el suyo por el sedante. Sintió que lo abrazaba con fuerzas.

—Lo siento —decía una y otra vez—, es mi culpa. Lo siento mucho.

Los párpados de Jaebyu comenzaban a pesar. Luchó contra la inconsciencia.

No pudo ganarle.

—Minki —susurró.

Sus ojos se cerraron.

Minki, por favor, no te vayas.

Jaebyu corrió por los pasillos hasta llegar a la sala de emergencia, que por primera vez se encontraba clausurada. Lo detuvieron en la entrada, Kim Seojun estaba entre las personas. Era el psicólogo que tenía la brigada, además era quien estuvo a cargo del tratamiento de Moon Daehyun cuando lo encontraron.

—Sabes lo que tienes que hacer —dijo Seojun sujetándolo por los hombros.

Jaebyu no entendió que temblaba hasta ese momento.

Asintió, intentó tomar aire.

—Lo sé —prometió.

Mintió, nunca podría estar preparado para algo así.

—Ingresarás conmigo —continuó Seojun—. No te puedes acercar, por favor. Sé que quieres hacer eso, pero no lo hagas.

Se le hizo un nudo en el estómago.

La sala de emergencias era su lugar de trabajo. Ese ambiente estéril y tenso fue por años un sitio seguro. Su sitio seguro. Conocía cada rincón, abrió cada cajón. Hacía tiempo que no pisaba ese lugar.

Mucho tiempo.

Todo continuaba exactamente igual que la última vez, a excepción de un escuadrón de policías que utilizaban una de las camillas más aisladas, Sungguk no estaba entre ellos. Las dos habitaciones privadas mantenían las cortinas bajas y la puerta cerrada. Seojun lo dirigió hacia una de ellas.

En la entrada captó el ruido que procedía del monitor de signos. Era un sonido pausado, sereno, etéreo y constante. Quien estuviera conectado estaba tranquilo.

Y a pesar de que Jaebyu mantenía la mano contra el pomo redondo, no podía girarlo.

—A su tiempo —le recordó Seojun.

Eso le dio la determinación necesaria para abrir con cuidado. Las bisagras protestaron. Había una sola camilla en el centro del cuarto. El respaldo estaba levantado para que la persona pudiera mantener una posición semisentada.

El monitor de signos vitales estaba a un costado, todavía seguía el ritmo calmo de unas pulsaciones. Había un portador de suero a un costado, donde colgaba una bolsa conectada a un brazo delgado que se ubicaba sobre las mantas.

La persona en la camilla tenía las piernas recogidas y las mantas ordenadas y encajadas bajo sus brazos. Su cabello había crecido tanto que se le marcaba una raíz oscura que hacía contraste con las puntas rubias. Su melena estaba desordenada, un mechón sujeto tras la oreja.

Lucía cansado, hasta que sus ojos se convirtieron en dos medialunas al sonreírle de felicidad.

—Yoonie —susurró.

Era Lee Minki.

Dio un paso hacia él, Seojun lo sujetó por el brazo para que no avanzara más.

—Yoonie, no te olvidé, te recuerdo —decía Minki sin aliento, su mano estirada hacia él buscando alcanzarlo y tocarlo a pesar de la distancia—. No te olvidé... ellos querían que lo hiciera, pero no pudieron, no pudieron...

Avanzó otro paso.

—Minki —sollozó.

Entonces, el monitor de signos vitales se aceleró marcando unas pulsaciones altas e inconstantes. El ruido era terrible en ese cuarto pequeño, aunque no tanto para generar esa reacción. Minki se llevó las manos a los oídos y cerró los ojos con fuerza, mientras se colocaba en posición fetal.

—No, no, no, no, no, no —repetía, golpeándose la sien.

Seojun corrió hacia Minki, Jaebyu se movió hacia la máquina y la apagó.

El ruido se disolvió.

Minki levantó la cabeza de inmediato, apoyándose en las manos para alzarse en la camilla. Su mirada fue directa hacia Jaebyu, que estaba a su lado.

—Juju —dijo.

Su expresión brillaba en anhelo como si aquella crisis previa no hubiera existido jamás.

—Jaebyu, no —pidió Seojun desde el otro lado de la cama.

No acató su orden.

Acortó la distancia para abrazarlo, porque las ansias lo devoraban por dentro.

Quería besarlo, acariciarlo, estrecharlo contra él y olvidarse de que alguna vez existió ese tiempo. Quería olerlo y acurrucarlo contra él.

Sus manos rozaron los brazos de Minki.

Entonces, fue empujado con fuerzas.

Jaebyu retrocedió tambaleante.

—No, no, no, no, no, no —decía Minki sacudiendo la cabeza, de nuevo mantenía los ojos cerrados con fuerza.

Seojun alcanzó a Jaebyu y le hizo retroceder.

¿Qué le...?

Minki buscó su mirada.

Lloraba desesperado.

Quebrado.

Roto.

¿... hicieron?

—No —jadeó Minki, sus dedos temblorosos tocaban sus propios labios—. Ellos... ellos...

Sin entender lo que estaba sucediendo, Jaebyu preguntó.

—¿Qué cosa?

A pesar de que su novio lo observó, no se sentía como si realmente lo estuviera mirando.

—Ganaron.

Unas horas más tarde, Seojun le explicaría que existían muchas formas de olvidar a alguien sin hacerlo.

Al dejar de querer.

Al alejarse.

Al evitar una caricia porque se volvía ajena.

Y a Jaebyu no le quedó más que aceptar una verdad dolorosa.
Minki lo había olvidado.

Continuará.

Los espero en la
segunda parte de esta historia, titulada

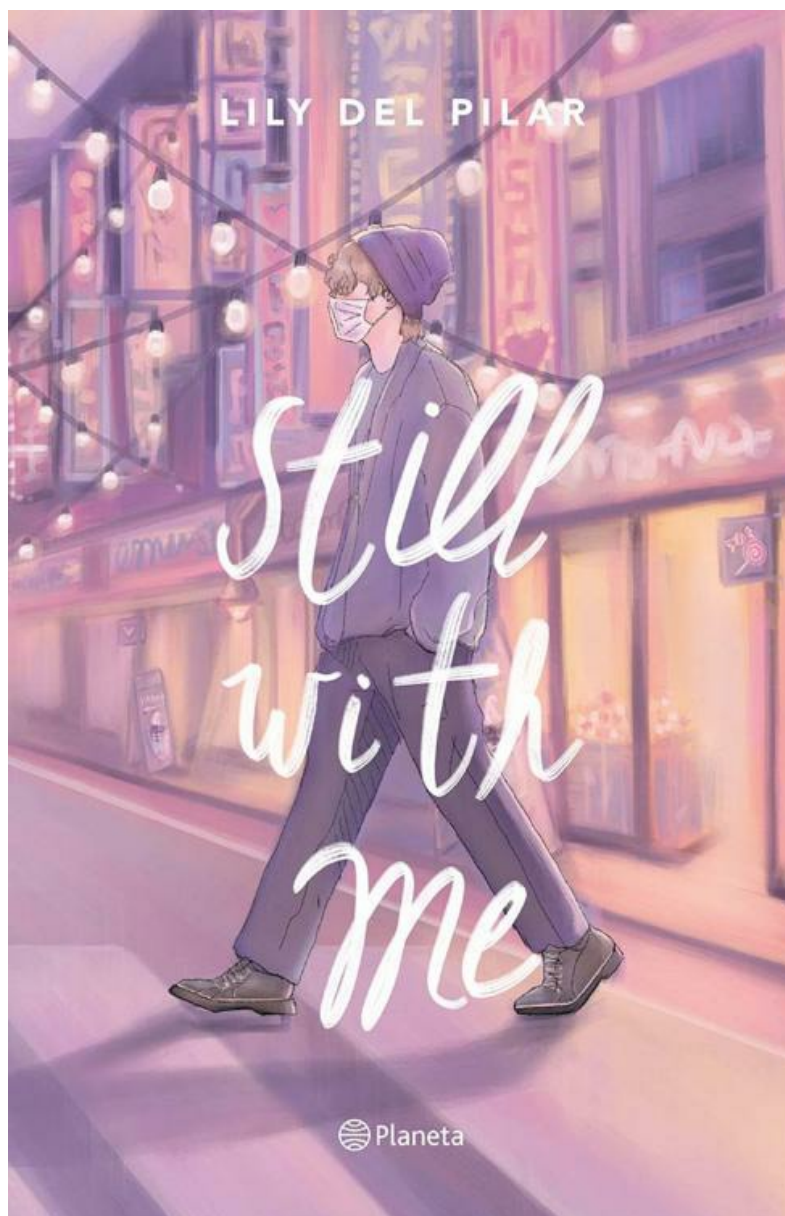
Still with him

*Para más información de esta novela,
pueden encontrarme en Wattpad e Instagram como [Lily_delpilar](#)*

Encuéntranos en...



Otros títulos de la colección



LILY DEL PILAR

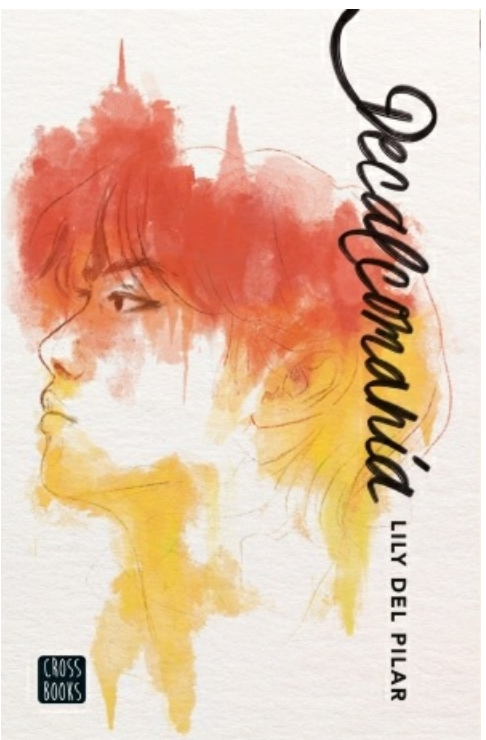
*Still
with
you*

 Planeta

* Circuito cerrado de televisión. Corresponde a un sistema de vigilancia por medio de video.

** Honorífico coreano usado para dirigirse de manera formal a señoras de media edad.

*** Género musical coreano, es reconocido como una representación más antigua de la música pop del país.



Decalcomanía

Lily del Pilar

9789566145288

416 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Podrás amar lo que alguien te hizo odiar?

En el año 1979 muchas cosas están prohibidas. Ser gay sigue siendo una de ellas. A Liú Tian y a Xiao Zhen se les acaba el tiempo, por lo que deberán enfrentarse a la elección más difícil de todas: ¿la familia o ser su verdadero yo? ¿Qué escogerías tú?

Lily del Pilar, autora de los bestseller *Still with you* y *Still with me*, vuelve con el desenlace de *Calcomanía*: una aventura romántica extraordinaria que dejará a cualquiera sin aliento.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Entre tormentas y arcoiris

Valencia, Catalina

9789566145455

324 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

A veces, aprender a confiar y dejar que nos ayuden a sanar, es lo más romántico que podemos hacer. Un amor adolescente e intenso que podría destrozar tu corazón.

June es una tormenta a punto de estallar y podría arrasar con todo a su paso. No quiere que eso ocurra, pero no sabe cómo detenerlo. Siempre rota, siempre al borde del colapso, siempre temiendo que sus ataques de pánico le roben su vida.

Sin embargo, algo cambió cuando conoció a Leigh y, sin poder evitarlo, se enamoró. Ella es una amante de la música que siempre tiene algo que decir. Leigh estuvo a su lado cada vez que lo necesitó, le dio color a sus días grises, la cuidó y la protegió de su propia mente, inestable y engañosa.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La séptima M

Solar, Francisca

9789566145561

256 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Un pueblo casi fantasma en el corazón de los bosques del sur esconde misteriosas muertes sin resolver ¿te animas a descubrir al culpable? Vuelve Francisca Solar con su libro La séptima M, una novela llena de secretos, enigmas y emoción.

«Algunos deben morir para que otros vivan».

A comienzos del nuevo milenio, antes de la era de los smartphones y las redes sociales, una serie de suicidios en un lúgubre pueblo sureño amenazaba con convertirse en un extraño misterio sin resolver. Nadie quería hablar sobre lo sucedido: no había periodistas cubriendo la noticia ni autoridades interesadas, sin contar el hermetismo de las familias y la sospecha creciente sobre el paradero de los cadáveres. El pueblo ni siquiera aparecía en el mapa. ¿Qué estaba sucediendo en la localidad de Puerto Fake?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Visión Cromática

Tolosa, Catalina

9789566145080

438 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

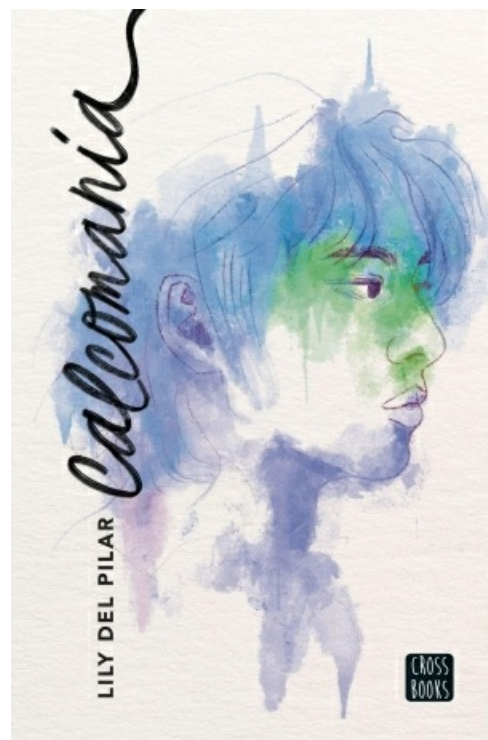
Levi y Chris comenzarán un colorido recorrido en el que aprenderán que sanar, crecer y enamorarse no es imposible si están juntos.

Christian está atrapado en una relación tóxica. Cuando por fin logra salir, sufre un accidente a causa de la discromatopsia que padece; Chris es daltónico. Levi, que justo iba pasando por el lugar, se acerca a ayudarlo. No han hablado antes, pero se han visto muchas veces al amanecer. Chris es el chico de la banca, el que ve todas las mañanas.

Con la ayuda de Levi, Christian comenzará a entender que su vista no es defectuosa, solo diferente; que lo desconocido no debería darle miedo, sino curiosidad; que los colores son más importantes de lo que cree y que, incluso, puede llegar a amarlos.

Catalina Giselle, autora de *Wishes*, regresa con *Visión cromática*, una emotiva y honesta historia de amor que triunfó en Wattpad y que encantará a una nueva generación de lectores.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Calcomanía

Lily del Pilar

9789566145127

340 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el año 1978 están prohibidas muchas cosas. Ser gay es una de ellas. Liú Tian sabe que, si alguien descubre su secreto, terminará muerto. Pero eso no evita que se enamore de Xiao Zhen el hijo de un importante general del ejército.

Tras el apabullante éxito de Still with you y Still with me, Lily del Pilar vuelve con una historia de amor arrolladora que presenta los ingredientes precisos para conquistar el corazón de los lectores: romance prohibido, personajes entrañables y una aventura extraordinaria que dejará a cualquiera sin aliento.

[Cómpralo y empieza a leer](#)